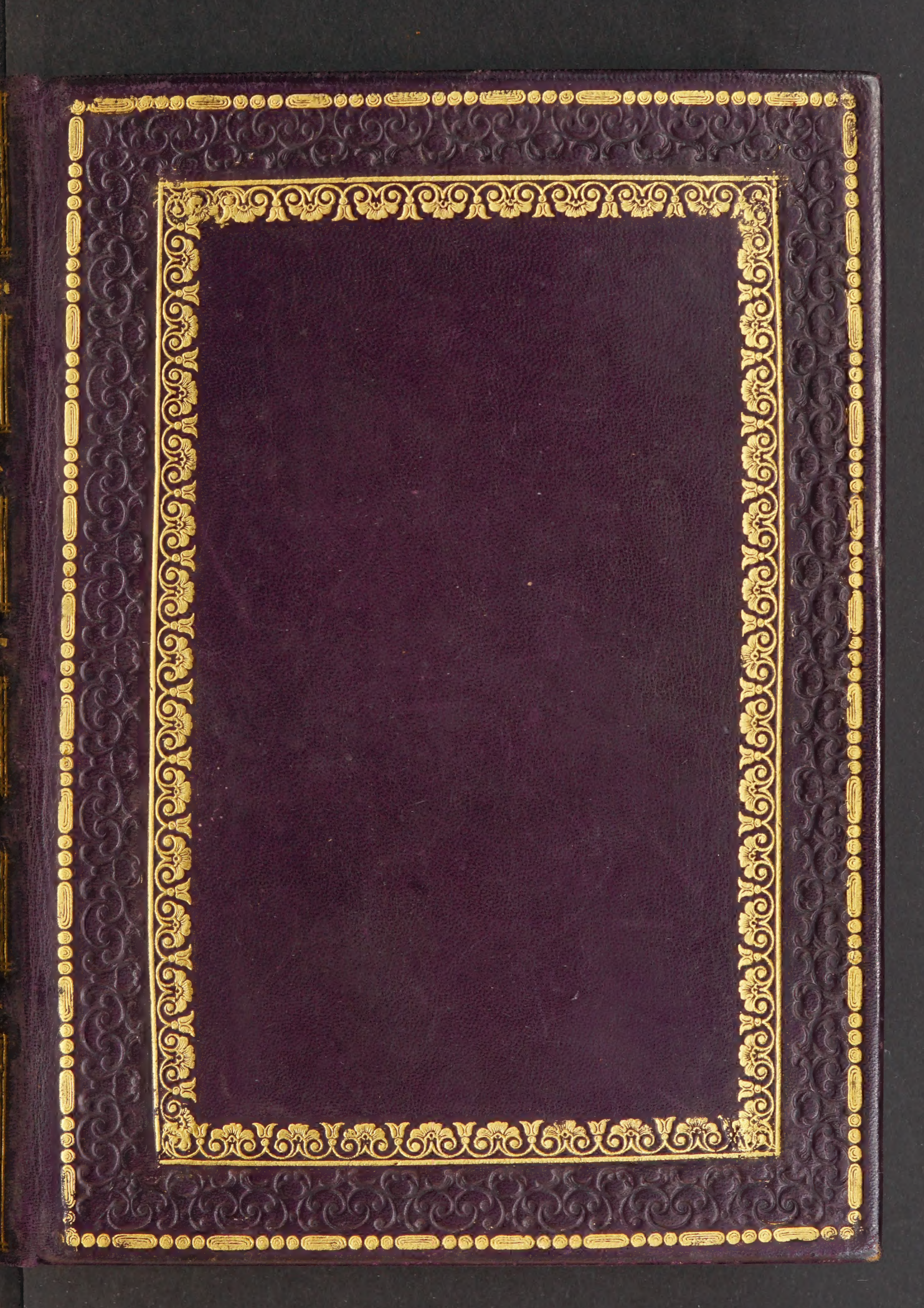
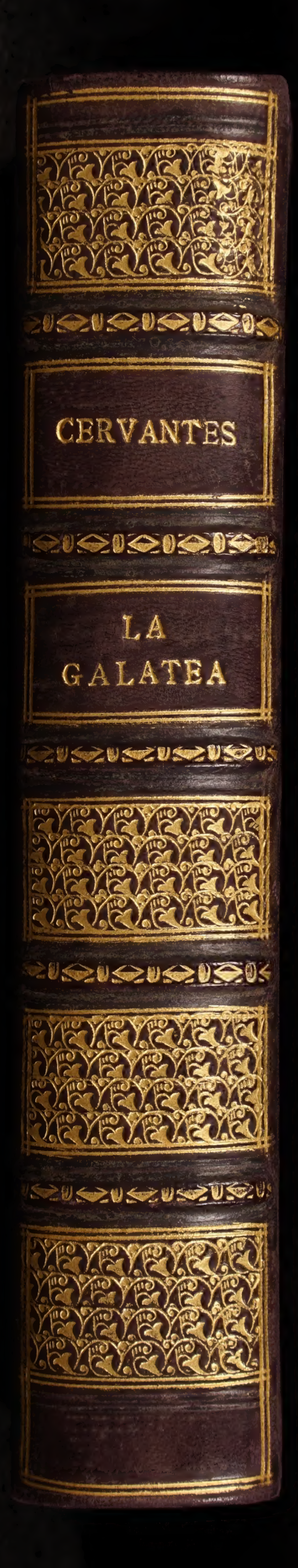



CERVANTES
LA
GALATEA











LA GALATEA, DIVIDIDA EN SEIS LIBROS:

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

VA AÑADIDO EL VIAGE DEL PARNASO DEL MISMO AUTOR.

CON LICENCIA.

En MADRID, por JUAN DE ZUÑIGA, Año 1736.

A costa de Francisco Manuel de Mena, Mercader de Libros. Se hallarà en su casa en la Calle de Toledo, junto a la Porteria de la Concepcion Geronima.

AL ILUSTRISSIMO SEÑOR ASCANIO COLONA, Abad de Santa Sofia.

HA podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon deviera tener, en ossar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el estremado de V. S. I. no solo vino a España para illustrar las mejores Universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia porfessan (especialmeute los que en la de la Poesia se egercitan) no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sè que en ella, i por ella todos hallan seguro puerto, i favorable acogimiento. Hagale V. S. I. bueno a mi deseo, el qual embio delante, para dar algun sèr a este mi pequeño servicio. I si por esto no lo mereciere, merezcalo a lo menos por aver seguido algunos años las vencedoras vanderas de aquel sol de la Milicia que ayer nos quitò el Cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fue el excelentissimo padre de V.S.I. Juntando a esto el efeto de reverencia que hacian en mi animo las cosas (que como en profecia) oì muchas veces decir de V.S.I. al Cardenal de Aquaviva, siendo yo su Camarero en Roma. Las quales aora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, Christiandad, magnificencia, i bondad de V. S. I. con que da cada dia señales de la clara, i generosa estirpe do deciende: la qual en antiguedad compite con el principio, i Principes de la grandeza Romana, i en las virtudes, i heroicas obras, con la mesma virtud, i mas encumbradas hazañas: como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco, i ramos de la Real Casa Colona: debajo de cuya fuerza, i sitio, yo me pongo aora, para hacer escudo a los murmuradores que ninguna cosa perdonan: aunque si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendrè que temer, ni mas que desear, sino que nuestro Señor guarde la Illustrissima persona de V. S. con el acrecentamiento de dignidad, i estado que todos sus servidores deseamos.

Ilustrissimo Señor,

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

Miguèl de Cervantes Saavedra.

COMISSION.

POR mandado de los Señores del Real Consejo, he visto este Libro intitulado: *Los seis Libros de Galatea*, i lo que me parece es, que se puede, i deve imprimir, atento a ser tratado apacible, i de mucho ingenio, sin perjuicio de nadie, assi la prosa como el verso: antes por ser Libro provechoso, de mui casto estilo, buen romance, i galana invencion, sin tener cosa mal sonante, deshonesta, ni contraria a buenas costumbres, se le puede dàr al Autor en premio de su trabajo el privilegio, i licencia que pide. Fecha en Madrid a primero de Hebrero de M.D.LXXXIV.

Lucas Gracian de Antisco.

SUMA DE LA LICENCIA, I TASSA.

TIene licencia de los Señores del Consejo Francisco Manuel de Mena, Mercader de Libros en esta Corte, para poder imprimir este Libro intitulado: *La Galatea*, *i Viage del Parnaso*, su Autor Miguèl de Cervantes, quienes le tassaron a seis maravedis cada pliego, como consta de sus originales.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 20. lin. 36. modio, lee modo. Pag. 27. lin. 38. Consejo, lee Concejo. Pag. 129. lin. 8. Palmos, lee Palma.

Este Libro intitulado: *La Galatea*, *i Viage del Parnaso*, su Autor Miguèl de Cervantes, con estas erratas corresponde al antiguo, que rubricado sirve de original. Madrid, i Octubre 5. de 1736.

Lic. D. Manuel Garcia Alesson,

Correct. General por su Magestad.

CU-

CURIOSOS LETORES, S.

LA ocupacion de escrivir Eglogas en tiempo que en general la Poesìa anda tan desfavorecida, bien recelo que no serà tenido por egercicio tan loable, que no sea necessario dar alguna particular satisfacion a los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dèl, estiman por trabajo, i tiempo perdido. Mas pues a ninguna toca satisfacer a ingenios que se encierran en terminos tan limitados, solo quiero responder a los que libres de pasion con mayor fundamento se mueven a no admitir las diferencias de la Poesia vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan della, se mueven a publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los Autores dellas. Para lo qual puedo alegar de mi parte la inclinacion que a la Poesia siempre he tenido: i la edad que aviendo apenas salido de los limites de la juventud, parece que da licencia a semejantes ocupaciones: demàs de que no puede negarse que los estudios desta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos: como son enriquecer el Poeta, considerando su propia lengua, i enseñorearse del artificio de la eloquencia que en ella cabe para empressas mas altas, i de mayor importancia, i abrir camino para que a su imitacion los animos estrechos que en la brevedad del lenguage antiguo quieren que se acabe la abundancia de la Lengua Castellana, entiendan que tienen campo abierto, facil, i espacioso, por el qual con facilidad, i dulzura, con gravedad, i eloquencia pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves, i levantados, que en la fertilidad de los ingenios Españoles la favorable influencia del Cielo, con tal ventaja en diversas partes ha producido, i cada hora produce en la edad dichosa nuestra, de lo qual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho, i sin el empacho que yo llevo, pudieran passar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias, i tan diferentes las humanas dificultades, i tan varios los fines, i las acciones, que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven a publicar lo que una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso, i casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado,

he dado mueſtra de atrevido en la publicacion deſte libro,ſino porque no ſabria determinarme deſtos dos inconvenientes, qual ſea el mayor, o el de quien con ligereza, deſeando comunicar el talento q̃ del Cielo ha recebido temprano,ſe aventura a ofrecer los frutos de ſu ingenio a ſu patria, i amigos,o el que de puro eſcrupuloſo,perezoſo,i tardìo, jamás acabando de contentarſe de lo q̃ hace, i entiende, teniendo ſolo por acertado lo que no alcanza, nunca ſe determina a deſcubrir, i comunicar ſus eſcritos. De manera que aſsi como la oſſadìa, i confianza del uno podria condenarſe por la licencia demaſiada que con ſeguridad ſe concede: aſsi meſmo el recelo, i la tardanza del otro, es vicioſo, pues tarde, o nunca aprovecha con el fruto de ſu ingenio, i eſtudio, a los que eſperan, i deſean ayudas, i egemplos ſemejantes para paſſar adelante en ſus egercicios. Huyendo deſtos dos inconvenientes no he publicado antes de aora eſte Libro,ni tampoco quiſe tenerle para mi ſolo mas tiempo guardado, pues para mas que para mi guſto ſolo le compuſo mi entendimiento. Bien sè lo que ſuele condenarſe exceder nadie en la materia del eſtilo que deve guardarſe en ella, pues el Principe de la Poeſia Latina fue calumniado en algunas de ſus Eglogas, por averſe levantado mas que en las otras, i aſsi no temerè mucho que alguno condene aver mezclado razones de Filoſofia entre algunas amoroſas de Paſtores, que pocas veces ſe levantan a mas que tratar coſas de campo, i eſto con ſu acoſtumbrada llaneza. Mas advirtiendo, (como en el diſcurſo de la Obra alguna vez ſe hace) que muchos de los disfrazados Paſtores della, lo eran ſolo en el habito, queda llana eſta objeccion. Las demàs que en la invencion, i en la diſpoſicion ſe pudieren poner, diſculpelas la intencion ſegura del que leyere, como lo harà ſiendo diſcreto, i la voluntad del autor,que fue de agradar, haciendo en eſto lo que pudo, i alcanzò, que ya que en eſta parte la obra no reſponda a ſu deſeo, otras ofrece para adelante de mas guſto, i de mayor artificio.

DE

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO, al Autor.

SONETO.

MIentras del yugo Sarracino anduvo
Tu cuello preso, i tu cerviz domada;
I alli tu alma al de la fè amarrada
A mas rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozòse el Cielo; mas la tierra estuvo
Casi viuda sin ti, i desamparada
De nuestras Musas la Real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana, i tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas barbaras confusas.
Descubre claro tu valor el Cielo,
Gozase el mundo en tu felice buelta,
I cobra España las perdidas Musas.

DE DON LUIS DE BARGAS MANRIQUE.

SONETO.

HIcieron muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervantes, los Dioses soberanos;
I qual primera, dones immortales,
Sin tassa os repartiò naturaleza.
Jove su rayo os diò, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales;
Diana en exceder a los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las Historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve;
Cupido, i Venus todos sus amores.
Apolo las Canciones concertadas,
Su Ciencia las hermanas todas nueve;
I al fin el Dios silvestre sus Pastores.

DE

SONETO.

SAlen del mar, i buelven a ſus ſenos
Deſpues de una velòz larga carrera,
Como a ſu madre univerſal primera,
Los hijos della largo tiempo agenos.
Con ſu partida no la hacen menos,
Ni con ſu buelta à mas ſobervia, i fiera,
Porque tiene quedandoſe allà entera
De ſu humor ſiempre ſus eſtanques llenos.
La mar ſois vos, o Galatea eſtremada,
Los rios, los loores, premio, i fruto
Con que alcanzais la mas iluſtre vida:
Por mas que deis, jamàs ſereis menguada,
I menos quando os dèn todos tributo,
Con èl vendreis a veros mas crecida.

PRI-

PRIMERO LIBRO DE GALATEA.



Mientras que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mio,
En eco amargo del cansado aliento,
Responde el monte, el prado, el llano, el rio,
Demos al sordo, i presuroso viento
Las quejas, que del pecho ardiente, i frio
Salen à mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.

Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, i de este prado,
Las variadas flores son abrojos,
I espinas, que en el alma se han entrado;
No escucha el alto monte mis enojos,
I el llano de escucharlos se ha cansado,
I assi un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.

Creì que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que a los Dioses prende,
I la furia, i rigor de su saeta,
Que assi ofendiera como a mi me ofende,
Al sugeto sin par, que me sugeta;
Mas contra un alma, que es de marmol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo, i flecha.

Yo sì, que al fuego me consumo, i quemo,
I al lazo pongo humilde la garganta,

I a la red invisible, poco temo,
I el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soi llegado a tal estremo,
A tanto daño, a desventura tanta,
Que tengo por mi gloria, i mi sosiego,
La saèta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio pastor, en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostrò tan liberal, quanto la fortuna, i el amor escasos: aunque los discursos del tiempo consumidor, i renovador de las humanas obras, le trugeron a terminos, que tuvo por dichosos los infinitos, i desdichados, en que se avia visto; i en los que su deseo le avian puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida. I aunque en el pastoral, i rustico egercicio criada, fue de tan alto, i subido entendimiento, que las discretas damas en los Reales Palacios crecidas, i al discreto trato de la Corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, asi en la discrecion, como en la hermosura, por los infinitos, i ricos dones, con que el Cielo a Galatea avia adornado. Fue querida, i con entrañable ahinco amada de muchos pastores, i ganaderos, que por las riberas de Tajo su ganado apacentaban: entre los quales, se atreviò a quererla, el gallardo Elicio, con tan puro, i sincero amor, quanto la virtud, i honestidad de Galatea permitìa. De Galatea, no se entiende que aborreciesse a Elicio, ni menos que le amasse; porque a veces, casi como convencida, i obligada a los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subìa al Cielo: i otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñava, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes, i virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia, i bondad de Galatea, para no amarse. Por lo uno, Galatea no deshechava de todo punto a Elicio: por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar a Galatea. Pareciale a Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amava, que serìa demasiada ingratitud, no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginavase Elicio, que pues Galatea no desdeñava sus servicios, que tendrian buen sucesso sus deseos; i quando estas imaginaciones le avivavan la esperanza, hallavase tan contento, i atrevido

que

que mil veces quiso descubrir a Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma trahia. I tal el suyo mostrava, que al enamorado Pastor se le elavan las palabras en la boca, i quedavase solamente con el gusto de aquel primer movimiento; por parecerle que a la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiessen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ella se transformasse. Con estos altibajos de su vida, la passava el Pastor tan mala, que a veces tuviera por bien el mal de perderla, a trueco de no sentir el que le causava no acabarla. Y asi un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallandose en medio de un deleitoso prado, combidado de la soledad, y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un polido rabel (al son del qual sus querellas al Cielo cantando comunicava) con voz en estremo buena cantò los versos siguientes.

Amoroso pensamiento
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvio,
Ni ensobervezca el contento.
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfia)
No huyas el alegria,
Ni menos cierres la puerta
Al llanto que amor embia.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera;
Sino muerte en la caida.
Essa vana presuncion
En dos cosas pararà,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagarà
Tus deudas el corazon.

Dèl naciste, i en naciendo
Pecaste, i pagalo èl,
Huyes dèl, i si pretendo
Recogerte un poco en èl,
Ni te alcanzo, ni te entiendo.
Esse buelo peligroso
Con que te subes al Cielo
(Sino fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso, i tu reposo.

Diràs, que quien biẽ se emplea,
I se ofrece a la ventura,
Que no es posible que sea
Del tal juzgado a locura,
El brio de que se arrea.
I que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Quanto mas si le conviene
Al alma, i al corazon.

Yo lo tengo afsi entendido,
Mas quiero defengañarte,
Que es feñal fer atrevido,
Tener de amor menos parte,
Que el humilde, i encogido.
Subes tras una beldad,
Que no puede fer mayor.
No entiendo tu calidad,
Que puedas tener amor
Con tanta defigualdad.

Que fi el penfamiento mira
Un fugeto levantado,
Contemplalo, i fe retira
Por no fer cafo acertado
Poner tan alta la mira.

Quanto mas que el amor nace
Junto con la confianza,
I en ella fe ceba, i pace,
I en faltando la efperanza
Como niebla fe deshace.

Pues tu que ves tan diftante
El medio del fin que quieres,
Sin efperanza, i conftante,
Si en el camino murieres,
Moriràs como ignorante.
Pero no fe te dè nada,
Que en efta empreffa amorofa
Do la caufa es fublimada,
El morir es vida honrofa,
La pena gloria eftremada.

No dejàra tan prefto el agradable canto el enamorado Elicio, fino fonaran a fu derecha mano las voces de Eraftro, que con el rebaño de fus cabras, àcia el lugar donde eftava fe venìa. Era Eraftro un ruftico Ganadero; pero no le valiò tanto fu ruftica, i felvatica fuerte, que defendieffe que de fu robufto pecho el blando amor no tomaffe entera pofsefsion, haciendole querer mas que a fu vida a la hermofa Galatea, a la qual fus querellas (quando ocafion fe le ofrecìa) declarava. I aunque ruftico, era (como verdadero enamorado) en las cofas del amor tan difcreto, que quando en ellas hablava, parecìa que el mifmo amor fe las moftrava, i por fu lengua las proferìa: pero con todo effo (puefto que de Galatea eran efcuchadas) eran en aquella cuenta tenidas, en que las cofas de burla fe tienen. No le dava a Elicio pena la competencia de Eraftro, porque entendìa del ingenio de Galatea, que a cofas mas altas la inclinava, antes tenìa laftima, i embidia a Eraftro. Laftima en vèr que al fin amava, i en parte donde era impofsible coger el fruto de fus defeos. Embidia por parecerle que quizà no era tal fu entendimiento, que dieffe lugar al alma a que fintieffe los defdenes, o favores de Galatea. De fuerte, o que los unos le acabaffen, o los otros lo enloquecieffen. Venìa Eraftro acompañado de fus maftines fieles guardadores de las fimples ovejuelas, que debajo de fu amparo eftàn feguras de los carniceros dientes de

los

los hambrientos lobos. Holgandose con ellos, i por sus nombres los llamava, dando a cada uno el titulo que su condicion, i animo merecìa. A quien llamava Leon, a quien Gavilán, a quien Robusto, a quien Manchado, i ellos como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniendose para èl davan a entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegò Erastro, adonde de Elicio fuè agradablemente recebido, i aun rogado, que si en otra parte no avia determinado de passar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estavan era tã aparejada para ello, no le fuesse enojoso passarla en su compañia. Con nadie, respondiò Erastro, la podrìa yo tener mejor que contigo, Elicio: si yà ni fuesse con aquella que està tan enrobrescida a mis demandas, quan hecha encina a tus continuos quexidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar a sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes, las tiernas yervezuelas del ervoso llano. I como Erastro por muchas, i descubiertas señales, conocia claramente que Elicio à Galatea amava, i que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocìa esta verdad en medio de sus platicas, entre otras razones le dijo las siguientes.

No sè, gallardo, i enamorado Elicio, si avrà sido causa de darte pesadumbre, el amor que a Galatea tengo, i si lo ha sido, deves perdonarme, porque jamàs imaginè de enojarte: ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia, o cruda roña consuma, i acabe mis retozadores chibatos, i mis ternezuelos corderillos, quando dejaren las tetas de las queridas madres; no hallen en el verde prado para sustentarse, sino amargos truenos, i ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, i si otras tantas no he andado a los Medicos, i Curas del lugar, a que me diessen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sè que bevedizos de paciencia: los otros dicen, que me encomiende a Dios que todo lo cura, o que todo es locura.

Permiteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro, que si tu con tus habilidades, i estremadas gracias, i razones no la ablandas, mal podrè yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoi obligado a tu merecimiento: que puesto que no me la diesses, tan imposible serìa dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojassen: ni

el sol con sus peinados cab ellos no nos alumbrasse. No pudo dejar de reirse Elicio de las razones de Erastro, i del comedimiento con que la licencia de amar a Galatea le pedia: i asi le respondiò. No me pesa a mi Erastro que tu ames a Galatea: pesame bien de entender de su condicion que podràn poco para con ella tus verdaderas razones, i no fingidas palabras. Dete Dios tan buen sucesso en tus deseos, quanto merece la sinceridad de tus pensamientos. I de aqui adelante no deges por mi respeto de querer a Galatea, que no soi de tan ruin condicion, que ya que a mi me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan. Antes te ruego, por lo que deves a la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion i amistad: pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado. Anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados. Tu al son de tu zampoña publicaràs el contento, o pena que el alegre, o triste rostro de Galatea te causare. Yo al de mi rabel en el silencio de las sossegadas noches, o en el calor de las ardientes siestas, a la fresca sombra de los verdes arboles de que esta nuestra ribera està tan adornada, te ayudarè a llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los mios.

I para señal de nuestro buen proposito, i verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras destos arboles, i el sol àcia el Ocidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, i demos principio al egercicio que de aqui adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro, antes con muestras de estraño contento por verse en tanta amistad con Elicio, sacò su zampoña, i Elicio su rabel, i comenzando el uno, i replicando el otro, cantaron lo que se sigue.

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente
Ingrato amor me sugetaste el dia
Que los cabellos de oro, i bella frente
Mirè del sol que al sol escurecia.
Tu sosiego cruel, qual de serpiente
En las rubias madejas se escondia,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine a beverle por los ojos.

ERAS-

ERASTRO.

Atonito quedè i embelesado,
Como estava sin voz de piedra dura;
Quando de Galatea el estremado
Donaire vi, la gracia i hermosura;
Amor me estava en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (ai muerte dura)
Haciendome una puerta por do entrasse
Galatea, i el alma me robasse.

ELICIO.

Con què milagro, Amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue;
I de la llaga interna que le has hecho,
Crecida gloria muestra que consigue?
Còmo el daño que haces es provecho?
Còmo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efetos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, o hecho por tal arte,
Que si uno en èl se mira, retratados
Se vè una multitud en cada parte:
Quantos nacen cuidados, i cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia a su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve, i colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno;
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, i a do estarà in eterno
La voz qual la de Orfeo poderosa,
De suspender las furias del infierno,
I otras cosas que vì quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos megillas,
I el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegò à sus maravillas,
Dos rayos, dos hileras estremadas
De perlas entre grana, i si ai decillas,
Mil gracias, que no tienen par, ni cuento,
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo, i no me abraso, vivo, i muero,
Estoi lejos, i cerca de mi mismo,
Espero en solo un punto, i desespero,
Subome al Cielo, baxome al abismo,
Quiero lo que aborrezco, blando, i fiero;
Me pone el amaros parasismo:
I con estos contrarios passo a passo,
Cerca estoi ya del ultimo traspasso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo quanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me bolviera
El alma, i corazon que me ha robado:
I despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilàn con el Manchado:
Pero como ella deve de ser Diosa,
El alma querrà mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte, o sino,
Quererle derribar por fuerza, o arte,
O diligencia humana, es desatino.
Deves de su ventura contentarte,
Que aunque mueras sin ella, yo imagino,
Que no ai vida en el mũdo mas dichosa,
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya ſe aparejava Eraſtro, para ſeguir adelante en ſu canto, quando ſintieron por un eſpeſo montecillo que a ſus eſpaldas eſtava, un no pequeño eſtruendo i ruido : i levantandoſe los dos en pie por ver lo que era, vieron que del monte ſalia un paſtor corriendo a la mayor prieſſa del mundo , con un cuchillo deſnudo en la mano , i la color del roſtro mudada : i que tras el venia otro ligero paſtor , que a pocos paſſos alcanzò al primero , i aſsiendole por el cabezon del pellico , levantò el brazo en el aire quanto pudo , i un agudo puñal que ſin baina traia , ſe le eſcondiò dos veces en el cuerpo , diciendo: recibe, ò mal lograda Leonida, la vida deſte traidor , que en venganza de tu muerte ſacrifico. I eſto fue con tanta preſteza , que no tuvieron lugar Elicio , i Eraſtro de eſtorvarſelo , porque llegaron a tiempo que ya el herido paſtor dava el ultimo aliento, embuelto en eſtas pocas, i mal formadas palabras. Dejaraſme, Liſandro, ſatisfacer al cielo con mas largo arrepentimiento , el agravio que te hice , i deſpues quitaraſme la vida que agora por la cauſa que he dicho , mal contenta deſtas carnes ſe aparta : i ſin poder decir mas , cerrò los ojos en ſempiterna noche. Por las quales palabras imaginaron Elicio i Eraſtro, que no con pequeña cauſa avia el otro paſtor egecutado en èl tan cruda i violenta muerte. I por mejor informarſe de todo el ſuceſſo , quiſieran preguntarſelo al paſtor homicida : pero èl con tirado paſſo , dejando al paſtor muerto , i a los dos admirados, ſe tornò a entrar por el montecillo adelante. I queriendo Elicio ſeguirle , i ſaber dèl lo que deſeava , le vieron tornar a ſalir del boſque , i eſtando por buen eſpacio deſviado dellos , en alta voz les dixo : Perdonadme comedidos paſtores , ſi yo no lo he ſido en aver hecho en vueſtra preſencia lo que aveis viſto, porque la juſta i mortal ira que contra eſſe traidor tenia concebida, no me diò lugar a mas moderados diſcurſos. Lo que os aviſo es, que ſino quereis enojar à la deidad que en el alto cielo mora , no hagais las obſequias i plegarias acoſtumbradas por el alma traidora de aqueſſe cuerpo que delante teneis, ni a èl deis ſepultura, ſi ya aqui en vueſtra tierra no ſe acoſtumbra darla a los traidores : i diciendo eſto a todo correr ſe bolviò a entrar por el monte , con tanta prieſſa que quitò la eſperanza a Elicio de alcanzarle, aunque le ſiguieſſe, i aſsi ſe bolvieron los dos con tiernas entrañas , a hacer el piadoſo oficio, i dar ſepultura como mejor pudieſſen al miſerable cuerpo que tan repentinamente avia acabado el curſo de ſus cortos

tos dias. Erastro fue a su cabaña, que no lejos estava, i trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estava, i dandole el ultimo Vale, le pusieron en ella. I no sin compassion de su desdichado caso, se bolvieron a sus ganados, i recogiendolos con alguna priessa, porque ya el sol se entrava a mas andar por las puertas del Ocidente, se recogieron a sus acostumbrados alvergues, donde no su sossiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar a Elicio de pensar, que causas avian movido a los dos pastores para venir a tan desesperado trance. I ya le pesava de no aver seguido al pastor homicida, i saber dèl si fuera possible lo que desseava. Con este pensamiento, i con los muchos que sus amores le causavan, despues de aver dejado en segura parte su rebaño, se saliò de su cabaña, como otras veces solia, i con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo demostrava, se entrò por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar, adonde en el silencio de la noche, con mas quietud pudiesse soltar la rienda a sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que a los tristes imaginativos corazones ninguna cosa le es de mayor gusto que la soledad despertadora de memorias tristes, o alegres. I assi yendose poco a poco, gustando de un templado Cefiro, que en el rostro le heria, lleno de suavissimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estava colmado, al passar por ellas blandamente robava embuelto en el ayre delicado, oyò una voz, como de persona que dolorosamente se quejaba, i recogiendo, por un poco, en sì mismo el aliento, porque el ruido no le estorvasse de oìr lo que era, sintiò que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas de èl estavan, la entristecida voz salìa. I aunque interrota de infinitos suspiros, entendiò que estas tristes razones pronunciava. Cobarde, i temeroso brazo, enemigo mortal de lo que a ti mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza, sino de ti mismo. De què te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado; porque no ai cosa mas fuera de remedio, que nuestra desventura: pues quien la pudiera hacer buena, la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud, ofreciò la vida al carnicero cuchillo, que se la quitasse por la traicion del malvado Carino, que oi con perder la suya, avrà aplacado en parte a aquella venturosa alma de

de Leonida, ſi en la celeſte parte donde mora, puede caber deſeo de venganza alguna. Ha Carino, Carino, ruego yo a los altos Cielos (ſi dellos las juſtas plegarias ſon oìdas) que no admitan la diſculpa (ſi alguna dieres) de la traicion que me hiciſte, i que permitan que tu cuerpo carezca de ſepultura, aſsi como tu alma careciò de miſericordia. I tu hermoſa, i mal lograda Leonida, recibe en mueſtra del amor que en vida te tuve, las lagrimas que en tu muerte derramo; i no atribuyas a poco ſentimiento, el no acabar la vida, con el que de tu muerte recibo: pues ſerìa poca recompenſa a lo que devo, i deſeo ſentir, el dolor que tan preſto ſe acabaſſe. Tu veràs (ſi de las coſas de acà tienes cuenta) como eſte miſerable cuerpo, quedarà un dia conſumido del dolor, poco, a poco, para mayor pena, i ſentimiento: bien anſi, como la mojada, i encendida polvora, que ſin hacer eſtrepito, ni levantar llama en alto, entre sì meſma ſe conſume, ſin dejar de sì, ſino el raſtro de las conſumidas cenizas. Dueleme, quanto puede dolerme, o alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obſequias, i honras que a tu bondad, i virtud convenian. Pero yo te prometo, i juro, que el poco tiempo (que ſerà bien poco) que eſta apaſsionada anima mia rigiere la peſada carga deſte miſerable cuerpo, i la voz canſada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra coſa en mis triſtes, i amargas canciones, que de tus alabanzas, i merecimientos. A eſte punto ceſsò la voz, por la qual Elicio conociò claramente, que aquel era el paſtor homicida, de que recibiò mucho guſto, por parecerle que eſtava en parte donde podria ſaber dèl lo que deſeava. I queriendo llegar mas cerca, huvo de tornarſe a parar, porque le pareciò que el paſtor templava un rabel, i quiſo eſcuchar primero, ſi al ſon dèl alguna coſa dirìa: i no tardò mucho, que con ſuave, i acordada voz oyò que deſta manera cantava.

LISANDRO.

O alma venturoſa,
Que del humano velo,
Libre al alta region viva volaſte,
Dejando en tenebroſa
Carcel de deſconſuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaſte.

Sin

Sin ti, eſcura dejaſte
La luz clara del dia,
Por tierra derribada,
La eſperanza fundada
En el mas firme aſsiento de alegria;
En fin con tu partida,
Quedò vivo el dolor, muerta la vida;

Embuelto en tus deſpojos,
La muerte ſe ha llevado
El mas ſubido eſtremo de belleza;
La luz de aquellos ojos,
Que en averte mirado
Tenian encerrada ſu riqueza;
Con preſta ligereza
Del alto penſamiento,
I enamorado pecho,
La gloria ſe ha deshecho
Como la cera al ſol, o niebla al viento;
I toda mi ventura
Cierra la piedra de tu ſepultura.

Còmo pudo la mano
Inexorable, i cruda,
I el intento cruel, facinoroſo;
Del vengativo hermano,
Dejar libre, i deſnuda
Tu alma del mortal velo hermoſo?
Por què tuvo el repoſo
De nueſtros corazones?
Que ſino ſe acabaran,
En uno ſe juntaran,
Con honeſtas, i ſantas condiciones;
Ai fiera mano eſquiva
Còmo ordenaſte que muriendo viva!

En llanto ſempiterno,
Mi anima mezquina,
Los años paſſarà meſes, i dias,

La tuya en gozo eterno,
I edad firme, i contina,
No temerà del tiempo las porfias,
Con dulces alegrias,
Veràs firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida,
I si puede caber en tu memoria,
Del suelo no perderla,
De quien tantos te amò deves tenerla.

Mas, o quan simple he sido!
Alma bendita, i bella,
De pedir que te acuerdes, ni aun burlando
De mi que te he querido,
Pues sè que mi querella,
Se irà con tal favor eternizando.
Mejor es, que pensando
Que soi de ti olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Haga que se deshaga
Con el dolor, la vida que ha quedado;
Con tan estraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro,
Con otras almas santas,
Alma de aquel seguro bien eterno,
Alto rico tesoro,
Mercedes gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero,
Alli gozar espero,
Si por tus passos guio,
Contigo en paz entera
De eterna primavera,
Sin temor, sobresalto, ni desvio,
A esto me encamina,
Pues serà hazaña de tus obras dina.

Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas a tan buen deseo.

Aqui cessò la voz; pero no los suspiros del desdichado que cantado avia, i lo uno, i lo otro, fue parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quien era. I rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto a do la voz salìa, saliò a un pequeño prado, que todo en redondo, a manera de teatro, de espesissimas, e intrincadas matas estava ceñido, en el qual viò un pastor, que con estremado brio estava con el pie derecho delante, i el izquierdo atràs, i el diestro brazo levantado, a guisa de quien esperava hacer algun recio tiro. I assi era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas avia hecho, pensando ser alguna fiera (de là qual convenia defenderse el pastor del bosque) se avia puesto a punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su apostura su intento, antes que le efetuase, le dijo. Sossiega el pecho, lastimado pastor, que el que aqui viene trae el suyo aparejado a lo que mandarle quisieres, i quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lagrimas, i turbar el alivio, que de estàr solo se te podria seguir. Con estas blandas, i comedidas palabras de Elicio, se sossegò el pastor, i con no menos blandura, le respondiò, diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco qualquiera que tu seas, comedido pastor, pero si ventura quieres saber de mi, que nunca la tuve, mal podràs ser satisfecho. Verdad dices, respondiò Elicio, pues por las palabras, i quejas, que esta noche te he oìdo, muestras bien claro la poca, o ninguna que tienes, pero no menos satisfaràs mi deseo, con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos: i assi la fortuna te los dè en lo que deseas, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no lo impide: aunque para assegurarte, i moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto, que es razon las miserias que me contares. Esto te digo, porque sè que no ai cosa mas escusada, i aun perdida, que contar el miserable sus desdichas a quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondiò el pastor, a que te satisfaga en lo que me pides: assi, porque no imagines, que de poco, i acobardado animo nacen las quejas,

jas, i lamentaciones que dices que de mi has oìdo, como porque conozcas que aun es mui poco el fentimiento que mueftro, a la caufa que tengo de moftrarlo. Elicio fe lo agradeciò mucho, i defpues de aver paffado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando feñales Elicio de fer verdadero amigo del paftor del bofque, i conociendo èl que no eran fingidos ofrecimientos, vino a conceder lo que Elicio rogava. I fentandofe los dos fobre la verde yerva, cubiertos con el refplandor de la hermofa Diana, que en claridad aquella noche con fu hermano competir podìa; el paftor del bofque, con mueftras de un tierno dolor, comenzò a decir defta manera.

En las riberas de Betis, caudalofifsimo Rio, que la gran Vandalia enriquece, naciò Lifandro (que efte es el nombre defdichado mio) i de tan nobles padres, qual pluguiera al Soberano Dios, que en mas baja fortuna fuera engendrado: porque muchas veces la nobleza del linage, pone alas, i esfuerza el animo a levantar los ojos, adonde la humilde fuerte no offara jamàs levantarlos, i de tales atrevimientos fuelen fuceder a menudo femejantes calamidades, como las que de mi oiràs, fi con atencion me efcuchas. Naciò afsi mifmo en mi aldèa, una paftora, cuyo nombre era Leonida, fuma de toda la hermofura, que en gran parte de la tierra (fegun yo imagino) pudiera hallarfe. De no menos nobles, i ricos padres nacida, que fu hermofura, i virtud merecian. De do naciò, que por fer los parientes de entrambos, de los mas principales del lugar, i eftàr en ellos el mando, i governacion del Pueblo, la embidia (enemiga mortal de la foffegada vida) fobre algunas diferencias del govierno del Pueblo, vino a poner entre ellos cizaña, i mortalifsima difcordia. De manera, que el Pueblo fue dividido en dos parcialidades, la una feguia la de mis parientes, la otra la de los de Leonida. Con tan arraigado rencor, i mal animo, que no ha fido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenò pues la fuerte, para echar de todo punto el fello a nueftra amiftad, que yo me enamoraffe de la hermofa Leonida, hija de Parmindro, principal cabeza del vando contrario, i fue mi amor tan de veras, que aunque procurè con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia a paràr a quedar mas vencido, i fugeto. Poniafeme delante un monte de dificultades, que confeguir el fin de mi defeo me eftorvavan, como eran el mucho

valor de Leonida, la endurecida enemiſtad de nueſtros padres; las pocas coyunturas, o ninguna que ſe me ofrecian para deſcubrirle mi penſamiento. I con todo eſto, quando ponia los ojos de la imaginacion en la ſingular belleza de Leonida, qualquiera dificultad ſe allanava, de ſuerte que me parecia poco, romper por entre agudas puntas de diamantes, para llegar al fin de mis amoroſos, i honeſtos penſamientos.

Aviendo pues por muchos dias combatido conmigo meſmo, por vèr ſi podria apartar el alma de tan ardua empreſſa, i viendo ſer impoſsible, recogì toda mi induſtria a conſiderar con qual podria dar a entender a Leonida el ſecreto amor de mi pecho. I como los principios en qualquier negocio, ſean ſiempre dificultoſos, en los que tratas de amor ſon (por la mayor parte) dificultoſiſsimos: haſta que el meſmo amor, quando ſe quiere moſtrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que eſtàn mas cerradas, i aſsi ſe pareciò en mi, pues guiado por ſu penſamiento el mio, vine a imaginar, que ningun medio ſe ofrecia mejor a mi deſeo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una paſtora, que era en grande eſtremo amiga de Leonida, i muchas veces la una a la otra, en compañia de ſus padres, en ſus caſas ſe viſitavan. Tenia Silvia un pariente, que ſe llamava Carino, compañero mui familiar de Criſalvo, hermano de la hermoſa Leonida, cuya bizarria, i aſpereza de coſtumbres, le avian dado renombre de cruèl, i aſsi de todos los que le conocian, el cruèl Criſalvo era ordinariamente llamado: i ni mas, ni menos a Carino el pariente de Silvia, i compañero de Criſalvo, por ſer entremetido, i agudo de ingenio, el aſtuto Carino le llamavan, del qual, i de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos preſentes, i dadivas, forgè la amiſtad (al parecer) poſsible a lo menos de parte de Silvia, fuè mas firme de lo que yo quiſiera, pues los regalos, i favores, que ella con limpias entrañas me hacia (obligada de mis continuos ſervicios) tomò por inſtrumentos mi fortuna para ponerme en la deſdicha que agora me veo. Era Silvia hermoſa en eſtremo, i de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Criſalvo ſe moviò a amarla: i eſto yo no lo ſupe, ſino con mi daño, i de allì a muchos dias, i ya que con larga experiencia eſtuve ſeguro de la voluntad de Silvia. Un dia, ofreciendoſeme comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le deſcubrì la llaga

de

de mi lastimado pecho, diciendole, que aunque era tan profunda, i peligrosa, no la sentia tanto, solo por imaginar que en su solicitud estava el remedio de ella, advirtiendole ansi mismo el honesto fin a que mis pensamientos se encaminavan, que era juntarme por legitimo matrimonio con la bella Leonida: i que pues era causa tan justa, i buena, no se avia de desdeñar de tomarla a su cargo. En fin por no serte prolijo, el amor me ministrò tales palabras que le digesse, que ella, vencida de ellas, i mas por la pena que ella, como discreta, por las señales de mi rostro conociò que en mi alma morava, se determinò de tomar a su cargo mi remedio, i decir a Leonida lo que yo por ella sentìa, prometiendo de hacer por mi todo quanto su fuerza, e industria alcanzasse, puesto que se le hacìa dificultosa tal empressa, por la inimicicia grande que entre nuestros padres conocìa, aunque por otra parte imaginava poder dár principio al fin de sus discordias, si Leonida conmigo se casasse. Movida pues con esta buena intencion, i enternecida con lagrimas, que yo derramava, como ya he dicho, se aventurò a ser intercessora de mi contento, i discurriendo consigo, que entrada tendrìa para con Leonida, me mandò que le escriviesse una carta, la qual ella se ofrecìa a darla quando tiempo le pareciesse. Paregiòme a mi bien su parecer, i aquel mismo dia le embiè una, que por aver sido principio del contento que por su respuesta sentì, siempre la he tenido en la memoria: puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste, como es el en que agora me hallo. Recibiò la carta Silvia, i aguardava ocasion de ponerla en las manos de Leonida. No, dijo Elicio, (atajando las razones de Lisandro) no es justo que me deges de decir la carta que a Leonida embiaste, que por ser la primera, i por hallarte tan enamorado en aquella sazon, sin duda deve de ser discreta. I pues me has dicho que la tienes en la memoria, i el gusto que por ella grangeaste, no me lo niegues agora en no decirmela. Bien dices, amigo, respondiò Lisandro, que yo estava entonces tan enamorado, i temeroso, como agora descontento, i desesperado, i por esta razon me parece, que no acertè a decir alguna, aunque fue harto acertamiento que Leonida las creyesse las que en la carta ivan. Ya que tanto deseas saberlas, decìa de esta manera.

LISANDRO A LEONIDA.

Mientras que he podido (aunque con grandifsimo dolor mio) refiftir con las propias fuerzas a la amorofa llama que por ti , o hermofa Leonida , me abrafa , jamàs he tenido ardimiento (temerofo del fubido valor , que en tì conozco) de defcubrirte el amor que te tengo. Mas ya que es confumida aquella vîrtud que hafta aqui me ha hecho fuerte , hame fido forzofo defcubriendo la llaga de mi pecho , tentar con efcrivirte tu primero, i ultimo remedio. Que fea el primero , tu lo fabes , i de fer el ultimo eftà en tu mano , de la qual efpero la mifericordia que tu hermofura promete , i mis honeftos defeos merecen. Los quales , i el fin adonde fe encaminan conoceràs de Silvia que efta te darà. I pues ella fe ha atrevido (con fer quien es) a llevartela, entiende que fon tan juftos , quanto a tu merecimiento fe deven.

No le parecieron mal a Elicio las razones de la carta de Lifandro : el qual profiguiendo la hiftoria de fus amores, dijo: No paffaron muchos dias fin que efta carta vinieffe a las hermofas manosde Leonida , por medio de las piadofas de Silvia, mi verdadera amiga : la qual , junto con darfela , le dijo tales cofas , que con ellas templò en gran parte la ira , i alteracion que con mi carta Leonida avia recebido. Como fue decirle , quanto bien fe figuirìa , fi por nueftro cafamiento la enemiftad de nueftros padres fe acabava : i que el fin de tan buena intencion la avia de mover a no defechar mis defeos : quanto mas que no fe devìa compadecer con fu hermofura , dejar morir fin mas refpeto a quien tanto como yo la amava : añadiendo a eftas otras razones ; que Leonida conociò que lo eran. Pero por no moftrarfe al primer encuentro rendida , i a los primeros paffos alcanzada , no diò tan agradable refpuefta a Silvia como ella quifiera. Pero con todo efto , por intercefsion de Silvia , que a ello le forzò , refpondiò con efta carta que agora te dirè.

LEONIDA A LISANDRO.

Si entendiera , Lifandro , que tu mucho atrevimiento avia nacido de mi poca honeftidad , en mi mefma egecutàra la pena que tu culpa merece. Pero por affegurarme de efto , lo que yo de-

de mi conozco, vengo a conocer, que mas ha procedido tu osadìa de pensamientos ociosos, que de enamorados. I aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover a mi para remediallos, como a Silvia para creellos. De la qual tengo mas queja, por averme forzado a responderte, que de ti que te atreviste a escrivirme, pues el callar fuera digna respuesta a tu locura. Si te retraes de lo comenzado, haràs como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra, que con tus vanidades.

Esta fue la respuesta de Leonida, la qual, junto con las esperanzas que Silvia me diò, aunque ella parecìa algo aspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros passavan, no se descuìdava Crisalvo de solicitar a Silvia con infinitos mensages, presentes, i servicios: mas era tan fuerte, i desabrida la condicion de Crisalvo, que jamàs pudo mover a la de Silvia, a que un pequeño favor le diesse. De lo qual estava tan desesperado, e impaciente, como un agarrochado, i vencido toro. Por causa de sus amores avia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, aviendo los dos sido primero mortales enemigos. Porque en cierta lucha que un dia de una grande fiesta, delante de todo el Pueblo, los Zagales mas diestros del lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalvo, i maltratado. De manera, que concibiò en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo. I no menos lo tenìa contra otro hermano mio, por averle sido contrario un unos amores, de los quales mi hermano llevò el fruto que Carino esperava. Este rancor, i mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubriò ocasion como a un mesmo punto se vengasse de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenìa por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiesse. Crisalvo le adorava, porque favoreciesse sus pensamientos con Silvia. I era de suerte su amistad, que todas las veces que Leonida venìa à casa de Silvia, Carino la acompañava. Por la qual causa le pareciò bien a Silvia darle cuenta (pues era mi amigo) de los amores que yo con Leonida tratava, que en aquella sazon andavan ya tan vivos, i venturosos (por la buena intercesion de Silvia) que ya no esperavamos sino tiempo, i lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios desseos. Los quales sabidos de Carino, me tomò por

instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. teorque un dia (haciendo del leal con Crisalvo, i dandole a en nder que tenìa en mas su amistad que la honra de su parienta) le dijo, que la principal causa porque Silvia no le amava, ni favorecìa, era por estàr de mi enamorada, i que èl lo sabìa infaliblemente: i que ya nuestros amores ivan tan al descubierto, que si èl no huviera estado ciego de la passion amorosa, en mil señales lo huviera ya reconocido. I que para certificarse mas de la verdad que le decìa, que de alli adelante mirasse en ello, porque verìa claramente como (sin empacho alguno) Silvia me dava extraordinarios favores. Con estas nuevas deviò de quedar tan fuera de sì Crisalvo, como pareciò por lo que de ellas sucediò. De alli adelante Crisalvo traìa espìas, por vèr lo que yo con Silvia passava. I como yo muchas veces procurasse hallarme solo con ella, para tratar, no de los amores que èl pensava, sino de lo que a los mios convenìa; eranle a Crisalvo referidas, con otros favores (que de limpia amistad procedidos) Silvia a cada passo me hacia. Por lo que vino Crisalvo a terminos tan desesperados, que muchas veces procurò matarme, aunque yo no pensava que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser èl hermano de Leonida, tenìa yo mas cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto, que si yo con su hermana me casava, tendrian fin nuestras enemistades, de lo que èl estava bien ageno, antes se pensava que por serle yo enemigo avia procurado tratar amores con Silvia, i no porque yo bien la quisiesse. I esto le acrecentava la colera, i enojo de manera que le sacava de juicio, aunque el tenìa tan poco, que poco era menester para acabarselo. I pudo tanto en èl este mal pensamiento, que vino a aborrecer a Silvia tanto, quanto la avia querido, solo porque a mi me favorecìa, no con la voluntad que el pensava, sino como Carino le decìa. I assi en qualesquier corrillos, i juntas que se hallava, decìa mal de Silvia, dandole titulos, i renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion, i la bondad de Silvia, davan poco, o ningun credito a sus palabras. En este modio avia concertado Silvia con Leonida, que los dos nos desposassemos: i que para que mas a nuestro salvo se hiciesse, serìa bien que un dia que con Carino Leonida viniesse a su casa, no bolviesse por aquella noche a las de sus padres, sino que desde

alli

allì en compañia de Carino se fuesse a una aldèa, què media legua de la nuestra estava, donde unos ricos parientes mios vivian, en cuya casa con mas quietud podiamos poner en efeto nuestras intenciones. Porque si del sucesso de ellas los padres de Leonida no fuessen contentos, a lo menos estando ella ausente serìa mas facil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, i dando cuenta dèl a Carino, le ofreciò (con muestras de grandissimo animo) que llevarìa a Leonida a la otra aldèa, como ella fuesse contenta. Los servicios que yo hice a Carino por la buena voluntad que mostrava, las palabras de ofrecimiento que le dige, los abrazos que le dì, me parece que bastàran a deshacer en un corazon de acero qualquiera mala intencion que contra mi tuviera. Pero el traidor de Carino, echando a las espaldas mis palabras, obras, i promessas, sin tener cuenta con la que a sì mismo debia, ordenò la traìcion que agora oiràs. Informado Carino de la voluntad de Leonida, i viendo ser conforme a la que Silvia le avia dicho, ordenò que la primera noche que (por las muestras del dia) entendiessen que avia de ser escura, se pusiesse por obra la ida de Leonida, ofreciendose de nuevo a guardar el secreto, i lealtad possible.

Despues de hecho este concierto que has oìdo, se fue a Crisalvo (segun despues acà he sabido) i le dijo, que su parienta Silvia iva tan adelante en los amores que conmigo traìa, que en una cierta noche avia determinado de sacarla de casa de sus padres, i llevarla a la otra aldèa, do mis parientes moravan, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos, en Silvia por la poca cuenta que de sus servicios avia hecho, en mi por nuestra vieja enemistad, i por el enojo que le avia hecho en quitarle a Silvia, pues por solo mi respeto le dejava. De tal manera le supo encarecer, i decir Carino lo que quiso, que con mucho menos a otro corazon, no tan cr[illegible]mo el suyo, moviera a qualquier mal pensamiento. Llega[illegible]es ya el dia (que yo pensè que fuera el de mi mayor contento) dejando dicho a Carino (no lo que hizo) sino lo que avia de hacer, me fuì a la otra aldèa a dar orden como recibir a Leonida. I fue el dejarla encomendada a Carino, como quien deja a la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, o la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilàn que la despedace. Ai amigo; que llegando a este passo con la imaginacion, no sè como tengo fuerzas para sostener la vi-

da, ni pensamiento para pensarlo, quanto mas lengua para decirlo. Ai mal aconsejado Lisandro, còmo, i no sabias tu las condiciones dobladas de Carino? Mas quien no se fiara de sus palabras, aventurando èl tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? Ai mal lograda Leonida, quan mal supe gozar de la merced que me heciste en escogerme por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabràs, discreto pastor, que la noche que Carino avia de traer consigo a Leonida a la aldèa, donde yo la esperava, èl llamò a otro pastor, (que devia de tener por enemigo, aunque èl se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion) el qual Libeo se llamava, i le rogò que aquella noche le hiciesse compañia, porque determinava llevar una pastora, su aficionada, a la aldèa, que te he dicho, donde pensava desposarse con ella. Libeo, que era gallardo, i enamorado, con facilidad le ofreciò su compañia. Despidiòse Leonida de Silvia con estrechos abrazos, i amorosas lagrimas, como presaga que avia de ser la ultima despedida. Devia de considerar entonces la sin ventura la traicion que a sus padres hacia, i no la que a ella Carino le ordenava. I quan mala cuenta dava de la buena opinion que della en el pueblo se tenia. Mas passando de passo por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregò a la guardia de Carino, que adonde yo la aguardava la trugesse Quantas veces se viene a la memoria (llegando a este punto) lo que soñè el dia, que le tuviera yo por dichoso, si en èl feneciera la cuenta de los de mi vida. Acuerdome que saliendo del aldèa un poco antes que el sol acabasse de quitar sus rayos de nuestro Orizonte, me sentè al pie de un alto fresno en el mesmo camino por donde Leonida avia de venir, esperando que cerrasse algo mas la noche para adelantarme, i recebilla, i sin saber como, i sin yo quererlo, me quedè dormido; i apenas huve entregado los ojos al sueño, quando me pareciò que el arbol, donde estava arrimado, rindiendose a la furia de un recisimo viento que soplava, desarraigando las hondas raìces de la tierra, sobre mi cuerpo se caìa, i que procurando yo evadirme del grave peso, a una, i a otra parte me rebolvia: i estando en esta pesadumbre, me pareciò vèr una blanca cierva junto a mi, a la qual yo ahincadamente suplicava que como mejor pudiesse, apartasse de mis ombros la pesada carga: i que queriendo ella, movida de compasion, hacerlo,
al

al mifmo inftante faliò un fiero Leon del bofque, i cogiendola entre fus agudas uñas, fe metìa con ella por el bofque adelante; i que defpues que con gran trabajo me avia efcapado del grave pefo, la iba a bufcar al monte, i la hallava defpedazada, i herida por mil partes: de lo qual tanto dolor fentìa, que el alma fe me arrancava, folo por la compafsion que ella avia moftrado de mi trabajo: i anfi comencè a llorar entre fueños, de manera que las mifmas lagrimas me defpertaron; i hallando las megillas bañadas del llanto, quedè fuera de mi, cônfiderando lo que avia foñado; pero con la alegria que efperava tener de vèr a mi Leonida, no echè de vèr entonces que la fortuna entre fueños me moftrava lo que de alli a poco rato defpierto me avia de fuceder. A la fazon que yo defpertè, acabava de cerrar la noche con tanta efcuridad, con tan efpantofos truenos, i relampagos, como convenìa para cometerfe con mas facilidad la crueldad que en ella fe cometiò. Afsi como Carino faliò de cafa de Silvia con Leonida, fe la entregò a Libeo, diciendole, que fe fueffe con ella por el camino de la aldèa que he dicho: i aunque Leonida fe alterò de vèr a Libeo, Carino la affegurò, que no era menor amigo mio Libeo que èl propio, i que con toda feguridad podìa ìr con èl poco a poco, en tanto que èl fe adelantava a darme a mi las nuevas de fu llegada. Creyò la fimple (en fin, como enamorada) las palabras del falfo Carino, i con menor recelo del que convenìa, guiada del comedido Libeo, tendìa los temerofos paffos para venir a bufcar el ultimo de fu vida, penfando hallar el mejor de fu contento. Adelantòfe Carino de los dos, como ya te he dicho, i vino a dàr avifo a Crifalvo de lo que paffava, el qual, con otros quatro parientes fuyos, en el mifmo camino por donde avian de paffar (que todo era cerrado de bofque, de una, i otra parte) efcondidos eftavan: i dijoles como Silvia venìa, i folo yo que la acompañava, i que fe alegraffen de la buena ocafion que la fuerte les ponia en las manos para vengarfe de la injuria que los dos le aviamos hecho, i que èl ferìa el primero que en Silvia (aunque era parienta fuya) provaffe los filos de fu cuchillo. Apercebieronfe luego los cinco crueles carniceros para colorarfe en la innocente fangre de los dos, que tan fin cuidado de traicion femejante por el camino fe venian; los quales llegados a do la celada eftava, al inftante fueron con ellos los perfidos homicidas, i

cerraronlos en medio : Crisalvo se llegò a Leonida, pensando ser Silvia, i con injuriosas, i turbadas palabras, con la infernal colera que le señoreava, con seis mortales heridas la dejò tendida en el suelo, a tiempo que ya Libeo por los otros quatro (creyendo que a mi me las davan) con infinitas puñaladas se rebolcava por la tierra: Carino que viò quan bien avia salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitò delante; i los cinco traìdores contentissimos, como si huvieran hecho alguna famosa hazaña, se bolvieron a su Aldèa, i Crisalvo se fue a casa de Silvia a dar èl mesmo a sus padres la nueva de lo que avia hecho, por acrecentarles el pesar, i sentimiento: diciendoles, que fuessen a dar sepultura a su hija Silvia, a quien el avia quitado la vida, por aver hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia que sintiò lo que Crisalvo decìa (dandole el alma lo que avia sido) le dijo como ella estava viva, i aun libre de todo lo que la imputava, i que mirasse no huviesse muerto a quien le doliesse mas su muerte que perder èl mismo la vida. I con esto le dijo, que su hermana Leonida se avia partido aquella noche de su casa en trage no acostumbrado. Atonito quedò Crisalvo de vèr a Silvia viva, teniendo èl por cierto que la dejava ya muerta, i con un pequeño sobresalto acudiò luego a su casa, i no hallando en ella a su hermana, con grandissima confusion, i furia, bolviò èl solo a vèr quien era la que avia muerto, pues Silvia estava viva. Mientras todas estas cosas passavan, estava yo con una ansia estraña esperando a Carino, i Leonida; i pareciendome que ya tardavan mas de lo que devian, quise ir a encontrarlos, o a saber si por algun caso aquella noche se avian detenido, i no anduve mucho por el camino, quando oì una lastimada voz, que decia: O Soberano hacedor del Cielo, encoge la mano de tu justicia, i abre la de tu misericordia para tenerla de esta alma, que presto te darà cuenta de las ofensas que te ha hecho. Ai Lisandro, Lisandro, i como la amistad de Carino te costarà la vida, pues no es possible que te la acabe el dolor de averla yo por ti perdido! Ai cruel hermano! Es possible que sin oìr mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Quando estas razones oì, en la voz, i en ellas conocì luego ser Leonida la que las decia. I presagio de mi desventura, con el sentido turbado, fuì a tiento a dar adonde Leonida estava embuelta en su propria

pria sangre, i aviendola conocido luego, dejandome caer sobre el herido cuerpo (haciendo los estremos de dolor posible) le dige: què desdicha es èsta, bien mio? Anima mia, qual fuè la cruel mano que no ha tenido respeto a tanta hermosura? En estas palabras fuì conocido de Leonida; i levantando, con gran trabajo, los cansados brazos, los echò por cima de mi cuello, i apretando con la mayor fuerza què pudo, juntando su boca con la mia, con flacas, i mal pronunciadas razones, me dijo solas estas: Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo està sin vida, la qual te dè Dios a tì, Lisandro mio, largos i felices años, i a mi me dege gozar en la otra del reposo que aqui me ha negado; i juntando mas su boca con la mia, aviendo cerrado los labios para darme el primero i ultimo beso, al abrillos se le saliò el alma, i quedò muerta en mis brazos. Quando yo lo sentì, abandonandome sobre el cuerpo, quedè sin ningun sentido. I si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera el lamentable de Piramo, i Tisbe trugera a la memoria. Mas despues que bolvì en mi, abriendo ya la boca para llenar el aire de voces, i suspiros, senti que àcia donde yo estava venia uno con apresurados passos: i llegando cerca, (aunque la noche hacia escura) los ojos del alma me dieron a conocer, que el que alli venia era Crisalvo, como era la verdad: èl tornava a certificarse, si por ventura era su hermana Leonida la que avia muerto. I como yo le conocì, sin que de mi se guardasse, lleguè a èl como sañudo leon, i dandole dos heridas, dì con èl en tierra: i antes que acabasse de espirar, le llevè arrastrando adonde Leonida estava, i poniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano traìa, (que era el mismo con que ella avia muerto) ayudandole yo a ello, tres veces se le hinque por el corazon. I consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme tomè sobre mis hombros el cuerpo de Leonida, i llevele a la aldèa donde mis parientes vivian. I contandoles el caso, les roguè le diessen honrada sepultura, i luego determinè de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo, el qual, por averse ausentado de nuestra aldea, se ha tardado hasta hoi que le hallè a la salida deste bosque, despues de aver seis meses que ando en su demanda: èl ha hecho ya el fin que su tracicion merecia: i a mi no me queda ya de quien tomar venganza, sino es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, Pastor, la causa de do proceden los lamentos

que

que me has oìdo. Si te parece que es baſtante para cauſar mayores ſentimientos, a tu buena diſcrecion dejo que lo conſidere. I con eſto diò fin a ſu platica, i principio a tantas lagrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañia en ellas; pero deſpues que por largo eſpacio avian desfogado con tiernos ſuſpiros, el uno la pena que ſentìa, el otro la compaſsion que de ella tomava, Elicio comenzò, con las mejores razones que ſupo, a conſolar a Liſandro, aunque era ſu mal tan ſin conſuelo, como por el ſuceſſo de èl avia viſto: i entre otras coſas que le dijo, i la que a Liſandro mas le quadrò, fue decirle: que en los males ſin remedio, el mejor era no eſperarles ninguno; i que pues de la honeſtidad, i noble condicion de Leonida ſe podria creer (ſegun èl decìa) que de dulce vida gozava: antes devia alegrarſe del bien que ella avia ganado, que no entriſtecerſe por el que èl avia perdido. A lo qual reſpondiò Liſandro: Bien conozco, amigo, que tienen fueza tus razones, para hacerme creer que ſon verdaderas: pero no que la tienen (ni la tendràn las que todo el mundo decirme pudiere) para darme conſuelo alguno: en la muerte de Leonida comenzò mi deſventura, la qual ſe acabarà quando yo la torne a ver: i pues eſto no puede ſer ſin que yo muera, al que me induciere a procurar la muerte, tendrè yo por mas amigo de mi vida. No quiſo Elicio darle mas peſadumbre con ſus conſuelos, pues èl no los tenìa por tales: ſolo le rogò que ſe vinieſſe con èl a ſu cabaña, en la qual eſtarìa todo el tiempo que guſto le dieſſe, ofreciendole ſu amiſtad en todo aquello que podrìa ſer bueno para ſervirle. Liſandro ſe lo agradeciò quanto fue poſsible: i aunque no querìa acetar el venir con Elicio, todavia lo huvo de hacer, forzado de ſu importunacion: i aſsi los dos ſe levantaron, i ſe vinieron a la cabaña de Elicio, donde repoſaron lo poco que de la noche quedava. Pero ya que la blanca Aurora dejava el lecho del celoſo marido, i comenzava a dar mueſtras del venidero dia, levantandoſe Eraſtro, comenzò de poner en orden el ganado de Elicio, i ſuyo, para ſacarle al paſto acoſtumbrado. Elicio combidò a Liſandro a que con èl ſe vinieſſe; i aſsi viniendo los tres Paſtores con el manſo rebaño de ſus ovejas por una cañada abajo, al ſubir de una ladera, oyeron el ſonido de una ſuave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio, i Eraſtro fue conocido, que era Galatea quien la ſonava: i no tardò mucho

una salus victis nullam sperare salutem.

cho , que por la cumbre de la cuesta se comenzaron à descubrir algunas ovejas , i luego tràs ellas Galatea , cuya hermosura era tanta , que serìa mejor dejarla en su punto , pues faltan palabras para encarecerla. Venìa vestida de Serrana , con los luengos cabellos sueltos al viento , de quien el mismo sol parecia tener embidia , porque hiriendolos con sus rayos , procurava quitarles la luz , si pudiera ; mas la que salìa de la vislumbre de ellos , otro nuevo sol semejante. Estava Erastro fuera de sì mirandola , i Elicio no podìa apartar los ojos de verla. Quando Galatea viò que el rebaño de Elicio , i Erastro con el suyo se juntava , mostrando no gustar de tenerles aquel dia compañia , llamò a la borrega mansa de su manada , a la qual siguieron las demàs , i encaminòla a otra parte diferente de la que los Pastores llevavan. Viendo Elicio lo que Galatea hacìa , sin poder sufrir tan notorio desden , llegandose a do la Pastora estava , le dijo : Deja, hermosa Galatea , que tu rebaño venga con el nuestro , i si no gustas de nuestra compañia , escoge la que mas te agradare , que no por tu ausencia dejaràn tus ovejas de ser bien apacentadas , pues yo que nacì para servirte , tendrè mas cuenta de ellas , que de las mias propias ; i no quieras tan a la clara desdeñarme , pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo , que segun el viage que traìas , a la fuente de las pizarras te encaminavas , i agora que me has visto quieres torcer el camino : i si esto es asi como pienso, dime adonde quieres oi , i siempre apacentarar tu ganado , que yo te juro de no llevar allì jamàs el mio. Yo te prometo , Elicio, respondiò Galatea , que no por huìr de tu compañia , ni de la de Erastro , he buelto del camino que tu imaginas que llebava , porque mi intencion es passar oi la fiesta en el arroyo de las palmas en compañia de mi amiga Florisa , que allà me aguarda , porque desde ayer concertamos las dos de apacentar oi alli nuestros ganados ; i como yo venìa descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomò el camino de las pizarras , como de ella mas acustumbrado : la voluntad que me tienes , i ofrecimientos que me haces te agradezco, i no tengas en poco aver dado yo disculpa a tu sospecha. Ai Galatea ! replicò Elicio , i quan bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necessidad de usar conmigo artificio , pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tu quieres : ora vayas al arroyo de las palmas , al soto del Consejo, o a la fuente de las pizarras , ten por cierto que no has de ìr so-

ſola, que ſiempre mi alma te acompaña, i ſi tu no la vees, es porque no quieres verla, por no obligarte a remediarla. Haſta agora, reſpondiò Galatea, tengo por vèr la primera alma, i aſsi no tengo culpa ſi no he remediado ninguna. No sè como puedes decir eſſo, reſpondiò Elicio, hermoſa Galatea, que las veas para herirlas, i no para curarlas. Teſtimonio me levantas, replicò Galatea, en decir que yo ſin armas (pues a mugeres no ſon concedidas) aya herido a nadie. Ai, diſcreta Galatea, dijo Elicio, como te burlas con lo que de mi alma ſientes, a la qual inviſiblemente has llagado, i no con otras armas que con las de tu hermoſura. I no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendrìa yo, reſpondio Galatea, ſi en mas le tuvieſſe. A eſta ſazon llegò Eraſtro, i viendo que Galatea ſe iva, i los dejava, le dijo: Adonde vàs, o de quien huyes, hermoſa Galatea? Si de noſotros que te adoramos te alejas, quien eſperarà de ti compañia? Ai, enemiga, quan al deſgaire te vàs, triunfando de nueſtras voluntades. El Cielo deſtruya la buena que tengo, ſi no deſeo verte enamorada de quien eſtime tus quejas en el grado que tu eſtimas las mias. Rieſte de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tu haces. No pudo Galatea reſponder a Eraſtro, porque andava guiando ſu ganado hacia el arroyo de las palmas, i abajando deſde lejos la cabeza, en ſeñal de deſpedirſe, los dejò: i como ſe viò ſola, en tanto que llegava a donde ſu amiga Floriſa creyò que eſtaria, con la eſtremada voz que el Cielo plugo darle, fue cantando eſte ſoneto.

GALATEA.

A fuera el fuego, el lazo, el yelo, i flecha
De amor que abraſa, aprieta, enfria, i yere;
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda del tal ñudo ſatisfecha.
Conſuma, ciña, yele, mate, eſtrecha
Tengo otra voluntad quanto quiſiere,
Que por dardo, o por nieve, o red no eſpere
Tener la mia en ſu color deſecha.
Su fuego enfriarà mi caſto intento,
El ñudo romperè por fuerza, o arte,
La nieve desharà mi ardiente celo.

La

La flecha embotarà mi penſamiento,
I aſsi no temerè en ſegura parte,
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el yelo.

Con mas juſta cauſa ſe pudieran paràr los brutos, movèr los arboles, i juntar las piedras a eſcuchar el ſuave canto, i dulce armonìa de Galatea, que quando a la Citara de Orfeo, Lira de Apolo, i muſica de Anfion, los muros de Troya, i Tebas, por sì miſmos ſe fundaron, ſin que Artifice alguno puſieſſe en ellos las manos: i las hermanas negras, moradoras del hondo Caos, a la eſtremada voz del incauto amante ſe ablandaron. El acabar el canto Galatea, i llegar a donde Floriſa eſtava fue todo a un tiempo, de la qual fue con alegre roſtro recebida, como aquella que era ſu amiga verdadera, i con quien Galatea ſus penſamientos comunicava; i deſpues que las dos dejaron ir a ſu alvedrio ſus ganados, a que de la verde yerva pacieſſen, combidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allì corrìa, determinaron de lavarſe los hermoſos roſtros: (pues no era meneſter para acrecentarles hermoſura el vano, i enfadoſo artificio con que los ſuyos martirizan las damas que en las grandes Ciudades ſe tienen por mas hermoſas) tan hermoſas quedaron deſpues de labadas como antes lo eſtavan, excepto que por aver llegado las manos con movimiento al roſtro, quedaron ſus megillas encendidas, i ſonroſeadas, de modo que un no ſe que de hermoſura les acrecentava, eſpecialmente a Galatea, en quien ſe vieron juntas las tres gracias, a quien los antiguos Griegos pintavan deſnudas, por moſtrar entre otros efectos, que eran ſeñoras de la belleza. Comenzaron luego a coger diverſas flores del verde prado, con intencion de hacer ſendas guirnaldas con que recoger los deſordenados cabellos, que ſueltos por las eſpaldas traìan. En eſte exercicio andavan ocupadas las dos hermoſas Paſtoras, quando por el arroyo abajo vieron al improviſo venir una Paſtora de gentil donaire, i apoſtura, de que no poco ſe admiraron, porque les pareciò que no era Paſtora de ſu aldèa, ni de las otras comarcanas a ella, a cuya cauſa con mas atencion la miraron, i vieron que venìa poco a poco àcia donde ellas eſtavan; i aunque eſtavan bien cerca, ella venìa tan embevida, i tranſportada en ſus penſamientos, que nunca las viò, haſta que ellas quiſieron moſtrarſe. De trecho en trecho ſe paravà, i buel-

tos

tos los ojos al Cielo, dava unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas intimo de sus entrañas parecian arrancados; torcìa asimesmo sus blancas manos, i dejava correr por sus megillas algunas lagrimas, que liquidas perlas semejavan. Por los estremos de dolor que la Pastora hacìa, conocieron Galatea, i Florisa que de algun interno dolor traìa el alma ocupada, i por vèr en que paravan sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, i desde allì, con curiosos ojos, miravan lo que la Pastora hacìa: la qual llegandose al margen del arroyo, con atentos ojos, se parò a mirar el agua que por èl corrìa, i dejandose caer a la orilla de èl, como persona cansada, corbando una de sus hermosas manos, cogiò en ella del agua clara, con la qual, labandose los humidos ojos, con voz baja, i debilitada, dixo: Ai claras, i frescas aguas, quan poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podrè esperar de vosotras (ni aun de todas las que contiene el gran mar Oceano) el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, hariades el mesmo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua que mas su llama acrecienta. Ai tristes ojos! causadores de mi perdicion, i en que fuerte punto os alcè para tan gran caìda? Ai fortuna! enemiga de mi descanso, con quanta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo. Ai cruda hermana! como no aplacò la ira de tu desamorado pecho la humilde, i amorosa presencia de Arsildo? Què palabras te pudo decir èl para que le diesses tan aceda, i cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tu no le tenìas en la cuenta que yo le tengo, que si asi fuera, a fee que tu te mostràras tan humilde, quanto èl a tì sugeto. Todo esto que la Pastora decìa mezclava con tantas lagrimas, que no huviera corazon que escuchandola no se enterneciera: i despues que por algun espacio huvo sossegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corrìa, acomodando a su proposito una copla antigua, con suave, i delicada voz, cantò esta glosa.

Ya la esperanza es perdida,
I un solo bien me consuela,
Que el tiempo que passa, i buela
Llevarà presto la vida.

Dos cosas ai en amor
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor,
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor.
Las dos hicieron manida
En mi pecho, i no las veo,
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo
Ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
Quando la esperanza mengua,
Al contrario en mi parece,
Pues quanto ella mas desmengua
Tanto mas èl se engrandece.
I no ai usar de cautela
Con las llagas que me atizan,
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martirizan,
I un solo bien me consuela.

Apenas huvo llegado
El bien a mi pensamiento,
Quando el Cielo, suerte, i hado
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado.
I si alguno ai que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amaina la vela,
I al bien passa mas ligero
Que el tiempo que passa, i buela.

Quien ai que no se consuma
Con estas ansias que tomo,
Pues en ellas se vee en suma
Ser los cuidados de plomo,
I los placeres de pluma.

I aun que va tan de caida
Mi dichosa nueva andanza,
En ella este bien se anida,
Que quien llevò la esperanza
Llevarà presto la vida.

Presto acabò el canto la Pastora, pero no las lagrimas con que lo solenizava. De las quales movidas a compassion Galatea, i Florisa, salieron de do escondidas estavan, i con amorosas, i corteses palabras, a la triste Pastora saludaron, diciendole entre otras razones: Assi los Cielos, hermosa Pastora, se muestren favorables a lo que pedirles quisieres, i dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, què ventura, o què destino te ha traido por esta tierra, que segun la platica que nosotras tenemos della, jamàs por estas riberas te avemos visto. I por aver oido lo que poco ha cantaste, i entender por ello que no tiene tu corazon el sossiego que ha menester, i por las lagrimas que has derramado (de que dàn indicio tus hermosos ojos) en lei de buen comedimiento estamos obligadas a procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere possible; i si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, a lo menos conoceràs en nosotras una buena voluntad de servirte. No sè con què podrè pagaros, respondiò la forastera Pastora, hermosas Zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, sinò es con callar, i agradecello, i estimarlos en el punto que merecen, i con no negaros lo que de mi saber quisieredes, puesto que me serìa mejor passar en silencio los sucessos de mi ventura, que no con decirlos, daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro, i gentil postura, respondiò Galatea, que el Cielo te ha dado tan grossero entendimiento, que con èl hiciesses cosa que despues huviesses de perder reputacion en decirla; i pues tu vista, i palabras en tan poco ha hecho esta impression en nosotras, que yà te tenemos por discreta, muestranoslo con contarnos tu vida, si llega a tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondiò la Pastora, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoi bien cierta que sobrepujan tanto mis males a mi discrecion, quanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos. Y porque la experiencia

os desengañe, si quesieredes oirme, bellas Zagalas, yo os contarè con las mas breves razones que pudiere, como del mucho entendimiento que juzgais que tengo, ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta Zagala, satisfaràs mas nuestros deseos, respondiò Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartèmonos pues, dijo la Pastora, de este lugar, i busquemos otro donde sin ser vistas, ni estorvadas, pueda deciros lo que me pesa de averos prometido, porque adivino que no estarà en mas en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que quanto tarde en descubriros mis pensamientos, si a caso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la Pastora cumpliesse lo que prometia, se levantaron luego las tres, i se fueron a un lugar secreto, i apartado, que ya Galatea, i Florisa sabian, donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno, podian todas tres estàr sentadas, i luego con estremado donaire, i gracia, la forastera Pastora comenzò a decir de esta manera.

En las riberas del famoso Henares (que al vuestro dorado Tajo, hermosissimas Pastoras, dà siempre fresco, i agradable tributo) fuì yo nacida, i criada, no en tan baja fortuna, que me tuviesse por la peor de mi aldèa: mis padres son Labradores, i a la labranza del campo acostumbrados, en cuyo egercicio los imitava, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehessas concegiles de nuestra aldèa, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me avia puesto, que ninguna cosa me dava mas gusto, que vèr multiplicar, i crecer mi ganado, sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas frutiferos, i abundosos pastos, claras, i frescas aguas que hallar pudiesse; no tenia, ni podia tener mas cuidados, que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupava. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces combidada de la suave armonìa de los dulces pajarillos, despedìa la voz a mil honestos cantares, sin que en ellos mezclasse suspiros, ni razones que de enamorado pecho diessen indicio alguno. Ai quantas veces solo por contentarme a mi mesma, i por dàr lugar al tiempo que se passasse, andava de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aqui la blanca azucena, allì el cardeno lirio, acà la colorada rosa, acullà la olorosa clavellina,

haciendo de todas fuertes de odoriferas flores una tegida guirnalda, con que adornava, i recogia mis cabellos; i despues mirandome en las claras, i reposadas aguas de alguna fuente, quedava tan gozosa de averme visto, que no trocàra mi contento por otro alguno: i quantas hice burla de algunas Zagalas, que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compassion, del mal que los suyos sentian, con abundancia de lagrimas, i suspiros, los secretos enamorados de su alma me descubrian. Acuerdome agora, hermosas Pastoras, que llegò a mi un dia una Zagala, amiga mia, i echandome los brazos al cuello, i juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes me dijo: Ai hermana Teolinda, (que este es el nombre de esta desdîchada) i como creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no hà tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian. Yo entonces, admirada de los estremos que la veìa hacer, creyendo que algun gran mal le avia sucedido de pèrdida de ganado, o de muerte de padre, o hermano, limpiandole los ojos con la manga de mi camisa, le roguè que me digesse que mal era el que tanto la aquejava? Ella, prosiguiendo en sus lagrimas, i no dando tregua a sus suspiros, me dijo: que mayor mal quieres, o Teolinda, que me aya sucedido, que el averse ausentado, sin decirme nada, el hijo del Mayoral de nuestra aldèa, a quien yo quiero mas que a los propios ojos de la cara; i aver visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del Rabadàn Lisalco, una cinta encarnada que yo avia dado a aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenìa de los amores que el traidor con ella tratava. Quando yo acabè de entender sus quejas, os juro, amigas, i señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme, i decirle: mia fè, Lidia, que assi se llamava la sin ventura, pensè que de otra mayor llaga venìas herida segun te quejavas? Pero aora conozco quan fuera de sentido andais vosotras las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerias. Dime por tu vida, Lidia amiga, quanto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la aya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra, i con lo que conviene al pasto de tus ovejas, i no entremeterte en estas burlerias de amor, pues no se saca de ellas, segun veo, sino menoscabo de nuestras honras, i sossiego? Quando Lidia oyò de mi tan contra-

traria respuesta, de la que esperava de mi boca, i piadosa condicion, no hizo otra cosa sino abajar la cabeza, i acrecentando lagrimas a lagrimas, i sollozos a sollozos, se apartò de mi, i bolviendo a cabo de poco trecho el rostro, me dijo: Ruego yo a Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, i que el amor te trate de manera que cuentes tu pena a quien la estime, i sienta, en el grado que tu has hecho la mia, i con esto se fue, i yo me quedè riendo de sus desvarios. Mas ai desdichada! i como a cada passo conozco, que me và alcanzando bien su maldicion, pues aun agora temo que estoi contando mi pena a quien se dolerà poco de averla sabido. A esto respondiò Galatea: Pluguiera a Dios, discreta Teolinda, que assi como hallaràs en nosotras compassion de tu daño, pudieras hallar el remedio de èl, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia, i agradable conversacion, dulces Pastoras, respondiò Teolinda, me hace esperar esso; pero mi corta ventura me fuerza a temer estotro: mas suceda lo que sucediere, que al fin avrè de contaros lo que os he prometido. Con la libertad que os he dicho, i en los egercicios que os he contado, passava yo mi vida tan alegre, i sossegadamente, que no sabìa que pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino a tomar estrecha cuenta de la poca que con èl tenìa, i alcanzòme en ella de manera, que con quedar su esclava, creo que aun no està pagado, ni satisfecho. Acaeciò pues, que un dia (que fuera para mi el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo, i las ocasiones no huvieran traido tal descuento a mis alegrias) viniendo yo con otras Pastoras de nuestra aldea a cortar ramos, i a coger juncia, i flores, i verdes espadañas para adornar el Templo, i calles de nuestro lugar (por ser el siguiente dia solenissima fiesta, i estàr obligados los moradores de nuestro Pueblo por promessa, i voto a guardalla) acertamos a passar todas juntas por un deleitoso bosque, que entre el aldea, i el rio està puesto, adonde hallamos una junta de agraciados Pastores, que a la sombra de los verdes arboles passavan el ardor de la caliente siesta, los quales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos, qual primo, i qual hermano, i qual pariente nuestro, i saliendonos al encuentro, i entendido de nosotras el intento que llevavamos, con corteses palabras nos persuadieron, i forzaron à que adelan-

te no passassemos, porque algunos de ellos traerian los ramos; i flores porque ivamos: i asi vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian, i luego seis de los mas mozos, apercebidos de sus ozinos, se partieron con gran contento a traernos los verdes despojos que buscavamos. Nosotras, que seis eramos, nos juntamos donde los demàs Pastores estavan, los quales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un Pastor forastero que allì estava, que de ninguna de nosotras fue conocido, el qual era de tan gentil donaire, i brio, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedè admirada, i rendida. No sè que os diga, Pastoras, sino que asi como mis ojos le vieron, sentì enternecerme el corazon, i comenzò a descurrir por todas mis venas un yelo que me encendia, i sin saber como, sentì que mi alma se alegrava de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido Pastor; i en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine a conocer que era amor el que salteado me avia; luego quisiera quejarme de èl, si el tiempo, i la ocasion me dieran lugar a ello. En fin yo quedè qual aora estoi, vencida, i enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que aora tengo. Ai quantas veces en aquella sazon me quise llegar a Lidia, que con nosotras estava, i decirle, perdoname Lidia hermana de la desabrida respuesta que te dì el otro dia, porque te hago saber que ya tengo mas experiencia del mal de que te quejavas, que tu mesma. Una cosa me tiene maravillada de como quantas alli estavan no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon; i deviòlo de causar, que todos los Pastores se bolvieron al forastero, i le rogaron que acabase de cantar una cancion que avia comenzado antes que nosotras llegassemos, el qual, sin hacerse de rogar, siguiò su comenzado canto con tan estremada, i maravillosa voz, que todos los que la escuchavan estavan trasportados en oirla. Entonces acabè yo de entregarme de todo en todo a todo lo que el amor quiso, sin quedar en mi mas voluntad que si no la huviera tenido para cosa alguna en mi vida, i puesto que yo estava mas suspensa que todos escuchando la suave armonia del Pastor, no por esso degè de poner grandisima atencion a lo que en sus versos cantava, porque me tenia ya el amor puesta en tal estremo, que me llegàra al alma si le oyera cantar cosas de enamorado; que imaginàra que ya tenia ocupados

dos sus pensamientos, i quizà en parte que no tuviessen alguna los mios en lo que desseavan; mas lo que entonces cantò no fueron sino ciertas alabanzas del Pastoral estado, i de la sossegada vida del campo, i algunos avisos utiles a la conservacion del ganado: de que no poco quedè yo contenta, pareciendome que si el Pastor estuviera enamorado que de ninguna cosa tratàra que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar, i alabar la causa de sus tristezas, o contentos se gasta. Ved amigas, en quan poco espacio estava ya la maestra en la escuela de amor. El acabar el Pastor su canto, i el descubrir los que con los ramos venian fue todo a un tiempo: los quales a quien de lejos los mirava, no parecian sino un pequeño montecillo, que con todos sus arboles se movia, segun venian pomposos, i enramados, i llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, i comenzando el uno, i respondiendo todos, con muestras de grandissimo contento, i con muchos placenteros alaridos, dieron principio a un graciofo villancico. Con este contento, i alegria llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentìa de la vista del Pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traìa cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas, i agradables flores, las quales con graciosas palabras a cada una de nosotras la suya presentaron, i se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldèa: mas agradeciendoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegria, queriamos dàr la buelta al lugar, quando Eleuco, un anciano Pastor que alli estava, nos dijo: Bien serà, hermosas Pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros Zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas que demasiadas llevais de lo que a buscar veniades; pero ha de ser con condicion, que de vuestra mano las deis a quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechas, respondiò la una, yo por mi soi contenta, i tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este egemplo, dieron las suyas a diferentes Zagales que alli estavan, que todos sus parientes eran. Yo que a lo ultimo quedava, i que alli deudo alguno no tenìa, mostrando hacer de la desembuelta, me lleguè al forastero Pastor, i poniendole la guirnalda en la cabeza, le dige: Esta

te doi, buen Zagal, por dos cosas; la una, por el contento que à todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldèa se usa honrar a los estrangeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacìa; pero que os dirè yo de lo que mi alma sintiò viendome tan cerca de quien me la tenia robada, sino que diera qualquiera otro bien que acertàra a desear en aquel punto fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñi las sienes con la guirnalda. El Pastor se me humillò, i con discretas palabras me agradeciò la merced que le hacìa, i al despedirse de mi, con voz baja (hurtando la ocasion a los muchos ojos que alli avia) me dijo: Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa Pastora, la guirnalda que me has dado, prenda llevas contigo, que si la sabes estimar, conoceràs que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priessa que mis compañeras me davan era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me bolvi al aldèa, con tan diferente corazon del con que avia salido, que yo misma de mi mesma me maravillava. La compañia me era enojosa, i qualquiera pensamiento que me viniesse que a pensar en mi Pastor no se encaminasse, con gran presteza procuravà luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estava lleno. Y no sè como en tan pequeño espacio de tiempo me transformè en otro sèr del que tenìa, porque yo ya no vivia en mi, sino en Artidoro, que assi se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que bolvia los ojos me parecia vèr su figura; qualquiera cosa que escuchava, luego sonava en mis oìdos su suave musica, i armonia: a ninguna parte movia los pies, que no diera por hallarle en ella mi vida si èl la quisiera: en los manjares no hallava el acostumbrado gusto, ni las manos acertavan a tocar cosa que se le diesse. En fin todos mis sentidos estavan trocados del sèr que primero tenian, ni el alma obrava por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda, que en mi avia nacido, i en contemplar las gracias del Pastor que impressas en el alma me quedaron, se me passò todo aquel dia, i la noche antes de la solene fiesta, la qual venida, fue con grandissimo regocijo, i aplauso de todos los moradores de nuestra aldea, i de los circunvecinos Lugares solenizada: i despues de acabadas en el Templo las Sacras Oblaciones, i cumplidas las devidas ceremonias,

nias, en una ancha plaza, que delante del Templo se hacìa, a la sombra de quatro antiguos, i frondosos alamos, que en ella estavan, se juntò casi la mas gente del Pueblo, i haciendose todos un corro, dieron lugar a que los Zagales vecinos, i forasteros se egercitassen por honra de la fiesta en algunos Pastoriles egercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen numero de dispuestos, i gallardos Pastores: los quales, dandoles alegres muestras de su juventud, i destreza, dieron principio a mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza, e industriosa maña en las intricadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzasse de muchos que los mayorales del Pueblo tenian puestos para los mejores que en tales egercicios se aventajassen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de quantos alli estavan vecinos, i comarcanos, llegò a punto que mi Artidoro, el qual con su presencia quiso honrar, i alegrar nuestra fiesta, i llevarse el primero honor, i premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, Pastoras, su destreza, i gallardia, las alabanzas que todos le davan eran tantas que yo me ensobervecia, i un desusado contento en el pecho me retozava, solo en considerar quan bien avia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo esso me dava grandissima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se avia de partir presto de nuestra aldèa, i que si èl se iva sin saber a lo menos lo que de mi llevava (que era el alma) què vida serìa la mia en su ausencia, o còmo podrìa yo olvidar mi pena, siquiera con quejarme, pues no tenìa de quien sino de mi mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones, se acabò la fiesta, i regocijo, i queriendo Artidoro despedirse de los Pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que avia de durar el octavario de la fiesta fuesse contento de passarlos con ellos, si otra cosa de mas gusto no se lo impedìa. Ninguna me la puede dàr a mi mayor, graciosos Pastores, respondiò Artidoro, que serviros en esto, i en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por agora querer buscar a un hermano mio que pocos dias ha falta de nuestra aldèa, cumplirè vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello: todos se lo agradecieron mu-

mucho, i quedaron contentos de su quedada; pero mas lo quedè yo, considerando que en aquellos ocho dias no podia dejar de ofrecerseme ocasion donde le descubriesse lo que ya encubrir no podìa. Toda aquella noche casi se nos passò en bailes, i juegos, i en contar unas a otras las pruevas que aviamos visto hacer a los Pastores aquel dia, diciendo, fulano bailò mejor que fulano, puesto que el tal sabìa mas mudanzas que el tal: Mingo derribò a Bràs, pero Bràs corriò mas que Mingo, i al fin fin, todas concluìan que Artidoro, el Pastor forastero, avia llevado la ventaja a todos, loandole cada una en particular sus particulares gracias: las quales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundavan. Venida la mañana del dia despues de la fiesta, antes què la fresca aurora perdiesse el rocio aljofarado de sus hermosos cabellos, i que el sol acabasse de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de Pastoras de las mas miradas del Pueblo, i asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita, i de una zampoña, haciendo, i deshaciendo intricadas bueltas, i bailes, nos salimos de la aldèa a un verde prado que no lejos de ella estava, dando gran contento a todos los que nuestra enmarañada danza miravan. I la ventura que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iva guiando, ordenò que en aquel mismo prado hallassemos todos los Pastores del Lugar, i con ellos a Artidoro, los quales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mesmo compas, i baile nos salieron a recebir, mezclandonos unos con otros confusa, i concertadamente, i mudando los instrumentos el son, mudamos el baile, de manera, que fue menester que las Pastoras nos desassiessemos, i diessemos las manos a los Pastores, i quiso mi buena dicha que acertè yo a dàr la mia a Artidoro. No sè como os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentì, sino es deciros, que me turbè de manera, que no acertava a dàr passo concertado en el baile, tanto que le convenìa a Artidoro llevarme con fuerza tràs sì, porque no rompiesse soltandome el hilo de la concertada danza, i tomando de ello ocasion, le dige: En què te ha ofendido mi mano, Artidoro, que assi la aprietas? El me respondiò con voz que de ninguno pudo ser oìda. Mas què te ha hecho a ti mi alma que assi la maltratas? Mi ofensa es clara, respondì yo mansamente; mas la tuya, ni la

vèo, ni podrà verſe. I aun aì eſtà el daño, replicò Artidoro, que tengas viſta para hacer el mal, i te falte para ſanarle. En eſto ceſſaron nueſtras razones, porque los bailes ceſſaron, quedando yo contenta, i penſativa de lo que Artidoro me avia dicho: i aunque conſiderava que eran razones enamoradas, no me aſſeguravan ſi eran de enamorado. Luego nos ſentamos todos los Paſtores, i Paſtoras ſobre la verde yerva, i aviendo repoſado un poco del canſancio de los bailes paſſados, el viejo Eleuco, acordando ſu inſtrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro Paſtor, rogò a Artidoro que alguna coſa cantaſſe, pues èl mas que otro alguno lo devia hacer, por averle dado el Cielo tal gracia, que ſeria ingrato ſi encubrirla quiſieſſe. Artidoro agradeciendo a Eleuco las alabanzas que le dava, comenzò luego a cantar unos verſos que por averme pueſto en mi ſoſpecha, aquellas palabras que antes me avia dicho, los tomè tan en la memoria, que aun haſta aora no ſe me han olvidado, los quales, aunque os dè peſadumbre de oìrlos, ſolo porque hacen al caſo para que entendais punto por punto, por los que me ha traido el amor a la ocaſion en que me hallo, os lo avre de decir, que ſon eſtos.

En aſpera cerrada eſcura noche,
Sin vèr jamàs el eſperado dia,
I en contino crecido amargo llanto,
Ageno de placer contento, i riſa
Merece eſtar, i en una viva muerte
Aquel que ſin amor paſſa la vida.
Què puede ſer la mas alegre vida,
Sino una ſombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas quantas horas tiene el dia
Pueſto ſilencio al congojoſo llanto
No admite del amor la dulce riſa.
Do vive el blando amor, vive la riſa,
I adonde muere, muere nueſtra vida,
I el ſabroſo placer ſe buelve en llanto,
I en tenebroſa ſempiterna noche
La clara luz del ſoſſegado dia,
I es vivir ſin èl amargamente.
Los riguroſos trances de la muerte

No huye el amador, antes con risa
Desea la ocasion, i espera el dia
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta vèr la tranquila ultima noche
Al amoroso fuego, al dulce llanto.
No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse deve muerte,
Ni a su noche dar titulo de noche,
Ni su risa llamarse deve risa,
I su vida tener por cierta vida,
I solo festejar su alegre vida.
O venturoso para mi este dia
Do pudo poner freno al triste llanto,
I alegrarme de aver dado mi vida
A quien darmela puede, o darme muerte;
Mas que puede esperarse sino es risa
De un rostro que al sol vence, i buelve en noche?
Buelto ha mi escura noche en claro dia
Amor, i en risa mi crecido llanto,
I mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos, hermosas Pastoras, que con maravillosa gracia, i no menos satisfacion de los que le escuchavan, aquel dia cantò mi Artidoro, de los quales, i de las razones que antes me avia dicho, tomè yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro avia causado, i no me saliò tan vana mi sospecha, que èl mesmo no me la certificasse al bolvernos al aldèa. A este punto del cuento de sus amores llegava Teolinda, quando las Pastoras sintieron grandissimo estruendo de voces de Pastores, i ladridos de perros, que fue causa para que dejassen la comenzada platica, i se parassen a mirar por entre las ramas lo que era; i assi vieron que por un verde llano, que a su mano derecha estava, atravessava una multitud de perros, los quales venian siguiendo una temerosa liebre, que a toda furia a las espessas matas venia a guarecerse; i no tardò mucho, que por el mesmo lugar donde las Pastoras estavan la vieron entrar, i irse derecha al lado de Galatea, i alli, vencida del cansancio de la larga carrera, i casi como

mo fegura del cercano peligro, fe dejò caer en el fuelo con tan canfado aliento, que parecia que faltava poco para dar el efpiritu. Los perros por el olor, i raftro la figuieron hafta entrar donde eftavan las Paftoras; mas Galatea tomando la temerofa liebre en los brazos, eftorvò fu vengativo intento a los codiciofos perros, por parecerle no fer bien fi dejava de defender a quien de ella avia querido valerfe. De alli a poco llegaron algunos Paftores, que en feguimiento de los perros, i de la liebre venian; entre los quales venia el padre de Galatea, por cuyo refpeto ella, Florifa, i Teolinda le falieron a recebir con la devida cortesìa. El, i los Paftores quedaron admirados de la hermofura de Teolinda, i con defeo de faber quien fueffe, porque bien conocieron que era foraftera. No poco les pesò de efta llegada a Galatea, i Florifa, por el gufto que les avia quitado de faber el fuceffo de los amores de Teolinda, a la qual rogaron fueffe fervida de no partirfe por algunos dias de fu compañia, fi en ello no fe eftorvava acafo el cumplimiento de fus defeos. Antes por ver fi pueden cumplirfe, refpondiò Teolinda, me conviene eftàr algun dia en efta ribera: i afsi por efto, como por no dejar imperfeto mi comenzado cuento, avre de hacer lo que me mandais. Galatea, i Florifa la abrazaron, i le ofrecieron de nuevo fu amiftad, i de fervirla en quanto fus fuerzas alcanzaffen. En efte entretanto aviendo el padre de Galatea, i los otros Paftores en el margen del claro arroyo tendido fus gavanes, i facado de fus zurrones algunos rufticos manjares, combidaron a Galatea, i fus compañeras a que con ellos comieffen. Acetaron ellas el combite, i fentandofe luego, defecharon la hambre, que por fer ya fubido el dia comenzava a fatigarles. En eftos, i en algunos cuentos que por entretener el tiempo los Paftores contaron, fe llegò la hora acoftumbrada de recogerfe al aldèa. I luego Galatea, i Florifa, dando buelta a fus rebaños los recogieron, i en compañia de la hermofa Teolinda, i de los otros Paftores, àcia el Lugar poco a poco fe encaminaron, i al quebrar de la cuefta, donde aquella mañana avian topado a Elicio, oyeron todos la zampoña del defamorado Lenio, el qual era un Paftor, en cuyo pecho jamàs el amor pudo hacer morada, i de efto vivia èl tan alegre, i fatisfecho, que en qualquiera converfacion, i junta de Paftores que fe hallava, no era otro fu intento fino decir mal de Amor, i de los enamorados, i todos fus

can-

cantares a este fin se encaminavan, i por esta tan estraña condicion que tenia, era de todos los Pastores de todas aquellas comarcas conocido, i de unos aborrecido, i de otros estimado: Galatea, i los que alli venian se pararon a escuchar, por vèr si Lenio, como de costumbre tenìa, alguna cosa cantava, i luego vieron que dando su zampoña a otro compañero suyo, al son della comenzò a cantar lo que se sigue.

LENIO.

En vano descuidado pensamiento
Una loca altanera fantasìa
Un no se que, que la memoria cria
Sin sèr, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegria
Una noche confusa do no ai dia,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raices proprias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que Amor tiene por nombre en todo el suelo
I el alma que en amor tal se complace
Merece ser del suelo desterrada,
I que no la recojan en el cielo.

A la sazon que Lenio cantava lo que aveis oìdo, avián ya llegado con sus rebaños Elicio, i Erastro, en compañia del lastimado Lisandro, i pareciendole a Elicio, que la lengua de Lenio, en decir mal del amor, a mas de lo que era razon se estendia, quiso mostrarle a la clara su engaño, i aprovechandose del mismo concepto de los versos que èl via cantado, al tiempo que ya llegava Galatea, Florisa, i Teolinda, i los demàs Pastores, al son de la zampoña de Erastro, comenzò a cantar de esta manera,

ELICIO.

Merece quien en el suelo
En su pecho a amor encierra,
Que lo deseschen del cielo,
I no le sufra la tierra.

Amor

Amor que es virtud eterna
Con otras muchas que alcanza,
De una en otra femejanza
Sube a la caufa primera,
I merece el que fu zelo
De tal amor le deftierra,
Que le defechen del Cielo
I no le acoja la tierra.

Un bello roftro, i figura,
Aunque caduca, i mortal,
Es un traslado, i feñal
De la divina hermofura.
I el que lo hermofo en el fuelo
Defama, i echa por tierra,
Defechado fea del Cielo,
I no le fufra la tierra.

Amor tomado en sì folo
Sin mezcla de otro accidente,
Es al fuelo conveniente
Como los rayos de Apolo.
I el que tuviere recelo,
De amor que tal bien encierra,
Merece no verle el Cielo
I que le trague la tierra.

Bien fe conoce que Amor
Eftà de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
I del que es bueno mejor.
I afsi el que difcrepa un pelo
En limpia amorofa guerra,
Ni merece vèr el Cielo,
Ni fuftentarfe en la tierra.

El Amor es infinito,
Si fe funda en fer honefto,
I aquel que fe acaba prefto
No es amor, fino apetito.
I al que fin alzar el buelo
Con fu voluntad fe cierra
Matele rayo del Cielo,
I no le cubra la tierra.

No recibieron poco gufto los enamorados Paftores de vèr quan bien Elicio fu parte defendia; pero no por efto el defamorado Lenio dejò de eftàr firme en fu opinion, antes queria de nuevo bolver a cantar, i amoftrar en lo que cantaffe de quan poco momento eran las razones de Elicio para efcurecer la verdad tan clara que èl a fu parecer fuftentava; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable fe llamava, le dijo: No te fatigues por agora, difcreto Lenio, en querernos moftrar en tu canto lo que en tu corazon fientes, que el camino de aqui a la aldèa es breve, i me parece que es menefter mas tiempo del que pienfas para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te juntaràs tu, i Elicio con otros Paftores en la fuente de las pizarras, o arroyo de las palmas, donde con mas comodidad, i foffiego podais arguir, i aclarar vueftras diferentes opiniones. La

que

que Elicio tiene es opinion, (respondiò Lenio) que la mia no es sino ciencia averiguada, la qual en breve, o en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligò a sustentarla; pero no faltarà tiempo, como dices, mas aparejado para este efeto. Esse procurarè yo, respondiò Elicio, porque me pesa que a tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar, i subir de punto como es el limpio, i verdadero amor de quien te muestras enemigo. Engañado estàs, Elicio, replicò Lenio, si piensas por afeitadas, i sofisticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre si me mudasse. Tan malo es, dijo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; i siempre he oìdo decir a mis mayores, que de sabios es tomar consejo. No niego yo esso, respondiò Lenio, quando yo entendiesse que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia, i la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aqui me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, quanto la tuya falsa. Si se castigassen los hereges de amor, dijo a esta sazon Erastro, desde ogora comenzàra yo, amigo Lenio, a cortar leña con que te abrasaran por el mayor herege, i enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tu Erastro le sigues, i eres del vando de los enamorados, respondiò Lenio, sola ella me bastàra a renegar dèl con cien mil lenguas si cien mil lenguas tuviera. Pues parecete, Lenio, replicò Erastro, que no soi bueno para enamorado? Antes me parece, respondiò Lenio, que los que fueren de tu condicion, i entendimiento, son proprios para ser ministros suyos: porque quien es cojo, con el mas minimo traspiè dà de ojos; i el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; i los que siguen la vandera de este vuestro valeroso capitan, yo tengo para mi, que no son los mas sabios del mundo; i si lo han sido, en el punto que se enamoraron dejaron de serlo. Grande fue el enojo que Erastro recibiò de lo que Lenio le dijo, i asi le respondiò: Pareceme Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras, mas yo espero que algun dia pagaràs lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa digeres. Si yo entendiesse de ti Erastro, respondiò Lenio, que fuesses tan valiente como enamorado, no dejarian de darme temor tus amenazas, mas como sè que te quedas tan atràs en lo uno, como vàs ade-

lan-

lante en otro, antes me causan risa que espanto. Aqui acabò de perder la paciencia Erastro, i sino fuera por Lisandro, i por Elicio, que en medio se pusieron, èl respondiera a Lenio con las manos, porque ya su lengua, turbada con la colera, apenas podìa usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los Pastores, i mas de la colera, i enojo que Erastro mostrava, que fue menester que el padre de Galatea hiciesse las amistades de Lenio, i suyas, aunque Erastro, sino fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la question fue acabada, todos con regocijo se encaminaron a la aldèa, i en tanto que llegavan, la hermosa Florisa, al son de la zampoña de Galatea, cantò este soneto.

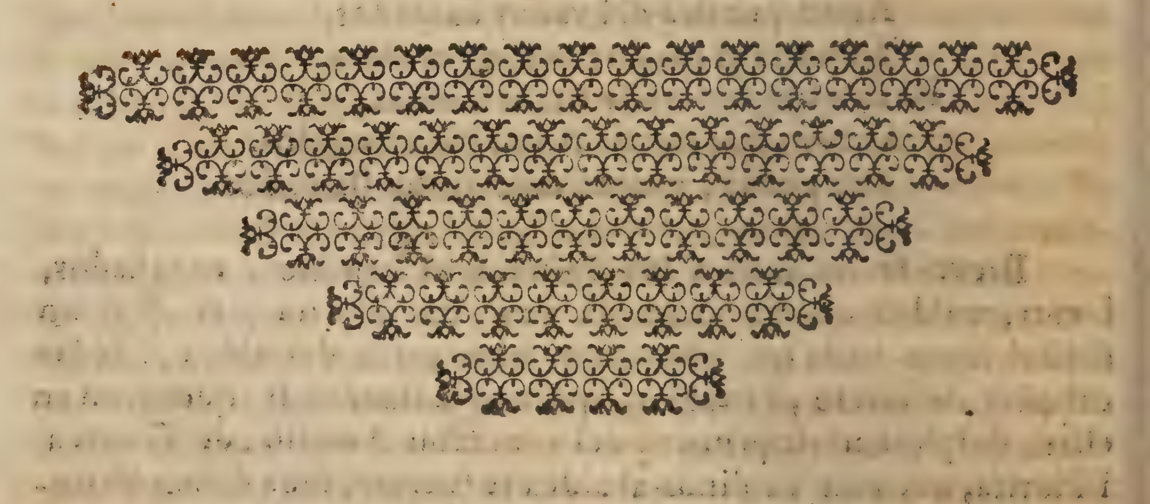
FLORISA.

Crezcan las simples ovejuelas mias
En el cerrado bosque, i verde prado,
I el caluroso estio, e invierno elado,
Abunde en yerbas verdes, i aguas frias.
Passe en sueños las noches, i los dias,
En lo que toca al Pastoral estado,
Sin que de Amor un minimo cuidado
Sienta, ni sus ancianas niñerias.
Este mil bienes del amor pregona,
Aquel publica dèl vanos cuidados,
Yo no sè si los dos andan perdidos.
Ni sabrè al vencedor dàr la corona,
Sè bien que son de Amor los escogidos,
Tan pocos, quanto muchos los llamados.

Breve se les hizo a los Pastores el camino, engañados, i entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la qual no dejò el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldèa, i de las cabañas de Elicio, i Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiendose primero del venerable Aurelio, de Galatea, i Florisa, que con Teolinda al aldèa se fueron, i los demàs Pastores cada qual adonde tenìa su cabaña. Aquella misma noche pidiò el lastimado Lisandro licencia a Elicio para bolverse a su

tierra, o adonde pudiesse, conforme a sus deseos, acabar lo poco que a su parecer le quedava de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, i con infinitissimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreciò, jamàs pudo acabar con èl que en su compañia si quiera algunos dias se quedasse, i assi el sin ventura Pastor abrazando a Elicio con abundantes lagrimas, i suspiros se despidiò dèl, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que èl estuviesse, i aviendole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornò a abrazar estrechamente, i tornandose a hacer de nuevo nuevos ofrecimientos se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevava, i assi se bolviò a su cabaña a passar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, i a esperar el venidero dia para gozar el bien que de vèr a Galatea se le causava, la qual despues que llegò a su aldèa, deseando saber el sucesso de los amores de Teolinda, procurò hacer de manera que aquella noche estuviessen solas ella, i Florisa, i Teolinda, i hallando la comodidad que deseava, la enamorada Pastora prosiguiò su cuento, como se verà en el segundo libro.

Fin del primero libro de Galatea.



SEGUNDO LIBRO DE GALATEA.



Ibres ya, i desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados avian de hacer, procuraron recogerse, i apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiessen oìr lo que del sucesso de sus amores les faltava. I assi se fueron a un pequeño jardin, que estava en casa de Galatea, i sentandose las tres debajo de una verde, i pomposa parra, que entricadamente por unas redes de palo se entretegia, tornando a repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes avia dicho, prosiguiò diciendo: Despues de acabado nuestro baile, i el canto de Artidoro (como ya os he dicho bellas Pastoras) a todos nos pareciò bolvernos al aldèa a hacer en el Templo los solenes sacrificios, i por parecernos assimesmo que la solenidad de la fiesta dava en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan a punto con el recogimiento con mas libertad nos holgassemos, i por esto todos los Pastores, i Pastoras en monton confuso, alegre, i regocijadamente al aldèa nos bolvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le dava. Ordenò pues la suerte, i mi diligencia, i aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apareamos, de manera que a nuestro salvo pudieramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sì no tuviera respeto a lo que a sì mesmo, i al otro devia. En fin yo por sacarle a barrera (como decirse suele) le dige: Años se te haràn, Artidoro, los dias que en nuestra aldèa estuvieres, pues deves de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deven de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocàra (respondiò Artidoro) porque fueran no años sino siglos los dias que aqui tengo de estàr; pues en acabandose no espero tener otros que mas contento me

hagan. Tanto es el que recibes, respondì yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de aì, respondiò el, sino de contemplar la hermosura de las Pastoras de vuestra aldèa. Es verdad, repliquè yo, que deven de faltar hermosas Zagalas en la tuya. Verdad es que allà no faltan, respondiò èl, pero aqui sobran: de manera, que una sola que yo he visto basta para que en su comparacion las de allà se tengan por feas. Tu cortesia te hace decir esso, o Artidoro, respondì yo: porque bien sè que en este Pueblo no ai ninguna que tanto se aventage, como dices. Mejor sè yo ser verdad lo que digo, respondiò èl, pues he visto la una, i mirado las otras. Quizà la miraste de lejos, i la distancia del lugar, dige yo, te hizo parecer otra cosa de lo que deve ser. De la mesma manera, respondiò èl, que a tì te veo, i estoi mirando ogora, la he mirado, i visto a ella, i yo me holgaria de averme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesarà a mi ser essa que dices, por el gusto que deve sentir la que se vee pregonada, i tenida por hermosa. Harto mas, respondiò Artidoro, quisiera yo que tu no fueras. Pues què perdieras tu, respondì yo, si, como yo no soi la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondiò èl, bien lo sè, de lo que he de perder, estoi incierto, i temeroso. Bien sabes hacer del enamorado, dige yo, o Artidoro. Mejor sabes tu enamorar, o Teolinda, respondiò èl. A esto le dige: No sè si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que èl respondiò: De que yo no me engaño estoi bien seguro, i de querer tu desengañarte està en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Essa te pagarè yo con la mesma, repliquè yo, por parecerme que no serìa bien a tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazon, sin que èl tuviesse lugar de responderme, llegò Eleuco el Mayoral, i dijo con voz alta. Ea gallardos Pastores, i hermosas Pastoras, haced que sientan en el aldèa nuestra venida, entonando vosotras Zagalas, algun villancico, de modo que nosotros es respondamos: porque vean los del Pueblo quanto hacemos al caso los que aqui vamos para alegrar nuestra fiesta. I porque en ninguna cosa que Eleuco mandava dejava de ser obedecido, luego los Pastores me dieron a mi la mano para que comenzasse, i assi sirviendome de la ocasion, i aprovechandme o de lo que con Artidoro avia passado, dì principio a este villancico.

En los eſtados de Amor
Nadie llega a ſer perfeto
Sino el honeſto, i ſecreto.
Para llegar al ſuave
Guſto de Amor, ſi ſe acierta,
Es el ſecreto la puerta,
I la honeſtidad la llave.
I eſta entrada no la ſabe,
Quien preſume de diſcreto,
Sino el honeſto, i ſecreto.

Amar humana beldad
Suele ſer reprehendido
Si tal Amor no es medido
Con razon, i honeſtidad.
I Amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto,
El que es honeſto, i ſecreto.

Es ya caſo averiguado
Que no ſe puede negar,
Que a veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado.
I el que fuere enamorado
Jamás ſe verà en aprieto
Si fuere honeſto, i ſecreto.

Quanto una parlera lengua,
I unos atrevidos ojos
Suelen cauſar mil enojos,
I poner al alma en mengua.
Tanto eſte dolor deſmengua
I ſe libra de eſte aprieto,
El que es honeſto, i ſecreto.

No sè ſi acertè, hermoſas Paſtoras, en cantar lo que aveis oìdo; pero ſe mui bien que ſe ſupo aprovechar de ello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nueſtra aldèa eſtuvo (pueſto que me hablò muchas veces) fue con tanto recato, ſecreto, i honeſtidad, que los ocioſos ojos, i lenguas parleras, ni tuvieron, ni vieron que decir coſa que a nueſtra honra perjudicaſſe. Mas con el temor que yo tenìa (que acabado el termino que Artidoro avia prometido de eſtàr en nueſtra aldèa, ſe avia de ir a la ſuya) procurè, aunque a coſta de mi verguenza, que no quedaſſe mi corazon con laſtima de aver callado lo que deſpues fuera eſcuſado decirſe eſtando Artidoro auſente. I aſsi deſpues que mis ojos dieron licencia que los ſuyos hermoſiſsimos amoroſamente me miraſſen, no eſtuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de moſtrar con palabras lo que haſta entonces por ſeñas los ojos avian bien claramente manifeſtado. En fin ſabreis, amigas mias, que un dia hallandome a caſo ſola con Artidoro, con ſeñales de un encendido amor, i comedimiento, me deſcubriò el verdadero, i honeſto amor que me tenìa: i aunque yo quiſiera entonces hacer de la retirada, i melindroſa, porque temìa (como ya os he dicho) que èl ſe partieſſe, no quiſe deſdeñarle, ni

despedirle : i tambien por parecerme, que los sinsabores que se dàn, i sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen, i degen la comenzada empresa los que en sus deseos no son mui experimentados : i por esto le dì respuesta, tal qual yo deseava darsela : quedando, en resolucion, concertados en que èl se fuesse a su aldèa, i que de alli a pocos dias con alguna honrosa terceria me embiasse a pedir por esposa a mis padres ; de lo que èl fue tan contento, i satisfecho, que no acabava de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mi os sè decir, que no trocàra mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estàr segura, que el valor, i calidad de Artidoro era tal, que mi padre serìa contento de recebirle por yerno. En el dichoso punto que aveis oìdo, Pastoras, estava el de nuestros amores, que no quedavan sino dos, o tres dias a la partida de Artidoro, quando la fortuna (como aquella que jamàs tuvo termino en sus cosas) ordenò que una hermana mia, de poco menos edad que yo, a nuestra aldèa tornasse de otra adonde algunos dias avia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallava. I porque considereis, señoras, quan estraños, i no penosos casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejarà de causar alguna admiracion estraña. I es, que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entonces avia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire, i brio, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres, muchas veces nos han desconocido, i a la una por la otra hablado, de manera, que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciavan. En una cosa sola (a lo que yo creo) nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fue en las condiciones, por ser la de mi hermana mas aspera de lo que mi contento avia menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendrè yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucediò pues que luego que mi hermana vino al aldèa, con el deseo que tenìa de bolver al agradable Pastoral egercicio suyo, madrugò luego otro dia mas de lo que yo quisiera, i con las ovejas proprias que yo solìa llevar se fue al prado, i aunque yo quise seguirla, por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sè que ocasion mi madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fue el ultimo de

mis alegrias. Porque aquella noche, aviendo mi hermana recogido ſu ganado, me dijo, como en ſecreto, que tenìa neceſsidad de decirme una coſa que mucho me importava. Yo que qualquiera otra pudiera penſar de la que me dijo, procurè que preſto a ſolas nos vieſſemos, adonde ella con roſtro algo alterado, eſtando yo colgada de ſus palabras, me comenzò a decir: No sè hermana mia lo que pienſe de tu honeſtidad, ni menos sè ſi calle lo que no puedo dejar de decirte, por vèr ſi me dàs alguna diſculpa de la culpa que imagino que tienes: i aunque yo, como hermana menor, eſtava obligada a hablarte con mas reſpeto, deves perdonarme, porque en lo que hoi he viſto hallaràs la diſculpa de lo que te digere. Quando yo de eſta manera la oì hablar, no ſabìa que reſponderle, ſino decirle, que paſſaſſe adelante con ſu platica. Has de ſaber hermana, ſiguiò ella, que eſta mañana, ſaliendo con nueſtras ovejas al prado, i yendo ſola con ellas por la ribera de nueſtro freſco Henares, al paſſar por el alameda del Concejo, ſaliò a mi un Paſtor, que con verdad oſarè jurar que jamàs le he viſto en eſtos nueſtros contornos: i con una eſtraña deſemboltura me comenzò a hacer tan amoroſas ſalutaciones, que yo eſtava con verguenza, i confuſa, ſin ſaber que reſponderle, i èl no eſcarmentado del enojo (que a lo que yo creo) en mi roſtro moſtrava, ſe llegò a mi diciendome: Què ſilencio es eſte, hermoſa Teolinda, ultimo refugio de eſta anima que os adora? I faltò poco que no me tomò las manos para beſarmelas, añadiendo a lo que he dicho un Catalogo de requiebros, que parecìa que los traìa eſtudiados. Luego di yo en la cuenta, conſiderando que èl dava en el error en què otros muchos han dado, i que penſava que con vos eſtava hablando: de donde me naciò ſoſpecha, que ſi vos hermana jamàs le huvierades viſto, ni familiarmente tratado, no fuera poſsible tener el atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo qual tomè tanto enojo, que apenas podìa formar palabra para reſponderle; pero al fin reſpondì de la ſuerte que ſu atrevimiento merecìa, i qual a mi me pareciò que eſtavades vos hermana obligada a reſponder a quien con tanta libertad os hablara, i ſi no fuera porque en aquel inſtante llegò la Paſtora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien atrepentido de averme dicho las ſuyas. I es lo bueno, que nunca le quiſe decir el engaño en que eſtava, ſino que aſsi creyò èl que yo era Teolinda, como ſi

con vos mesma estuviera hablando. En fin èl se fue llamandome ingrata, desagradecida, i de poco conocimiento. I a lo que yo puedo juzgar del semblante que èl llevava, a fee hermana que otra vez no ose hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber, es, quien es este Pastor, i què conversacion ha sido la de entrambos, de do nace, que con tanta desemboltura èl se atreviesse a hablaros. A vuestra mucha discrecion dej, discretas Pastoras, lo que mi alma sentiria oyendo lo que mi hermana me contava; pero al fin, dissimulando lo mejor que pude, le dige: La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que assi se llamava la turbadora de mi descanso, en averme quitado con tus asperas razones el fastidio, i desassossiego que me davan las importunas de esse Pastor que dices: el qual es un forastero, que avrà ocho dias que està en esta nuestra aldèa, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia, i locura, que do quiera que me vè, me trata de la manera que has visto: dandose a entender que tiene grangeada mi voluntad, i aunque yo le he desengañado, quizà con mas asperas palabras de las que tu le digiste, no por esso deja èl de proseguir en su vano proposito: i a fee hermana que deseo que venga ya el nuevo dia para ir a decirle, que sino se aparta de su vanidad, que espere el fin de ella, que mis palabras siempre le han significado. I assi era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alva quanto pedirseme pudiera: solo por vèr ir a mi Artidoro, i desengañarle del error en que avia caido, temerosa que con la aceda, i desabrida respuesta que mi hermana le avia dado, èl no se desdeñasse, i hiciesse alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniesse. Las largas noches del escabroso Deciembre no dieron mas pesadumbre el amante que del venidero dia algun contento esperasse, quanto a mi me diò disgusto aquella: puesto que era de las escasas del verano, segun deseava la nueva luz, para ir a vèr a la luz por quien mis ojos veìan. I assi antes que las estrellas perdiessen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche, o de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir a apacentar las ovejas, sali del aldèa, i dando mas prissa al ganado de la acostumbrada para que caminasse, lleguè al lugar adonde otras veces solìa hallar a Artidoro, el qual hallè solo, i sin ninguno que del noticia me diesse, de que no pocos saltos me diò el corazon, que casi adevinò el mal que

le

le eſtava guardado. Quantas veces (viendo que no le hallava) quiſe con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, i decir: Vèn, bien mio, que yo ſoi la verdadera Teolinda, que mas que à sì te quiere, i ama; ſino que el temor que de otro, que de èl fueſſen mis palabras oìdas, me hizo tener mas ſilencio del que quiſiera. I aſsi, deſpues que huve rodeado una, i otra vez toda la ribera, i el ſoto del manſo Henares, me ſentè canſada al piè de un verde ſauce, eſperando que del todo el claro Sol con ſus rayos por la faz de la tierra eſtendieſſe, para que con ſu claridad no quedaſſe mata, cueva, eſpeſura, choza, ni cabaña, que de mi, mi bien no fueſſe buſcando. Mas apenas avia dado la nueva luz lugar para diſcernir las colores, quando luego ſe me ofreciò a los ojos un cortecido alamo blanco, que delante de mi eſtava, en el qual, i en otros muchos, vì eſcritas unas letras, que luego conocì ſer de la mano de Artidoro alli fijadas, i levantandome con prieſſa a vèr lo que decian, vì, hermoſas Paſtoras, que era eſto.

Paſtora, en quien la belleza,
en tanto eſtremo ſe halla,
que no hai a quien comparalla,
ſino a tu meſma crueza:
Mi firmeza, i tu mudanza,
han ſembrado a mano llena
tus promeſſas en la arena,
i en el viento mi eſperanza.

Nunca imaginàra yo,
que cupiera en lo que vì
tràs un dulce alegre Sì,
tan amargo, i triſte No.
Mas yo no fuera engañado,
ſi puſiera en mi ventura,
aſsi como en tu hermoſura,
los ojos que te han mirado.

Pues quanto tu gracia eſtraña,
promete, alegra, i concierta,
tanto turba, i deſconcierta

mi desdicha, i enmaraña.
Unos ojos me engañaron,
al parecer piadosos:
hai ojos falsos, hermosos,
los que os vèn, en què pecaron?

Dime, Pastora cruel,
a quien no podrà engañar
tu sabio honesto mirar,
i tus palabras de miel?
De mi yà està conocido,
que con menos que hicieras,
dias hà que me tuvieras
preso, engañado, i rendido.

Las letras que fijarè
en esta aspera corteza,
creceràn con mas firmeza,
que no ha crecido tu fee:
La qual pusiste en la boca,
i en vanos prometimientos,
no firme al mar, i a los vientos,
como bien fundada roca.

Tan terrible, i rigurosa,
como vivora pisada,
tan cruel como agraciada,
tan falsa como hermosa:
Lo que manda tu crueldad,
cumplirè sin mas rodeo,
pues nunca fuè mi deseo
contrario à tu voluntad.

Yo morirè desterrado,
porque tu vivas contenta,
mas mira que amor no sienta
del modo que me has tratado:
Porque en la amorosa danza,
aunque amor ponga estrecheza

ſobre el compàs de firmeza,
no ſe ſufre hacer mudanza.

Aſsi como en la belleza
paſſas qualquiera muger;
creì yo que en el querer
fueras de mayor firmeza:
Mas yà sè por mi paſsion,
que quiſo pintar natura
un Angel en tu figura,
iel tiempo en tu condicion.

Si quieres ſaber do voi,
i el fin de mi triſte vida;
la ſangre por mi vertida
te llevarà donde eſtoi.
I aunque nada no te cale
de nueſtro amor, i concierto;
no niegues al cuerpo muerto
el triſte, i ultimo vale.

Que bien ſeràs rigurosa,
i mas que un diamante dura;
ſi el cuerpo, i la ſepultura
no te buelven piadoſa.
I en caſo tan deſdichado,
tendrè por dulce partido,
ſi fuì vivo aborrecido,
ſer muerto, i por ti llorado.

Què palabras ſeràn baſtantes, Paſtoras, para daros à entender el eſtremo de dolor que ocupò mi corazon, quando claramente entendì, que los verſos que avia leìdo, eràn de mi querido Artidoro. Mas no hai para què encarecerosle, pues no llegò al punto, que era meneſter para acabarme la vida, la qual deſde entonces acà tengo tan aborrecida, que no ſentiria, ni me podria venir mayor guſto, que perderla. Los ſuſpiros que entonces dì, las lagrimas que derramè, las laſtimas que hice, fueron tantas, i tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgàra.

En

En fin, yo quedè tal, que ſin acordarme de lo que a mi honra devia, propuſe de deſamparar la cara Patria, amados Padres, i queridos Hermanos, i dejar con la guardia de sì meſmo al ſimple ganado mio: I ſin entretenerme en otras cuentas, mas que en aquellas, que para mi guſto entendì ſer neceſſarias, aquella meſma mañana, abrazando mil veces la corteza, donde las manos de mi Artidoro havian llegado, me partì de aquel lugar, con intencion de venir a eſtas riberas, donde sè que Artidoro tiene, i hace ſu habitacion, por vèr ſi ha ſido tan inconſiderado, i cruel conſigo, que aya pueſto en egecucion lo que en los ultimos verſos dejò eſcrito: que ſi aſsi fueſſe, deſde aqui os prometo, amigas mias, que no ſea menor el deſeo, i preſteza con que le ſiga en la muerte, que ha ſido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas hai de mi! i còmo creo, que no hai ſoſpecha que en mi daño ſea, que no ſalga verdadera, pues hà yà nueve dias que a eſtas freſcas riberas he llegado, i en todos ellos no he ſabido nuevas de lo que deſeo; i quiera Dios, que quando las ſepa, no ſean las ultimas que ſoſpecho.

Veis aqui, diſcretas Zagalas, el lamentable ſuceſſo de mi enamorada vida. Yà os he dicho quien ſoi, i lo que buſco, ſi algunas nuevas ſabeis de mi contento, aſsi la fortuna os conceda el mayor que deſeais, que no me lo negueis. Con tantas lagrimas acompañava la enamorada Paſtora las palabras que decìa, que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no ſe doliera. Galatea, i Floriſa, que naturalmente eran de condicion piadoſa, no pudieron detener las ſuyas, ni menos dejaron con las mas blandas, i eficaces razones que pudieron de conſolarla, dandole por conſejo, que ſe eſtuvieſſe algunos dias en ſu compañia, quizà harìa la fortuna, que en ellos algunas nuevas de Artidoro ſupieſſe: pues no permitirìa el Cielo, que por tan eſtraño engaño acabaſſe un paſtor tan diſcreto, como ella le pintava, el curſo de ſus verdes años; i que podria ſer que Artidoro, aviendo con el diſcurſo del tiempo buelto a mejor diſcurſo, i propoſito ſu penſamiento, bolvieſſe a vèr la deſeada Patria, i dulces Amigos; i que por eſto, allì mejor que en otra parte, podia tener eſperanza de hallarle. Con eſtas, i otras razones, la Paſtora algo conſolada, holgò de quedarſe con ellas, agradeciendoles la merced que le hacìan, i el deſeo que moſtravan de procurar ſu contento. A eſta ſazon, la ſerena noche, aguijando por el Cielo el eſtrellado carro, dava ſe-

ñal que el nuevo dia ſe acercava ; i las Paſtoras, con el deſeo , i neceſsidad de repoſo , ſe levantaron , i del freſco jardin a ſus eſtancias ſe fueron. Mas apenas el claro Sol havia con ſus calientes rayos deshecho , i conſumido la cerrada niebla , que en las freſcas mañanas por el aire ſuelen eſtenderſe , quando las tres Paſtoras , dejando los ocioſos lechos , al uſado egercicio de apacentar ſu ganado ſe bolvieron , con harto diferentes penſamientos, Galatea , i Floriſa , del que la hermoſa Teolinda llevava , la qual iva tan triſte , i penſativa , que era maravilla. I a eſta cauſa, Galatea , por vèr ſi podria en algo divertirla , le rogò, que pueſta à parte un poco la melancolìa , fueſſe ſervida de cantar algunos verſos al ſon de la zampoña de Floriſa. A eſto reſpondiò Teolinda. Si la mucha cauſa que tengo de llorar , con la poca que de cantar tengo , entendiera que en algo ſe menguara , bien pudieras , hermoſa Galatea , perdonarme , porque no hiciera lo que me mandas ; pero por ſaber yà por experiencia , que lo que mi lengua cantando pronuncia , mi corazon llorando lo ſoleniza, harè lo que quieres , pues en ello , ſin ir contra mi deſeo , ſatisfarè el tuyo. I luego la Paſtora Floriſa tocò ſu zampoña, a cuyo ſon Teolinda cantò eſte Soneto.

TEOLINDA.

Sabido he , por mi mal , adonde llega
La cruda fuerza de un notorio engaño;
I como amor procura con mi daño
Darme la vida, que el temor me niega,
Mi alma de las carnes ſe deſpega,
Siguiendo aquella, que por hado eſtraño
La tiene pueſta en pena, en mal tamaño,
Que el bien la turba, i el dolor ſoſsiega.
Si vivo , vivo en fee de la eſperanza,
Que aunque es pequeña, i dèbil, ſe ſuſtenta;
Siendo a la fuerza de mi amor aſida.
O firme comenzar , fragil mudanza,
Amarga ſuma de una dulce cuenta,
Como acabais por terminos la vida!

No havia bien acabado de cantar Teolinda el Soneto quē aveis oìdo , quando las tres Paſtoras ſintieron a ſu mano derecha,

por

por la ladera de un fresco valle, el son de una zampoña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron, i pararon, para con mas atencion gozar de la suave armonìa. I de allì a poco oyeron, que al son de la zampoña, el de un pequeño rabèl se acordava, con tanta gracia, i destreza, que las dos Pastoras, Galatea, i Florisa, estavan suspensas, imaginando, què Pastores podrian ser los que tan acordadamente sonavan, porque bien vieron, que ninguno de los que ellas conocìan (si Elicio no) era en la musica tan diestro. A esta sazon, dijo Teolinda, si los oìdos no me engañan, hermosas Pastoras, yo creo que teneis oi en vuestras riberas a los dos nombrados, i famosos Pastores, Tirsi, i Damon, naturales de mi Patria; a lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, Villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fuè nacido; i Damon, su intimo, i perfeto Amigo, sino estoi mal informada, de las Montañas de Leon trae su origen; i en la nombrada Mantua Carpentanea fuè criado: tan aventajados los dos en todo genero de discrecion, ciencia, i loables egercicios, que no solo en el circuito de nuestra Comarca son conocidos; pero por todo el de la tierra conocidos, i estimados. I no penseis, Pastoras, que el ingenio destos dos Pastores solo se estiende en saber lo que al pastoral estado le conviene: porque passa tan adelante, que lo escondido del Cielo, i lo no sabido de la tierra, por terminos, i modos concertados, enseñan, i disputan; i estoi confusa en pensar, què causa les havrà movido a dejar Tirsi su dulce, i querida Fili; i a Damon su hermosa, i honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hai en nuestra Aldea, ni en los contornos de ella persona, ni en la campaña, bosque, prado, fuente, o rio, de que sus encendidos, i honestos amores no tengan entera noticia. Deja por agora, Teolinda, dijo Florisa, de alabarnos estos Pastores, que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz, que en la musica de los instrumentos. Pues què direis, replicò Teolinda, quando veais que todo esso sobrepuja la excelencia de su Poesia, la qual es de manera, que al uno yà le ha dado renombre de Divino, i al otro de mas que humano. Estando en estas razones las Pastoras, vieron que por la ladera del valle, por donde ellas mesmas ivan, se descubrian dos Pastores de gallarda disposicion, i estremado brio, de poco mas edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pas-

paſtorilmente, que mas parecian en ſu talle, i apoſtura bizarros cortefanos, que Serranos ganaderos. Traìa cada uno un bien tallado pellico de blanca, i finiſsima lana, guarnecidos de leonado, i pardo, colores a quien ſus Paſtoras eran mas aficionadas, pendìan de ſus hombros ſendos zurrones, no menos viſtoſos, i adornados que los pellicos: venìan de verde laurèl, i freſca yedra coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo pueſtos: no traìan compañia alguna, i tan embevecidos en ſu muſica venìan, que eſtuvieron gran eſpacio ſin vèr a las Paſtoras, que por la meſma ladera ivan caminando, no poco admiradas del gentil donaire, i gracia de los Paſtores, los quales, con concertadas voces, comenzando el uno, i replicando el otro, eſto que ſe ſigue cantavan.

DAMON. TIRSI.

D. Tirſi, que el ſolitario cuerpo alejas
Con atrevido paſſo, aunque forzoſo,
De aquella luz con quien el alma dejas:
Còmo en ſon no te dueles doloroſo
Pues hai tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu repoſo?
T. Damon, ſi el cuerpo miſerable parte
Sin la mitad del alma en la partida,
Dejando della la mas alta parte:
De què virtud, o sèr ſerà movida
Mi lengua? que por muerta yà la cuento,
Pues con el alma ſe quedò la vida.
I aunque mueſtro que veo, oigo, i ſiento,
Fantaſma ſoi por el amor formada,
Que con ſola eſperanza me ſuſtento.
D. O Tirſi venturoſo, i què invidiada
Es tu ſuerte de mi, con cauſa juſta,
Por ſer de las de amor mas eſtremada.
A ti ſola la auſencia te diſguſta,
I tienes el arrimo de eſperanza,
Con quien el alma en ſus deſdichas guſta.
Pero hai de mi, que adonde voi me alcanza
La fria mano del temor eſquiva,
I del deſdèn la riguroſa lanza.

Tèn

Tèn la vida por muerte, aunque mas viva
Se te muestre, Pastor, que es qual la vela,
Que quando muere, mas su luz aviva.
Ni con el tiempo que ligero buela,
Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela.
T. El firme, i puro amor, jamàs descrece
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fee de la memoria crece.
Asi que en el ausencia corta, o larga,
No vè remedio el Amador perfeto
De dàr alivio a la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el obgeto,
Que amor puso en el alma, representa
La amada imagen viva al inteleto.
I alli en blando silencio le dà cuenta
De su bien, o su mal, segun la mira,
Amorosa, o de amor libre, i essenta.
I si ves que mi alma no suspira,
Es por que veo a Fili acà en mi pecho,
De modo que a cantar me llàma, i tira.
D. Si en el hermoso rostro algun despecho
vieras de Fili quando te partiste
Del bien que asi te tiene satisfecho,
Yo sè, discreto Tirsi, que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo,
Que vi al contrario de lo que tu viste.
T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
I el estremo del mal de ausencia templo,
I alegre voi, si voi, si quedo, o vengo.
Que aquella que naciò por vivo egemplo
De la inmortal belleza acà en el suelo,
Digna de marmol, de corona, i templo,
Con su rara virtud, i honesto zelo,
Asi los ojos codiciosos ciega,
Que de ningun contrario me recelo.
La estrecha sugecion que no le niega
Mi alma al alma suya, el alto intento,
Que solo en la adorar pàra, i sosiega.

El tener deste amor conocimiento,
Fili, i correſponder a fee tan pura,
Deſtierran el dolor, traen el contento.
D. Dichoſo Tirſi, Tirſi con ventura,
De la qual goces ſiglos prolongados
En amoroſo guſto, en paz ſegura.
Yo, a quien los cortos implacables hados
Trugeron a un eſtado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados:
Bien es que muera, pues eſtando muerto,
No temerè a Amarili riguroſa,
Ni del ingrato amor el deſconcierto.
O mas que el Cielo, o mas que el Sol hermoſa,
I para mi mas dura que un diamante,
Preſta a mi mal, i al bien mui perezoſa.
Qual Abrego, qual Cierzo, qual Levante,
Te ſoplò de aſpereza, que aſsi ordenas,
Que huiga el paſſo, i no te eſtè delante?
Yo morirè, Paſtora, en las agenas
Tierras, pues tu lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos, i cadenas.
T. Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damon amigo, el piadoſo Cielo,
De un ingenio tan vivo, i levantado:
Templa con èl el llanto, templa el duelo,
Conſiderando bien, que no contino
Nos quema el Sol, ni nos enfria el yelo.
Quiero decir, que no ſigue un camino
Siempre con paſſos llanos repoſados
Para darnos el bien nueſtro deſtino.
Que alguna vez por trances no penſados,
Lejos al parecer de guſto, i gloria,
Nos lleva a mil contentos regalados.
Rebuelve, dulce Amigo, la memoria,
Por los honeſtos guſtos, que algun tiempo
Amor te diò por prendas de vitoria.
I ſi es poſsible buſca un paſſatiempo,
Que al alma engañe, en tanto que ſe paſſa
Eſte deſamorado airado tiempo.

D.

D. Al yelo, que por terminos me abrasa;
I al fuego, que sin termino me yela,
Quien le pondrà, Pastor, termino, o tassa?
En vano cansa, en vano se desvela
El desfavorecido, que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aqui cessò el estremado canto de los agraciados Pastores; pero no en el gusto que las Pastoras havian recebido en escucharle, antes quisieran que tan presto no se acabàra, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse. A esta sazon los dos gallardos Pastores encaminavan sus passos azia donde las Pastoras estavan, de que pesò a Teolinda, porque temiò ser dellos conocida, i por esta causa rogò a Galatea, que de aquel lugar se desviassen: ella lo hizo, i ellos passaron, i al passar oyò Galatea, que Tirsi a Damon decia: Estas riberas, Amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, i adonde trae el suyo el enamorado Elicio, intimo, i particular Amigo tuyo, a quien dè la ventura tal sucesso en sus amores, quanto merecen sus honestos, i buenos deseos. Yo hà muchos dias que no sè en què terminos le trae su suerte; pero segun he oìdo decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien èl muere, temo que mas aìna debe de estàr quejoso, que satisfecho. No me maravillaria yo desto, respondiò Damon, porque con quantas gracias, i particulares dones con que el Cielo enriqueciò a Galatea, al fin la hizo muger, en cuyo fragil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se deve, i el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura es la vida. Lo que yo he oìdo decir de los amores de Elicio es, que èl adora a Galatea, sin salir del termino que a su honestidad se debe, i que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer, ni de aborrecer a Elicio, i assi debe de andar el desdichado sugeto a mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo, i la fortuna (medios harto perdidos) que le alarguen, o acorten la vida, de los quales està mas cierto el acortarla, que el entretenerla. Hasta aqui pudo oìr Galatea de lo que de ella, i de Elicio los Pastores tratando ivan, de que no recibiò poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicava, era lo que a su limpia in-

tencion se devia; i desde aquel punto determinò de no hacer por Elicio cosa que diesse ocasion a que la fama no saliesse verdadera en lo que de sus pensamientos publicava. A este tiempo los dos bizarros Pastores, con vagarosos passos, poco a poco azia el Aldea se encaminavan, con deseo de hallarse a las bodas del venturoso Pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casava; i esta fuè una de las causas porque ellos havian dejado sus rebaños, i al lugar de Galatea se venian; pero yà que les faltava poco del camino, a la mano derecha de èl sintieron el son de un rabèl que acordada, i suavemente sonava, i parandose Damon, travò a Tirsi del brazo, diciendole: Espera, escucha un poco Tirsi, que si los oìdos no me mienten, el son que a ellos llega, es el del rabèl de mi buen Amigo Elicio, a quien diò naturaleza tanta gracia en muchas, i diversas habilidades, quanto las oiràs si le escuchas, i conoceràs si le tratas. No creas Damon, respondiò Tirsi, que hasta agora estoi por conocer las buenas partes de Elicio, que dias hà que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla aora, i escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dè algun manifiesto indicio. Bien dices, replicò Damon, mas serà menester para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo, que sin ser vistos de èl, de mas cerca le escuchemos: hicieronlo ansi, i pusieronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo, o cantò, dejò de ser dellos oìda, i aun notada. Estava Elicio en compañia de su Amigo Erastro, de quien pocas veces se apartava, por el entretenimiento, i gusto que de su buena conversacion recebìa, i todos, o los mas ratos del dia, en cantar, i tañer se les passava; i a este punto tocando su rabèl Elicio, i su zampoña Erastro, a estos versos diò principio Elicio.

ELICIO.

Rendido à un amoroso pensamiento,
Con mi dolor contento,
Sin esperar mas gloria,
Sigo la que persigue mi memoria;
Porque contino en ella se presenta,
De los lazos de amor libre, i essenta.
Con los ojos del alma aun no es posible

Vèr el roſtro apacible
De la enemiga mia,
Gloria, i honor de quanto el Cielo cria,
I los del cuerpo quedan ſolo en vella
Ciegos, por aver viſto el Sol en ella.
O dura ſervidumbre, aunque guſtoſa,
O mano poderoſa
De amor, que aſsi pudiſte
Quitarme (ingrato) el bien que prometiſte,
De hacerme quando libre me burlava
De ti, del arco tuyo, i de tu aljava,
Quanta belleza, quanta blanca mano
Me moſtraſte tirano,
Quanto te fatigaſte,
Primero que a mi cuello el lazo echaſte,
I aun quedàras vencido en la pelea,
Si no huviera en el mundo Galatea.
Ella fue ſola la que ſola pudo
Rendir el golpe crudo
De corazon eſſento,
I avaſſallar el libre penſamiento;
El qual, ſi a ſu querer no ſe rindiera;
Por de marmol, o azero le tuviera.
Què libertad puede moſtrar ſu fuero
Ante el roſtro ſevero,
I mas que el ſol hermoſo
De la que turba, i cauſa mi repoſo?
Hai roſtro que en el ſuelo
Deſcubres quanto bien encierra el Cielo;
Como pudo juntar naturaleza
Tal rigor, i aſpereza,
Con tanta hermoſura,
Tanto valor, i condicion tan dura?
Mas mi dicha conſiente
En mi daño juntar lo diferente.
Esle tan facil a mi corta ſuerte,
Vèr con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
I eſtàr ſu mal a do ſu bien anida:

Que

Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, i no el deseo.

No cantò mas el enamorado Pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsi, i Damon, antes haciendo gallarda, e improvisa muestra, àzia donde estava Elicio se fueron, el qual como los viò, conociendo a su Amigo Damon, con increible alegria le saliò a recebir, diciendole. Què ventura ha ordenado, discreto Damon, que la dès tan buena con tu presencia a estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondiò Damon, pues me ha traìdo a verte, o Elicio, cosa que yo estimo en tanto quanto es el deseo que de ello tenìa, i la larga ausencia, i la amistad que te tengo me obligava; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria, i honor del Castellano suelo. Quando Elicio oyò decir, que aquel era Tirsi, de èl solamente por fama conocido, recibiendole con mucha cortesia, le dixo. Bien conforma tu agradable semblante nombrado Tirsi, con lo que de tu valor, i discrecion en las cercanas, i apartadas tierras la parlera fama pregona. I asi, a mi, à quien tus escritos han admirado, e inclinado a desear conocerte, i servirte, puedes de hoi mas tener, i tratar como verdadero Amigo. Es tan conocido lo que yo gano en esso, respondiò Tirsi, que en vano pregonarìa la fama, lo que la aficion que me tienes te hace decir, que de mi pregona, si no conociesse la merced que me haces en querer ponerme en el numero de tus Amigos; i porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser escusadas, cessen las nuestras en este caso, i dèn las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia serà contino de servirte, replicò Elicio, como lo veràs, o Tirsi, si el tiempo, o la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello, porque el que agora tengo, puesto que no le trocarìa con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me deja con libertad de ofrecer el deseo, teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dixo Damon, por locura tendria procurar bajarle à cosa que menos fuesse; i asi, Amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que quando se comparasse con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte mas embidia que lastima. Bien parece Damon, dijo Elicio, que ha muchos dias que faltas de estas riberas, pues no sabes lo que

en ellas amor me hace ſentir ; i ſi eſto no es , no deves conocer, ni tener experiencia de la condicion de Galatea , que ſi de ella tuvieſſes noticia , trocarìas en laſtima la embidia que de mi tendrias. Quien ha guſtado de la condicion de Amarili , què coſa nueva puede eſperar de la de Galatea, reſpondiò Damon. Si la eſtada tuya en eſtas riberas , replicò Elicio , fuere tan larga como yo deſeo , tu Damon conoceràs , i veràs en ella , i oiràs en otras como andan en igual balanza ſu crueldad , i gentileza : eſtremos que acaban la vida al que ſu deſventura trujo a terminos de adorarla. En las riberas de nueſtro Henares , dijo a eſta ſazon Tirſi, mas fama tenia Galatea de hermoſa que de cruel ; pero ſobre todo ſe dice que es diſcreta; i ſi eſta es la verdad, como lo deve ſer, de ſu diſcrecion nace el conocerſe , i de conocerſe , eſtimarſe , i de eſtimarſe , no querer perderſe , i del no querer perderſe, viene el no querer contentarte; i viendo tu, Elicio, quan mal correſponde a tus deſeos , dàs nombre de crueldad a lo que devias llamar honroſo recato ; i no me maravillo, que en fin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrias en lo que has dicho, o Tirſi, replicò Elicio , quando mis deſeos ſe deſviaran del camino que a ſu honra , i honeſtidad conviene ; pero ſi vàn tan medidos , como a ſu valor , i credito ſe deve , de què ſirve tanto deſdèn ? Tan amargas, i deſabridas reſpueſtas ? I tan a la clara eſconder el roſtro al que tiene pueſta toda ſu gloria en ſolo verle ? Hai , Tirſi , Tirſi , reſpondiò Elicio , i còmo te deve tener el amor pueſto en lo alto de ſus contentos , pues con tan ſoſſegado eſpiritu hablas de ſus efetos , no sè yo como viene bien lo que tu agora dices con lo que un tiempo decias quando cantavas. *Hai de quan ricas eſperanzas vengo al deſeo mas pobre , i encogido* , con lo demàs que a eſto añadiſte. Haſta eſte punto avia eſtado callando Eraſtro , mirando lo que entre los Paſtores paſſava , admirado de vèr ſu gentil donaire , i apoſtura, con las mueſtras que cada uno dava de la mucha diſcrecion que tenìa. Pero viendo que de lance en lance a razonar de caſos de amor ſe avìan reducido , como aquel que tan experimentado en ellos eſtava , rompiò el ſilencio , i dijo. Bien creo, diſcretos Paſtores , que la larga experiencia os avrà moſtrado , que no ſe puede reducir a continuado termino la condicion de los enamorados corazones , los quales como ſe goviernan por voluntad agena , a mil contrarios accidentes eſtàn ſugetos ; i aſsi , tu , famoſo
Tir-

Tirsi, no tienes de que maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni èl tampoco de lo que tu dices, ni traer por egemplo aquello que èl dice que cantavas, ni menos lo que yo sè que cantaste, quando dixiste: *La amarillèz, i la flaqueza mia*, donde claramente mostravas el afligido estado que entonces posseìas; porque de alli a poco llegaron a nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solemnizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzavan: *Sale el Aurora, i de su fertil mano.* Por do claro se conoce la diferencia que hai de tiempos a tiempos; i como con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoi se ria el que ayer llorava, i que mañana llore el que hoi rie. I por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza, i desdèn zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperasse buen sucesso de un tan enamorado, i medido deseo como el que has mostrado, o Pastor, respondiò Damon, renombre mas que dessesperado merecìa: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes; pero dime, Pastor, assi ella te la conceda. Es possible que tan a regla tienes tu deseo, que no se adelanta a desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, Amigo Damon, dijo Elicio, porque el valor de Galatea no dà lugar a que de ella otra cosa se desee, ni se espere, i aun esta es tan dificil de obtenerse, que à veces a Erastro se entibia la esperanza, i a mi se enfria de manera, que èl tiene por cierto, i yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte, que el cumplimiento de ella. Mas porque no es razon recebir tan honrados huespedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quedense ellas aqui, i recojamonos al Aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, i con mas sossiego, si de ello gustaredes, entendereis el desasossiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse a la voluntad de Elicio, el qual, i Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañia de los dos Pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, àzia el Aldea se encaminaron. Mas como todo el passatiempo de Erastro era tañer, i cantar; assi por esto, como por el deseo que tenia de saber si los dos nuevos Pastores lo hacian tambien como de ellos se sonava, por moverlos, i com-

bidarlos a què otro tanto hiciessen, rogò a Elicio, que su rabèl tocasse, al son del qual asi comenzò a cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos,
Que al sol dan luz con que da luz al suelo,
Mi alma asi se enciende, que recelo
Que presto tendrà muerte sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de inojos,
O clara luz, o rayos del Sol claro,
Antes el mismo Sol, de vos espero
Solo que consintais que Erastro os quiera:
Si en esto el Cielo se muestra avaro
Antes que acabe del dolor que muero
Haced, o rayos, que de un rayo muera.

No les pareciò mal el Soneto a los Pastores, ni les descontentò la voz de Erastro, que puesto que no era de las mui estremadas, no dejava de ser de las acordadas, i luego Elicio, movido del egemplo de Erastro, le hizo que tocasse su zampoña, al son de la qual este Soneto dijo.

ELICIO.

Hai que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento
Contradicen el Cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra, i la enemiga mia:
Contrarios son de quien temer devria,
I abandonar la empressa el sano intento:
Mas quien podrà estorvar lo que el violento
Hado implacable quiere? amor porfia?
El alto Cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra, i mi enemiga bella,
Cada qual con fuerza, i con mi hado,

Mi

Mi bien estorve, esparza, abrase, i luego
Deshaga mi esperanza, que aun sin ella
Imposible es dejar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon, al son de la mesma zampoña de Erastro, desta manera comenzò a cantar.

DAMON.

Mas blando fui que no la blanda cera
Quando imprimì en mi alma la figura
De la bella Amarili, esquiva, i dura,
Quan duro marmol, o silvestre fiera.
Amor me puso entonces en la esfera
Mas alta de su bien, i su ventura,
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera.
Arrimòse el amor a la esperanza,
Qual vid al olmo, i fue subiendo apriessa;
Mas faltòle el humor, i cessò el buelo:
No el de mis ojos que por larga usanza
Fortuna sabe bien que jamàs cessa
De dàr tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabò Damon, i comenzò Tirsi al son de los instrumentos de los tres Pastores a cantar este soneto.

TIRSI.

Por medio de los filos de la muerte
Rompiò mi fee, i a tal punto he llegado,
Que no embidio el mas alto, i rico estado,
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien naciò de solo verte,
Hermosa Fili, o Fili a quien el hado
Dotò de un sèr tan raro, i estremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del Rei mira,

I es lei que nunca tuerce ſu derecho:
Aſsi ante tu hermoſiſsima preſencia
La muerte huye, el daño ſe retira,
I deja en ſu lugar vida, i provecho.

Al acabar de Tirſi, todos los inſtrumentos de los Paſtores formaron tan agradable muſica, que cauſava grande contento a quien la oìa, i mas ayudandoles, de entre las eſpeſas ramas, mil ſuertes de pintados pajarillos, que con divina armonia parece que como a coros les ivan reſpondiendo. De eſta ſuerte avian caminado un trecho, quando llegaron a una antigua hermita que en la ladera de un montecillo eſtava, no tan deſviada del camino que dejaſſe de oirſe el ſon de una harpa que dentro al parecer tañian, el qual oido por Eraſtro, dijo. Deteneos, Paſtores, que ſegun pienſo hoi oiremos todos lo que ha dias que yo deſſeo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella hermita avrà doce, o catorce dias ſe ha venido a vivir una vida mas aſpera de lo que a mi me parece que puedan llevar ſus pocos años, i algunas veces que por aqui he paſſado, he ſentido tocar una harpa, i entonar una voz tan ſuave, que me ha puesto en grandiſsimo deſeo de eſcucharla, pero ſiempre he llegado a punto que èl le ponia en ſu canto: i aunque con hablarle he procurado hacerme ſu amigo, i ofreciendole a ſu ſervicio todo lo que valgo, i puedo, nunca he podido acabar con èl que me deſcubra quien es, i las cauſas que le han movido a venir de tan pocos años a ponerſe en tanta ſoledad, i eſtrecheza. Lo que Eraſtro decia del mozo, i nuevo hermitaño, puſo en los Paſtores el miſmo deſeo de conocerle que èl tenia, i aſsi acordaron de llegarſe a la hermita de modo que ſin ſer ſentidos pudieſſen entender lo que cantava antes que llegaſſen a hablarle, i haciendolo aſsi, les ſucediò tan bien, que ſe puſieron en parte donde ſin ſer viſtos, ni ſentidos, oyeron que al ſon de la harpa el que eſtava dentro ſemejantes verſos decia.

Si han ſido el Cielo, Amor, i la fortuna
Sin ſer de mi ofendidos,
Contentos de ponerme en tal eſtado,
En vano al aire embio mis gemidos:
En vano haſta la luna

Se viò mi penſamiento levantado.
O riguroſo hado,
Por quan eſtrañas deſuſadas vias
Mis dulces alegrias
Han venido a paràr en tal eſtremo
Que eſtoi muriendo, i aun la vida temo.

Contra mi meſmo eſtoi ardiendo en ira
Por vèr que ſufro tanto
Sin romper eſte pecho, i dar al viento
Eſta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las ultimas reliquias del aliento,
I alli de nuevo ſiento
Que acude la eſperanza a darme fuerza,
I aunque fingida a mi vivir es fuerza,
I no es piedad del Cielo, porque ordena
A larga vida dar mas larga pena.

Del caro amigo el laſtimado pecho
Enterneciò eſte mio,
I la empreſa dificil tomè a cargo,
O diſcreto fingir de deſvario,
O nunca viſto hecho,
O caſo guſtoſiſsimo, i amargo,
Quan dadivoſo, i largo
Amor ſe moſtrò por bien ageno,
I quan avaro, i lleno
De temor, i lealtad para conmigo,
Pero a mas nos obliga un firme amigo.

Injuſtas pagas, voluntades juſtas
A cada paſſo vemos
Dadas por mano de fortuna eſquiva,
I de ti, falſo Amor, de quien ſabemos
Que te alegras, i guſtas
De que un firme amador muriendo viva,
Abraſadora, i viva
Llama ſe encienda en tus ligeras alas,

I las buenas, i malas
Saetas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra ti se buelvan.

Por què camino, con fraude, i maña,
Por què estraño rodèo
Entera possession de mi tomaste?
I como en mi piadoso alto deseo,
I en mis limpias entrañas
La sana voluntad falso trocaste?
Juicio avrà que baste
A llevar en paciencia el ver perjuro,
Que entre libre, i seguro
A tratar de tus glorias, i tus penas,
I agora al cuello siento tus cadenas.

Mas no de ti, sino de mi serìa
Razon que me quejasse,
Que a tu fuego no hice resistencia,
Yo me entreguè, yo hice que soplasse
El viento que dormia
De la ocasion con furia, i violencia:
Justissima sentencia
Ha dado el cielo contra mi que muera,
Aunque solo se espera
De mi infelice hado, i desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.

O amigo dulce, o dulce mi enemiga
Timbrio, i Nisida bella,
Dichosos juntamente, i desdichados
Qual dura iniqua, inexorable estrella
De mi daño enemiga
Qual fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene casi apartados?
O miserable, humana, fragil suerte
Quan presto se convierte
En subito pesar una alegria
I sigue escura noche al claro dia.

De la inſtabilidad de la mudanza
De las humanas coſas
Qual ſerà el atrevido que ſe fie.
Con alas buela el tiempo preſuroſas,
I tras sì la eſperanza
Se lleva del que llora, i del que rie,
I ya que el Cielo embie
Su favor, ſolo ſirve al que con celo
Santo levanta al Cielo
El alma en fuego de ſu amor deshecha,
I al que no mas le daña que aprovecha.
Yo como puedo, buen Señor, levanto
La una, i otra palma,
Los ojos, la intencion al Cielo ſanto,
Por quien eſpera el alma
Ver buelto en riſa ſu continuo llanto.

Con un profundo ſuſpiro diò fin al laſtimado canto el recogido mozo, que dentro en la hermita eſtava; i ſintiendo los Paſtores que adelante no proſeguia, ſin detenerſe mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron a un cabo ſentado encima de una dura piedra a un diſpueſto, i agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte i dos años, veſtido de un toſco burel, con los pies deſcalzos, i una aſpera ſoga ceñida al cuerpo, que de cordon le ſervia. Eſtava con la cabeza inclinada a un lado, i la una mano aſida de la parte de la tunica que ſobre el corazon caìa, i el otro brazo a la otra parte flojamente derribado, i por verle deſta manera, i por no aver hecho movimiento al entrar de los Paſtores, claramente conocieron que deſmayado eſtava, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de ſus miſerias muchas veces a ſemejante termino le conducia. Llegòſe a èl Eraſtro, i travandole recio del brazo le hizo bolver en sì, aunque tan deſacordado, que parecia que de un peſado ſueño recordava, las quales mueſtras de dolor, no pequeño le cauſaron a los que lo veìan, i luego Eraſtro le dijo. Que es eſto ſeñor, que es lo que ſiente vueſtro fatigado pecho? No degeis de decirlo, que preſentes teneis quien no reuſaràn fatiga alguna por dàr remedio a la vueſtra. No ſon eſſos, reſpondiò el mancebo con voz algo deſmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun ſerian los ultimos

que yo acertasse a servir si pudiesse; pero hame traido la fortuna a terminos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; i si otra cosa de mi deseas saber, el tiempo, que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo q̃ me dices, respondiò Erastro, poco deve agradecerse tal paga; pues èl, a pesar de nuestro, echa en las Plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demàs Pastores le rogaron, que la ocasion de su tristeza les contasse, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadiò, i diò a entender, que no hai mal en esta vida, que con ella su remedio no se alcanzasse, si yà la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone a ellos, i a esto añadiò otras palabras, que al obstinado mozo movieron a que con las suyas hiciesse satisfechos a todos de lo que de èl saber deseavan, i assi les dijo. Puesto que a mi me fuera mejor (o agradable compañia) vivir lo poco que me queda de vida sin ella, i averme recogido a mayor soledad de la que tengo, todavia por no mostrarme esquivo a la voluntad que me aveis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastarà, i los terminos por donde la mudable fortuna me ha traìdo al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es yà algo tarde, i segun mis desventuras son muchas, serìa possible que antes de contaroslas la noche sobreviniesse, serà bien que todos juntos a la Aldea nos vamos, pues a mi no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenìa determinado, i esto me es forzoso, pues de vuestra Aldèa soi proveìdo de lo que he menester para mi sustento; i por el camino, como mejor pudieremos, os harè ciertos de mis desgracias. A todos pareciò bien lo que el mozo hermitaño decia, i poniendole en medio de ellos, con vagarosos passos, tornaron a seguir el camino de la Aldèa, i luego el afligido hermitaño, con muestras de mucho dolor, desta manera al cuento de sus miserias diò principio.

En la antigua, i famosa Ciudad de Xerèz, cuyos moradores de Minerva, i Marte son favorecidos, naciò Timbrio un valeroso Cavallero, del qual, si sus virtudes, i generosidad de animo huviesse de contar, a dificil empressa me pondria. Basta saber, que no sè si por la mucha bondad suya, o por la fuerza de las

estrellas que a ello me inclinavan, yo procurè por todas las vias que pude serle particular amigo, i fueme en esto el Cielo tan favorable, que casi olvidandose a los que nos conocìan el nombre de Timbrio, i el de Silerio (que es el mio) solamente los dos amigos nos llamavan, haciendo nosotros con nuestra continua conservacion, i amigables obras, que tal opinion no fuesse vana. Desta suerte los dos, con increible gusto, i contento, los mozos años passavamos, ora en el campo en el egercicio de la caza, ora en la Ciudad en el del honroso Marte, entreteniendonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho vèr) le sucediò a mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso Cavallero, vecino de la misma Ciudad. Llegò a termino la question, que el Cavallero quedò lastimado en la honra, i a Timbrio le fue forzoso ausentarse, por dàr lugar a que la furiosa discordia cessasse, que entre los dos parentelas se comenzava a encender; dejando escrita una carta a su enemigo, dandole aviso que le hallarìa en Italia en la Ciudad de Milàn, o en Napoles, todas las veces que como Cavallero de su agravio satisfacerse quisiesse. Con esto cessaron los vandos entre los parientes de entrambos, i ordenòse, que a igual, i mortal batalla el ofendido Cavallero, que Pransiles se llamava, a Timbrio desafiasse, i que en hallando campo seguro para la batalla, se avisasse a Timbrio. Ordenò mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucediò, yo me hallasse tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podia, i por esta ocasion se me passò la de seguir a mi amigo donde quiera que fuesse, el qual al partir se despidiò de mi con no pequeño descontento, encargandome que en cobrando fuerzas le buscasse, que en la Ciudad de Napoles le hallaria, dejandome con mas pena que yo sabrè agora significaros: mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mi mas el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigava) me puse luego en camino; i para que con mas brevedad, i mas seguro le hiciesse, la ventura me ofreciò la comodidad de quatro galeras, que en la famosa Isla de Cadiz de partida para Italia puestas, i aparejadas estavan. Embarqueme en una de ellas, i con prospero viento, en tiempo breve las riberas Catalanas descubrimos; i aviendo dado fondo en un Puerto de ellas, yo que algo fatigado de la mar venìa, (assegurado primero de que por aquella noche las galeras de alli

no partìan) me desembarquè con solo un amigo, i un criado mio; i no creo que devia de ser la media noche quando los Marineros, i los que a cargo las galeras llevavan, viendo que la serenidad del Cielo, calma, o prospero viento señalava (por no perder la buena ocasion que se les ofrecìa) a la segunda guardia hicieron la señal de partida, i zarpando las ancoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgo mar, i las velas al sossegado viento, i fue,como digo, con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para bolver a embarcarme, no fui a tiempo, i asi me huve de quedar en la marina, con el enojo que podrà considerar quien por semejantes, i ordinarios casos avrà passado, porque quedava mal acomodado de todas las cosas, que para seguir mi viage por tierra eran necessarias: mas considerando que de quedarme alli poco remedio se esperava, acordè de bolverme a Barcelona, adonde como Ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodasse de lo que me faltava, correspondiendo a Xerèz, o a Sevilla con la paga de ello. Amaneciòme en estos pensamientos, i con determinacion de ponerlos en efeto, aguardava a que el dia mas se levantasse, i estando a punto de partirme, sentì un grande estruendo por la tierra, i que toda la gente corrìa a la calle mas principal del Pueblo; i preguntando a uno que era aquello, me respondiò: llegaos, señor, a aquella esquina, que a voz de pregonero sabreis lo que deseais. Hicelo asi, i lo primero en que puse los ojos fue un alto Crucifijo, i en mucho tumulto de gente, señales que algun sentenciado a muerte entre ellos venìa, todo lo que me certificò la voz del pregonero, que declarava, que por aver sido salteador, i vandolero, la justicia mandava ahorcar un hombre, que como a mi llegò, luego conocì que era el mi buen amigo Timbrio, el qual venìa a pie con unas esposas a las manos, i una soga a la garganta, los ojos enclavados en el Crucifijo que delante llevava, diciendo, i protestando a los Clerigos que con èl ivan, que por la cuenta que pensava dàr en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante los ojos tenìa, que nunca, en todo el discurso de su vida, avia cometido cosa por donde publicamente mereciesse recebir tan ignominiosa muerte, i que a todos rogava, rogassen a los Jueces le diessen algun termino para provar quan inocente estava de lo que le acusavan. Considerese aqui (si tanto la consideracion pudo levantarse) qual quedarìa yo al horrendo espectaculo que a los

ojos

ojos se me ofrecia: no sè que os diga, señores, sino que quedè tan embelesado, i fuera de mi, i de tal modo quedè ageno de todos mis sentidos, que una estatua de marmol deviera de parecer a quien en aquel punto me mirava. Pero ya que el confuso rumor del Pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, i las consoladoras de los Sacerdotes, i el verdadero conocimiento de mi buen amigo, me huvieron buelto de aquel embelesamiento primero, i la alterada sangre acudiò a dar ayuda al desmayado corazon, i despertado en èl la colera devida a la notoria vēganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponia, sino al de Timbrio, por ver si podia librarle, o seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, echè mano a la espada, i con mas que ordinaria furia entrè por en medio de la confusa turba, hasta que lleguè a donde Timbrio iva, el qual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se avian desembainado, con perplejo, i angustiado animo estava mirando lo que passava, hasta que yo le dige. Adonde està, o Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? Què esperas? O què aguardas? Por què no te favoreces de la ocasion presente? Procura, verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que esta mia hace escudo a la sin razon, que, segun creo, aqui te es hecha. Estas palabras mias, i el conocerme Timbrio, fue parte para que olvidado todo temor, rompiesse las ataduras, o esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco si los Sacerdotes, de compassion movidos, no ayudàran su deseo, los quales tomandole en peso, a pesar de los que estorvarlo querian, se entraron con èl en una Iglesia, que alli junto estava, dejandome a mi en medio de toda la justicia, que con grande instancia procurava prenderme, como al fin lo hizo, pues a tantas fuerzas juntas, no fue poderosa la sola mia de resistirlas. I con mas ofensa que (a mi parecer) mi pecado merecia, a la carcel publica herido de dos heridas me llevaron; el atrevimiento mio, i el averse escapado Timbrio aumentò mi culpa, i el enojo en los Jueces; los quales condenando bien el exceso por mi cometido, pareciendoles ser justo que yo muriesse, i luego la cruel sentencia pronunciaron, i para otro dia guardavan la egecucion. Llegò a Timbrio esta triste nueva allà en la Iglesia donde estava; i segun yo despues supe, mas alteracion le diò mi sentencia, que le avia dado la de su muerte; i por librarme della de nuevo se ofrecia a entregarse otra vez en poder de la jus-

justicia; pero los Sacerdotes le aconsejaron que servia de poco aquello, antes era añadir mal a mal, i desgracia a desgracia, pues no serìa parte el entregarse èl para que yo fuesse suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir a Timbrio no se diesse a la justicia; pero sossegòse con proponer en su animo de hacer otro dia por mi lo que yo por èl avia hecho, por pagarme en la misma moneda, o morir en la demanda. De toda su intencion fuì avisado por un Clerigo que a confessarme vino, con el qual le embiè a decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que èl se salvasse, i procurasse que con toda brevedad el Virrei de Barcelona supiesse todo el sucesso, antes que la justicia de aquel Pueblo la egecutasse en èl. Supe tambien la causa por què a mi amigo Timbrio llevava al amargo suplicio, segun me contò el mesmo Sacerdote que os he dicho; i fuè que viniendo Timbrio caminando por el Reino de Cataluña, a la salida de Perpiñan dieron con èl una cantidad de vandoleros, los quales tenian por señor, i cabeza a un valeroso Cavallero Catalan, que por ciertas enemistades andava en la compañia, como es ya antiguo uso de aquel Reino, quando los enemistados son personas de cuenta, salirse a ella, i hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas; cosa agena de toda Christiandad, i digna de toda lastima. Sucediò pues que al tiempo que los vandoleros estavan ocupados en quitar a Timbrio lo que llevava, llegò en aquella sazon el señor, i caudillo dellos, i como en fin era Cavallero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno a Timbrio se hiciesse; antes pareciendole hombre de valor, i prendas le hizo mil corteses ofrecimientos, rogandole que por aquella noche se quedasse con èl en un lugar alli cerca, que otro dia por la mañana le darìa una señal de seguro para que sin temor alguno pudiesse seguir su camino hasta salir de aquella Provincia. No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortès Cavallero le pedia, obligado de las buenas obras dèl recebidas: fueronse juntos, i llegaron a un pequeño lugar, donde por los del Pueblo alegremente recibidos fueron. Mas la fortuna que hasta entonces con Timbrio se avia burlado, ordenò que aquella mesma noche diessen con los vandoleros una compañia de soldados, solo para este efeto juntada, i aviendolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; i puesto que no

pu-

pudieron prender al Caudillo, prendieron, i mataron a otros muchos, i uno de los presos fue Timbrio, a quien tuvieron por un famoso salteador, que en aquella compañia andava: i segun se deve imaginar sin duda le devia de parecer mucho, pues con atestiguar los demàs presos, que aquel no era el que pensavan, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los Jueces, que sin mas averiguaciones lo sentenciaron a muerte; la qual fuera puesta en efeto si el Cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenàra que las galeras se fuessen, i yo en tierra quedasse, para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estavase Timbrio en la Iglesia, i yo en la carcel, ordenando de partirse aquella noche a Barcelona; i yo que esperando estava en què pararìa la furia de los ofendidos Jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio, i yo de la nuestra fuimos librados. Mas ojala fuera servido el Cielo, que en mi solo se egecutàra la furia de su ira, con tal que la alzàran de aquel pequeño, i desventurado Pueblo, que a los filos de mil barbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello. Poco mas de media noche serìa, hora acomodada a facinorosos insultos, i en la qual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, quando improvisamente por todo el Pueblo se levantò una confusa vocerìa, diciendo. Al arma, al arma, que Turcos hai en la tierra. Los ecos destas tristes voces, quien duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos, i aun pusieron confusion en los fuertes animos de los varones. No sè que os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzò a arder con tanta gana, que no parecìa sino que las mesmas piedras con que las casas fabricadas estavan, ofrecìan acomodada materia al encendido fuego, que todo lo consumìa. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los barbaros alfanges, i parecerse las blancas tocas de la Turca gente, que encendida con segures, o hachas de duro acero, las puertas de las casas derribavan, i entrando en ellas, de christianos despojos salian cargados. Qual llevava la fatigada madre, i qual el pequeñuelo hijo, que con cansados, i dèbiles gemidos, la madre por el hijo, i el hijo por la madre preguntava, i alguno sè que huvo, que con sacrilega mano estorvò el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada virgen, i del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos, o quizà viò coger el fruto de que el sin

ventura pensava gozar en termino breve. La confusion era tanta, tantos los gritos, i mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponìan. La fiera, i endiablada canalla, viendo quan poca resistencia se les hacia, se atrevieron a entrar en los Sagrados Templos, i poner las descomulgadas manos en las santas Reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estavan, i arrojandolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valìa al Sacerdote su santimonia, i al Fraile su retraimiento, i al viejo sus nevadas canas, i al mozo su juventud gallarda, i al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevavan el saco aquellos descreìdos perros; los quales, despues de abrasadas las casas, robados los Templos, desflorado las virgenes, muerto los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alva venìa, sin impedimento alguno, se bolvieron a sus bageles, aviendolos yà cargado de todo lo mejor que en el Pueblo avia, dejandole desolado, i sin gente, porque toda la mas gente se llevavan, i la otra a la montaña se avia recogido. Quien en tan triste espectaculo pudiera tener quedas las manos, i enjutos los ojos? Mas hai que està tan llena de miserias nuestra vida, que tan doloroso sucesso como el que os he contado, huvo Christianos corazones que se alegraron; i estos fueron los de aquellos que en la carcel estavan, que con la desdicha general, cobraron la dicha propia, porque en son de ir a defender el Pueblo, rompieron las puertas de la prision, i en libertad se pusieron, procurando cada uno, no de ofender a los contrarios, sino de salvar a sì mesmos; entre los quales yo gocè de la libertad tan caramente adquirida. I viendo que no avia quien hiciesse rostro a los enemigos, por no venir a su poder, ni tornar al de la prision, desamparando el consumido Pueblo, con no mui pequeño dolor de lo que avia visto, i con el que mis heridas me causavan, seguì a un hombre que me dijo: que seguramente me llevarìa a un Monasterio que en aquellas montañas estava, donde de mis llagas serìa curado, i aun defendido, si de nuevo prender me quisiessen: seguile en fin como os he dicho, con deseo de saber què avria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio: el qual, como despues supe, con algunas heridas se avia escapado, i seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevava: vino a paràr al Puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber què sucesso avria sido el mio, i que

en fin, sin sabèr nuevas algunas, se partiò en una nave, i con prospero viento llegò a la gran Ciudad de Napoles. Yo bolvì a Barcelona, i alli me acomodè de lo que menester avia. I despues, yà sano de mis heridas, tornè a seguir mi viage, i sin sucederme revès alguno lleguè a Napoles, donde hallè enfermo a Timbrio; i fue tal el contento que en vernos los dos recebimos, que no me siento con fuerzas para encareceroslo por agora. Alli nos dimos cuenta de nuestras vidas, i de todo aquello que hasta aquel momento nos avia sucedido; pero todo este placer mio se aguava con vèr a Timbrio, no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo, i de una enfermedad tan estraña, que si yo a aquella sazon no llegàra, pudiera llegar a tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, i no solenizar las alegrias de su vista. Despues que èl huvo sabido de mi todo lo que quiso, con lagrimas en los ojos, me dijo. Hai, amigo Silerio, i como creo que el Cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dandome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de serviros. Palabras fueron estas de Timbrio, que me enternecieron, mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. I por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondì, i lo que èl mas replicò: solo os dirè,que el desdichado de Timbrio estava enamorado de una señora principal de aquella Ciudad,cuyos padres eran Españoles, aunq̃ ella en Napoles avia nacido: su nombre era Nisida, i su hermosura tanta, que me atrevo a decir,que la naturaleza cifrò en ella el estremo de sus perfecciones; i andavan tan a una en ella la honestidad, i belleza, que lo que a la una encendìa, la otra enfriava, i los deseos que su gentileza hasta el mas subido Cielo levantava, su honesta gravedad hasta lo mas baxo de la tierra abatìa. A esta causa estava Timbrio tan pobre de esperanza, quan rico de pensamientos; i sobre todo falto de salud, i en terminos de acabar la vida sin descubrirlos. Tal era el temor, i reverencia que avia cobrado a la hermosa Nisida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, i huve visto a Nisida, i considerado la calidad, i nobleza de sus padres, determinè de posponer por èl la hacienda, la vida, i la honra, i mas si mas tuviera, i pudiera; i assi usè de un artificio el mas estraño que hasta hoi se avrà oìdo, ni leìdo; i fuè, que acordè de vestirme como truhan, i con una guitarra entrarme en casa de Nisida, que por

ſer (como yà he dicho) ſus padres de los principales de la Ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Pareciòle bien eſte acuerdo a Timbrio, i reſignò luego en las manos de mi induſtria todo ſu contento. Hice yo hacer luego muchas, i diferentes galas, i en viſtiendome comencè a enſayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reìa de verme tan truhanamente veſtido; i por vèr ſi la habilidad correſpondìa al habito, me dijo, que haciendo cuenta que èl era un gran Principe, i que yo de nuevo venìa a viſitarle, le digeſſe algo. I ſi yo no me acuerdo mal, i ſi voſotros, ſeñores, no os canſais de eſcucharme, direos lo que entonces le cantè, con ſer la primera vez. Todos digeron, que ninguna coſa les darìa mas contento, que ſaber por eſtenſo todo el ſuceſſo de ſu negocio, i que aſsi le rogavan, que ninguna coſa, por de poco momento que fueſſe, dejaſſe de contarles. Pues eſſa licencia me dais, dijo el hermitaño, no quiero dejaros de decir como comencè a dàr mueſtras de mi locura, que fue con eſtos verſos que a Timbrio cantè, imaginando ſer un gran Señor a quien los decia.

SILERIO.

De Principe, que en el ſuelo
Và por tan juſto nivèl,
Què ſe puede eſperar dèl,
Que no ſean obras del Cielo?

No ſe vè en la edad preſente,
Ni ſe viò en la edad paſſada
Republica governada
De Principe tan prudente.
I del que mide ſu celo
Por tan Chriſtiano nivèl,
Què ſe puede eſperar dèl,
Que no ſean obras del Cielo?

Del que trae por bien ageno
Sin codiciar mas deſpojos,
Miſericordia en los ojos,
I la juſticia en el ſeno,

Dèl que lo mas de este suelo,
Es lo menos que hai en èl,
Què se puede esperar dèl,
Que no sean obras del Cielo?

La liberal fama vuestra,
Que hasta el Cielo se levanta,
De que teneis alma santa
Nos dà indicio, i clara muestra:
Del que no discrepa un pelo
De ser el Cielo Fïel,
Què se puede esperar dèl,
Que no sean obras del Cielo?

Del que con Christiano pecho
Siempre en el rigor se tarda,
Yà la justicia le guarda
Con clemencia su derecho.
De aquel que levanta el buelo
Do ninguno llega a èl,
Què se puede esperar dèl,
Que no sean obras del Cielo?

Estas, i otras cosas de mas risa, i juego cantè entonces a Timbrio, procurando acomodar el brio, i donaire del cuerpo a que en todo diesse muestras de egercitado truhan; i salì tan bien con ello, que en pocos dias fuì conocido de toda la mas gente principal de la Ciudad, i la fama del truhan Español, por toda ella volava. Hasta tanto que yà en casa del padre de Nisida me deseavan vèr, el qual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardàra a ser rogado. Mas en fin no me pude escusar, que un dia de un banquete allà no fuesse, donde vì mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de parecer, i la que el Cielo me diò para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Vì a Nisida, a Nisida vì para no vèr mas, ni hai mas que vèr despues de averla visto. O fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras, i es possible que en un punto, en un momento los reparos, i pertrechos de mi lealtad pusiesses en terminos de dàr con todos ellos

por tierra. Hai, que si se tardàra un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que a Timbrio devia, el mucho valor de Nisida, i el afrentoso habito en que me hallava; que todo era impedimento a que con el nuevo, i amoroso deseo que en mi avia nacido, no naciesse tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina, o buelve atràs en los enamorados principios. En fin vì la belleza que os he dicho, i porque me importava tanto el verla, siempre procurè grangear el amistad de sus padres, i de todos los de su casa; i esto con hacer del gracioso, i bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion, i gracia a mi posible. I rogandome un Cavallero, que aquel dia a la mesa estava, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nisida cantasse, quiso la ventura que me acordasse de unos versos, que muchos dias antes, para otra ocasion casi semejante, yo avia hecho, i sirviendome para la presente, los dige, que eran estos.

SILERIO.

Nisida, con quien el Cielo
Tan liberal se ha mostrado,
Que en daros a vos, diò al suelo
Una imagen, i traslado
De quanto encubre su velo;
Si èl no tuvo mas que os dàr,
Ni vos mas que desear,
Con facilidad se entiende,
Que lo posible pretende
Quien os pretende loar.

De essa beldad peregrina
La perfeccion soberana
Que al Cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana
Cante la lengua divina.
I diga, bien se conviene,
Que al alma que en sì contiene
Ser tan alto, i milagroso,
Se le diesse el velo hermoso,

Mas

Mas que el mundo tuvo, o tiene.

Tomò del Sol los cabellos,
Del ſeſgo Cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la eſtrella mas luciente,
Que yà no dà luz ante ellos.
Como quien puede, i ſe atreve
A la grana, i a la nieve
Robò las colores bellas
Que lo mas perfeto dellas
A tus megillas ſe deve.

De marfil, i de coral
Formò los dientes, i labios
Do ſale rico caudal
De agudos dichos, i ſabios,
I armonìa celeſtial.
De duro marmol ha hecho
El blanco, i hermoſo pecho;
I de tal obra ha quedado
Tanto el ſuelo mejorado,
Quanto al Cielo ſatisfecho.

Con eſtas, i otras coſas, que entonces cantè, quedaron todos tan mis aficionados, eſpecialmente los padres de Niſida, que me ofrecièron todo lo que meneſter huvieſſe, i me rogaron que ningun dia dejaſſe de viſitarlos. I aſsi, ſin deſcubrirſe, ni imaginarſe mi induſtria, vine a ſalir con mi primero diſignio, que era facilitar la entrada en caſa de Niſida, la qual guſtava en eſtremo de mis deſemboltūras. Pero ya que los muchos dias, i la mucha converſacion mia, i la grande amiſtad que todos los de aquella caſa me moſtravan, huvieron quitado algunas ſombras al demaſiado temor que de deſcubrir mi intento a Niſida tenìa, determinè vèr a do llegava la ventura de Timbrio, que ſolo de mi ſolicitud la eſperava. Mas hai de mi, que yo eſtava entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que ſalud para la agena; porque el donaire, belleza, diſcrecion, i gravedad de Niſida avian hecho en mi alma tal efeto, que no eſtava en menos eſtremo de dolor, i

de amor puesta, que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dejo el imaginar lo que podìa sentir un corazon, a quien de una parte combatìan las leyes de la amistad, i de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligavan a no salir de lo que ellas, i la razon le pedìan; las otras le forzavan que tuviesse cuenta con lo que a su contento era obligado. Estos sobresaltos, i combates me apretavan de manera, que sin procurar la salud agena, comencè a dudar de la propia, i a ponerme tan flaco, i amarillo, que causaba general compassion a todos los que me miravan, i los que mas la mostravan, eran los padres de Nisida; i aun ella mesma, con limpias, i Christianas entrañas, me rogò muchas veces, que la causa de mi enfermedad le digesse, ofreciendome todo lo necessario para el remedio de ella. Hai, decia yo entre mi quando Nisida tales ofrecimientos me hacìa, i con quanta facilidad, hermosa Nisida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho; pero preciome tanto de buen amigo, que aunque tuviesse tan cierto mi remedio, como le tengo por impossible, è incierto serìa que le acetasse. I como estas consideraciones en aquellos instantes me turbassen la fantasìa, no acertava a responder a Nisida cosa alguna; de lo qual ella, i otra hermana suya, que Blanca se llamava (de menos años, aunque no de menos discrecion, i hermosura que Nisida) estavan maravilladas, i con mas deseo de saber el origen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogavan, que nada de mi dolor les encubriesse. Viendo pues yo que la ventura me ofrecìa la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria avia fabricado; una vez, que acaso la bella Nisida, i su hermana a solas se hallavan, tornando ellas de nuevo a pedirme lo que tantas veces, les dige. No penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo aya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues yà se sabe, que si algun bien mi habitado estado en esta vida tiene, es aver grangeado con el venir a terminos de conoceros, i como criado serviros: solo ha sido la causa imaginar, que aunque la descubra, no servirà para mas de daros lastima, viendo quan lejos està el remedio de ella; pero yà que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta Ciudad està un Cavallero natural de mi mesma Patria, a quien tengo por señor, por amparo, i por ami-
go,

go, el mas liberal, difcreto, i gentil hombre, que en gran parte hallarfe pueda, el qual eftà aqui aufente de la amada Patria, por ciertas queftiones que allà le fucedieron, que le forzaron a venir a efta Ciudad, creyendo que fi allà en la fuya dejava enemigos, acà en la agena no le faltàran amigos; mas halè falido tan al revès fu penfamiento, que a un folo enemigo que èl mifmo (fin faber como) aqui fe ha procurado, le tiene puefto en tal eftremo, que fi el Cielo no le focorre, con acabar la vida, acabarà fus amiftades, i enemiftades. I como yo conozco el valor de Timbrio (que efte es el nombre del Cavallero, cuya defgracia os voi contando) i sè lo que perderà el mundo en perderle, i lo que yo perderè fi le pierdo, doi las mueftras de fentimiento que aveis vifto, i aun fon pocas, fegun a lo que me obliga el peligro en que Timbrio eftà puefto. Bien sè que defeareis faber, feñoras, quien es el enemigo que a tan valerofo Cavallero, como es el que os he pintado, tiene puefto en tal eftremo; pero tambien sè que en diciendoosle, no os maravillareis fino de como no le tiene yà confumido, i muerto. Su enemigo es amor, univerfal deftruidor de nueftros fofsiegos, i bienandanzas. Efte fiero enemigo tomò poffefsion de fus entrañas. En entrando en efta Ciudad, viò Timbrio una hermofa dama de fingular valor, i hermofura: mas tan principal, i honefta, que jamas el miferable fe ha aventurado a defcubrirle fu penfamiento. A efte punto llegava yo, quando Nifida me dijo. Por cierto Aftor (que entonces era efte el nombre mio) que no sè yo fi crea que effe Cavallero fea tan valerofo, i difcreto como dices, pues tan facilmente fe ha dejado rendir a un mal defeo tan recien nacido, entregandofe tan fin ocafion alguna en los brazos de la defefperacion; i aunque a mi fe me alcanza poco de eftos amorofos efetos, todavia me parece que es fimplicidad, i flaqueza dejar, el que fe vè fatigado de ellos, de defcubrir fu penfamiento a quien fe le caufa, puefto que fea del valor que imaginar fe puede, porque què afrenta fe le puede feguir a ella de faber que es bien querida, o a èl, que mayor mal de fu aceda, i defabrida refpuefta, que la muerte que èl mifmo fe procura callando? I no feria bien que por tener un Juez fama de rigurofo, dejaffe alguno de alegar de fu derecho. Pero ponganios que fucede la muerte de un amante tan callado, i temerofo como effe tu amigo: dime, llamarias tu cruel a la dama de quien eftava enamorado? No

por cierto, que mal puede remediar nadie la necesfsidad que no llega a ſu noticia, ni cae en ſu obligacion procurar ſaberla para remediarla. Aſsi que, Aſtor, perdoname, que las obras de eſſe tu amigo no hacen mui verdaderas las alabanzas que le das. Quando yo oì a Niſida ſemejantes razones, luego quiſiera con las mias deſcubrirle todo el ſecreto de mi pecho; mas como yo entendìa la bondad, i llaneza con que ella las hablava, huve de detenerme, i eſperar mas ſola, i mejor coyuntura, i aſsi le reſpondì. Quando los caſos de amor, hermoſa Niſida, con libres ojos ſe miran; tantos deſatinos ſe vèn en ellos, que no menos de riſa, que de compaſsion ſon dignos: pero ſi de la ſutil red amoroſa ſe halla enlazada el alma, alli eſtàn los ſentidos tan travados, i tan fuera de ſu propio ſèr, que la memoria ſolo ſirve de teſorera, i guardadora del objeto que los ojos miraron: i el entendimiento en eſcudriñar, i conocer el valor de la que bien ama: i la voluntad de conſentir de que la memoria, i entendimiento en otra coſa no ſe ocupen. I aſsi los ojos vèn como eſpejo de alinde, que todas las coſas ſe les hacen mayores: ora crece la eſperanza quando ſon favorecidos, ora el temor quando deſechados: i aſsi ſucede a muchos lo que a Timbrio ha ſucedido, que pareciendoles a los principios altiſsimo el obgeto a quien los ojos levantaron, pierden la eſperanza de alcanzarle, pero no de manera que no les diga amor allà dentro en el alma. Quien ſabe? Podria ſer? I con eſto anda la eſperanza (como decirſe ſuele) entre dos aguas, la qual, ſi del todo les deſamparaſſe, con ella huiria el amor. I de aqui nace andar entre el temor, i oſar el corazon del amante afligido, que ſin aventurarſe a decirla, ſe recoge, i aprieta en ſu llaga, i eſpera, aunque no ſabe de quien, el remedio de que ſe vè tan apartado. En eſte miſmo eſtremo he yo hallado a Timbrio, aunque todavia a perſuaſiones mias ha eſcrito una carta a la dama por quien muere, la qual me diò para que la dieſſe, i miraſſe ſi en alguna manera ſe moſtrava en ella deſcomedido, porque la enmendarìa: encargòme aſsimiſmo que buſcaſſe orden de ponerla en manos de ſu ſeñora, que creo ſerà impoſsible, no porque yo no me aventurarè a ello, pues lo menos que aventurarè ſerà la vida por ſervirle; mas porque me parece que no he de hallar ocaſion para darla. Veamosla, dijo Niſida, porque deſeo vèr como eſcriven los enamorados diſcretos. Luego ſaquè yo una carta del ſeno, que algunos dias antes eſtava eſcrita, eſpe-

perando ocasion de que Nisida la viesse, i ofreciendome la ventura èsta, se la mostrè, la qual, por averla yo leido muchas veces, se me quedò en la memoria, cuyas razones eran estas.

TIMBRIO A NISIDA.

Determinado avia, hermosa señora, que el fin desastrado mio os diesse noticia de quien yo era, pareciendome ser mejor, que alabarades mi silencio en la muerte, que no que vituperarades mi atrevimiento en la vida; mas porque imagino que a mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal que a poder significarle, no procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar à ofender el valor estremado vuestro, del qual, i de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, o alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.

Con mucha atencion estuvo Nisida escuchando esta carta, i en acabandola de oìr, dijo. No tiene de que agraviarse la dama a quien esta carta se embia, si ya de puro grave no da en ser melindrosa, enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas desta Ciudad: pero con todo esso no deges Astor de darsela, pues como ya te he dicho no se puede esperar mas mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece. I para mas animarte te quiero assegurar, que no ai muger tan recatada, i tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver, i saber que es querida, porque entonces conoce ella que no es vana la presuncion que de sì tiene, lo qual serìa al revès, si viesse que de nadie era solicitada. Bien sè, señora, que es verdad lo que dices, respondì yo; mas tengo temor que el atreverme a darla, por lo menos me ha de costar negarme de alli a delante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendria a mi que a Timbrio. No quieras Astor, replicò Nisida, confirmar la sentencia que aun el juez no tiene dada. Muestra buen animo, que no es riguroso trance de batalla este a que te aventuras. Pluguiera al Cielo, hermosa Nisida, respondì yo, que en esse termino me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro, i rigor de mil contrapuestas armas, que no la

ma-

mano a dàr esta amorosa carta a quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la agena culpa merece; pero con todos estos incovenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado: puesto que aguardarè tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora: i en este entretanto te suplico, que haciendo cuenta que tu eres a quien esta carta se embia, me dès alguna respuesta que lleve a Timbrio, para que con este engaño èl se entretenga un poco, i a mi el tiempo, i las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar, respondiò Nisida, por que puesto caso que yo agora diesse en nombre ageno alguna blanda, o esquiva respuesta, no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclararà el engaño, i Timbrio quedarà de ti mas quejoso que satisfecho. Quanto mas, que por no aver dado hasta agora respuesta a semejantes cartas, no querria comenzar a darlas mentirosa i fingidamente: mas aunque sepa ir contra lo que a mi mesma devo, si me prometes de decir quien es la dama, yo te dirè que digas a tu amigo, i cosa tal que èl quede contento por aora; i puesto que despues las cosas sucedan al revès de lo que èl pensare, no por esso se averiguarà la mentira. Esso no me lo mandes, ò Nisida, respondi yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo a ti su nombre, como me pondria el darle a ella la carta, basta saber que es principal, i que sin hacerte agravio alguno, no te deve nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre quantas son nacidas. No me maravillo que digas esso de mi, dijo Nisida, pues los hombres de vuestra condicion i trato, lisongear es su propio oficio. Mas dejando todo esto a una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste a dàr la carta a su dama, i que has passado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, i como leyò tu carta, i el animo que te dava para que a su dama la llevasses, pensando que no era ella a quien venia, i que aunque no te atreviste a declarar del todo que has conocido della que quando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causarà el engaño, i desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirà èl algun alivio en su trabajo, i despues al descubrir tu intencion a su dama puedes responder a Timbrio lo que ella te respondiere, pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, i la verdad de lo que suce-

dic-

diere, sin que haga al caso el engaño de aora. Admirado quedè de la discreta traza de Nisida, i aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio. I asi besandole las manos por el buen aviso, i quedando con ella que de qualquiera cosa que en este negocio sucediere el avia de dar particular cuenta, vine a contar a Timbrio todo lo que con Nisida me avia sucedido, que fue parte para que la tuviesse en su alma la esperanza, i bolviesse de nuevo a sustentarle, i desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entonces le tenian ofuscado, i todo este gusto se le acrecentava el prometerle yo a cada passo que los mios no serìan dados sino en servicio suyo, i que otra vez que con Nisida se hallasse, sacarìa el juego de maña con tan buen sucesso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros, que en todo el tiempo que con Nisida, i su hermana estuve hablando, jamàs la menor hermana hablò palabra, sino que con un estraño silencio estuvo siempre colgada de las mias. I seos decir, señores, que si callava, no era por no saber hablar con toda discrecion, i donaire, porque en estas dos hermanas mostrò naturaleza todo lo que ella puede, i vale; i con todo esto no sè si os diga que holgàra que me huviera negado el Cielo la ventura de averlas conocido, especialmente a Nisida, principio i fin de toda mi desdicha; pero què puedo hacer si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorvarse. Yo quise, quiero, i querrè bien a Nisida, tan sin ofensa de Timbrio, quanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamàs la hablò que en favor de Timbrio no fuesse, encubriendo siempre, con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la agena. Sucediò pues que como la belleza de Nisida tan esculpida en mi alma quedò desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, quando solo, o apartado alguna vez me hallava, con algunas amorosas, i lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre. I asi una noche pensando que ni Timbrio, ni otro alguno me escuchava, por dàr alivio un poco al fatigado espiritu en un retirado aposento, solo de un laud acompañado cantè unos versos, que por averme puesto en una confusion gravissima, os los avrè de decir, que eran estos.

SILERIO.

Què laberinto es este do se encierra
Mi loca levantada fantasia?
Quien ha buelto mi paz en cruda guerra;
I en tal tristeza toda mi alegria?
O qual hado me trujo a vèr la tierra
Que ha de servir de sepultura mia?
O quien reducirà mi pensamiento
Al termino que pide un sano intento?

Si por romper este mi fragil pecho,
I despojarme de la dulce vida
Quedasse el suelo, i Cielo satisfecho,
De que à Timbrio guardè la fee devida
Sin que me acordàra el crudo hecho,
Yo fuera de mi mesmo el homicida;
Mas si yo acabo, en èl acaba luego
La amorosa esperanza, i crece el fuego.

Lluevan, i caigan las doradas flechas
Del ciego Dios, i con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas,
Disparadas con fiera airada mano,
Que aunque ceniza, i polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno a mi cansada lengua
Pondrà la lei de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamàs espera;
Mas aunq̃ nunca acabe, i ponga en mengua
La honra, i la salud, serà qual era
Mi limpia fee, mas firme, i contrastada
Que roca en medio de la mar airada.

Del

Del humor que derraman estos ojos,
I de la lengua el piadoso oficio
Del bien que se le deve a mis enojos,
I de la voluntad el sacrificio.
Lleve los dulces premios, y despojos
El claro Amigo, i muestrese propicio
El Cielo a mi deseo, que pretende
El bien ageno, i a sì mismo ofende.

Socorre, o blando Amor, levanta, i guia
Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
I al esperado punto esfuerzo embia
Al alma, i a la lengua temerosa,
La qual podrà, si lleva su ossadia,
Facilitar la mas dificil cosa,
I romper contra el hado, i desventura
Hasta llegar a la mayor ventura.

El estàr tan trasportado en mis continuas imaginaciones, fuè ocasion para que yo no tuviesse cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como deviera, ni el lugar do estava era tan escondido que estorvara que de Timbrio no fueran escuchados, el qual asi como los oyò, le vino al pensamiento que el mio, ni estava libre de amor, i que si yo alguno tenia, era a Nisida, segun se podia colegir de mi canto. I aunque èl alcanzò la verdad de mis pensamientos, no alcanzò la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensava, determinò de ausentarse aquella misma noche, e irse a donde de ninguno fuesse hallado, solo por dejarme comodidad de que solo a Nisida sirviesse. Todo esto supe yo de un Page suyo, sabidor de todos sus secretos, el qual vino a mi mui angustiado, i me dijo. Acudid, señor Silerio, que Timbrio, mi señor, i vuestro amigo, nos quiere dejar, i partirse esta noche, i no me ha dicho donde, sino que le aparege no sè que dineros, i que a nadie diga que se parte, principalmente me dijo que a vos no lo digesse; i este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sè que versos que poco ha cantavades; i segun los estremos que le he visto hacer, creo que và a desesperarse; i por parecerme que devo antes acudir a su remedio, que a obedecer su mandado, os lo vengo a decir, co-

mo a quien puede ser parte para que no ponga en efeto tan dañado proposito. Con estraño sobresalto escuche lo que el Page me decia, i fui luego a vèr a Timbrio en su aposento, i antes que dentro entrasse, me parè a ver lo que hacia, el qual estava tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lagrimas, acompañadas de profundos suspiros, i con baja voz, i mal formadas razones, me pareciò que estas decia. Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud, i trabajo tiene bien merecido, i no quieras por lo que te parece que deves a mi amistad dejar de dàr gusto a tu deseo, que yo refrenarè el mio, aunque sea con el medio estremo de la muerte, que pues tu della me libraste, quando con tanto amor, i fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que yo agora te pague en parte tan buena obra, con dàr lugar a que sin el impedimento que mi presencia causar te puede, goces de aquella en quien cifrò el Cielo toda su belleza, i puso el amor todo mi contento. De una sola cosa me pesa, dulce amigo, i es que no puedo despedirme de ti en esta amarga partida, mas admite por disculpa el ser tu la causa della. O Nisida, Nisida, i quan cierto està de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve a mirarla, con la pena de morir por ella. Silerio la viò, i si no quedàra qual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto. Mas pues mi ventura assi lo ha querido, sepa el Cielo que no soi menos amigo de Silerio, que èl lo es mio: i para muestras desta verdad, apartese Timbrio de su gloria, destierrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio, i de Nisida, dos verdaras, i mejores mitades de su alma: i luego con mucha furia se levantò del lecho, i abriò la puerta, i hallandome alli, me dijo. Què quieres, Amigo, a tales horas? Ai por ventura algo de nuevo? Ai tanto, le respondì yo, que aunque huviera menos no me pesara. En fin por no cansaros mas, yo lleguè a tales terminos con èl, que le persuadì, i di a entender ser su imaginacion falsa, no en quanto estava yo enamorado, sino en el de quien, porque no era Nisida, sino de su hermana Blanca, i supelo decir esto de manera que èl lo tuvo por verdadero: i porque mas credito a ello diesse, la memoria me ofreciò unas estancias que muchos dias antes yo mesmo avia hecho a otra dama del mismo nombre, i digele que para la hermana de Nisida las avia compuesto, las quales vi-

nie-

nieron tan aproposito, que aunque sea fuera del decirlas, aora no las quiero passar en silencio, que fueron estas.

SILERIO.

O Blanca, a quien rendida està la nieve,
I en condicion mas que la nieve helada,
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada.
Mirad que si mi mal no ablanda, i mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se bolverà tan negra mi ventura,
Quanto sois Blanca en nombre, i hermosura.

Blanca gentil en cuyo blanco pecho
El contento de amor se añida, i cierra:
Antes que el mio en lagrimas deshecho
Se buelva polvo, i miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor, i dolor que el mio encierra,
Que esta serà tan caudalosa paga,
Que a quanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria
De oro el mas finissimo ducado,
I por tan alta possession tendria
Por bien perder la del mas alto estado.
Pues esto conoceis, o Blanca mia,
Dejad esse desdèn de enamorado,
I haced, o Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos Blanca, mi suerte.

Puesto què con pobreza tal me hallàra,
Que tan sola una Blanca posseyera,
Si ella fuerades vos no me trocàra
Por el mas rico que en el mundo huviera:
I si mi sèr en aquel sèr tornâra
De Juan de espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscasse,
A vos, o Blanca, entre ellas os hallasse.

Adelante passàra con su cuento Silerio, sino lo estorvàra el son de muchas zampoñas, i acordados caramillos, que a sus espaldas se oìa, i bolviendo la cabeza, vieron venir àcia ellos hasta una docena de gallardos Pastores, puestos en dos hileras, i en medio venìa un dispuesto Pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, i de otras diferentes flores. Traìa un bastòn en la una mano, i con grave passo, poco a poco se movìa, i los demàs Pastores con el mesmo aplauso, i tocando todos sus instrumentos, davan de sì agradable, i estraña muestra. Luego que Elicio los viò, conociò ser Daranio el Pastor que en medio traìan, i los demàs ser todos circunvecinos, que a sus bodas querian hallarse, a las quales assimismo Tirsi, i Damon vinieron, i por alegrar la fiesta del desposorio, i honrar al nuevo desposado de aquella manera àcia la Aldèa se encaminavan; pero viendo Tirsi que su venida avia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogò que aquella noche juntos en la Aldèa la passassen, donde serìa servido con la voluntad possible, i haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado sucesso. Silerio lo prometiò, i a esta sazon llegò el montòn de alegres Pastores, los quales conociendo a Elicio, i Daranio a Tirsi, i a Damon sus amigos, con señales de grande alegria se recibieron, i renovando la musica, i renovando el contento, tornaron a proseguir el comenzado camino, i yà que llegavan junto al Aldèa, llegò à sus oìdos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque yà conocian la estremada condicion suya, i assi como Lenio los viò, i conociò, sin interromper el suave canto, de esta manera cantando àzia ellos se vino.

LENIO.

Por bienaventurada,
   Por llena de contento, i alegria
   Serà por mi juzgada
   Tan dulce compañia,
   Sino siente de amor la tiranìa.

I besarè la tierra
   Que pisa aquel que de su pensamiento
   El falso amor destierra,

I tiene el pecho essento
De esta furia cruel, de este tormento.

I llamarè dichoso
Al rustico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
I muestra el rostro al crudo amor severo.

De este tal las corderas,
Antes que venga la sazon madura
Seràn yà parideras,
I en la ocasion mas dura
Hallaràn claras aguas, i verdura.

Si estando amor airado
Con èl, pusiere en su salud desvio,
Llevarè su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio.

I en tanto del incienso
El humo santo irà volando al Cielo,
A quien decirle pienso
Con pìo, i justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo.

O Cielo santo, i justo,
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.

No lleve este tirano
Los despojos a ti solo devidos,
Antes con larga mano,
I premios merecidos,
Restituye su fuerza a los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fue de todos los Pastores cortesanamente recebido, el qual como oyesse nombrar a Damon, i a Tirsi, (a quien èl solo por fama conocia) quedò admirado en vèr su estremada presencia, i assi les dijo. Què encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores que en la eloquencia pudieran hallarse, a poder levantar, i encarecer el valor vuestro, famosos Pastores, si por ventura las niñerias de amor no se mezclàran con las veras de vuestros celebrados escritos? Pero pues yà estais ethicos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar, i alabar vuestra rara discrecion, os pague lo que os deve, impossible serà que yo dege de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondiò Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, i que por ser amorosos merecen mas gloria, i alabanza, que por ninguna otra sutileza, o discrecion que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas, replicò Lenio, que bien sè que con tantos, i tan obstinados enemigos, poca fuerza tendràn mis razones. Si ellas lo fueran, respondiò Elicio, tan amigos son de la verdad los que aqui estàn, que ni aun burlando la contradigeran, i en esto podràs vèr Lenio, quan fuera vas de ella, pues no hai ninguno que aprueve tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues a fee, dijo Lenio, que no te salve a ti la tuya, o Elicio, si no digalo el aire, a quien continuo acrecientas con suspiros, i la yerva de estos prados, que và creciendo con tus lagrimas, i los versos que el otro dia cantaste, i en las hayas de aquel bosque escriviste, que en ellos se verà que es lo que en ti alabas, i en mi vituperas. No quedàra Lenio sin respuesta, sino vieran venir àcia donde ellos estavan a la hermosa Galatea, con las discretas Pastoras Florisa, i Teolinda, la qual, por no ser conocida de Damon, i Tirsi, se avia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron, i fueron de los Pastores con alegre acogimiento recebidas, principalmente de los enamorados Elicio, i Erastro, que con la vista de Galatea tan estraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro dissimularle, en señal dèl, sin mandarselo alguno, hizo señas a Elicio, que su zampoña tocasse, al son de la qual, con alegres, i suaves acentos, cantò los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste ſol que eſtoi mirando,
I ſi ſe van apartando,
Vayaſe el alma tras ellos.
Sin ellos no hai claridad,
Ni mi alma no la eſpere,
Que auſente dellos no quiere
Luz, ſalud, ni libertad.

Mire quien puede eſtos ojos,
Que no es poſsible alaballos;
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los deſpojos.
Yo los veo, i yo los vi,
I cada vez que los veo
Les doi un nuevo deſeo
Tras el alma que les dì.

Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dè,
Si por premio de mi fee
No ſe admite el deſear.
Cierta eſtà mi perdicion
Si eſtos ojos do el bien ſobra
Los puſieron en la obra
I no en la ſana intencion.

Aunque duraſſe eſte dia
Mil ſiglos como deſeo,
A mi, que tanto bien veo,
Un punto me parecia.
No hace el tiempo ligero
Curſo en alterar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.

En esta vista reposa
Mi alma, i halla sossiego,
I vive en el vivo fuego
De su luz pura, i hermosa.
I haze amor tan alta prueva
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
I qual fenix la renueva.

Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
I al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento.
Alli està, i alli se encierra,
No en mandos, no en poderìos,
No en pompas, no en señorìos,
Ni en riquezas de la tierra.

Aqui acabò su canto Erastro, i se acabò el camino de llegar al Aldèa, adonde Tirsi, Damon, i Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en què parava el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas Pastoras Galatea, i Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia a las bodas de Daranio, dejaron a los Pastores, i todos, o los mas, con el desposado se quedaron, i ellas a sus casas se fueron. I aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, i por el desèo que le fatigava de bolver a su Hermita, diò fin al sucesso de su historia, como se verà en el siguiente libro.

Fin del Segundo Libro de Galatea.

TERCERO LIBRO DE GALATEA.

EL regocijado alboroto, que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el Aldèa avia, no fue parte para que Elicio, Tirsi, Damon, i Erastro dejassen de acomodarse en parte donde, sin ser de alguno estorvados, pudiesse seguir Silerio su comenzada historia, el qual despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguiò de esta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que a Timbrio dige, quedò èl satisfecho de que mi pena procedìa, no de amores de Nisida, sino de su hermana; i con este seguro, pidiendome perdon de la falsa imaginacion que de mi avia tenido, me tornò a encargar su remedio; i asi yo olvidado del mio, no me descuidè un punto de lo que al suyo tocava. Algunos dias se passaron, en los quales la fortuna no me mostrò tan abierta ocasion como yo quisiera para descubrir a Nisida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntava, còmo a mi amigo en sus amores le iva, i si su dama tenìa yà alguna noticia de ellos. A lo que yo le dige, que todavia el temor de ofenderla no me dejava aventurar a decirle cosa alguna; de lo qual Nisida se enojava mucho, i me llamava cobarde, i de poca discrecion, añadiendo a esto, que pues yo me acovardava, o que Timbrio no sentìa el dolor que yo de èl publicava, o que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia. Todo esto fue parte para que me determinasse, i en la primera ocasion me descubriesse, como lo hice un dia que sola estava, la qual escuchò con estraño silencio todo lo que decirle quise, i yo, como mejor pude, le encarecì el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el qual era tan fuerte, que me avia movido a mi tomar tan abatido egercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de de-

cirle lo que decia, añadiendo a estas otras razones que à Nisida le deviò parecer que lo eran, mas no quiso mostrar entonces por palabras, lo que despues con obras no pudo tener cubierto, antes con gravedad, i honestidad estraña reprehendiò mi atrevimiento, acusò mi osadìa, afeò mis palabras, i desmayò mi confianza, pero no de manera que me desterrasse de su presencia, que era lo que yo mas temì, solo concluyò con decirme, que de allì adelante tuviesse mas cuenta con lo que a su honestidad era obligado, i procurasse que el artificio de mi mentiroso habito no se descubriesse. Conclusion fue esta que cerrò, i acabò la tragedia de mi vida, pues por ella entendì que Nisida darìa oìdos a las quejas de Timbrio. En què pecho pudo caber, ni puede el estremo de dolor que entonces en el mio se encerrava, pues el fin de su mayor deseo, era el remate, i fin de su contento. Alegravame el buen principio que al remedio de Timbrio avia dado, i esta alegria en mi pesar redundava, por parecerme, como era la verdad, que en viendo a Nisida en poder ageno, el propio mio se acabava. O fuerza poderosa de verdadera amistad, a quanto te estiendes, i a quanto me obligaste, pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilè con mi industria el cuchillo que avia de degollar mis esperanzas, las quales, muriendo en mi alma vivieron, i resucitaron en la de Timbrio, quando de mi supo todo lo que con Nisida passado avia; pero ella andava tan recatada con èl, i conmigo, que nunca de todo punto diò a entender que de la solicitud mia, i amor de Timbrio se contentava, ni menos se desdeñò de suerte, que sus sinsabores, i desvìos hiciessen a los dos abandonar la empressa. Hasta que aviendo llegado a noticia de Timbrio, como su enemigo Pransiles (aquel Cavallero, a quien èl avia agraviado en Gerèz) deseoso de satisfacer su honra le embiava a desafiar, señalandole campo franco, i seguro, en una tierra del Estado del Duque de Gravina, dandole termino de seis meses desde entonces hasta el dia de la batalla. El cuidado de este aviso no fue parte para que se descuidasse de lo que a sus amores convenìa, antes con nueva solicitud mia, i servicios suyos, vino a estàr Nisida de manera, que no se mostrava esquiva aunque la mirasse Timbrio, i en casa de sus padres visitasse, guardando en todo tan honesto decoro, quanto a su valor era obligada. Acercandose yà el termino del desafio, i viendo Timbrio serle inescusable aquella jornada, determinò de partirse

ſe, i antes que lo hicieſſe eſcriviò a Niſida una carta, tal, que acabò con ella en un punto, lo que yo en muchos meſes atras, i en muchas palabras no avia comenzado. Tengo la carta en la memoria, i por hacer al caſo de mi cuento, no os dejarè de decir que aſsi decia.

TIMBRIO A NISIDA.

Salud te embia àquel que no la tiene,
Niſida, ni la eſpera en tiempo alguno,
Si por tus manos miſmas no le viene.
El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquiriràn eſtos renglones
Eſcritos con mi ſangre de uno en uno.
Mas la furia cruel de mis paſsiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amoroſas ſinrazones.
Entre un ardiente oſar, i un frio miedo
Arrimado a mi fee, i al valor tuyo,
Mientras eſta recibes triſte quedo:
Por vèr que en eſcrivirte me deſtruyò
Si tienes a donaire lo que digo,
I entregas al deſdèn lo que no es ſuyo.
El Cielo verdadero me es teſtigo
Sino te adoro deſde el miſmo punto
Que vì eſſe roſtro hermoſo, i mi enemigo.
El verte, i adorarte llegò junto,
Porque quien fuera aquel que no adoràra
De un Angel bello el ſin igual traſunto?
Mi alma tu belleza, al mundo rara,
Viò tan curioſamente, que no quiſo
En el roſtro paràr la viſta clara.
Allà en el alma tuya un paraiſo
Fue deſcubriendo de bellezas tantas,
Que dàn de nueva gloria cierto aviſo.
Con eſtas ricas alas te levantas
Haſta llegar al Cielo, i en la tierra
Al ſabio admiras, i al que es ſimple eſpantas.
Dichoſa el alma que tal bien encierra,

I no menos dichoſo el que por ella
La ſuya rinde a la amoroſa guerra.
En deuda ſoi a mi fatal eſtrella,
Que me quiſo rendir a quien encubre
En tan hermoſo cuerpo alma tan bella.
Tu condicion, ſeñora, me deſcubre
El deſengaño de mi penſamiento,
I de temor a mi eſperanza cubre.
Pero en fee de mi juſto honroſo intento,
Hago buen roſtro a la deſconfianza,
I cobro al poſtrer punto nuevo aliento.
Dicen, que no hai amor ſin eſperanza,
Pienſo que es opinion que yo no eſpero;
I del amor la fuerza mas me alcanza.
Por ſola tu bondad te adoro, i quiero,
Atraìdo tambien de tu belleza,
Que fue la red que amor tendiò primero;
Para atraer con rara ſutileza
Al alma deſcuidada libre mia,
Al amoroſo ñudo, i ſu eſtrecheza;
Suſtenta amor ſu mando, i tyranìa
Con qualquiera belleza en algun pecho;
Pero no en la curioſa fantasìa.
Que mida, no de amor, el brazo eſtrecho;
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dejando al que los mira ſatisfecho.
Ni en el pecho, a quien llama alabaſtrino,
(Quien del pecho no paſſa mas adentro)
Ni en el marfil del cuello peregrino.
Sino del alma el eſcondido centro,
Mira, i contempla mil bellezas puras,
Que le acuden, i ſalen al encuentro.
Mortales, i caducas hermoſuras
No ſatisfacen a la inmortal alma,
Si de la luz perfeta no anda a eſcuras.
Tu ſin igual virtud lleva la palma,
I los deſpojos de mis penſamientos,
I a los torpes ſentidos tiene en calma.
I en eſta ſugecion eſtàn contentos,

Por-

Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.
Aro en el mar, i siembro en el arena,
Quando la fuerza estraña del deseo
A mas que a contemplarte me condena:
Tu alteza entiendo, mi bageza veo,
I en estremos, que son tan diferentes,
Ni hai medio que esperar, ni le posseo.
Ofrecense por esto inconvenientes
Tantos a mi remedio, quantas tiene
El Cielo estrellas, i la tierra gentes.
Conozco lo que al alma le conviene,
Sè lo mejor, i a lo peor me atengo,
Llevado del amor que me entretiene.
Mas yà, Nisida bella, al passo vengo
De mi con mortal ansia deseado,
Do acabarè la pena que sostengo.
El enemigo brazo levantado
Me espera, i la feròz aguda espada
Contra mi con tu saña conjurado.
Presto serà tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De ti, sin causa alguna, desechada.
Otro mas duro trance, otra agonìa,
Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbàra mi triste fantasìa.
Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Assi como al contrario puedo verte:
La senda de mi bien hàllola estrecha,
La de mi mal tan ancha, i espaciosa,
Qual de mi desventura ha sido hecha.
Por esta corre airada, i presurosa
La muerte en tu desdèn fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
Por aquella mi bien va de vencida
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
A terminos tan tristes conducido

Me

Me tiene mi ventura, que yà temo
Al enemigo airado, i ofendido,
Solo por vèr el fuego en que me quemo
Es yelo en esse pecho, i esto es parte
Para que yo acovarde al passo estremo:
Que si tu no te muestras de mi parte,
A quien no temerà mi flaca mano,
Aunque mas le acompañe esfuerzo, i arte?
Pero si me ayudàras, què Romano,
O Griego Capitan me contrastàra,
Que al fin su intento no saliera vano?
Por el mayor peligro me arrojàra,
I de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatàra.
Tu sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, o derribarla
Al centro do no ai bien con que se acierte:
Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna
En la dificil cumbre sustentarla,
Subido sobre el Cielo de la Luna
Se viera mi esperanza, que aora yace,
En lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoi yà que yà me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan estraños terminos me hace,
Solo por vèr que en tu memoria vivo,
I que te acuerdas, Nisida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo:
Con mas facilidad contar pudiera
Del Mar los granos de la blanca arena,
I las estrellas de la octava esfera,
Que no las ansias, el dolor, la pena
A que el fiero rigor de tu aspereza
Sin averte ofendido me condena.
No midas tu valor con mi bageza,
Que al respeto de tu ser famoso
Por tierra quedarà qualquier alteza.
Assi qual soi te amo, i decir oso

Que me adelanto en firme enamorado
  Al mas ſubido termino amoroſo.
Por eſto no merezco ſer tratado
  Como enemigo, antes me parece
  Que devria ſer remunerado.
Mal con tanta beldad ſe compadece
  Tamaña crueldad, i mal aſsienta
  Ingratitud do tal valor florece.
Quiſierate pedir, Niſida, cuenta
  De un alma que te dì donde la echaſte;
  O como eſtando auſente me ſuſtenta?
Ser ſeñora de un alma no acetaſte,
  Pues què te puede dar quien mas te quiera;
  Quan bien tu preſuncìon aqui moſtraſte.
Sin alma eſtoi deſde la vez primera
  Que te vì por mi mal, i por bien mio;
  Que todo fuera mal ſino te viera.
Alli el freno te dì de mi alvedrìo,
  Tu me goviernas, por ti ſola vivo,
  I aun puede mucho mas tu poderìo.
En el fuego de amor puro me avivo,
  I me deshago, pues qual fenix luego
  De la muerte de amor vida recibo.
En fee deſta mi fee te pido, i ruego
  Solo que creas, Niſida, que es cierto
  Que vivo ardiendo en amoroſo fuego.
I que tu puedes yà deſpues de muerto
  Reducirme a la vida; i en un punto
  Del Mar airado conducirme al puerto.
Que eſtà para conmigo en tì tan junto
  El querer, i el poder, que es todo uno
  Sin diſcrepar, i ſin faltar un punto,
  I acabo por no ſer mas importuno.

No sè ſi las razones deſta carta, o las muchas que yo antes a Niſida avia dicho, aſſegurandole el verdadero amor que Timbrio le tenia, (o los continuos ſervicios de Timbrio, o los Cielos que aſsi lo tenian ordenado) movieron las entrañas de Niſida, para que en el punto que la acabò de leer, me llamaſſe, i con lagri-

grimas en los ojos me digesse. Ai Silerio, Silerio, i como creo que a costa de la salud mia has querido grangear la de tu amigo. Hagan los hados, que a este punto me han traido, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; i si las unas, i las otras me hàn engañado, tome de mi ofensa venganza el Cielo, al qual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga mas encubierto: mas ai quan liviano descargo es este para tan pesada culpa, pues deviera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que aora quiero decirte, enterrarla a ella, i acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nisida, i mas el sobresalto con que las decia; i queriendo con las mias animarla a que sin temor alguno se declarasse, no fue menester importunarla mucho, que al fin me dijo, que no solo amava, pero que adorava a Timbrio, i que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzàra a descubrirla. Qual yo quedè, Pastores, oyendo lo que Nisida decia, i la voluntad amorosa que tener a Timbrio mostrava, no es posible encarecerlo: i aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que a tanto se estiende; no porque me pesasse de vèr a Timbrio querido, sino de verme a mi imposibilitado de tener jamàs contento, pues estava, i està claro que ni podia, ni puedo vivir sin Nisida, a la qual, como otras veces he dicho, viendola en agenas manos puesta, era enagenarme yo de todo gusto, i si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, i esto fue parte para que no llegasse a un mesmo punto mi muerte, i la declaracion de la voluntad de Nisida. Escuchèla como pude, i asseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, a lo qual ella me respondiò, que yà no avia necesidad de assegurale aquello, porque estava de manera que no podia, ni le convenia dejar de creerme, i que solo me rogava, si fuesse posible, procurasse de persuadir a Timbrio, buscasse algun medio honroso para no venir a batalla con su enemigo: i respondiendole yo ser esso imposible sin quedar deshonrado, se sossegò, i quitandose del cuello unas preciosas Reliquias, me las diò para que a Timbrio de su parte las diesse. Quedò ansi mesmo concertado entre los dos, que ella sabìa que sus padres avian de ir a vèr el combate de Timbrio, i que llevarian a ella, i a su hermana consigo; mas porque no le bastarìa el animo de estàr presente al riguroso trance de Timbrio,

que

que ella fingirìa estàr mal dispuesta, con la qual ocasion se quedarìa en una casa de placer donde sus padres avian de possar, que media legua estava de la Villa, donde se avia de hacer el combate, i que alli esperarìa su mala, o buena suerte, segun la tuviesse Timbrio. Mandòme tambien, que para acortar el deseo que tendria de saber el sucesso de Timbrio, que llevasse yo conmigo una toca blanca, que ella me diò, i que si Timbrio venciesse, me la atasse al brazo, i bolviesse a darle las nuevas; i si fuesse vencido, que no la atasse, i asi ella sabria por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento, o el fin de su vida. Prometile de hacer todo lo que me mandava, i tomando las Reliquias, i la toca, me despedì de ella con la mayor tristeza, i el mayor contento que jamàs tuve: mi poca ventura causava la tristeza, i la mucha de Timbrio el alegria. El supo de mi lo que de parte de Nisida le llevava, i quedò con ello tan lozano, contento, i orgulloso, que el peligro de la batalla que esperava, por ninguno le tenia, pareciendole que en ser favorecido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podria. Passo aora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido a lo que a mi solicitud devia; porque fueron tales, que mostrava estàr fuera de sesso tratando en ello. Esforzado pues, i animado con esta buena nueva, comenzò a aparejar su partida, llevando por padrinos un Cavallero Español, i otro Napolitano. I a la fama de este particular duelo se moviò a verlo infinita gente del Reino, yendo tambien allà los padres de Nisida, llevando con ellos a ella, i a su hermana Blanca: i como a Timbrio tocava escoger las armas, quiso mostrar, que no en la ventaja de ellas, sino en la razon que tenia, fundava su derecho, i asi las que escogiò fueron espada, i daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltavan al termino señalado, quando de la Ciudad de Napoles se partieron, con otros muchos Cavalleros, Nisida, i su padre, aviendo llegado primero ella, acordandome muchas veces que no me olvidasse de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamàs sirviò sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidò tanto de lo que Nisida me avia dicho, quanto viò que convenìa para quitarme la vida, o a lo menos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atencion estavan los Pastores escuchando lo que Silerio contava, quando interrom-

rompiò el hilo de ſu cuento la voz de un laſtimado Paſtor, que entre unos arboles cantando eſtava, i no tan lejos de las ventanas de la eſtancia donde ellos eſtavan, que dejaſſe de oirſe todo lo que decia. La voz era de ſuerte, que puſo ſilencio a Silerio, el qual en ninguna manera quiſo paſſar adelante, antes rogò a los demàs Paſtores que la eſcuchaſſen, pues para lo poco que de mi cuento quedava, tiempo avria de acabarlo. Hicieraſeles de mal eſto a Tirſi, i Damon, ſino les digera Elicio. Poco ſe perderà, Paſtores, en eſcuchar al deſdichado Mireno, que ſin duda es el Paſtor que canta, i a quien ha traido la fortuna a terminos, que imagino que no eſpera èl ninguno en ſu contento. Còmo le ha de eſperar, dijo Eraſtro, ſi mañana ſe deſpoſa Daranio con la Paſtora Silveria, con quien èl penſava caſarſe? Pero en fin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicò Elicio, pero con Silveria mas avia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro teſoro alguno: quanto mas, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria ſe casàra con èl, fuera ſu neceſsidad notada. Por eſtas razones que Elicio, i Eraſtro digeron, creciò el deſeo en los Paſtores de eſcuchar lo que Mireno cantava; i aſsi rogò Silerio, que mas no ſe hablaſſe, i todos con atento oìdo ſe pararon a eſcucharle, el qual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro dia con Daranio ſe deſpoſava, con la rabia, i dolor que le cauſava eſte hecho, ſe avia ſalido de ſu caſa acompañado de ſolo ſu rabèl, i combidandole la ſoledad, i ſilencio de un pequeño pradecillo, que junto a las paredes de la Aldèa eſtava, i confiado que en tan ſoſſegada noche ninguno le eſcucharìa, ſe ſentò al pie de un arbol, i templando ſu rabèl, de eſta manera cantando eſtava.

MIRENO.

Cielo ſereno, que con tantos ojos
  Los dulces amoroſos hurtos miras;
  I con tu curſo alegras, o entriſteces
  A aquel que en tu ſilencio ſus enojos
  A quien los cauſa dice, o al que retiras
  De guſto tal, i eſpacio no le ofreces,
  Si a caſo no careces

De tu begnidad para conmigo,
Pues yà con ſolo hablar me ſatisfago,
I ſabeis quanto hago,
No es mucho que aora eſcuches lo que digo,
Que mi voz laſtimera
Saldrà con la doliente anima afuera.
¡Yà mi canſada voz, yà mis lamentos,
Bien poco ofenderàn al aire vano,
Pues a termino tal ſoi reducido,
Que ofrece amor a los airados vientos
Mis eſperanzas, i en agena mano
Ha pueſto el bien que tuve merecido.
Serà el fruto cogido
Que ſembrò mi amoroſo penſamiento,
I regaron mis lagrimas canſadas
Por las afortunadas
Manos, a quien faltò merecimiento,
I ſobrò la ventura,
Que allana lo dificil, i aſſegura.
Pues el que vè ſu gloria convertida
En tan amarga doloroſa pena,
I tomando ſu bien qualquier camino,
Por què no acaba la enojoſa vida?
Por què no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del deſtino.
Poco a poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte,
I aſsi atrevido, aunque canſado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues enſalza nueſtra ſuerte,
Saber que a amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte eſtà, pues no es poſsible
Que viva aquel que tiene la eſperanza
Tan muerta, i tan ageno eſtà de gloria;
Pero temo que amor haga impoſsible
Mi muerte, i que una falſa confianza
Dè vida (a mi peſar) a la memoria.

Mas què ? Si por la hiſtoria
De mis paſſados bienes la poſſeo,
I miro bien que todos ſon paſſados,
I los graves cuidados,
Que triſte agora en ſu lugar poſſeo,
Ella ſerà mas parte
Para que de ella, i del vivir me aparte.

Hai bien unico, i ſolo al alma mia,
Sol que mi tempeſtad aſerenaſte,
Termino del valor que ſe deſea,
Serà poſsible que ſe llegà el dia
Donde he de conocer que me olvidaſte?
I que permita amor que yo le vea?
Primero que eſto ſea,
Primero que tu blanco hermoſo cuello
Eſtè de agenos brazos rodeado,
Primero que el dorado
(Oro es mejor decir) de tu cabello
A Daranio enriquezca
Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fee te tuvo merecida
Mejor que yo, mas veo que es fee muerta
La que con obras no ſe manifieſta.
Si ſe eſtimàra el entregar la vida
Al dolor cierto, i a la gloria incierta,
Pudiera yo eſperar alegre fieſta.
Mas no ſe admite en eſta
Cruda lei, que amor uſa, el buen deſeo,
Pues es probervio antiguo entre amadores,
Que ſon obras amores,
I yo que (por mi mal) ſolo poſſeo
La voluntad de hacellas,
Què no me ha de faltar, faltando en ellas?

En ti penſava yo que ſe rompiera
Eſta lei, del avaro amor uſada,
Paſtora, i que los ojos levantàras

A una alma de la tuya prisionera,
I a tu propio querer tan ajustada,
Que si la conocieras la estimàras.
Pensè que no trocàras
Una fee que diò muestras de tan buena;
Por una que quilata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena,
Entregastete al oro
Por entregarme a mi continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma,
Aquel te loà, que jamàs te mira:
Turbòse en vèr tu rostro, mi Pastora,
A su amor tu aspereza puso en calma,
I assi por no encontrarte el pie retira.
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos;
Tu derribas las altas esperanzas,
I siembras mil mudanzas
En mugeriles pechos codiciosos;
Tu jamàs perficionas
Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
La vista mas aguda, si se ceva
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueva
De un blando codicioso hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion, i fee sincera,
I mas que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza buelve un pecho cera
Por mas duro que sea,
Pues se le dà con èl lo que desea.

De ti me peſa dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfeciones
Con una avara mueſtra has afeado,
Tanto del oro te moſtraſte amiga
Que echaſte a las eſpaldas mis paſsiones;
I al olvido entregaſte mi cuidado.
En fin que te has caſado!
Caſado te has, Paſtora! El Cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrias,
I de las penas mias
Injuſtas, no recibas juſta paga;
Mas ai que el Cielo amigo
Da premio a la virtud, i al mal caſtigo.

A qui diò fin a ſu canto el laſtimado Mireno con mueſtras de tanto dolor, que le causò a todos los que le eſcuchavan, principalmente a los que le conocian, i ſabian ſus virtudes, gallarda diſpoſicion, i honroſo trato. I deſpues de aver dicho entre los Paſtores algunos diſcurſos ſobre la eſtraña condicion de las mugeres, en eſpecial ſobre el caſamiento de Silveria, que olvidada del amor, i bondad de Mireno, a las riquezas de Daranio ſe avia entregado. Deſeoſos de que Silerio dieſſe fin a ſu cuento, pueſto ſilencio a todo, ſin ſer meneſter pedirſelo, el comenzò a ſeguir, diciendo. Llegando pues el dia del riguroſo trance, aviendoſe quedado Niſida media legua antes de la Villa en unos jardines, como conmigo avia concertado, con eſcuſa que diò a ſus padres de no hallarſe bien diſpueſta: al partirme della me encargò la brevedad de mi tornada, con la ſeñal de la toca, porque en traerla, o no, ella entendieſſe el bueno, o el mal ſuceſſo de Timbrio. Torneſelo a prometer, agraviandome de que tanto me lo encargaſſe. I con eſto me deſpedì della, i de ſu hermana, que con ella ſe quedava. I llegado al pueſto del combate, i llegada la hora de comenzarle, deſpues de aver hecho los padrinos de entrambos las ceremonias, i amoneſtaciones que en tal caſo ſe requieren, pueſtos los dos Cavalleros en la eſtacada, al temeroſo ſon de una ronca trompeta, ſe acometieron con tanta deſtreza, i arte, que cauſava admiracion en quien los mirava. Pero el amor, o la razon, que es lo mas cierto, que a Timbrio favorecia, le diò tal esfuerzo, que aunque a coſta de algunas heridas, en poco eſpacio puſo

a ſu

à su contrario de suerte, que teniendole a sus pies herido, i dessangrado, le importunava, que, si queria salvar la vida, se rindiesse. Pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabasse de matar, pues le era mas facil a èl, i de menos daño passar por mil muertes, que rendirse una. Mas el generoso animo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar a su enemigo, ni menos que se confessasse por rendido: solo se contentò con que digesse, i conociesse que era tan bueno Timbrio como èl: lo qual Pransiles confessò de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel termino pudiera mui bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo avia passado, lo alabaron, i estimaron en mucho. I apenas huve yo visto el feliz sucesso de mi amigo, quando con alegria increible, i presta ligereza bolvì a dàr las nuevas a Nisida. Pero ai de mi, que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de agora. O memoria, memoria mia, por què no la tuviste para lo que tanto me importava? Mas creo que estava ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegria fuesse el remate, i fin de todos mis contentos. Yo bolvì a vèr a Nisida con la presteza que he dicho, pero bolvì sin ponerme la blanca toca al brazo. Nisida que con crecido deseo estava esperando, i mirando desde unos altos corredores mi tornada, viendome bolver sin la toca, entendiò que algun siniestro revès a Timbrio avia sucedido, i creyòlo, i sintiòlo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltandole todos los espiritus, cayò en el suelo con tan estraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: quando yà yo lleguè, hallè a toda la gente de su casa alborotada, i a su hermana haciendo mil estremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nisida. Quando yo la vì en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, i viendo que la fuerza del dolor me iva sacando de sentido, temeroso que estando fuera dèl no diesse, o descubriesse algunas muestras de mis pensamientos, me salì de la casa, i poco a poco bolvì a dàr las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me huviessen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo, i alma, no fueron tan ligeros mis passos, que no lo huviessen sido mas otros que la triste nueva a los padres de Nisida llevassen, certificandoles cierto, que de un agudo parasismo avia quedado muerta. Deviò de oìr esto Timbrio, i deviò de quedar qual yo quedè, si no quedò peor: solo sè decir, que quando lleguè a do

pen-

pensaba hallarle,era yà algo anochecido, i supe de uno de sus padrinos que con el otro, i por la posta se avia partido a Napoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido, i deshonrado salido huviera. Luego imaginè yo lo que ser podia, i puseme luego en camino para seguirle: i antes que a Napoles llegasse, tuve nuevas ciertas de que Nisida no era muerta, sino que le avia dado un desmayo que le durò veinte i quatro horas, al cabo de las quales avia bueito en sì con muchas lagrimas, i suspiros. Con la certidumbre desta nueva me consolè, i con mas contento lleguè a Napoles, pensando hallar alli a Timbrio; pero no fuè assi, porque el Cavallero con quien èl avia venido, me certificò, que en llegando a Napoles se partiò sin decir cosa alguna, i que no sabia a que parte, solo imaginava, que segun le viò triste, i melancolico despues de la batalla, que no podia creer sino que a desesperarse huviesse ido. Nuevas fueron estas que me tornaron a mis primeras lagrimas, i aun no contenta mi ventura con esto, ordenò, que al cabo de pocos dias llegassen a Napoles los padres de Nisida, sin ella, i sin su hermana: las quales, segun supe, i segun era publica voz, entrambas a dos se avian ausentado una noche, viniendo con sus padres a Napoles, sin que se supiesse dellas nueva alguna. Tan confuso quedè con esto que no sabia que hacerme, ni decirme: i estando puesto en esta confusion tan estraña, vine a saber, aunque no mui cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruessa nave que para España iva, se avia embarcado, i pensando que podia ser verdad, me vine luego a España, i en Gerèz, i en todas las partes que imaginè que podria estàr, le he buscado, sin hallar dèl rastro alguno: finalmente he venido a la Ciudad de Toledo, donde estàn todos los parientes de los padres de Nisida: i lo que he alcanzado a saber es, que ellos se buelven a Toledo sin aver sabido nuevas de sus hijas. Viendome pues yo ausente de Timbrio, ageno de Nisida, i considerando que yà que los hallasse, ha de ser para gusto suyo, i perdicion mia: cansado ya, i desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de bolver el pensamiento a mejor norte, i gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos, i las obras en el punto que merecen. I assi he escogido este habito que veis, i la hermita que aveis visto, donde en dulce soledad reprima mis dësseos, i encamine mis obras a mejor paradero: puesto que como

viene de tan atràs la corrida de las malas inclinaciones que hasta aqui he tenido, no son tan faciles de parár, que no trascorran algo, i buelva la memoria a combatirme, representandome las passadas cosas; i quando en estos puntos me veo, al son de aquella harpa que escogì por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el Cielo le tenga, i se acuerde de llamarme a mejor vida.

Este es, Pastores, el sucesso de mi desventura; i si he sido largo en contarosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me degeis bolver a mi Hermita, porque aunque vuestra compañia me es agradable, he llegado a terminos, que ninguna cosa me dà mas gusto que la soledad. I de aqui entendereis la vida que passo, i el mal que sustento. Acabò con esto Silerio su cuento; pero no las lagrimas con que muchas veces le avia acompañado. Los Pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon, i Tirsi, los quales con muchas razones le persuadieron a no perder la esperanza de vèr a su amigo Timbrio con mas contento que èl sabria imaginar, pues no era posible, sino que tras tanta fortuna aserenasse el Cielo, del qual se devia esperar, que no consentirìa que la falsa nueva de la muerte de Nisida, a noticia de Timbrio, con mas verdadera relacion, no viniesse antes que la desesperacion le acabasse. I que de Nisida se podia creer, i congeturar, que por vèr a Timbrio ausente se avria partido en su busca; i que si entonces la fortuna, por tan estraños accidentes los avia apartado, agora por otros no menos estraños sabria juntarlos. Todas estas razones, i otras muchas que le digeron, le consolaron algo, pero no de manera, que despertasse en la esperanza de verse en la vida más contenta, ni aun èl la procurava, por parecerle que la que avia escogido, era la que mas le convenìa. Gran parte era yà passada de la noche, quando los Pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedava, en el qual se avian de celebrar las bodas de Daranio, i Silveria. Mas apenas avia dejado la blanca Aurora el enfadoso lecho del celoso marido, quando dejaron los suyos todos los mas Pastores de la Aldèa, i cada qual, como mejor pudo, comenzò por su parte a regocijar la fiesta. Qual trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, i qual con su tamborino, i flauta les dava la madrugada, acullà se oìa la regocijada gaita, acà sonava el acor-

dado rabèl, allì el antiguo ſalterio, aquì los curſados albogues, quien con coloradas cintas adornava ſus caſtañetas para los eſperados bailes, quien pulìa, i repulìa ſus ruſticos aderezos para moſtrarſe galàn a los ojos de alguna ſu querida paſtorcilla, de de modo, que por qualquier parte de la Aldèa que ſe fueſſe, todo ſabìa a contento, placer, i fieſta. Solo el triſte, i deſdichado Mireno era aquel a quien todas eſtas alegrias cauſavan ſuma triſteza; el qual, aviendoſe ſalido de la Aldèa, por no vèr hacer ſacrificio de ſu gloria, ſe ſubiò en una coſtezuela que junto al Aldèa eſtava; i allì ſentandoſe al pie de un antiguo freſno, pueſta la mano en la megilla, i la caperuza encajada haſta los ojos, que en el ſuelo tenìa clavados, comenzò a imaginar el deſdichado punto en que ſe hallava, i quan, ſin poderlo eſtorvar, ante ſus ojos avia de vèr coger el fruto de ſus deſeos. I eſta conſideracion le tenìa de ſuerte, que llorava tan tierna, i amargamente, que ninguno en tal trance le viera, que con lagrimas no le acompañàra. A eſta ſazon, Damon, i Tirſi, Elicio, i Eraſtro, ſe levantaron, i aſſomandoſe a una ventana, que al campo ſalìa, lo primero en quien puſieron los ojos, fue en el laſtimado Mireno; i en verle de la ſuerte que eſtava, conocieron bien el dolor que padecìa; i movidos a compaſsion, determinaron todos de ir a conſolarle, como lo hicieran, ſi Elicio no les rogàra que le dejàran ir ſolo, porque imaginava, que por ſer Mireno tan amigo ſuyo, con èl mas abiertamente que con otro, ſu dolor comunicarìa. Los Paſtores ſe lo concedieron, i yendo allà Elicio, hallòle tan fuera de sì, i tan en ſu dolor traſportado, que ni le conociò Mireno, ni le hablò palabra; lo qual viſto por Elicio, hizo ſeñal a los demàs Paſtores que vinieſſen: los quales temiendo algun eſtraño accidente a Mireno ſucedido, pues Elicio con prieſſa los llamava, fueron luego allà, i vieron que eſtava Mireno con los ojos tan fijos en el ſuelo, i tan ſin hazer movimiento alguno, que una eſtatua ſemejava, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirſi, Damon, i Eraſtro no bolviò de ſu eſtraño embeleſamiento, ſino fue, que acabo de un buen eſpacio de tiempo, caſi como entre dientes comenzò a decir. Tu eres Silveria, Silveria? Si tu lo eres, yo no ſoi Mireno; i ſi ſoi Mireno, tu no eres Silveria; porque no es poſsible que eſtè Silveria ſin Mireno, o Mireno ſin Silveria. Pues quien ſoi yo, deſdichado? o quien eres tu, deſconocida? Yo bien sè que no ſoi Mireno, por-

porque tu no has querido ser Silveria, a lo menos la Silveria que ser devias, i yo pensava que fueras. A esta sazon alzò los ojos, i como viò al rededor de sì los quatro Pastores, i conociò entre ellos a Elicio, se levantò, i sin dejar su amargo llanto, le echò los brazos al cuello, diciendole. Hai verdadero amigo mio, i como agora no tendràs ocasion de embidiar mi estado, como le embidiavas quando de Silveria me veìas favorecido: pues si entonces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado; i trocar todos los titulos alegres que en aquel tiempo me davas, en los de pesar que agora puedes darme. Yo si que te podrè llamar dichoso, Elicio, pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes, o Mireno, respondiò Elicio, de vèr los estremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres, a quien ha sido justo aver obedecido. Si ella tuviera amor, replicò Mireno, poco inconveniente era la obligacion de los padres para dejar de cumplir con lo que al amor devia; de do vengo a considerar, o Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse; i si fue fingido el amor que me mostrava, hizo peor en engañarme, i ofrecerme el desengaño a tiempo que no puede aprovecharme, sino es con dejar en sus manos la vida. No està en terminos la tuya, Mireno, replicò Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podria ser que la mudanza de Silveria no estuviesse en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; i si tu la quisiste limpia, i honestamente doncella, tambien la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora, como entoces a tus buenos, i honestos deseos. Mal conoces a Silveria, Elicio, respondiò Mireno, pues imaginas de ella que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta mesma razon que has dicho te condena, respondiò Elicio: pues si tu, Mireno, sabes de Silveria, que no harà cosa que mal le estè, en la que ha hecho no deve de aver errado. Sino ha errado, respondiò Mireno, ha acertado a quitarme todo el buen sucesso que de mis buenos pensamientos esperava: i solo en esto la culpo, que nunca me advirtiò de este daño, antes temiendome dèl, con firme juramento me asegurava que eran imaginaciones mias, i que nunca a la suya avia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casarìa, sì conmigo: no con èl, ni con otro alguno, aunque aventuràra en ello quedar en perpetua desgracia con

ſus padres, i parientes; i debajo de eſte ſeguro, i prometimiento, faltar, i romper la fee agora de la manera que has viſto, què razon hai que tal conſienta? o què corazon que tal ſufra? Aqui tornò Mireno a renovar ſu llanto, i aqui de nuevo le tuvieron laſtima los Paſtores. A eſte inſtante llegaron dos Zagales adonde ellos eſtavan, que el uno era pariente de Mireno, i el otro criado de Daranio, que a llamar a Elicio, Tirſi, Damon, i Eraſtro venìa, porque las fieſtas de ſu deſpoſorio querian comenzarſe. Peſavales a los Paſtores de dejar ſolo a Mireno, pero aquel Paſtor ſu pariente ſe ofreciò a quedar con èl; i aun Mireno dijo a Elicio, que ſe queria auſentar de aquella tierra, por no vèr cada dia a los ojos la cauſa de ſu deſventura. Elicio le loò ſu determinacion, i le encargò, que do quiera que eſtuvieſſe, le aviſaſſe de como le iva. Mireno ſe lo prometiò; i ſacando del ſeno un papel le rogò, que en hallando comodidad, ſe le dieſſe a Silveria. I con eſto ſe deſpidiò de todos los Paſtores, no ſin mueſtras de mucho dolor, i triſteza: el qual no ſe huvo bien apartado de ſu preſencia, quando Elicio, deſeoſo de ſaber lo que en el papel venìa, viendo que, pues eſtava abierto, importava poco leerle, le deſcogiò, i combidando a los otros Paſtores a eſcucharle, viò que en èl venìan eſcritos eſtos verſos.

MIRENO A SILVERIA.

El Paſtor que te ha entregado
Lo mas de quanto tenìa,
Paſtora, agora te embia
Lo menos que le ha quedado.
Que es eſte pobre papel,
Adonde claro veràs
La fee que en ti no hallaràs,
I el dolor que queda en èl.

Pero poco acaſo hace
Darte de eſto cuenta eſtrecha,
Si mi fee no me aprovecha,
I mi mal te ſatisface.
No pienſes que es mi intencion
Quejarme porque me dejas,
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana paſsion.

Tiempo fue yà que eſcuchàras
El cuento de mis enojos,
I aun ſi lloràran mis ojos
Las lagrimas enjugàras.
Entonces era Mireno
El que era de ti mirado,
Mas hai como te has trocado
Tiempo bueno, tiempo bueno.

Si duràra aquel engaño,
Templàraſe mi diſguſto,
Pues mas vale un falſo guſto,

Que un notorio, i cierto daño.
Pero tu, por quien se ordena
Mi terrible mala andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.

Tus palabras lisongeras,
I mis credulos oìdos,
Me han dado bienes fingidos,
I males que son de veras.
Los bienes con su aparencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo, i discierno
Por cosa cierta, i notoria,
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno.
I què un desdèn acarrea,
I un olvido en un momento
Desde la gloria al tormento
Al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento estraño,
Que estoi ya dentro del daño,
I no salgo del provecho.
Porque imagino que ayer
Era quando me querias,
O a lo menos lo fingìas,
Que es lo que se ha de creer.

I el agradable sonido
De tus palabras sabrosas,
I razones amorosas,
Aun me suenan en el oìdo.
Estas memorias suaves
Al fin me dan mas tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevò, i las obras quien sabes.

Eres tu la que juravas,
Que se acabassen tus dias
Si a Mireno no querias
Sobre todo quanto amavas?
Eres tu, Silveria, quien
Hizo de mi tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien.

O que titulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tu me aborreces
Tambien yo te aborreciera.
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte,
Que estimo mas el quererte
Que tu has hecho el olvidarme.

Triste gemido a mi canto
Ha dado tu mano fiera
Invierno a mi primavera,
I a mi risa amargo llanto.
Mi gasajo ha buelto en luto,
I de mis blandos amores
Cambio en abrojos las flores,
I en veneno el dulce fruto.

I aun diràs, i en esto me daña,
Que es el averte casado,
I el averme assi olvidado
Una honesta honrrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida
Si no te fuera notorio
Que estava en tu desposorio
El fin de mi triste vida.

Mas en fin tu gusto fue
Gusto, pero fue justo,
Pues con premio tan injusto
Pagò mi inviolable fee.
La qual por ver que se ofrece
De mostrar la fee que alcanza,
Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrà a entender,
Cierto estoi que no se assombre
Viendo al fin que yo soi hombre
I tu, Silveria, muger.
Adonde la ligereza
Hace de contino asiento;
I adonde en mi el sufrimiento
Es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada,
I de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estaràs firme en nada.
Procura alegre llevallo
El yugo que echaste al cuello
Que podràs aborrecello,
I no podràs desechallo.

Mas eres tan inhumana,
I de tan mudable sèr,
Que lo que quisiste ayer
Has de aborrecer mañana.
I asi (por estraña cosa)
Dirà aquel que de ti hable,
Hermosa, pero mudable,
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno a los Pastores, sino la ocasion a que se avian hecho, considerando con quanta presteza la mudanza de Silveria, le avia traido a punto de desamparar la amada Patria, i queridos amigos, temeroso cada uno que en el sucesso de sus pretensiones lo mesmo le sucediesse. Entrados pues en el Aldea, i llegados a donde Daranio, i Silveria estavan, la fiesta se comenzò tan alegre, i regocijadamente, quanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se avian visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos Pastores de toda aquella comarca, i Silveria de las hermosas Pastoras de toda la ribera, acudieron a sus bodas toda, o la mas Pastorìa de aquellos contornos, i asi se hizo una cèlebre junta de discretos Pastores, i hermosas Pastoras, i entre los que a los demàs en muchas, i diversas habilidades se aventajaron, fueron el triste Orompo, i el celoso Orfenio, el ausente Crisio, i el desamado Marsilio, mancebos todos, i todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigava la temprana muerte de su querida Listea, i al celoso Orfenio la insufrible rabia de los celos: siendo enamorado de la hermosa Pastora Eandra, al ausente Crisio, el verse apartado de Claraura, bella, i discreta Pastora, a quien èl por unico bien suyo tenia, i al desesperado Marsilio, el desamor que para con èl en el pecho de Belisa

lisa se encerrava. Eran todos amigos, i de una mesma Aldea, i la passion del uno, el otro no la ignorava, antes en dolorosa competencia muchas veces se avian juntado a encarecer cada qual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor a qualquier otro se aventajava, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado, i tenian todos tal ingenio, ó por mejor decir tal dolor padecian, que como quiera que le significassen, mostravan ser el mayor que imaginar se podia: por estas disputas, i competencias, eran famosos, i conocidos en todas las riberas de Tajo, i avian puesto deseo a Tirsi, i a Damon de conocerlos, i viendolos alli juntos, unos a otros se hicieron corteses, i agradables recibimientos, principalmente todos con admiracion miravan a los dos Pastores Tirsi, i Damon, hasta alli dellos solamente por fama conocidos. A esta sazon saliò el rico Pastor Daranio, a la serranìa vestido, traìa camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaraguelles de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, i de la color del sayo una quarterada caperuza. No menos saliò bien aderezada su esposa Silveria, porque venia con saya, i cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul, i verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argenteria (invencion de Galatea, i Florisa que la vistieron) garbin turquesado, con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, i sortija de oro, i sobre todo su belleza, que mas que todo la adornava. Saliò tras ella la sin par Galatea (como sol tras el Aurora) i su amiga Florisa, con otras muchas, i hermosas Pastoras, que por honrar las bodas, a ellas avian venido, entre las quales tambien iva Teolinda, con cuidado de hurtar el rostro a los ojos de Damon, i Tirsi, por no ser dellos conocida: i luego las Pastoras, siguiendo a los Pastores que guiavan (al son de muchos pastoriles instrumentos) àcia el Templo se encaminaron: en el qual espacio le tuvieron Elicio, i Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que duràra aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulises, i con el contento de verla iva tan fuera de sì Erastro, que hablando con Elicio, le dijo. Què miras, Pastor, si a Galatea no miras? Pero còmo podràs mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus megillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello, i el marmol de su pe-

pecho? Todo esso he podido vèr, o Erastro, respondiò Elicio, i ninguna cosa de quantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que sino fuera tal como tu sabes, todas las gracias, i bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dijo Erastro, pero todavia no me podràs negar, que a no ser Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada; i a no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondiò Elicio, que todo qualquier dolor, i pesadumbre no nazca de la privacion, i falta de aquello que deseamos: mas juntamente te quiero decir, que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensè que a Galatea querias, porque si solamente la quieres por ser hermosa, mui poco tiene que agradecerte, pues no avrà ningun hombre, por rustico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que està, trae consigo el hacer desear. Asi que a este simple deseo, por ser tan natural, ningun premio se le deve, porque si se le deviera, con solo desear el Cielo, le tuvieramos merecido: mas ya ves, Erastro, ser esto tan al revès, como nuestra verdadera Lei nos lo tiene mostrado; i puesto caso que hermosura, i belleza sea una principal parte para atraernos a desearla, i a procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por ultimo bien suyo, sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interesse le mueva, i este se puede llamar (aun en las cosas de acà) perfeto, i verdadero amor, i es digno de ser agradecido, i premiado; como vemos que premia conocida, i aventajadamente el Hacedor de todas las cosas, aquellos que sin moverles otro interesse alguno, de temor, de pena, o de esperanza de gloria, le quieren, le aman, i le sirven, solamente por ser bueno, i digno de ser amado, i esta es la ultima, i mayor perfeccion que en el amor Divino se encierra: i en el humano tambien quando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin aver error de entendimiento, porque muchas veces lo malo nos parece bueno, i lo bueno malo, i asi amamos lo uno, i aborrecemos lo otro, i este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, o Erastro, que si tu quieres, i amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, i en esto pàra el fin de tu deseo, sin passar adelante a querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vi-

da,

da, i bienes, entiende que no amas como deves, ni deves ser remunerado como quieres. Quisiera, Erastro, replicar a Elicio, i darle a entender como no entendia bien del amor con que a Galatea amava, pero estorvòlo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el qual quiso tambien hallarse a las bodas de Daranio, i regocijar la fiesta con su canto, i asi puesto delante de los desposados, en tanto que al Templo llegavan, al son del rabèl de Eugenio estos versos fue cantando.

LENIO.

Desconocido, ingrato Amor, que assombras
A veces los gallardos corazones,
I con vanas figuras, vanas sombras
Pones al alma libre mil prisiones:
Si de ser Dios te precias, i te nombras;
Con tan subido nombre no perdones
Al que rendido al lazo de himeneo
Rindiere a nuevo ñudo su deseo.

En conservar la lei pura, i sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza;
Descoge en este campo tu vandera,
Haz a tu condicion en esto fuerza.
Què bella flor, què dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como deve,
Que aunque parece carga, es carga leve.

Tu puedes, si te olvidas de tus hechos,
I de tu condicion tan dessabrida,
Hacer alegres talamos, i lechos
Do el yugo conjugal a dos anida.
Encierrate en sus almas, i en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Vayan a gozar como se espera
De la agradable eterna primavera.

Dexa las pastoriles cabañuelas

I al libre paſtorcillo hacer ſu oficio;
Buela mas alto ya, pues tanto buelas;
I aſpira a mejor grado, i egercicio,
En vano te fatigas, i deſvelas,
En hacer de las almas ſacrificio,
Sino las rindes con mejor intento
Al dulce de himeneo ayuntamiento:

Aqui puedes moſtrar la poderoſa
Mano de tu poder maravilloſo,
Haciendo que la nueva tierna eſpoſa
Quiera, i que ſea querida de ſu eſpoſo;
Sin que aquella infernal rabia celoſa
Les turbe ſu contento, i ſu repoſo,
Ni el deſdèn ſacudido, i zahareño
Les prive del ſabroſo, i dulce ſueño.

Mas ſi, perfido Amor, nunca eſcuchadas
Fueron de ti plegarias, de tu amigo;
Bien ſeràn eſtas mias deſechadas,
Que te ſoi, i ſerè ſiempre enemigo.
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen teſtigo;
Hacen que yo no eſpere de tu mano
Contento alegre, venturoſo, i ſano.

Yà ſe maravillavan los que al deſamorado Lenio eſcuchando ivan, de vèr con quanta manſedumbre las coſas de amor tratava, llamandole Dios, i de mano poderoſa: coſa que jamàs le avian oìdo decir: mas aviendo oìdo los verſos con que acabò ſu canto, no pudieron dejar de reirſe, porque yà les pareciò que ſe iva colerizando, i que ſi adelante en ſu canto paſsàra, èl puſiera al amor como otras veces ſolìa; pero faltòle el tiempo, porque ſe acabò el camino. I aſsi llegados al Templo, i hechas en èl por los Sacerdotes las acoſtumbradas ceremonias, Daranio, i Silveria quedaron en perpetuo, i eſtrecho ñudo ligados, no ſin embidia de muchos que los miravan, ni ſin dolor de algunos que la hermoſura de Silveria codiciavan; pero a todo dolor ſobrepujàra el que ſintiera el ſin ventura Mireno, ſi a eſte eſpectaculo ſe hallàra preſente. Bueltos pues

pues los despoſados del Templo con la miſma compañia que avian llevado, llegaron a la Plaza de la Aldea, donde hallaron las meſas pueſtas, i adonde quiſo Daranio hacer publicamente demoſtracion de ſus riquezas, haciendo a todo el Pueblo un generoſo, i ſuntuoſo combite. Eſtava la Plaza tan enramada, que una hermoſa verde floreſta parecia, entretegidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del Sol en todo aquel circuito no hallavan entrada para calentar el freſco ſuelo, que cubierto con muchas eſpadañas, i con mucha diverſidad de flores ſe moſtrava. Alli pues con general contento de todos ſe ſolemnizò el generoſo banquete, al ſon de muchos paſtoriles inſtrumentos, ſin que dieſſen menos guſto que el que ſuelen dàr las acordadas muſicas que en los Reales Palacios ſe acoſtumbran; pero lo que mas autorizò la fieſta, fue vèr que en alzandoſe las meſas, en el meſmo lugar, con mucha preſteza, hicieron un tablado, para efeto de que los quatro diſcretos, i laſtimados Paſtores, Orompo, Marſilio, Criſio, i Orfenio, por honrar las bodas de ſu amigo Daranio, i por ſatisfacer el deſeo que Tirſi, i Damon tenian de eſcucharles, querian alli en publico recitar una Egloga, que ellos meſmos de la ocaſion de ſus meſmos dolores avian compueſto. Acomodados pues en ſus aſsientos todos los Paſtores, i Paſtoras que alli eſtavan, deſpues que la zampoña de Eraſtro, i la lira de Lenio, i los otros inſtrumentos, hicieron preſtar a los preſentes un ſoſſegado, i maravilloſo ſilencio; el primero que ſe moſtrò en el humilde teatro, fue el triſte Orompo, con un pellico negro veſtido, i un cayado de amarillo box en la mano, el remate del qual era una fea figura de la muerte, venia con hojas de funeſto ciprès coronado, inſinias todas de la triſteza que en èl reinava, por la inmatura muerte de ſu querida Liſtea; i deſpues que con triſte ſemblante los lloroſos ojos a una, i a otra parte huvo tendido, con mueſtras de infinito dolor, i amargura, rompiò el ſilencio con ſemejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado
 Palabras ſangriẽtas con muerte mezcladas;
 I ſi los ſuſpiros os tienen atadas,
 Abrid, i romped el ſinieſtro coſtado.

El aire os impide que està yà inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos,
Salid, i si quiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perdereis en veros perdidas,
Pues yà os ha faltado el alto sugeto;
Por quien en estilo grave, i perfeto
Hablavades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo, i bien conocidas
Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes amargas llorosas
Sereis de la tierra, i del Cielo tenidas.

Pero aunque salgais palabras temblando;
Con quales podreis decir lo que siento?
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse qual es al vivo pintado.
Mas hai que me falta el còmo, i el quando
De significar mi pena, i mi mengua
Aquello que falta, i no puede la lengua;
Suplan mis ojos continuo llorando.

O muerte que atajas, i acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas;
I en un bolver de ojos las sierras allanas;
I haces iguales a Enares, i al Nilo:
Porquè no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel? Por què a mi despecho
Probaste en el blanco, i mas lindo pecho
De tu fiero alfange la furia, i el filo?

En què te ofendian, o falsa, los años
Tan tiernos, i verdes de aquella cordera?
Por què te mostraste con ella tan fiera?
Por què en el suyo creciste mis daños?
O mi enemiga, i amiga de engaños!
De mi, que te busco, te escondes, i ausentas?
I quieres, i travas razones, i cuentas

Con

Con el que mas teme tus males tamaños.

En años maduros tu lei tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
I no descargar la dura herida
En quien del vivir ha poco que gusta:
Mas essa tu hoz que todo le ajusta
I mando, ni ruego jamàs la doblega,
Assi con rigor la flor tierna siega
Como la caña ñudosa, i robusta.

Quando a Listea del suelo quitaste
Tu sèr, tu valor, tu fuerza, tu brio,
Tu ira, tu mando, tu señorìo,
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando a Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donaire, belleza, i cordura
Mayor de la tierra, i en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa que tanto se alarga
Que es insufrible a mis hombros su carga,
Que es muerte la vida del q̃ es desdichado.
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el Cielo,
Ni tengo de quien espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

O vos que sentìs, què cosa es dolores,
Venid, i tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus brios,
Vereis que los vuestros son mucho menores.
Do estais agora, gallardos Pastores?
Crisio, Marsilio, i Orfenio, què haceis?
Por què no venis? Por què no teneis
Por mas que los vuestros mis daños mayores?

Mas quien es aquel que assoma, i que quiebra

Por la encrucijada de aquefte fendero?
Marfilio es fin duda, de amor prifionero,
Belifa es la caufa, a quien fiempre celebra,
A efte le roe la fiera culebra
Del crudo defdèn el pecho, i el alma,
I paffa fu vida en tormenta fin calma
I aun no es qual la mia fu fuerte tan negra.

El pienfa que el alma, que el alma le aqueja,
Es mas que el dolor de mi defventura.
Aqui ferà bien que entre efta efpefura
Me efconda, por ver fi acafo fe queja.
Mas hai, que a la pena que nunca me deja
Penfar igualarla es gran defatino,
Pues abre la fenda, i cierra el camino
Al mal que fe acerca, i al bien que fe aleja.

MARSILIO.

Paffos què al de la muerte
Me llevais paffo a paffo,
Forzofo he de acufar vueftra pereza,
Seguid tan dulce fuerte,
Que en efte amargo paffo
Eftà mi bien, i en vueftra ligereza,
Mirad que la dureza
De la enemiga mia
En el airado pecho
Contrario a mi provecho,
En fu entereza eftà qual fer folìa:
Huigamos, fi es pofsible,
Del afpero rigor fuyo terrible.

A què apartado clima,
A què region incierta
Irè a vivir, que pueda affegurarme
Del mal que me laftima,
Del anfia trifte, i cierta,
Que no fe ha de acabar hafta acabarme,

Ni eſtàr quedo, o mudarme
A la arenoſa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero, i blanco Scita,
Un ſolo punto mi dolor alivia;
Que no eſtà mi contento
En hacer de lugares mudamiento.

Aqui, i alli me alcanza
El deſdèn riguroſo
De la ſin par cruel, Paſtora mia;
Sin que Amor, ni eſperanza,
Un termino dichoſo
Me pueda prometer en tal porfia:
Beliſa, luz del dia,
Gloria de la edad nueſtra,
Si valen yà contigo
Ruegos de un firme amigo,
Templa el rigor airado de tu dieſtra;
I el fuego de eſte mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.

Mas ſorda a mi lamento,
Mas implacable, i fiera,
Que a la voz del canſado Marinero
El riguroſo viento,
Que el mar turba, i altera,
I amenaza a la vida el fin poſtrero:
Marmol, diamante, acero,
Alpeſtre, i dura roca,
Robuſta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca:
Todo es blando, i ſuave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.
Mi duro amargo hado
Mi inexorable eſtrella,
Mi voluntad que todo lo conſiente,
Me tienen condenado

Belisa ingrata, i bella,
A que te sirva, i ame eternamente,
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
I tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Seràs desta alma conocido dueño
En tanto que el suelo
La cubriere mortal corporeo velo.

Hai bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
I hai mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno, i otro sale
De toda humana cuenta,
I aun yo sin ella en viva muerte vivo;
En el desdèn avivo
Mi fee, i alli se enciende
Con el helado frio.
Mirad que desvarìo,
I el dolor desusado que me ofende,
I si podrà igualarse
Al mal que mas quisiere aventajarse.
Mas quien es el que mueve
Las armas intricadas
Deste acopado mirto, i verde asiento?
Orompo. Un Pastor que se atreve
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por mas que tu le estimes,
Levantes, i sublimes.

Mars. Vencido quedaràs en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
I tu mesmo seras dello testigo,
Si de las ansias mias,

Si

Si de mi mal insano
La mas minima parte conocieras,
Cessàran tus porfias,
Orompo, viendo llano
Que tu penas de burla, i yo de veras.
Orompo. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor estraño,
I al mio menoscaba,
Que la vida me acaba,
Que yo espero sacarte deste engaño,
Mostrando al descubierto,
Que el tuyo es sombra de mi mal que es cierto.
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor, que en la opinion se te parece,
Escuchemosle aora
Que su cansada pena,
No menos que la tuya le engrandece.
Mars. Hoi el tiempo me ofrece
Lugar, i coyuntura
Donde pueda mostraros
A entrambos, i enteraros
De que sola la mia es desventura.
Orompo. Atiende aora Marsilio
La voz de Crisio, i lamentable estilo.

CRISIO.

Hai dura, hai importuna, hai triste ausencia!
Quan fuera deviò estàr de conocerte
El que igualò tu fuerza, i violencia
Al poder invencible de la muerte.
Que quando con mayor rigor sentencia
Que puede mas su limitada suerte,
Que deshacer el ñudo, i recia liga,
Que a cuerpo, i alma estrechamente liga?

Tu duro alfalge à mayor mal se estiende,
Pues un espiritu en dos mitades parte,

O milagros de amor, que nadie entiende,
Ni se alcanzan por ciencia, ni por arte,
Que dege su mitad con quien la entiende
Allà mi alma, i traiga acà la parte
Mas fragil, con la qual mas mal me siente,
Que estàr mil veces de la vida ausente.

Ausente estoi de aquellos ojos bellos,
Que serenavan la tormenta mia,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de alli no passò la fantasìa.
Que verlos, i pensar de merecellos,
Es loco atrevimiento, i demasìa,
Yo los vi desdichado, i no los veo,
I matame de verlos el deseo.

Deseo (i con razon) vèr dividida
(por acortar el termino a mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida,
Con ligereza presta, i buelo estraño
Podrà tornar à vèr aquellos ojos,
Que son descanso, i gloria a sus enojos.

Enojos son la paga, i recompensa,
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal, i ofensa,
Que en los males de amor se encierra, i siente,
Ni poner discrecion a la defensa,
Ni un querer firme levantado ardiente
Aprovecha a templar deste tormento
La dura pena, i el furor violento.
Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia,
I aun de la vida el curso miserable.
Muertes, desvìos, celos, inclemencia
De airado pecho condicion mudable,

No

No atormentan afsi, ni dañan tanto
Como efte mal, que el nombre pone efpanto.

Efpanto fuera, fi dolor tan fiero,
Dolores tan mortales no causàra;
Pero todos fon flacos, pues no muero
Aufente de mi vida dulce, i cara.
Mas ceffe aqui mi canto laftimero,
Que a compañia tan difcreta, i rara,
Como es la que alli veo, ferà jufto
Que muestre al verla mas fabrofo el gufto.

Orompo. Gufto nos dà, buen Crifio, tu prefencia;
I mas viniendo a tiempo, que podrèmos
Acabar nueftra antigua diferencia.
Crif. Orompo, fi es tu gufto, comencèmos,
Pues que Juez de la contienda nueftra
Tan recto aqui en Marfilio le tendrèmos.
Marf. Indicio dais, i conocida mueftra
Del error en que os trae tan embebidos
Effa vana opinion notoria vueftra.
Pues quereis que a los mios preferidos
Vueftros dolores tan pequeños fean,
Harto llorados, mas que conocidos.
Mas porque el fuelo, i Cielo juntos vean
Quanto vueftro dolor es menos grave,
Que las anfias que el alma me rodean.
La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienfo moftrar en vueftra competencia
Afsi como mi ingenio torpe fabe.
I dejarè a vofotros la fentencia,
I el juzgar fi mi mal es mui mas fuerte,
Que el rigurofo de la larga aufencia.
O el amargo efpantofo de la muerte,
De quien entrambos os quejais fin tiento,
Llamando dura, i corta a vueftra fuerte.
Orompo. Deffo yo foi, Marfilio, mui contento,
Pues la razon que tengo de mi parte,
El triunfo le affegura a mi tormento.

Crif.

Crif. Aunque de exagerar me falta el arte,
Vereis quando yo os mueftre mi trifteza,
Como quedan las vueftras a una parte.
Marf. Què aufencia llega a la inmortal dureza
De mi Paftora ? que es, con fer tan dura,
Señora univerfal de la belleza.
Orõpo. O a què buen tiempo llega, i coyuntura;
Orfenio! veisle affomado ? eftad atentos,
Oìreisle ponderar fu defventura.
Zelos es la ocafion de fus tormentos,
Zelos, cuchillo, i ciertos turbadores
De las paces de Amor, i los contentos.
Crif. Efcuchad, que yà canta fus dolores.

ORFINO.

O fombra efcura que contino figues
A mi confufa trifte fantasìa,
Enfadofa tiniebla fiempre fria,
Que a mi contento, i a mi luz perfigues:
Quando ferà que tu rigor mitigues,
Monftruo cruel, i rigurofa harpìa,
Què ganas en turbarme el alegria?
O què bien en quitarmele configues?
Marf. Si la condicion de que te arreas
Se eftiende a pretender quitar la vida,
Al que te diò la tuya, i te ha engendrado:
No me deve admirar que de mi feas,
I de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal eftado.
Orompo. Si el prado deleitofo,
Orfinio, te es alegre qual folìa
En tiempo mas dichofo,
Vèn, paffaràs el dia
En nueftra laftimada compañia.
Con los triftes el trifte
Bien vès que fe acomoda facilmente;
Vèn, que aqui fe refifte
Par de efta clara fuente,

Del

Del levantado Sol el rayo ardiente.
Vèn, i el usado estilo
Levanta, i como sueles te defiende
De Crisio, i de Marsilio,
Que cada qual pretende
Mostrar, que solo es mal en que le ofende.
Yo solo en este caso,
Contrario avrè de ser a ti, i a ellos,
Pues los males que passo
Bien podrè encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte dellos.
Orompo. No al gusto le es sabrosa,
Asi a la corderuela dessabrida
La yerva, ni gustosa
Salud restituìda
A aquel que yà la tuvo por perdida:
Como es a mi sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado
Orompo, encubra Crisio su dolencia;
Marsilio estè callado;
Muerte, desdèn, ni ausencia,
No tengan con los celos competencia.
Pero si el Cielo quiere
Que hoi salga a campo la contienda nuestra
Comience el que quisiere,
I dè a los otros muestra
De su dolor con torpe lengua, o diestra.
Que no està la elegancia,
I modo de decir el fundamento
I principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.
Cris. Siento, Pastor, que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras
Darà mil muestras de tu desvarìo.

Or-

Orfi. Templa esse brio, o muestralo a su tiempo;
Que es passatiempo, Crisio, tu congoja,
Que el alma que afloja con bolver el passo;
No hai que hacer caso de su sentimiento.
Cris. Es mi tormento tan estraño, i fiero,
Que presto espero que tu mesmo digas;
Que a mis fatigas no se iguala alguna;
Mars. Desde la cuna soi yo desdichado.
Orompo. Aun engendrado pienso que no estava
Quando sobrava en mi la desventura.
Orfi. En mi se apura la mayor desdicha.
Cris. Tu mal es dicha, comparado al mio:
Mars. Opuesto al brio de mi mal estraño,
Es gloria el daño que a vosotros daña.
Orompo. Esta maraña quedarà mui clara,
Quando a la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,
Que yo del mio doi principio al cuento:

Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
I quando darle quisieron,
Convirtiòle el Cielo en pena.
Vi su flor maravillosa
En mil muestras, deseosa
De darme una rica suerte,
I en aquel punto la muerte
Cortòmela de embidiosa.

Yo quedè qual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor,
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino:
I aun le quita la esperanza
De otra buena nueva andanza,
Porque cubriò con la tierra
El Cielo donde se encierra
De su bien la confianza:

Pues si a termino he llegado;
Que de tener gusto, o gloria;
Vivo yà desesperado,
De que yo soi mas penado;
Es cosa cierta, i notoria.
Que la esperanza assegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene:
Mas hai de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura.

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar donde han nacido
Cien mil espinas, i abrojos;
Que el corazon me han herido:
Yo si soi el desdichado,

Pues

Pues con nunca aver moſtrado
Un momento el roſtro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo ſacado.

Que ſi alguna mueſtra viera
De algun pequeño provecho,
Soſſegàraſe mi pecho,
I aunque nunca ſe cumpliera,
Quedàra al fin ſatisfecho.
Porque viera que valìa
Mi enamorada porfia
Con quien es tan deſſabrida,
Que a mi yelo eſtà encendida,
I a mi fuego helada, i fria.

Pues ſi es el trabajo vano
De mi llanto, i ſoſpirar,
I dèl no pienſo ceſſar
A mi dolor inhumano,
Qual ſe le podrà igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que eſtà la cauſa muerta,
Orompo, de tu triſteza,
La mia en mas entereza,
Quando mas me deſconcierta.

CRISIO.

Yo, que teniendo en ſazon
El fruto que ſe devia
A mi continua paſsion,
Una ſubita ocaſion
De gozarla me deſvìa.
Mui bien podrè ſer llamado
Sobre todos deſdichado,
Pues que vendrè a padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dejado.

Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo
En alivio ſe convierte,
I un corazon duro, i fuerte
El tiempo ſuele ablandallo.
Mas en auſencia ſe ſiente
Con un eſtraño accidente,
Sin ſombra de ningun bien,
Celos, muertes, i deſdèn,
Que eſto, i mas teme el auſente.

Quando tarda el cumplimiento
De la cercana eſperanza,
Aflige mas el tormento,
I allì llega el ſufrimiento
Adonde ella nunca alcanza.
En las anſias deſiguales
El remedio de los males,
Es el no eſperar remedio,
Mas carecen deſte medio
Las de auſencia mas mortales.

ORFENIO.

El fruto que fue ſembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce ſazon llegado
Fue con proſpero deſtino
En mi poder entregado.
I apenas pude llegar
A terminos tan ſin par,
Quando vine a conocer
La ocaſion de aquel placer
Ser para mi de peſar.

Yo tengo el fruto en la mano,
I el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada eſpiga

La

La roe un fiero guſano.
Aborrezco lo que quiero,
I por lo que vivo muero,
I yo me fabrico, i pinto
Un rebuelto laberinto
De do ſalir nunca eſpero.

Buſco la muerte en mi daño,
Que ella es vida a mi dolencia,
Con la verdad mas me engaño,
I en auſencia, i en preſencia
Và creciendo un mal tamaño.
No hai eſperanza que acierte
A remediar mal tan fuerte,
Ni por eſtàr, ni alejarme
Es impoſsible apartarme
Deſta triſte viva muerte.

OROMPO.

No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace,
Por ſer tan eſtendido
En parte ſatisface,
Pues la eſperanza quita
Que el dolor adminiſtra, i ſolicita?

Si de la gloria muerta
No ſe quedàra viva la memoria
Que el guſto deſconcierta,
Es coſa ya notoria,
Que el no eſperar tenella
Templa el dolor en parte de perdella.

Pero ſi eſtà preſente la memoria,
La memoria del bien yà fenecido
Mas viva, i mas ardiente
Que quando poſſeìdo,
Quien duda que eſta pena
No eſtà mas que otras de miſerias llena?

MARSILIO.

Si a un pobre caminante
Le ſucedieſſe por eſtraña via
Huirſele delante
Al fenecer del dia

El alvergue esperado,
I con vana presteza procurado,

Quedarìa sin duda
Confuso del temor que alli le ofrecē
La escura noche, i muda,
I mas sino amanece,
Que el Cielo a su ventura
No concede la luz serena, i pura.

Yo soi el que camino
Para llegar a un alvergue venturoso
I quando mas vecino
Pienso estàr del reposo,
Qual fugitiva sombra
El bien me huye, i el dolor me assombra.

CRISIO.

Qual raudo, i hondo rio
Suele impedir al caminante el passo,
I al viento nieve, i frio
Le tiene en campo raso,
I el alvergue delante
Se le muestra de alli poco distante:

Tal mi contento impide
Esta penosa, i tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
I casi ante mis ojos
Veo quien remediàra mis enojos.

I el vèr de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Quanto el bien es cercano,
Tanto mas lejos huye de mi mano.

ORFENIO.

Moſtròſeme a la viſta
Un rico alvergue de mil bienes lleno;
Triunfè de ſu conquiſta,
I quando mas ſereno,
Se me moſtrava el hado
Vilo en eſcuridad negra cambiado.

Alli donde conſiſte
El bien de los amantes bien queridos,
Alli mi mal aſsiſte,
Alli ſe vèn unidos
Los males, i deſdenes
Donde ſuelen eſtàr todos los bienes.

Dentro de eſta morada
Eſtoi, de do ſalir nunca procùro,
Por mi dolor fundada
De tan eſtraño mùro,
Que pienſo que le abaten
Quantos le quieren, miran, i combaten.

OROMPO.

Antes el Sol acabarà el camino,
Que es propio ſuyo dando buelta al Cielo,
Deſpues de aver tocado en cada ſino.
Que la parte menor de nueſtro duelo
Podamos declarar como ſe ſiente,
Por mas que el bien hablar levante el buelo.
Tu dices, Criſio, que el que vive auſente
Muere, yo que eſtoi muerto, pues mi vida
A muerte la entregò el hado inclemente.
I tu, Marſilio, afirma que perdida
Tienes de guſto, i bien toda eſperanza,
Pues un fiero deſdèn es tu homicida.
Tu repites, Orfenio, que la lanza

Agu-

Aguda de los celos te traſpaſſa,
No ſolo el pecho, que haſta el alma alcanza;
I como el uno lo que el otro paſſa
No ſiente; ſu dolor ſolo exagera,
I pienſa que al rigor del otro paſſa:
I por nueſtra contienda laſtimera,
De triſtes argumentos eſtà llena
Del caudaloſo Tajo la ribera.
Ni por eſto deſmengua nueſtra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto
A mayor ſentimiento nos condena.
Quanto puede decir la lengua, i quanto
Pueden penſar los triſtes penſamientos;
Es ocaſion de renovar el llanto.
Ceſſen pues los agudos argumentos,
Que en fin no hai mal que no fatigue, i pene;
Ni bien que dè ſeguros los contentos.
Harto mal tiene quien ſu vida tiene
Cerrada en una eſtrecha ſepultura,
I en ſoledad amarga ſe mantiene.
Deſdichado del triſte ſin ventura,
Que padece de celos la dolencia
Con quien no valen fuerzas, ni cordura:
I aquel que en el rigor de larga auſencia
Paſſa los triſtes miſerables dias,
Llegado al flaco arrimo de paciencia.
I no menos aquel que en ſus porfias
Siente, quando mas arde, en ſu Paſtora
Entrañas duras, è intenciones frias.
Criſ. Hagaſe lo que pide Orompo agora,
Pues yà de recoger nueſtro ganado
Se và llegando a mas andar la hora.
I en tanto que al alvergue acoſtumbrado
Llegamos, i que el Sol claro ſe aleja,
Eſcondiendo ſu faz del verde prado:
Con voz amarga, i lamentable queja,
Al ſon de los acordes inſtrumentos
Cantèmos el dolor que nos aqueja.
Marſ. Comienza pues, o Criſio, i tus acentos

Lleguen a los oìdos de Claraura,
Llevados manſamente de los vientos,
Como a quien todo ſu dolor reſtaura.

CRISIO.

Al que auſencia viene a dàr
Su caliz triſte a bever,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que eſperar.

En eſta amarga dolencia
No hai mal que nò eſtè cifrado,
Temor de ſer olvidado,
Celos de agena preſencia:
Quien la viniere a probar,
Luego vendrà a conocer,
Que no hai mal de que temer,
Ni menos bien que eſperar.

MARSILIO.

En mi terrible peſar,
Yà faltan por mas enojos
Las lagrimas a los ojos,
I el aliento al ſoſpirar.

La ingratitud, i deſdèn
Me tienen yà de tal ſuerte,
Que eſpero, i llamo a la muerte;
Por mas vida, i por mas bien.
Poco ſe podrà tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lagrimas a los ojos,
I el aliento al ſoſpirar.

OROMPO.

Ved ſi es mal el que me aqueja
Mas que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

Quando la muerte llevò
Toda mi gloria, i contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejò.
El mal viene, i el bien ſe aleja
Con tan ligera corrida,
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

ORFENIO.

Celos, a fee ſi pudiera,
Que yo hiciera por mejor,
Que fueran celos amor,
I que el amor celos fuera.

Deſte trueco grangeàra
Tanto bien, i tanta gloria,
Que la palma, i la vitoria
De enamorado llevàra.
I aun fueran de tal manera
Los celos en mi favor,
Que a ſer los celos amor,
El amor yo ſolo fuera.

Con eſta ultima cancion del celoſo Orfenio dieron fin a ſu Egloga los diſcretos Paſtores, dejando ſatisfechos de ſu diſcrecion a todos los que eſcuchado los avian: eſpecialmente a Damon,

i a Tirsi, que gran contento en oirlos recibieron, pareciendoles, que de mas de pastoril ingenio parecìan las razones, i argumentos que para salir con su proposito, los quatro Pastores avian propuesto. Pero aviendose movido contienda entre muchos de los circunstantes, sobre qual de los quatro avia alegado mejor de su derecho, en fin se vino a conformar el parecer de todos, con el que diò el discreto Damon, diciendoles. Que èl para sì tenia, que entre todos los disgustos, i sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tànto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los celos; i que no se podian igualar a ella la pèrdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio: la causa es, dijo, que no cabe en razon natural, que las cosas que estàn impossibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad a quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviesse voluntad, i deseo de alcanzar lo imposible, claro està, que quanto mas el deseo le sobrasse, tanto mas el entendimiento le faltarìa: i por esta mesma razon digo, que la pena, que Orompo padece, no es sino una lastima, i compassion del bien perdido: i por averle perdido de manera, que no es possible tornarle a cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe: Que puesto que el humano entendimiento, no puede estàr tan unido siempre en la razon, que dege de sentir la pèrdida del bien que cobrar no se puede, i que en efeto ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lagrimas, ardientes sospiros, i lastimosas palabras: so pena de que quien esto no hiciesse, antes por bruto, que por hombre racional serìa tenido: en fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon la mitiga, i las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al revès en el ausencia, como apuntò bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun brazo de mar, o alguna distancia de tierra, parecele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio a su gusto, que cosas que son tan menos como un poco de agua, o tierra, le impidan su felicidad, i gloria. Juntase assimesmo esta pena, el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; i en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es estraño el rigor, i aspereza, con que trata al alma del desdichado

ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puedese llevar con algun alivio su tormento: i si sucediere ser la ausencia de manera, que sea impossible bolver a la presencia deseada, aquella impossibilidad viene a ser el remedio; como en el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mesmo que yo padezco, i por esta causa me avia de parecer mayor que otro alguno, no por esso dejarè de decir lo que la razon me muestra, antes que aquello a que la passion me incita. Confiesso que es terrible dolor querer, i no ser querido; pero mayor serìa amar, i ser aborrecido. I si los nuevos amadores nos guiassemos por lo que la razon, i la experiencia nos enseña, veriamos que todos los principios en qualquiera cosa son dificultosos, i que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, antes en ellos mas se confirma, i fortalece: assi que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, và fuera de todo razonable termino; porque como el amor sea, i ha de ser, voluntario, i no forzoso, no devo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni devo hacer caudal del cargo que le hago, diciendole, que està obligada a amarme, porque yo la amo: que puesto que la persona amada deve en lei de naturaleza, i en buena cortesia no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por esso le ha de ser forzoso, i de obligacion, que corresponda del todo, i por todo a los deseos de su amante: que si esto assi fuesse, mil enamorados importunos avria, que por su solicitud alcanzassen lo que quizà no se les devria de derecho; i como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mi la que es de mi bien querida partes tan buenas que la muevan, è inclinen a quererme. I assi no està obligada, como yà he dicho, a amarme, como yo estarè obligado a adorarla, porque hallè en ella lo que a mi me falta: i por esta razon no deve el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negò las gracias, que al conocimiento de su seña pudieran mover a bien quererle; i assi deve procurar con continos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las egercitadas virtudes, adobar, i enmendar en èl la falta, que naturaleza hizo: que este es tan principal remedio, que estoi por afirmar, que serà impossible dejar de ser amado, el que con tan justos medios procuràre grangear la voluntad de su señora; i pues este mal del desdèn, tiene el bien deste remedio, consue-
le-

lese Marsilio, i tenga lastima al desdichado, i celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor, que en las de amor imaginar se puede. O celos turbadores de la sossegada paz amorosa! Celos, cuchillo de las mas firmes esperanzas. No sè yo què pudo saber de linages el que a vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al revès, que por el mesmo caso dejàra el amor de serlo, si tales hijos engendràra. O celos, hipocritas, i fementidos ladrones! Pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, bolviendoos de su color, i aun procurais usurparle el mando, i señorìo que tiene. I de aquì nace, que como os vèn tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais a conocer, que no sois el mesmo amor, todavia procurais que entienda el ignorante, que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil, i desastrado temor, criados a los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilissimas embidias, sustentados de chismes, i mentiras. I porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos; en siendo el amante celoso, conviene, con paz sea dicho, de los celosos enamorados; conviene, digo, que sea como lo es, traidor, astuto, reboltoso, chismero, antojadizo, i aun mal criado. I a tanto se estiende la celosa furia que le señorea, que a la persona que mas quiere, es a quien mas mal desea. Querria el amante celoso, que solo para èl su dama fuesse hermosa, i fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para vèr mas de lo que èl quisiere, ni oìdos para oìr, ni lengua para hablar; que sea retirada, dessabrida, sobervia, i malacondicionada; i aun a veces desea (apretado desta passion diabolica) que su dama se muera, i que todo se acabe. Todas estas passiones engendran los celos en los animos de los amantes celosos. Al revès de las virtudes que el puro, i sencillo amor multiplica en los verdaderos, i comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentìa, liberalidad, comedimiento, i todo aquello que le puede hacer loable a los ojos de las gentes. Tiene mas assimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hai antidoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le quadre: todo esto cabe en el enamorado celoso, i mas; qualquiera sombra le espanta;

qualquiera niñerìa le turba, i qualquiera ſoſpecha falſa, o verdadera, le deshace. I a toda eſta deſventura ſe le añade otra, que ſon las diſculpas que le engañan. I no aviendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las diſculpas, i no queriendo el enfermo celoſo admitirlas, ſigueſe, que eſta enfermedad es ſin remedio, i que à todas las demàs deve anteponerſe. I aſsi es mi parecer, que Orfenio es el mas penado; pero no el mas enamorado; porque no ſon los celos ſeñales de mucho amor, ſino de mucha curioſidad impertinente; i ſi ſon ſeñales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es ſeñal de tener vida, pero vida enferma, i mal diſpueſta. I aſsi el enamorado celoſo tiene amor, mas es amor enfermo, i malacondicionado; i tambien el ſer celoſo, es ſeñal de poca confianza del valor de sì meſmo. I que ſea eſto verdad, nos lo mueſtra el diſcreto, i firme enamorado, el qual ſin llegar a la eſcuridad de los celos, toca en las ſombras del temor, pero no ſe entra tanto en ellas que le eſcurezcan el ſol de ſu contento, ni dellas ſe aparta tanto que le deſcuiden de andar ſolicito, i temeroſo: que ſi eſte diſcreto temor faltaſſe en el amante, yo le tendria por ſobervio, i demaſiadamente confiado: porque como dice un comun proverbio nueſtro: quien bien ama, teme, i aun es razon que tema el amante, que como la coſa que ama es en eſtremo buena, o a èl le pareciò ſerlo, no parezca lo meſmo a los ojos de quien la mirare: i por la meſma cauſa ſe engendra el amor en otro que pueda, i venga a turbar el ſuyo. Teme, i tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocaſiones que en ſu daño podrian ofrecerſe, de que con brevedad no ſe acabe el dichoſo eſtado que goza: i eſte temor ha de ſer tan ſecreto, que no le ſalga a la lengua para decirle, ni aun a los ojos para ſignificarle. I hace tan contrarios efetos eſte temor, del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deſeos de acrecentar mas el amor ſi pudieſſen, de procurar con toda ſolicitud, que los ojos de ſu amada, no vean en ellos coſa que no ſea digna de alabanza, moſtrandoſe liberales, comedidos, galanes, limpios, i bien criados: i tanto quanto eſte virtuoſo temor es juſto ſe alabe, tanto, i mas es digno que los celos ſe vituperen. Callò en diciendo eſto el famoſo Damon, i llevò tras la ſuya las contrarias opiniones de algunos que eſcuchado le avian, dejando a todos ſatisfechos de la verdad que con tanta llaneza les

avia moſtrado. Pero no ſe quedàra ſin reſpueſta, ſi los Paſtores, Orompo, Criſio, Marſilio, i Orfenio huvieran eſtado preſentes a ſu platica: los quales, canſados de la recitada Egloga, ſe avian ido a caſa de ſu Amigo Daranio. Eſtando todos en eſto, yà que los bailes, i danzas querian renovarſe, vieron que por una parte de la Plaza entravan tres diſpueſtos Paſtores, que luego de todos fueron conocidos; los quales eran, el gentil Francenio, el libre Lauſo, i el anciano Arſindo, el qual venia en medio de los dos Paſtores con una hermoſa guirnalda de verde lauro en las manos; i atraveſſando por medio de la Plaza, vinieron a paràr adonde Tirſi, Damon, Elicio, i Eraſtro, i todos los mas principales Paſtores eſtavan, a los quales con corteſes palabras ſaludaron, i con no menor corteſia fueron dellos recebidos, eſpecialmente Lauſo de Damon, de quien era antiguo, i verdadero Amigo. Ceſſando los comedimientos, pueſtos los ojos Arſindo en Damon, i en Tirſi, comenzò a hablar deſta manera. La fama de vueſtra ſabiduria, que cerca, i lejos ſe eſtiende, diſcretos, i gallardos Paſtores, es la que a eſtos Paſtores, i a mi nos trae a ſuplicaros, querais ſer Jueces de una gracioſa contienda que entre eſtos dos Paſtores ha nacido; i es, que la fieſta paſſada Francenio, i Lauſo, que eſtàn preſentes, ſe hallaron en una converſacion de hermoſas Paſtoras, entre las quales, por paſſar ſin peſadumbre las horas ocioſas del dia, entre otros muchos juegos ordenaron el que ſe llama de los propoſitos: ſucediò pues, que llegando la vez de proponer, i comenzar a uno deſtos Paſtores, quiſo la ſuerte, que la Paſtora que a ſu lado eſtava, i a la mano derecha tenia, fueſſe, ſegun èl dice, la teſorera de los ſecretos de ſu alma, i la que por mas diſcreta, i mas enamorada en la opinion de todos eſtava. Llegandoſe pues al oìdo, le dijo. Huyendo và la eſperanza. La Paſtora, ſin detenerſe en nada, proſiguiò adelante, i al decir deſpues cada uno en publico lo que al otro avia dicho en ſecreto; hallòſe que la Paſtora avia ſeguido el propoſito, diciendo. Tenella con el deſeo. Fue celebrada por los que preſentes eſtavan la agudeza deſta reſpueſta; pero el que mas la ſolenizò, fue el Paſtor Lauſo, i no menos le pareciò bien a Francenio: i aſsi cada uno viendo que lo propueſto, i reſpondido eran verſos medidos, ſe ofreciò de gloſſallos; i deſpues de averlo hecho, cada qual procura que ſu Gloſſa a la del otro ſe aventage; i para aſſegurarſe deſto, me quiſieron hacer

Juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegrava nuestras riberas, aconsegeles que a vosotros viniessen, de cuya estremada ciencia, i sabiduria, questiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, i yo he querido tomar trabajo de hacer esta guirnalda, para què sea dada en premio al que vosotros, Pastores, vieredes que mejor ha glossado. Callò Arsindo, i esperò la respuesta de los Pastores; que fue agradecerle la buena opinion que dellos tenia; i ofrecerse de ser Juez desapassionado en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornò a repetir los versos, i a decir su Glossa, que era esta.

Huyendo và la esperanza,
Tenella con el deseo.

GLOSSA.

Quando me pienso salvar
En la fee de mi querer,
Me vienen luego a faltar
Las faltas del merecer,
I las sobras del pesar.
Muerese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se vè en mi mala andanza,
Que del temor perseguida
Huyendo và la esperanza.

Huye, i llevase consigo
Todo el gusto de mi pena;
Dejando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo:
Tanto se aleja que creo
Que presto se harà invisible;
I en su ligereza veo,
Que ni puedo, ni es possible
Tenerla con el deseo.

Dicha la Glossa de Francenio, Lauso comenzò la suya, què assi decìa.

En el punto què os mirè,
Como tan hermosa os vì,
Luego temì, i esperè;
Pero en fin tanto temì,
Que con el temor quedè.
Dè veros esto se alcanza
Una flaca confianza,
I un temor acovardado,
Que por no verle a su lado,
Huyendo và la esperanza.

I aunque me deja, i se và
Con tan estraña corrida,
Por milagro se verà
Que se acabarà mi vida,
I mi amor no acabarà.
Sin esperanza me veo,
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interesse,
No querria, aunque pudiesse,
Tenella con el deseo.

En acabando Lauſo de decir ſu Gloſſa, dijo Arſindo. Veis aqui famoſos Damon, i Tirſi, declarada la cauſa ſobre que es la contienda de eſtos Paſtores: ſolo reſta agora, que voſotros deis la guirnalda a quien viéredes que con mas juſto titulo la merece; que Lauſo, i Francenio ſon tan amigos, i vueſtra ſentencia ſerá tan juſta, que ellos tendràn por bien lo que por voſotros fuere juzgado. No entiendas Arſindo, reſpondiò Tirſi, que con tanta preſteza, aunque nueſtros ingenios fueran de la calidad que tu los imaginas, ſe puede, ni deve juzgar la diferencia, ſi hai alguna de eſtas diſcretas Gloſſas: lo que yo sè decir dellas, i lo que Damon no querrá contradecirme, es, que igualmente entrambas ſon buenas, i que la guirnalda ſe deve dàr a la Paſtora, que diò la ocaſion a tan curioſa, i loable contienda. I ſi deſte parecer quedais ſatisfechos, pagadnosle con honrar las bodas de nueſtro amigo Daranio, alegrandolas con vueſtras agradables canciones, i autorizandolas con vueſtra honroſa preſencia. A todos pareciò bien la ſentencia de Tirſi, los dos Paſtores la conſintieron, i ſe ofrecieron de hacer lo que Tirſi les mandava. Pero las Paſtoras, i Paſtores, que a Lauſo conocìan, ſe maravillavan de vèr la libre condicion ſuya en la red amoroſa embuelta; porque luego vieron en la amarillèz de ſu roſtro, en el ſilencio de ſu lengua, i en la contienda que con Francenio avia tomado, que no eſtava ſu voluntad tan eſſenta como ſolìa, i andava entre sì imaginando, quien podrìa ſer la Paſtora, que de ſu libre corazon triunfado avia. Quien imaginava que la diſcreta Beliſa, i quien que la gallarda Leandra, i algunos que la ſin par Arminda, moviendoles a imaginar eſto la ordinaria coſtumbre que Lauſo tenia de viſitar las cabañas deſtas Paſtoras, i ſer cada una dellas para ſugetar con ſu gracia, valor, i hermoſura, otros tan libres corazones como el de Lauſo: I deſta duda tardaron muchos dias en certificarſe, porque el enamorado Paſtor, apenas de sì meſmo fiava el ſecreto de ſus amores. Acabado eſto, luego toda la juventud del Pueblo renovò las danzas, i los paſtoriles inſtrumentos formaron una agradable muſica; pero viendo que yà el Sol apreſſurava ſu carrera àcia el Ocaſo, ceſſaron las concertadas voces; i todos los que alli eſtavan determinaron de llevàr a los deſpoſados haſta ſu caſa. I el anciano Arſindo, por cumplir lo que a Tirſi avia prometido en el eſpacio que avia deſde la Plaza haſta la caſa de Daranio, al ſon de la zampoña de Eraſtro eſtos verſos fue cantando.

ARSINDO.

Haga señales el Cielo
De regocijo, i contento,
En tan venturoso dia
Celebrese en todo el suelo
Este alegre casamiento
Con general alegria.
Cambiese de hoi mas el llanto
En suave, i dulce canto,
I en lugar de los pesares,
Vengan gustos a millares,
Que destierren el quebranto.

Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales,
Tan para en uno nacidos.
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos.
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les dèn los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
I sin temor de los Lobos
Ensanchen mas sus apriscos.

I sus machorras ovejas
Vengan a ser parideras
Con que doblen su ganancia.
Las solicitas abejas,
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia.
Logren siempre su semilla
En el campo, i en la Villa
Cogida a tiempo, i sazon:
No entre en sus viñas pulgon
Ni en su trigo la neguilla.

I dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz, i amor,
Quanto pueden desear:
I en siendo crecidos vengan
A ser el uno Dotor,
I otro Cura del Lugar.
Sean siempre los primeros
En virtudes, i en dineros,
Que si seràn, i aun señores,
Sino salen fiadores
De agudos alcavaleros.

Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que dello pese al Dotor,
I ningun pesar reciban,
Ni por hija mal casada,
Ni por hijo jugador.
I quando los dos estèn
Viejos, qual Matusalèn,
Mueran sin temor de daño;
I haganles su cabo de año
Por siempre jamàs amen.

Con grandissimo gusto fueron escuchados los rusticos versos de Arsindo, en los quales mas se alargàra, sino lo impidiera el llegar a la casa de Daranio: el qual combidando a todos los que con èl venian, se quedò en ella; sino fue que Galatea, i Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi, i Damon no fuesse conocida, no

no quisieron quedarse a la cena de los desposados. Bien quisiera Elicio, i Erastro acompañar a Galatea hasta su casa, pero no fue posible que lo consintiesse, i assi se huvieron de quedar con sus amigos: i ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel dia. I Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos Pastores avian acudido, solo su Artidoro faltava. Con esta penosa imaginacion passò aquella noche en compañia de Galatea, i Florisa, que con mas libres, i desapassionados corazones la passaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucediò lo que se dirà en el Libro que se sigue.

***



QUAR-

QUARTO LIBRO DE GALATEA.

CON gran deseo esperava la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea, i Florisa, i acabar de buscar por todas las riberas de Tajo a su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste, i amarga soledad, si fuesse tan corta de ventura, que del amado Pastor alguna nueva no supiesse. Llegada pues la hora deseada, quando el Sol comenzava a tender sus rayos por la tierra, ella se levantò, i con lagrimas en sus ojos pidiò licencia a las dos Pastoras para proseguir su demanda: las quales con muchas razones le persuadieron, que en su compañia algunos dias mas esperasse, ofreciendole Galatea de embiar algun Pastor de los de su padre a buscar a Artidoro por todas las riberas de Tajo, i por donde se imaginasse que podria ser. Teolinda agradeciò sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedian, antes despues de aver mostrado, con las mejores palabras que supo, la obligacion en que quedava de servir todos los dias de su vida, las obras que dellas avia recebido; i abrazandolas con tierno sentimiento les rogava, que una sola hora no la detuviessen. Viendo pues Galatea, i Florisa quan en vano trabajavan en pensar detenerla, le encargaron, que de qualquiera sucesso bueno, o malo, que en aquella amorosa demanda le sucediesse, procurasse de avisarlas, certificandola del gusto que de su contento, o la pena que de su desgracia recebirian. Teolinda se ofreciò ser ella mesma quien las nuevas de su buena dicha trugesse, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, i assi serìa escusado que della saber se pudiessen. Con esta promessa de Teolinda, se satisfacieron Galatea, i Florisa, i determinaron de acompañarla algun trecho fuera del Lugar. I assi tomando las dos solas sus cayados, i aviendo proveido el zurron de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salie-

lieron con ella del Aldea, a tiempo que yà los rayos del Sol mas derechos, i con mas fuerzas comenzavan a herir la tierra. I aviendola acompañado casi media legua del Lugar, al tiempo que yà querian bolverse, i dejarla, vieron atravessar por una quebrada, que poco desviada dellas estava, quatro hombres de a cavallo, i algunos de a pie, que luego conocieron ser cazadores en el habito, i en los halcones, i perros que llevavan: i estandolos con atencion mirando por ver si los conocian, vieron salir de entre unas espessas matas, que cerca dela quebrada estavan, dos Pastoras de gallardo talle, i brio: traìan los rostros rebozados con dos blancos lienzos: i alzando la una dellas la voz, pidiò a los cazadores que se detuviessen, los quales assi lo hicieron; i llegandose entrambas a uno dellos, que en su talle, i postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del cavallo, i estuvieron un poco hablando con èl, sin que las tres Pastoras pudiessen oìr palabra de las que decian, por la distancia del lugar que lo estorvava. Solamente vieron que a poco espacio que con èl hablaron, el Cavallero se apeò, i aviendo, a lo que juzgarse pudo, mandado a los que le acompañavan, que se bolviessen, quedando solo un mozo con el cavallo, travò a las dos Pastoras de las manos, i poco a poco comenzò a entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que alli estava: lo qual visto por las tres Pastoras Galatea, Florisa, i Teolinda, determinaron de ver, si pudiessen, quien eran las disfrazadas Pastoras, i el Cavallero que las llevava. I assi acordaron de rodear por una parte del bosque, i mirar si podian ponerse en alguna que pudiesse serlo, para satisfacerles de lo que deseavan. I haciendolo asi, como pensado lo avian, atajaron al Cavallero, i a las Pastoras, i mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian, viò que torciendo sobre la mano derecha, se emboscavan en lo mas espeso del bosque. I luego por sus mesmas pisadas les fueron siguiendo hasta que el Cavallero, i las Pastoras, pareciendoles estàr bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estava rodeado, se pararon. Galatea, i sus compañeras, se llegaron tan cerca, que sin ser vistas, ni sentidas, veìan todo lo que el Cavallero, i las Pastoras hacian, i decian: las quales aviendo mirado a una i otra parte, por ver si podrian ser vistas de alguno, asseguradas desto, la una se quitò el rebozo, i apenas se le huvo quitado quando de Theolinda fue conocida: i llegandose al oìdo de Ga-

Galatea, le dijo con la mas baja voz que pudo. Estrañissima ventura es esta, porque sino es que con la pena que traigo he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella Pastora que se ha quitado el rebozo, es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una Aldea que a la nuestra està vecina, i no sè que pueda ser la causa que la aya movido à ponerse en tan estraño trage, i à dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas hai desdichada, añadiò Teolinda, que el Cavallero que con ella està es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto a esta vuestra Aldea tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, respondiò Galatea, que yo le conozco: pero calla, i sosiegate, que presto veremos con que intento ha sido aqui su venida. Quietose con esto Theolinda, i con atencion se puso a mirar lo que Rosaura hacìa, la qual llegandose al Cavallero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada, i airado semblante, le comenzò à decir. En parte estamos, fementido Cavallero, donde podrè tomar de tu desamor, i descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomasse de ti tal, que la vida te costasse, poca recompensa serìa al daño que me tienes hecho. Vesme aqui, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte, ves aqui que ha mudado el trage por buscarte, la que nunca mudò la voluntad de quererte. Considera, ingrato i desamorado, que la que apenas en su casa, i con sus criadas sabia mover el passo, agora por tu causa anda de valle en valle, i de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañia. Todas estas razones que la bella Rosaura decia, las escuchava el Cavallero con los ojos hincados en el suelo, i haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte, que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguiò su platica. Dime, conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soi aquella que no ha mucho tiempo que enjugò tus lagrimas, atajò tus suspiros, remediò tus penas, i sobre todo la que creyò tus palabras? O por suerte entiendes tu que eres aquel à quien parecian cortos, i de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian para assegurarme la verdad con que me engañavas? Eres tu acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lagrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio? Tu eres, que ya te veo, i yo soi que ya me conozco. Pero si tu eres Grisaldo el que yo creo, i yo soi Rosaura la que tu imaginas, cumpleme la palabra que me diste, darte he

yo

yo la promessa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan a gusto tuyo, que eres tu mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho, por venir a estorvar el cumplimiento della. I si tu la puedes hacer verdadera, a tu conciencia lo dejo. Què respondes a esto, enemigo mortal de mi descanso? Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento seria justo que no te passasse? Alza los ojos ya, i ponlos en estos que por su mal te miraron; levantalos, i mira a quien engañas, a quien dejas, i a quien olvidas. Veràs que engañas, si bien lo consideras, a la que siempre te tratò verdades, dejas a quien ha dejado a su honra, i a sì mesma por seguirte, olvidas a la que jamàs te apartò de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te devo nada, i que en riqueza no te soi desigual, i que te aventajo en bondad del animo, i en la firmeza de la fee. Cumpleme, señor, la que me diste, si te precias de Cavallero, i no te desprecies de Christiano. Mira que si no correspondes a lo que me deves, que rogarè al Cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, a la tierra que no te sufra, i a mis parientes que me venguen. Mira que si faltas a la obligacion q̃ me tienes, que has de tener en mi una perpetua turbadora de tus gustos en quanto la vida me durare: i aun despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantarè tu fementido espiritu, i con espantosas visiones atormentarè tus engañadores ojos. Advierte que no pido sino lo que es mio, i que tu ganas en darlo, lo que en negarlo pierdes. Mueve agora tu lengua para desengañarme, de quantas la has movido para ofenderme. Callò diciendo esto la hermosa dama, i estuvo un poco esperando a ver lo que Grisaldo respondia; el qual levantando el rostro, que hasta alli inclinado avia tenido, encendido con la verguenza que las razones de Rosaura le avian causado, con sossegada voz, le respondiò desta manera. Si yo quisiesse negar, o Rosaura, que no te soi deudor de mas de lo que dices, negarìa asì mesmo que la luz del Sol es clara, i aun diria que el fuego es frio, i el aire duro. Assi que en esta parte confiesso lo que te devo, i que estoi obligado a la paga: pero que yo confiesse que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido, i tu riguroso desden imposibilitado. I no quiero en esta verdad poner otro testigo que a ti mesma, como a quien tambien sabe

quan-

quantas veces ; i con quantas lagrimas rogue que me aceptasses por esposo, i que fuesses servida que yo cumpliesse la palabra que de serlo te avia dado. I tu, por las causas que te imaginaste, o por parecerte ser bien corresponder a las vanas promesas de Artandro, jamàs quisiste que a tal egecucion se llegasse, antes de dia en dia me ivas entreteniendo, i haciendo pruevas de mi firmeza, pudiendo assegurarla de todo punto, con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, i la priessa que dava a ello, trayendo los ricos, i honrosos casamientos que tu sabes, i como yo con mil escusas me apartava de sus importunaciones, dandotelas siempre a ti para que no dilatasses mas lo que tanto a ti convenia i yo deseava, i que al cabo de todo esto te dige un dia, que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casasse, i tu en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me digiste, que mas no te hablasse, i que me casasse norabuena con Leopersia, o con quien mas gusto me diese. Sabes tambien que te persuadi muchas veces, que dejasses aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo, i no de Leopersia, i que jamàs quisiste admitir mis disculpas, ni condecender con mis ruegos antes perseverando en tu obstinacion, i dureza, i en favorecer a Artandro, me embiaste a decir que te daria gusto en que jamàs te viesse. Yo hice lo que me mandaste, i por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determinè de desposarme con Leopersia, o a lo menos desposarème mañana, que asi està concertado entre sus parientes, i los mios. Porque veas, Rosaura, quan disculpado estoi de la culpa que me pones, i quan tarde has tu venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usavas. Mas porque no me juzgues de aqui adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si ai algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventurarè por servirte la hacienda, la vida, i la honra. En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lagrimas, que davan bien a entender el dolor que en el alma sentia: pero viendo ella que Grisaldo callava, dando un profundo, i doloroso suspiro, le dijo. Como no puede caber en tus verdes años tener, o Grisaldo, larga i conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo, que un pequeño desden mio te aya puesto en la

libértad que publicas. Pero si tu conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su passo, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo mas te quisiesse redundavan. Mas como tu tratavas tan de passatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, i confirmaste las verdaderas sospechas mias. I en tal manera que me dices, que mañana te casas con Leopersia: pero yo te certifico que antes que a ella lleves al talamo, me has de llevar a mi a la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo de cuya alma fuiste siempre señor absoluto: i porque claro conozcas, i veas que la que perdiò por ti su honestidad, i puso en detrimento su honra, tendrà en poco perder la vida: este agudo puñal que aqui traigo, pondrà en efeto mi desesperado, i honroso intento, i serà testigo de la crueldad que en esse tu fementido pecho encierras. I diciendo esto sacò del seno una desnuda daga, i con gran celeridad se iva a passar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo, i la rebozada pastora su compañera no aguijara a abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo, i la Pastora primero que quitassen a Rosaura la daga de las manos, la qual a Grisaldo decia. Dejame traidor enemigo acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga provar la muerte. Essa no gustaràs tu por mi ocasion, replicò Grisaldo, pues quiero que mi padre falte antes a la palabra que por mi a Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto a lo que conozco que te devo. Sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te asseguro que este mismo no sabrà desear otra cosa que la que fuere de tu contento. Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitò Rosaura de la muerte de su tristeza a la vida de su alegria, i sin cessar de llorar, se hincò de rodillas ante Grisaldo, pidiendole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mesmo, i echandole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lagrimas. La Pastora arrebozada viendo el feliz sucesso de su compañera, fatigada del cansancio que avia tomado en ayudar a quitar la daga a Rosaura, no pudiendo mas sufrir el velo, se le quitò, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea i Florisa; pero mas lo fue Teolinda, pues sin poderlo dissimular, alzò la voz, diciendo. O Cielos, i que

es lo que véo? Nò es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es sin duda alguna: i sin mas detenerse, saliò de donde estava, i con ella Galatea, i Florisa: i como la otra Pastora viesse a Teolinda, luego la conocio, i con abiertos brazos se fueron la una a la otra, admiradas de averse hallado en tal lugar, i en tal sazon, i coyuntura. Viendo pues Grisaldo, i Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, i que avian sido descubiertos de las Pastoras Galatea, i Florisa, con no poca verguenza de que los huviessen hallado de aquella suerte, se levantaron, i limpiandose las lagrimas, con dissimulacion, i comedimiento recibieron a las Pastoras, que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por bolver en seguridad el disgusto que (quizà) de su vista los dos enamorados Pastores avian recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decia, les dijo. No os pese de nuestra venida, venturosos, Grisaldo, i Rosaura, pues solo servirà de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrà en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viessemos, i en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; i pues el Cielo los ha traido a termino tan dichoso, en satisfacion dello asegurad vuestros pechos, i perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea (respondiò Grisaldo) dejò de dar gusto do quiera que estuviesse; i siendo esta verdad tan conocida, antes quedamos en obligacion a tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas passaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda, i Teolinda passavan, las quales, despues de averse abrazado una, i dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lagrimas, la cuenta de su vida se demandavan, teniendo suspensos mirandolas en todos los que alli estavan, porque se parecian tanto, que casi no se podian decir semejantes, sino una mesma cosa; i si no fuera porque el trage de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea, i Florisa no supiera diferenciallas. I entonces vieron con quanta razon Artidoro se avia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuesse. Mas viendo Florisa que el Sol estava àcia la mitad del Cielo, i que seria bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiesse, o a lo menos bolverse a la Aldea, pues faltandoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no devian estarse tanto en el prado, dijo a Teolinda, i a Leonarda: Tiem-

Tiempo avrà, Paſtoras, donde con mas comodidad podais ſatisfacer nueſtros deſeos, i daros mas larga cuenta de vueſtros penſamientos, i por agora buſquèmos a do paſſar el rigor de la ſieſta que nos amenaza, o en una freſca fuente que eſtà a la ſalida del valle que atras dejamos, o tornandonos a la Aldea, donde ſerà Leonarda tratada con la voluntad, que tu, Teolinda, de Galatea, i de mi conoces. I ſi a voſotras, Paſtoras, hago ſolo eſte ofrecimiento, no es porque me olvidè de Griſaldo, i Roſaura, ſino porque me parece que a ſu valor, i merecimiento, no puedo ofrecerles mas del deſeo. Eſſe no faltarà en mi mientras la vida me durare, reſpondiò Griſaldo, de hacer, Paſtora, lo que fuere en tu ſervicio, pues no ſe deve pagar con menos la voluntad que nos mueſtras. Mas por parecerme que ſerà bien hacer lo que dices, i por tener entendido que no ignorais lo que entre mi, i Roſaura ha paſſado, no quiero deteneros, ni detenerme en referirlo: ſolo os ruego ſeais ſervidas de llevar a Roſaura en vueſtra compañia a vueſtra Aldea, en tanto que yo aparejo èn la mia algunas coſas que ſon neceſſarias para concluir lo que nueſtros corazones deſean; i porque Roſaura quede libre de ſoſpecha, i no la pueda tener jamàs de la fee de mi penſamiento, con voluntad conſiderada mia, ſiendo voſotras teſtigos della, le doi la mano de ſer ſu verdadero eſpoſo, i diciendo eſto tendiò la ſuya, i tomò la de la bella Roſaura, i ella quedò tan fuera de sì, de vèr lo que Griſaldo hacìa, que apenas pudo reſponderle palabra, ſino que ſe dejò tomar la mano, i de alli a un pequeño eſpacio dijo. A terminos me avia traido el amor, Griſaldo, ſeñor mio, que con menos que por mi hicieras, te quedàra perpetuamente obligada; pero pues tu has querido correſponder antes a ſer quien eres, que no a mi merecimiento, harè yo lo que en mi es, que es darte de nuevo el alma, en recompenſa de eſte beneficio, i deſpues el Cielo de tan agradecida voluntád, te dè la paga. No mas, dijo a eſta ſazon Galatea, no mas, ſeñores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demaſiados comedimientos. Lo que reſta es, rogar al Cielo que traiga a dichoſo fin eſtos principios, i que en larga, i ſaludable paz goceis vueſtros amores. I en lo que dices, Griſaldo, que Roſaura venga a nueſtra Aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que noſotras meſmas te lo ſuplicamos. De tan buena gana irè en vueſtra compañia, dijo Roſaura, que no sè con que lo encarezca, mas que con deciros, que

no sentirè mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañia. Pues ea, dijo Florisa, que el Aldea es lejos, i el Sol mucho, i nuestra tardanza de bolver a ella notada. Vos, señor Grisaldo, podeis ir a hacer lo que os conviniere, que en casa de Galatea hallareis a Rosaura, i a estas una Pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dijo Grisaldo; i tomando a Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos, que otro dia embiarìa Grisaldo un Pastor de los muchos de su padre a avisar a Rosaura de lo que avia de hacer: i que embiando aquel Pastor, sin ser notado, podria hablar a Galatea, o a Florisa, i dar la orden que mas conviniesse. A todos pareciò bien este concierto, i aviendo salido del bosque, viò Grisaldo que le estava esperando su criado con el cavallo, i abrazando de nuevo a Rosaura, i despiendose de las Pastoras, se fue acompañado de lagrimas, i de los ojos de Rosaura, que nunca dèl se apartaron, hasta que le perdieron de vista. Como las Pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartò con Leonarda, con deseo de saber la causa de su venida. I Rosaura assi mesmo fue contando a Galatea, i a Florisa, la ocasion que la avia movido a tomar el habito de Pastora, i a venir a buscar a Grisaldo, diciendo. No os causàra admiracion, hermosas Pastoras, el verme a mi en este trage, si supierades hasta do se estiende la poderosa fuerza de amor, la qual no solo hace mudar el vestido a los que bien quieren, sino la voluntad, i el alma de la manera que mas es de su gusto, i huviera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion deste trage no me huviera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en el Aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino a ella Grisaldo, con intencion de estarse alli algunos dias, ocupado en el sabroso egercicio de la caza. I por ser mi padre mui amigo del suyo, ordenò de hospedarle en casa, i de hacerle todos los regalos que pudiesse. Hizolo assi: i la venida de Grisaldo a mi casa, fue, para sacarme a mi della. Porque en efeto, aunque sea acosta de mi verguenza, os avrè de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo, hicieron tal impression en mi alma, que sin saber como, a pocos dias que èl alli estuvo, yo no estuve mas en mi, ni quise, ni pude estàr sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fue tan arrebatadamente, que primero no estuviesse satisfecha, que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepava, segun èl me lo diò a entender,

con muchas, i mui verdaderas señales. Enterada pues yo en esta verdad, i viendo quan bien me estava tener a Grisaldo por esposo, vine a condescender con sus deseos, i a poner en efeto los mios. I asi con la intercession de una doncella mia, en un apartado corredor, nos vimos Grisaldo, i yo muchas veces, sin que nuestra estada solos a mas se estendiesse que a vernos, i a darme èl la palabra, que hoi con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado a dar. Ordenò pues mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozava, vino asi mesmo a visitar a mi padre un valeroso Cavallero Aragonès, que Antandro se decia, el qual vencido, a lo que èl mostrò, de mi hermosura (si alguna tengo) con grandissima solicitud procurò que yo con èl me casasse sin que mi padre lo supiesse. Avia en este medio procurado Grisaldo traer a efeto su proposito, i mostrandome yo algo mas dura de lo que fuera menester, le iva entreteniendo con palabras, con intencion que mi padre saliesse al camino de casarme, i que entonces Grisaldo me pidiesse por esposa, pero no queria èl hacer esto, porque sabìa que la voluntad de su padre era casarle con la rica, i hermosa Leopersia, que bien deveis conocerla por la fama de su riqueza, i hermosura. Vino esto a mi noticia, i tomè ocasion de pedirle celos, aunque fingidos, solo por hacer prueva de la entereza de su fee; i fui tan descuidada (o por mejor decir tan simple) que pensando que grangeava algo en ello, comencè a hacer algunos favores a Artandro, lo qual visto por Grisaldo muchas veces me significò la pena que recebia de lo que yo con Artandro passava, i aun me avisò, que sino era mi voluntad, de que èl me cumpliesse la palabra que me avia dado, que no podia dejar de obedecer a la de sus padres. A todas estas amonestaciones, i avisos, respondì yo sin ninguno, llena de sobervia, i arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura avian echado al alma de Grisaldo, no podrian tan facilmente ser rompidos, ni aun tocados de otra qualquiera belleza. Mas saliòme tan al revès mi confianza, como me lo mostrò presto Grisaldo, el qual cansado de mis necios, i esquivos desdenes, tuvo por bien de dejarme, i venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se huvo èl partido de mi Aldea, i apartado de mi presencia, quando yo conocì el error en que avia caido, i con tanto ahinco me comenzò a fatigar el ausencia de Grisaldo, i los celos de Leopersia, que el ausencia dèl me acabava, i los celos della me consumìan. Consi-

derando pues, que si mi remedio se dilatava, avia de dejar en las manos del dolor la vida: determinè de aventurar a perder lo menos, que a mi parecer era la fama, por ganar lo mas que es a Grisaldo: i assi con escusa que di a mi padre de ir a ver una tia mia, señora de otra Aldea, a la nuestra cercana, salì de mi casa, acompañada de muchos criados de mi padre: i llegada en casa de mi tia, le descubrì todo el secreto de mi pensamiento, i le roguè fuesse servida de que yo me pusiesse en este habito, i viniesse a hablar a Grisaldo, certificandole, que si yo misma no venia, que tendrian mal sucesso mis negocios. Ella me lo concediò, con condicion que trugesse a Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiava: i embiando por ella a nuestra Aldea, i acomodandome destos vestidos, i advirtiendonos de algunas cosas, que las dos aviamos de hacer, nos despedimos della avrà ocho dias. I aviendo seis que llegamos a la Aldea de Grisaldo, jamàs hemos podido hallar lugar de hablarle a solas, como yo deseava, hasta esta mañana, que supe que venia a caza, i le aguardè en el mesmo lugar adonde èl se despidiò. I he passado con èl todo lo que vosotras, amigas, aveis visto. Del qual venturoso sucesso quedo tan contenta, quanto es razon lo quede la que tanto lo deseava. Esta es, Pastoras, la historia de mi vida, i si os he cansado en contarosla, echad la culpa al deseo que teniades de saberla, i al mio, que no pudo hacer menos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondiò Florisa, a la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirla, no saldremos de la deuda. Yo soi la que quedo en ella, replicò Rosaura, i la que procurarè pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto a parte, bolved los ojos, Pastoras, i vereis los de Theolinda, i Leonarda tan llenos de lagrimas, que moveràn a los vuestros a no dejar de acompañarlos en ellas. Bolvieron Galatea, i Florisa a mirarlas, i vieron ser verdad lo que Rosaura decia. I lo que el llanto de las dos hermanas causava, era, que despues de aver dicho Leonarda a su hermana todo lo que Rosaura avia contado a Galatea, i a Florisa, le dijo. Sabràs, hermana, que assi como tu faltaste de nuestra Aldea, se imaginò que te avia llevado el Pastor Artidoro, que aquel mesmo dia faltò èl tambien, sin que de nadie se despidiera. Confirmè yo esta opinion en mis padres, porque les contè lo que con Artidoro avia passado en la floresta. Con este indicio creciò la sospecha, i mi padre procurava venir en tu busca, i de Ar-

Artidoro, i en efeto lo pusiera por obra, si de alli a dos dias no viniera a nuestra Aldea un Pastor, que al momento que fue visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas a mi padre de que alli estava el robador tuyo, luego vino con la Justicia adonde el Pastor estava, al qual le preguntaron si te conocìa, o adonde te avia llevado. El Pastor negò con juramento, que en toda su vida te avia visto, ni sabìa que era lo que le preguntavan. Todos los que estavan presentes se maravillaron de vèr que el Pastor negava conocerte, aviendo estado diez dias en el Pueblo, i hablado, i bailado contigo muchas veces, i sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputava, i sin querer admitir disculpa suya, ni escuharle palabra, le llevaron a la prision, donda estuvo algunos dias sin que ninguno le hablasse, al cabo de los quales, yendole a tomar su confessìon, tornò a jurar que no te conocìa, i que en toda su vida avia estado mas de aquella vez en nuestra Aldea, i que mirassen (i esto otras veces lo avia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensavan ser èl, por ventura no fuesse un hermano suyo, que le parecìa en tanto estremo como descubrirìa la verdad quando les mostrasse que se avian engañado, teniendo a èl por Artidoro; porque èl se llamava Galercio, hijo de Briseno, natural de la Aldea de Grisaldo; i en efecto tantas demostraciones diò, i tantas pruevas hizo, que conocieron claramente todos que èl no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, i decian, que tal maravilla como la de parecernos yo a tì, i Galercio a Artidoro, no se avia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicava, me moviò a ir a verle muchas veces a do estava preso; i fue la vista de suerte, que quedè sin ella, a lo menos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que a Galercio no viere; pero lo que mas mal hai en esto, hermana, es, que èl se fue de la Aldea sin que supiesse que llevava consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decirselo, i assi me quedè con la pena que imaginar se puede, hasta que la tia de Rosaura me embiò a pedir a mi por algunos dias, todo a fin de venir a acompañar a Rosaura, de lo que recebì sumo contento, por saber que veniamos a la Aldea de Galercio, i que alli le podria hacer sabidor de la deuda en que me estava; pero he sido tan corta de ventura, que ha quatro dias que estamos en su Aldea, i nunca le he visto, aunque he preguntado por èl, i me dicen que està en el campo con su ganado. He preguntado tambien

bien por Artidoro, i hanme dicho, que de unos dias à esta parte no parece en el Aldea; i por no apartarme de Rosaura, no he tenido lugar de ir a buscar a Galercio, del qual podria ser saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que à mi me ha sucedido, i lo demàs que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la Aldea. Admirada quedò Teolinda de lo que su hermana le contava; pero quando llegò a saber que en el Aldea de Artidoro no se sabìa dèl nueva alguna, no pudo tener las lagrimas, aunque en parte se consolò, creyendo que Galercio sabria nuevas de su hermano; i assi determinò de ir otro dia a buscar a Galercio do quiera que estuviesse; i aviendole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que le avia sucedido, despues que en busca de Artidoro andava, abrazandola otra vez, se bolviò adonde las Pastoras estavan, que un poco desviadas del camino ivan, por entre unos arboles que del calor del Sol un poco las defendian; i en llegando à ellas Teolinda, les contò todo lo que su hermana le avia dicho con el sucesso de sus amores, i la semejanza de Galercio, i Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea: Quien vè la semejanza tan estraña que hai entre ti, Teolinda, i tu hermana, no tiene de què maravillarse aunque otras vea, pues ninguna (a lo que yo creo) a la vuestra iguala. No hai duda, respondiò Leonarda, sino que la que hai entre Artidoro, i Galercio es tanta, que si a la nuestra excede, a lo menos en ninguna cosa se quedarà atras. Quiera el Cielo, dijo Florisa, que assi como los quatro os semejais unos a otros, assi os acomodeis, i parezcais en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda a vuestros deseos, que todo el mundo embidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicàra a estas razones Teolinda, sino lo estorvàra la voz que oyeron que dentro los arboles salìa, i parandose todas a escucharla, luego conocieron ser del Pastor Lauso, de que Galatea, i Florisa grande contento recibieron, porque en estremo deseavan saber de quien andava Lauso enamorado, i creyeron que de esta duda las sacarìa lo que el Pastor cantasse, i por esta ocasion, sin moverse de donde estava, con grandissimo silencio le escucharon. Estava el Pastor sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos, i de un pequeño rabèl, al son del qual desta manera cantava.

LAU-

LAUSO.

Si yo digere el bien del penſamiento,
En mal ſe buelva quanto bien poſſeo,
Que no es para decirſe el bien que ſiento.
De mi meſmo ſe encubra mi deſeo,
Enmudezca la lengua en eſta parte,
I en ſilencio ponga ſu trofeo.
Pare aqui el artificio, ceſſe el arte
De exagerar el guſto que en una alma
Con mano liberal amor reparte.
Baſte decir que en ſoſſegada calma
Paſſo el mar amoroſo, confiado
De honeſto triunfo, i vencedora palma.
Sin ſaberſe la cauſa, lo cauſado
Se ſepa, que es un bien tan ſin medida,
Que ſolo para el alma es reſervado.
Ya tengo nuevo sèr, ya tengo vida,
Ya puedo cobrar nombre en todo el ſuelo,
De iluſtre, i clara fama conocida.
Que el limpio intento, el amoroſo celo
Que encierra el pecho enamorado mio,
Alzarme puede al mas ſubido Cielo.
En ti, Silena, eſpero, en ti confio,
Silena, gloria de mi penſamiento,
Norte por quien ſe rige mi alvedrio.
Eſpero que el ſin par entendimiento
Tuyo, levantes a entender que valgo
Por fee lo que no eſtà en merecimiento.
Confio que tendras, Paſtora, en algo
(Deſpues de hacerte cierta la experiencia)
La ſana libertad de un pecho hidalgo.
Què bienes no aſſegura tu preſencia?
Què males no deſtierra? I quien ſin ella
Sufrirà un punto la terrible auſencia?
O mas que la belleza miſma bella,
Mas que la propia diſcrecion diſcreta
Sol a mis ojos, i a mi mar eſtrella.

No

No la que fue de la nombrada Creta
Robada por el falso hermoso toro,
Igualò a tu hermosura tan perfeta.
Ni aquella que en sus faldas granos de oro
Sintiò llover, por quien despues no pudo
Guardar el virginal rico tesoro.
Ni aquella que con brazo airado, i crudo
En la sangre castissima del pecho
Tiñò el puñal en su limpieza agudo.
Ni aquella que a furor moviò, i despecho
Contra Troya los Griegos corazones,
Por quien fue el Ilion roto, i deshecho.
Ni la que los Latinos esquadrones
Hizo mover, contra la Teucra gente
A quien Juno causò tantas passiones.
Ni menos la que tiene diferente
Fama de la entereza, i el trofeo,
Con que su honestidad guardò excelente.
Digo que aquella que llorò a Siqueo,
Del Mantuano Titiro notada,
De vano antojo, i no cabal deseo.
No en quantas tuvo hermosas la passada
Edad, ni la presente tiene agora,
Ni en la de por venir serà hallada,
Quien llegasse ni llegue a mi Pastora
En valor, en saber, en hermosura,
En merecer del mundo ser señora.
Dichoso aquel que con firmeza pura
Fuere de ti, Silena, bien querido
Sin gustar de los celos la amargura.
Amor que a tanta alteza me has subido,
No me derribes con pesada mano
A la bageza escura del olvido.
Sè conmigo señor, i no tirano.

No cantò mas el enamorado Pastor, ni por lo que cantado avia, pudieron las Pastoras venir en conocimiento de lo que deseavan, que puesto que Lauso nombrò a Silena en su canto, por este nombre no fue la Pastora conocida: i assi imaginaron que co-

mo Laufo avia andado por muchas partes de Efpaña, i aun de toda Afia, i Europa, que alguna Paftora foraftera ferìa la que avia rendido la libre voluntad fuya. Mas bolviendo a confiderar que le avian vifto pocos dias atras triunfar de la libertad, i hacer burla de los enamorados, fin duda creyeron que con disfrazado nombre, celebrava alguna conocida Paftora, a quien avia hecho feñora de fus penfamientos: i afsi fin fatisfacerfe en fu fofpecha fe fueron àcia la Aldea, dejando al Paftor en el mifmo lugar donde eftava. Mas no huvieron andado mucho, quando vieron venir defde lejos algunos Paftores que luego fueron conocidos, porque eran Tirfi, Damon, Elicio, Eraftro, Arfindo, Francenio, Crifio, Orompo, Daranio, Orfino, i Marfilo, con todos los mas principales Paftores de la Aldea, i entre ellos el defamorado Lenio, con el laftimado Silerio, los quales falìan a tener la fiefta a là fuente de las pizarras, a la fombra que en aquel lugar hacian las entricadas ramas de los efpefos, i verdes arboles; i antes que los Paftores llegaffen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda, i Rofaura, de rebozarfe cada una con un blanco lienzo, porque de Tirfi, i Damon no fueffen conocidas. Los Paftores llegaron haciendo cortefes recebimientos a las Paftoras, convidandolas a que en fu compañia la fiefta paffar quifieffen: mas Galatea fe efcusò con decir, que aquellas forafteras Paftoras que con ella venian, tenian necefsidad de ir a la Aldea: con efto fe defpidiò dellos, llevando tras sì las almas de Elicio, i Eraftro, i aun las encubiertas Paftoras los defeos de conocerlas de quantos alli eftavan. Ellas fe fueron a la Aldea, i los Paftores a la frefca fuente; pero antes que allà llegaffen, Silerio fe defpidiò de todos, pidiendo licencia para bolverfe a fu Hermita; i puefto que Tirfi, Damon, Elicio, i Eraftro, le rogaron, que por aquel dia con ellos fe quedaffe, jamàs lo pudieron acabar con èl, antes abrazandolos a todos fe defpidiò, encargando, i rogando a Eraftro, que no dejaffe de verle todas las veces que por fu Hermita paffaffe. Eraftro fe lo prometiò; i con efto, torciendo el camino, acompañado de fu continua pefadumbre, fe bolviò a la foledad de fu Hermita, i dejando a los Paftores, no fin dolor dē vèr la eftrecheza de vida, que en tan verdes años avia efcogido; pero mas fe fentìa entre aquellos que le conocian, i fabìan la calidad, i valor de fu perfona. Llegados los Paftores a la fuente, hallaron en ella a tres Cavalleros, i a dos hermofas damas que de camino venian, i fa-

fatigados del cansancio, i convidados del ameno; i fresco lugar, les pareciò ser bien dejar el camino que llevavan, i passar alli las calurosas horas de la siesta. Venian con ellos algunos criados, de manera, que en su apariencia mostravan ser personas de calidad. Quisieran los Pastores, asi como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los Cavalleros (que el principal parecia) viendo que los Pastores, de comedidos se querian ir a otra parte, les dijo: Si era por ventura vuestro contento, gallardos Pastores, passar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorve nuestra compañia, antes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposicion, i manera; i siendo el lugar, como lo es, tan acomodado, para mayor cantidad de gente, hareis agravio a mi, i a estas damas, sino venis en lo que yo en su nombre, i el mio os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondiò Elicio, cumplirèmos nuestro deseo, que por agora no se estendia a mas que venir a este lugar a passar en èl en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; i aunque fuera diferente nuestro intento, le torcieramos solo por hacer lo que pedìs. Obligado quedo, respondìò el Cavallero, a muestras de tanta voluntad, i para mas certificarme, i obligarme con ella, sentaos, Pastores, al rededor desta fresca fuente, donde con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, i mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron asi, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto avian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces: pero viendo que los Pastores se quedavan, se descubrieron, descubriendo una belleza tan estraña, que en gran admiracion puso a todos los que la vieron, pareciendoles que despues de la de Galatea, no podia aver en la tierra otra que se igualasse. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas (que de mas edad parecia) a la mas pequeña en cierto donaire i brio se aventajava. Sentados pues, i acomodados todos, el segundo Cavallero, que hasta entonces ninguna cosa avia hablado, dijo. Quando me paro a considerar, agradables Pastores, la ventaja que hace al cortesano, i sobervio trato, el pastoral, i humilde vuestro, no puedo dejar de tener lastima a mi mesmo, i a vosotros honesta embidia. Por què dices esso, amigo Darintho? dijo el otro Cavallero. Digolo, señor, replicò estotro, porque veo con quan-

quanta curiosidad vos, i yo, i los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, i aumentar las haciendas, i quan poco viene a lucirnos, pues la purpura, el oro, el brocado, los rostros estàn marchitos de los mal digeridos manjares comidos a deshoras, i tan costosos como mal gastados, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos a los ojos de quien nos mira. Todo lo qual puedes vèr diferente en los que siguen el rustico egercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los quales podria ser (i aun es asi) que se huviessen sustentado, i sustentan de manjares simples, i en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, i con todo esso mira el moreno de sus rostros, que promete mas entera salud, que blancura quebrada de los nuestros, i quan bien les està a sus robustos, i sueltos miembros, un pellico de blanca lana, una caperuza parda, i unas antiparas de qualquier color que sean; i con esto a los ojos de sus Pastoras, deven de parecer mas hermosos, que los bizarros cortesanos, a los de las retiradas damas. Què te dirìa pues, si quisiesse, de la sencillèz de su vida, de la llaneza de su condicion, i de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto, lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocarìa la mia con ella. En deuda te estamos todos los Pastores, dijo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo esso te sè decir, que hai en la rustica vida nuestra tantos resbaladeros, i trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podrè yo dejar de venir en lo que dices, replicò Darintho, porque yà se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra. Pero en fin, en la pastoral hai menos, que en la Ciudadana, por estàr mas libre de ocasiones que alteren, i desassossieguen el espiritu. Quan bien se conforma con tu opinion Darintho, dijo Damon, la de un Pastor amigo mio, que Lauso se llama, el qual despues de aver gastado algunos años en cortesanos egercicios, i algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido a la pobreza de nuestra rustica vida, i antes que a ella viniesse, mostrò desearlo mucho, como parece por una Cancion, que compuso, i embiò al famoso Larsileo, que en los negocios de la Corte tiene larga, i egercitada experiencia, i por averme a mi parecido bien, la tomè toda en la memoria, i aun os la digera si imaginàra que a ello me diera lugar el tiempo, i a

vosotros no os cansàra el escucharla. Ninguna otra cosa nos darà mas gusto, que escucharte, discreto Damon, respondiò Darintho, llamando a Damon por su nombre (que yà le sabia, por averle oìdo nombrar a los otros Pastores sus amigos) i asi yo de mi parte te ruego, nos digas la Cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices a mi proposito, i tu la has tomado de memoria, imposible serà que dege de ser buena. Comenzava Damon a arrepentirse de lo que avia dicho, i procurava escusarse de lo prometido, mas los Cavalleros, i Damas se lo rogaron tanto, i todos los Pastores, que èl no pudo escusar el decirla. I asi, aviendose sossegado un poco, con gentil donaire, i gracia dijo desta manera.

DAMON.

El vano imaginar de nuestra mente,
De mil contrarios vientos arrojada,
Acà, i allà con curso presuroso,
La humana condicion flaca doliente;
En caducos placeres ocupada,
Do busca sin hallarle algun reposo;
El falso, el mentiroso mundo,
Prometedor de alegres gustos;
La voz de sus Sirenas,
Mal escuchada apenas,
Quando cambia su gusto en mil disgustos;
La Babilonia, el Caos que miro, i leo
En todo quanto veo:
El cauteloso trato cortesano,
Junto con mi deseo,
Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, Señor, que alli llegàra
Do llega mi deseo, el corto buelo
De mi grossera mal cortada pluma,
Solo para que luego se ocupàra
En levantar al mas subido buelo
Vuestra rara bondad, i virtud suma;
Mas quien hai que presuma
Echar sobre sus ombros tanta carga,

Sino

Sino es un nuevo Adlante
En fuerzas tan baſtante,
Que poco el Cielo le fatiga, i carga;
I aun le ſerà forzoſo que ſe ayude,
I el grave peſo mude
Sobre los brazos de otro Alcides nuevo;
I aunque ſe encorve, i ſude,
Yo tal fatiga por deſcanſo apruevo.
Yà que a mis fuerzas eſto es impoſsible,
I el inutil deſeo doi por mueſtra
De lo que encierra el juſto penſamiento,
Veamos ſi quizà ſerà poſsible
Mover la flaca mal contenta dieſtra
A moſtrar por enigma algun contento:
Mas tan ſin fuerzas ſiento
Mi fuerza en eſto, que ſerà forzoſo
Que apliqueis los oìdos
A los triſtes gemidos
De un deſdeñado pecho congojoſo,
A quien el fuego, el aire, el mar, la tierra,
Hazen contino guerra,
Todos en ſu deſdicha conjurados,
Que ſe remata, i cierra
Con la corta ventura de ſus hados.

Si eſto no fuera, facil coſa fuera
Tender por la region del guſto el paſſo;
I reducir cien mil a la memoria
Pintando el monte, el rio, i la ribera,
No amor, el hado, la fortuna, i caſo
Rindieron a un Paſtor toda ſu gloria.
Mas eſta dulce hiſtoria
El tiempo triunfa, i ſolo queda della
Una pequeña ſombra,
Que aora eſpanta, aſſombra
Al penſamiento que mas pienſa en ella:
Condicion propia de la humana ſuerte,
Que el guſto nos convierte
En pocas horas en mortal diſguto,

I na-

I nadie avrà que acierte
En muchos años con un firme gusto.

Buelva, i rebuelva en alto, suba, o bage
El vano pensamiento al hondo abismo,
Corra en un punto desde Tile a Batro,
Que el dirà quanto mas sude, i trabage,
I del termino salga de sì mismo
Puesto en la esfera, o en el cruel Baratro,
O una, i tres, i quatro,
Cinco, i seis, i mas veces venturoso
El simple ganadero,
Que con un pobre apero
Vive con mas contento, i mas reposo
Que el rico Craso, o el avariento Mida,
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla, i sana
De todo punto olvida
Esta misera falsa cortesana.
En el rigor del erizado invierno,
Al tronco entero de robusta encina
(De Vulcano abrasada) se calienta,
I alli en sossiego trata del govierno
Mejor de su ganado, i determina
Dar de sì al Cielo no entricada cuenta.
I quando ya se auyenta
El encogido esteril, yerto frio,
I el gran señor de Delo
Abrasa el aire el suelo
En el margen sentado de algun rio
De verdes sauces, i alamos cubierto,
Con rustico concierto
Suelta la voz, o toca el caramillo,
I a veces se vè cierto
Las aguas detenerse por oillo.

Poco alli se fatiga el rostro grave
Del privado que muestra en apariencia
Mandar alli do no es obedecido,

Ni el alto exagerar con voz ſuave
Del falſo adulador que en poca auſencia
Muda opinion, ſeñor, vando, i partido,
Ni el deſdèn ſacudido
Del ſutil Secretario le fatiga,
Ni la altivèz honrada
De la llave dorada,
Ni de los varios Principes la liga,
Ni del manſo ganado un punto parte,
Porque el furor de Marte
A una, i a otra parte ſuene airado,
Regido por tal arte,
Que apenas ſu ſequaz ſe vè medrado.

Reduce a pocos paſſos ſus piſadas
Del alto monte al apacible llano,
Deſde la freſca fuente al claro rio,
Sin que por ver las tierras apartadas
Las movibles campañas del Oceano
Are con loco antiguo deſvarìo.
No le levanta el brio
Saber que el gran Monarca invicto vive
Bien cerca de ſu Aldea,
I aunque ſu bien deſea,
Poco diſguſto en no verle recibe.
No como el ambicioſo entremetido,
Que con ſeſo perdido
Anda tras el favor, tras la privanza,
Sin nunca aver teñido
En Turca, o en Mora ſangre eſpada, o lanza.

No ſu ſemblante, o ſu color ſe muda,
Porque mude color, mude ſemblante
El ſeñor a quien ſirve, pues no tiene
Señor que fuerce a que con lengua muda
Siga qual Clicie a ſu dorado amante
El dulce, o amargo guſto que le viene.
No le vereis que pene
De temor que un deſcuido, una nonada,

En el ingrato pecho
Del señor el derecho
Borre de ſus ſervicios, i ſea dadà
De breve deſpedida la ſentencia,
No mueſtra en apariencia
Otro de lo que encierra el pecho ſano;
Que la ruſtica ciencia
No alcanza el falſo trato corteſano.

Quien tendrà vida tal en menoſprecio?
Quien no dirà que aquella ſola es vida,
Que al ſoſsiego del alma ſe encamina?
El no tenerla el corteſano en precio
Hace que ſu bondad ſea conocida
De quien aſpira al bien, i al mal decilna;
O vida do ſe afina
En ſoledad el guſto acompañado,
O paſtoral bageza
Mas alta que la alteza
Del cerro mas ſubido, i levantado.
O flores oloroſas, o ſombrios
Boſques, o claros rios,
Quien gozar os pudiera un breve tiempo
Sin que los males mios
Turbaſſen tan honeſto paſſatiempo.
Cancion, a parte vas do ſeràn luego
Conocidas tus faltas, i tus obras:
Mas di, ſi aliento cobras,
Con roſtro humilde enderezado a ruego:
Señor perdon, porque el que acà me embia;
En vos, i en ſu deſeo ſe confia.

Eſta es, ſeñores, la Cancion de Lauſo, dijo Damon en acabandola: la qual fue tan celebrada de Lariſeo, quanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razon lo puedes decir, reſpondiò Darintho, pues la verdad, i artificio ſuyo, es digno de juſtas alabanzas. Eſtas Canciones ſon las de mi guſto, dijo a eſte punto el deſamorado Lenio, i no aquellas que a cada paſſo llegan a mis oìdos llenas de mil ſimples conceptos amoroſos,

tan mal dispueſtos, è intricados, que oſſarè jurar, que hai algunas, que ni las alcanza quien las oye, por diſcreto que ſea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que ſe enzarzan en dàr alabanzas a Cupido, i en exagerar ſu poder, ſu valor, ſus maravillas, i milagros, haciendole Señor del Cielo, i de la tierra, dandole otros mil atributos de potencia, de mando, i ſeñorio; i lo que mas me canſa a mi de los que las hacen, es, que quando hablan de amor, entienden de un no sè quien, que ellos llaman Cupido, que la meſma ſignificacion del nombre nos declara quien es èl, que es un apetito ſenſual, i vano, digno de todo vituperio. Hablò el deſamorado Lenio, i en fin huvo de paràr en decir mal de amor; pero como todos los mas que alli eſtavan conocian ſu condicion, no repararon mucho en ſus razones, ſino fue Eraſtro que le dijo. Pienſas, Lenio, por ventura, que ſiempre eſtàs hablando con el ſimple Eraſtro, que no ſabe contradecir tus opiniones, ni reſponder a tus argumentos? Pues quierote advertir, que te ſerà ſano callar por aora, o a lo menos tratar de otras coſas, que de decir mal de amor, ſi yà no guſtas que la diſcrecion, i ciencia de Tirſi, i de Damon, te alumbren de la ceguedad en que eſtàs, i te mueſtren a la clara lo que ellos entienden, i lo que tu deves entender del amor, i de ſus coſas. Què me podràn ellos decir, que yo no ſepa? dijo Lenio; o que les podrè yo replicar, que ellos no ignoren? Sobervia es eſſa, Lenio, reſpondiò Elicio, i en ella mueſtras quan fuera vàs del camino de la verdad de amor, i que te riges mas por el norte de tu parecer, i antojo, que no por el que devias regir, que es el de la verdad, i experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de ſus obras, reſpondiò Lenio, le ſoi tan contrario como mueſtro, i moſtrarè mientras la vida me durare. En què fundas tu razon? dijo Tirſi: En què, Paſtor? Reſpondiò Lenio: En que por los efetos que hacen, conozco quan mala es la cauſa que los produce. Quales ſon los efetos de amor que tu tienes por tan malos? Replicò Tirſi. Yo te los dirè, ſi con atencion me eſcuchas, dijo Lenio; pero no querria que mi platica enfadaſſe los oìdos de los que eſtàn preſentes, pudiendo paſſar el tiempo en otra converſacion de mas guſto. Ninguna coſa avrà que ſea mas del nueſtro, dijo Darintho, que oìr tratar deſta materia, eſpecialmente entre perſonas que tambien ſabràn defender ſu opinion, i aſsi por mi parte (ſi la deſtos Paſtores no lo eſtorva) te ruego, Lenio, que ſi-

gas adelante la comenzada platica. Esso harè yo de buen grado, respondiò Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella quanta razon me fuerza a seguir la opinion que sigo, i a vituperar qualquiera otra que a la mia se opusiere. Comienza pues, o Lenio, dijo Damon, que no estaràs mas en ella, de quanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazon, yà que Lenio se preparava a decir los vituperios de amor, llegaron a la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos Pastores, i con èl assimismo venian Galatea, i Florisa, con las tres rebozadas Pastoras, Rosaura, Teolinda, i Leonarda, a las quales, aviendolas topado a la entrada de la Aldea, i sabiendo dellas la junta de Pastores que en la fuente de las pizarras quedava, a ruego suyo las hizo bolver, fiadas las forasteras Pastoras en que por sus rebozos no serian de alguno conocidas. Levantaronse todos a recebir a Aurelio, i a las Pastoras, las quales se sentaron con las Damas, i Aurelio, i los Pastores con los demàs Pastores. Pero quando las Damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fuè menos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Passò entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cessò quando supieron lo que entre el discreto Tirsi, i el desamorado Lenio estava concertado, de lo que se holgò infinito el venerable Aurelio, porque en estremo deseava vèr aquella junta, i oìr aquella disputa, i mas entonces, donde tendria Lenio quien tambien le supiesse responder; i assi, sin mas esperar, sentandose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, i despues sonora, desta manera comenzò a decir.

LENIO.

Yà casi adivino, valerosa, i discreta compañia, como yà en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido, i temerario, pues con el poco ingenio, i menos experiencia, que puede prometer la rustica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta, con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas Academias, i cuyos bien sabidos estudios, no pueden assegurar en mi pretension, sino segura pèrdida. Pero confiado que a las veces la fuerza del natural in-

ingenio adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por largos años sabidas: quiero atreverme hoi a mostrar en publico las razones que me han movido a ser tan enemigo de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado. I aunque otra cosa no me moviera a hacer esto sino vuestro mandamiento, no me escusara de hacerlo: quanto mas, que no serà pequeña la gloria que de aqui he de grangear, aunque pierda la empressa, pues al fin dirà la fama, que tuve animo para competir con el nombrado Tirsi: i asi con este presupuesto, sin querer ser favorecido, sino es de la razon que tengo, a ella sola invoco, i ruego, dè tal fuerza a mis palabras, i argumentos, que se muestre en ellas, i en ellos la que tengo, para ser tan enemigo del amor como publico.

Es pues amor (segun he oido decir a mis mayores, un deseo de belleza: i esta difinicion le dàn (entre otras muchas) los que en esta question han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder, que qual fuere la belleza que se amàre, tal serà el amor con que se ama. I porque la belleza es en dos maneras, corporea, e incorporea, el amor que la belleza corporal amàre como ultimo fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, i este es el amor de quien yo soi enemigo: pero como la belleza corporea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos, i en cuerpos muertos, tambien puede aver amor de belleza corporal que sea bueno. Muestrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones, i de hembras, i esta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sì buenas, i que todas juntas hagan todo un perfeto, i formen un cuerpo proporcionado de miembros, i suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estatuas, edificios: la qual belleza puede amarse sin que el amor con que se amàre, se vitupere. La belleza incorporea se divide tambien en dos partes, en las virtudes, i ciencias del anima, i el amor que a la virtud se tiene, necessariamente ha de ser bueno, i ni mas, ni menos el que se tiene a las virtuosas ciencias, i agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza, la causa que engendra el amor en nuestros pechos: siguese que en el amar la una a la otra, consista ser el amor bueno, o malo: pero como la belleza incorporea se considera con los ojos del entendimiento limpios, i claros, i la belleza corporea se mira con

los ojos corporales (en comparacion de los incorporeos) turbios, i ciegos; i como sean mas prestos los ojos del cuerpo a mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento a considerar la ausente incorporea, que glorifica: siguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca, i mortal belleza que los destruye, que no la singular, i divina que los mejora. Pues deste amor, o desear la corporal belleza, han nacido, nacen, i naceràn en el mundo, assolacion de Ciudades, ruina de estados, destruicion de imperios, i muertes de amigos: i quando esto generalmente no suceda, què desdichas mayores? què tormentos mas graves? què incendio? què celos? què penas? què muertes puede imaginar el humano entendimiento, que a las que padece el miserable amante puedan compararse? I es la causa desto, que como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, i esta belleza sea imposible posseerse, i gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en èl los suspiros, las lagrimas, las quejas, i desabrimientos. Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo, no se puede gozar perfecta, i enteramente, està manifiesto, i claro, porque no està en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que estè fuera dèl, i no sea toda suya. Porque las entrañas conocida cosa es que estàn siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna, i caso, i no en poder de nuestro alvedrio, i asi se concluye que donde hai amor hai dolor: i quien esto negasse, negaria asi mismo que el Sol es claro, i que el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del animo discurriendo, se verà clara la verdad que sigo. Son pues las pasiones del animo (como mejor vosotros sabeis) discretos Cavalleros, i Pastores, quatro generales, i no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades: las quales pasiones por ser como vientos contrarios, que la tranquilidad del anima perturban (con mas propio vocablo) perturbaciones son llamadas: i destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo. I asi es el deseo principio, i origen de todas nuestras pasiones, proceden como qualquier arroyo de su fuente. I de aqui viene que todas las veces, que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve a seguirla, i a buscarla, i buscandola

la, i figuiendola, a mil defordenados fines nos conduce. Efte defeo es aquel que incita al hermano a procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madraftra del alnado, i lo que peor es, el mifmo padre de la propia hija. Efte defeo es el que nueftros penfamientos, a dolorofos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obftaculo con la razon, que puefto que nueftro mal claramente conozcamos, no por effo fabemos retirarnos dèl. I no fe contenta amor de tenernos a una fola voluntad atentos, antes como del defeo de las cofas (como ya eftá dicho) todas las pafsiones nacen: afsi del primer defeo que nace en nofotros, otros mil fe derriban: i eftos fon en los enamorados no menos diverfos que infinitos. I aunque todas las mas de las veces miren a un folo fin, con todo effo como fon diverfos los objetos, i diverfa la fortuna de los amadores de cada uno, fin duda alguna diverfamente fe deffea. Ai algunos que por llegar a alcanzar lo que defean, ponen toda fu fuerza en una carrera, en la qual, o quantas, i quan duras cofas fe encuentran! Quantas veces fe cae, i quantas agudas efpinas atormentan fus pies, i quantas veces primero fe pierde la fuerza i el aliento, que dèn alcance a lo que procuran! Algunos otros hai, que ya de la cofa amada fon poffeedores, i ninguna otra defean, ni pienfan, fino en mantenerfe en aquel eftado, i teniendo en efto folo ocupados fus penfamientos, i en efto folo todas fus obras, i tiempo confumido, en la felicidad fon miferos, en la riqueza pobres, i en la ventura defventurados. Otros que ya eftan fuera de la poffefsion de fus bienes procuran tornar a ellos, ufando para ello mil ruegos, mil promeffas, mil condiciones, infinitas lagrimas, i al cabo en eftas miferias ocupandofe, fe ponen a terminos de perder la vida. Mas no fe ven eftos tormentos en la entrada de los primeros defeos, porque entonces el engañofo amor nos mueftra una fenda por do entremos al parecer ancha, i efpaciofa, la qual defpues poco a poco fe vá cerrando: de manera que para bolver, ni paffar adelante ningun camino fe ofrece. I afsi engañados, i traidos los miferos amantes con una dulce, i falfa rifa, con un folo bolver de ojos, con dos mal formadas palabras que en fus pechos una falfa, i flaca efperanza engendran, arrojanfe luego a caminar tras ella, aguijados del defeo, i defpues a poco trecho, i apocos dias, hallando la fenda de fu remedio cerrada, i el camino de fu gufto impedido, acuden luego a regar fu roftro con lagrimas, a turbar el

aire cō ſuſpiros, fatigar los oìdos con lamentables quejas; i lo peor es, que ſi acaſo con las lagrimas, con los ſuſpiros, i con las quejas, no puede venir al fin de lo que deſea, luego muda eſtilo, i procura alcanzar por malos medios, lo que por buenos no puede. De aqui nacen los odios, las iras, las muertes, aſsi de amigos, como de enemigos. Por eſta cauſa ſe han viſto, i ſe vèn a cada paſſo, que las tiernas, i delicadas mugeres ſe ponen a hacer coſas tan eſtrañas, i temerarias, que aun ſolo el imaginarlas pone eſpanto. Por eſtas ſe vèn los ſantos, i conyugales lechos de roja ſangre bañados, hora de la triſte, mal advertida eſpoſa, ora del incauto, i deſcuidado marido. Por venir al fin deſte deſeo, es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, i el amigo al amigo. Eſte rompe enemiſtades, atropella reſpetos, traſpaſſa leyes, olvida obligaciones, i ſolicita parientas. Mas porque claramente ſe vea quanta es la miſeria de los enamorados, yà ſe ſabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en noſotros, ni con tanto impetu al objeto propueſto nos lleva, como aquel que de las eſpuelas de amor es ſolicitado; i de aqui viene, que ninguna alegria, o contento, paſſa tanto del debido termino, como aquella del amante quando viene a conſeguir alguna coſa de las que deſea; i eſto ſe vè porque, què perſona avrà de juicio, ſino es el amante, que tenga a ſuma felicidad un tocar la mano de ſu amada, una ſortijuela ſuya, un breve amoroſo bolver de ojos, i otras coſas ſemejantes, de tan poco momento, qual las conſidera un entendimiento deſapaſsionado; i no por eſtos guſtos tan colmados, que a ſu parecer los amantes conſiguen, ſe ha de decir, que ſon felices, i bienaventurados: porque no hai ningun contento ſuyo, que no venga acompañado de inumerables diſguſtos, i ſinſabores, con que amor ſe los agua, i turba, i nunca llegò gloria amoroſa adonde llega, i alcanza la pena. I es tan mala el alegria de los amantes, que los ſaca fuera de sì meſmos, tornandolos deſcuidados, i locos: porque como ponen todo ſu intento, i fuerzas en mantenerſe en aquel guſtoſo eſtado que ellos ſe imaginan, de toda otra coſa ſe deſcuidan, de que no poco daño ſe le ſigue, aſsi de hacienda, como de honra, i vida. Pues a trueco de lo que he dicho, ſe hacen ellos meſmos eſclavos de mil congojas, i enemigos de sì propios. Pues què quando ſucede que en medio de la carrera de ſus guſtos, les toca el hierro frio de la peſada lanza de los celos? Alli ſe le eſcurece el Cielo, ſe les turba el aire, i todos

los elementos se les buelven contrarios. No tienen entonces de quien esperar contento, pues no se le puede dàr el conseguir el fin que desean: alli acude el temor contino, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa, i el verdadero llanto, con otros mil estraños, i terribles accidentes, que le consumen, i atierran. Todas las ocasiones de la cosa amada les fatigan, si mira, si rie, si torna, si buelve, si calla, si habla; i finalmente todas las gracias que le movieron a querer bien, son las mesmas que atormentan al amante celoso. I quien no sabe, que si la ventura a manos llenas no favorece a los amorosos principios, i con presta diligencia a dulce fin los conduce, quan costosos le son al amante qualesquier otros medios que el desdichado pone para conseguir su intento. Què de lagrimas derrama? Què de suspiros esparce? Quantas cartas escrive? Quantas noches no duerme? Quantos, i quan contrarios pensamientos le combaten? Quantos recelos le fatigan? I quantos temores le sobresaltan? Hai por ventura Tantalo, que mas fatiga tenga entre las aguas, i el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor, i la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido, los cantares de las hijas de Danao, tan sin provecho derramados, que jamàs llegan a conseguir una minima parte de su intento. Hai Aguila que asi destruya las entrañas de Ticio, como destruyen, i roen los celos las del amante celoso? Hai piedra que tanto cargue las espaldas de Sisifo, como carga el amor contino los pensamientos de los enamorados? Hai rueda de Ixion que mas presto se buelva, i atormente, que las prestas, i varias imaginaciones de los temerosos amantes? Hai Minos, ni Radamanto, que asi castiguen, i apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga, i apremia èl amor al enamorado pecho, que al insufrible mando suyo està sugeto? No hai cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que asi maltraten el anima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo, a los sin ventura que le reconocen por señor, i se le humillan como vasallos, los quales, por dàr alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen (o a lo menos digeron los antiguos Gentiles) que aquel instinto que incita, i mueve al enamorado, para amar mas que a su propia vida la agena, era un Dios a quien pusieron por nombre Cupido; i que asi, forzados de su deidad, no podian dejar de

se-

ſeguir, i caminar tras lo que el queria. Moviòles a decir eſto, i a dàr nombre de Dios a eſte deſeo, el vèr los efetos ſobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es ſobrenatural coſa eſtàr un amante en un inſtante meſmo temeroſo, i confiado, arder lejos de ſu amada, helarſe quando mas cerca della: mudo quando parlero, i parlero quando mudo. Eſtraña coſa es aſsimiſmo ſeguir a quien me huye, alabar a quien me vitupera, dàr voces a quien no me eſcucha, ſervir a una ingrata, i eſperar en quien jamàs promete, ni puede dàr coſa que buena ſea. O amarga dulzura, o venenoſa medecina de los amantes no ſanos, o triſte alegria, o flor amoroſa, que ningun fruto ſeñalas, ſino de tardo arrepentimiento. Eſtos ſon los efetos deſte Dios imaginado, eſtas ſon ſus hazañas, i maravilloſas obras. I aunque tambien puede verſe en la pintura con que figuravan a eſte ſu vano Dios, quan vanos ellos andavan, pintavanle niño deſnudo, alado, vendados los ojos, con arco, i saetas en las manos, por darnos a entender, entre otras coſas, que en ſiendo uno enamorado, ſe buelve de la condicion de un niño ſimple, i antojadizo, que es ciego en las pretenſiones, ligero en los penſamientos, cruel en las obras, deſnudo, i pobre de las riquezas del entendimiento. Decian aſsimiſmo, que entre las ſaetas ſuyas, tenia dos, la una de plomo, i la otra de oro, con las quales diferentes efetos hacia: porque la de plomo engendrava odio en los pechos que tocava; i la de oro, crecido amor en los que hetìa, por ſolo aviſarnos, que el oro rico es aquel que hace amar, i el plomo pobre aborrecer. I por eſta ocaſion no en valde cantan los poetas a Atalanta, vencida de tres hermoſas manzanas de oro; i a la bella Danae, preñada de la dorada lluvia; i al piadoſo Eneas, decender al infierno con el ramo de oro en la mano; en fin, el oro, i la dadiva es una de las mas fuertes ſaetas que el amor tiene, i con la que mas corazones ſugeta. Bien al revès de la de plomo, metal bajo, i menoſpreciado, como lo es la pobreza, la qual antes engendra odio, i aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero ſi las razones haſta agora por mi dichas, no baſtan a perſuadir la que yo tengo de eſtàr mal con eſte perfido amor, de quien trato hoi, obſervad en algunos egemplos verdaderos, i paſſados los efetos ſuyos, i vereis como yo veo que no vè, ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que ſigo. Veamos pues quien ſino eſte amor es aquel que al juſto Loth hizo romper el caſto inten-

tento, i violar a las propias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuesse adultero, i homicida; i el que forzò al libidinoso Amòn a procurar el torpe ayuntamiento de Thamar, su querida hermana, i el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dalida, por do perdiendo èl su fuerza, perdieron los suyos su amparo, i al cabo èl, i otros muchos la vida. Este fue el que moviò la lengua de Herodes, para prometer a la bailadora niña la Cabeza del Precursor de la vida. Este hace que se dude de la salvacion del mas sabio, i rico Rei de los Reyes, i aun de todos los hombres. Este redujo los fuertes brazos del famoso Hercules, acostumbrados a regir la pesada maza, a torcer un pequeñuelo uso, i egercitarse en mugeriles egercicios. Este hizo que la furiosa, i enamorada Medea esparciesse por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano. Este cortò la lengua a Progne, Aragne, i a Hipolito; infamò a Pasifae, destruyò a Troya, i matò a Egisto. Este hizo cessar las comenzadas obras de la nueva Cartago, i que su primera Reina passasse su casto pecho con la aguda espada. Este puso en las manos de la nombrada, i hermosa Sasonisba el vaso mortifero veneno, que le acabò la vida. Este quitò la suya al valiente Turno, i el Reino a Tarquino, el mando a Marco Antonio, i la vida, i la honra a su amiga. Este, en fin, entregò nuestras Españas a la barbara furia Agarena, llamada a la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirà la noche con su sombra, que yo acabasse de traeros a la memoria los egemplos que se ofrecen a la mia, de las hazañas que el amor ha hecho, i cada dia hace en el mundo, no quiero passar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada platica, por dàr lugar a que el famoso Tirsi me responda, rogandoos primero, señores, no os enfade oìr una Cancion, que algunos dias ha tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la qual, si bien me acuerdo, dice desta manera.

Sin que me pongan miedo, el yelo, i fuego,
El arco, i flechas del Amor tirano
En su deshonra he de mover mi lengua.
Que quien ha de temer a un niño ciego
De vario antojo, i de juicio insano
Aunque mas amenace daño, i mengua?

Mi gusto crece , el valor desmengua
Quando la voz levanto
Al verdadero canto
Que en vituperio del Amor se forma;
Con tal verdad, con tal manera , i forma
Que a todo el mundo su maldad descubre,
I claramente informa
Del cierto daño que el Amor encubre.

Amor es fuego que consume al alma;
Yelo , que yela ; flecha que abre el pecho;
Que de sus mañas vive descuidado:
Turbado mar do se ha visto calma,
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo de amigo disfrazado,
Dador de escaso bien , i mal colmado;
Afable lisongero,
Tirano , crudo , i fiero,
I Circe engañadora que nos muda
En varios mostruos, sin que humana ayuda
Pueda al passado sèr nuestro bolvernos,
Aunque ligera acuda
La luz de la razon a socorrernos.

Yugo que humilla al mas erguido cuello,
Blanco a do se encaminan los deseos
Del ocio blando , sin razon nacidos,
Red engañosa de sutil cabello,
Que cubre , i prende en torpes actos feos
Los que del mundo son en mas tenidos.
Sabroso mal de todos los sentidos,
Ponzoña disfrazada
Qual pildora dorada,
Rayo que adonde toca,abrasa, i hiende,
Airado brazo que a traicion ofende,
Verdugo del cautivo pensamiento,
I del que se defiende
Del dulce alago de su falso intento.

Daño que aplace en los principios, quando
Se regala la vista en el sugeto
Que qual el Cielo bello le parece.
Mas tanto quanto mas passa mirando;
Tanto mas pena en publico, i secreto
El corazon que todo lo padece;
Mudo, hablador, parlero que enmudece;
Cuerdo que desatina
Pura total ruina
De la mas concertada alegre vida.
Sombra de bien en males convertida;
Buelo que nos levanta hasta la esfera,
Para que en la caìda
Quede vivo el pesar, i el gusto muera.

Invisible ladron que nos destruye,
I roba lo mejor de nuestra hacienda;
Llevandonos el alma a cada passo.
Ligereza que alcanza al que mas huye,
Enigma que ninguno hai que la entienda;
Vida que de contino està en traspasso,
Guerra elegida, i que nace acaso,
Tregua que poco dura,
Amada desventura,
Preñèz, que por jamàs a sazòn llega;
Enfermedad que al anima se pega,
Cobarde que se arroja al mal, i atreve;
Deudor que siempre niega
La deuda averiguada que nos deve.

Cercado laberinto, do se anida
Una fiera cruel, que se sustenta
De rendidos humanos corazones;
Lazo donde se enlaza nuestra vida,
Señor que al mayordomo pide cuenta
De las obras, palabras, e intenciones,

Co-

Codicia de mil varias pretensiones,
Gusano que fabrìca
Estancia pobre, o rica
Do poco espacio habita, i al fin muere;
Querer que nunca sabe lo que quiere,
Nuve que los sentidos escurece,
Cuchillo que nos hiere:
Este es amor, seguidle, si os parece.

Con esta Cancion acabò su razonamiento el desamorado Lenio; i con ella, i con èl dejò admirados algunos de los que presentes estavan, especialmente a los Cavalleros, pareciendoles que lo que Lenio avia dicho, de mas caudal, que de pastoril ingenio parecia, i con gran deseo, i atencion estavan esperando la respuesta de Tirsi, prometiendose todos en su imaginacion, que sin duda alguna a la de Lenio harìa ventaja, por la que Tirsi le hacìa en la edad, i en la experiencia, i en los mas acostumbrados estudios, i asimismo les asegurava esto, porque deseavan que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciesse. Bien es verdad, que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, i aun la Dama, que con Darintho, i su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio, mil puntos de los sucessos de sus amores, i esto fue quando llegò a tratar de lagrimas, i suspiros, i de quan caros se compravan los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea, i la discreta Florisa ivan fuera desta cuenta, porque hasta entonces no se la avia tomado amor de sus hermosos, i rebeldes pechos, i asi estavan atentas, no mas de escuchar la agudeza con que los dos famosos Pastores disputavan, sin que de los efetos de amor que oìan, viessen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir a mejor termino la opinion del desamorado Pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los animos de los circunstantes, poniendose frontero de Lenio, con suave, i levantado tono desta manera comenzò a decir.

TIR-

TIRSI.

Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado Pastor, no me assegurára que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos agora se halla; antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dejára con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte a mejor proposito, no quiero dejar con mi silencio a los que nos oyen escandalizados, al Amor desfavorecido, i a ti, pertinàz, i vanaglorioso. I asi ayudado del Amor, a quien llamo, pienso en pocas palabras dàr a entender, quan otras son sus obras, i efectos, de los que tu dèl has publicado: hablando solo del amor que tu entiendes, el qual tu difiniste, diciendo, que era un deseo de belleza, declarando asimismo, què cosa era belleza, i poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacìa en los enamorados pechos, confirmandolo al cabo con varios, i desdichados sucessos por el amor causados. I aunque la difinicion que del Amor hiziste, sea la mas general que se suele dàr, todavia no lo es tanto, que no se pueda contradecir: porque Amor, i deseo, son dos cosas diferentes, que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razon està clara en todas las cosas que se posseen, que entonces no se podrà decir, que se desean, sino que se aman. Como el que tiene salud, no dirà que desea la salud, sino que la ama. I el que tiene hijos, no podrà decir, que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean, se pueden decir que se aman como la muerte de los enemigos, que se desea, i no se ama. I asi que por esta razon el amor, i deseo, vienen a ser diferentes efectos de la voluntad. Verdad es, que amor es padre del deseo, i entre otras difiniciones que del amor se dàn, esta es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve, i nos tira a sì, i nos deleita, i aplace; i aquel placer engendra movimiento en el animo, el qual movimiento se llama deseo; i en resolucion, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama: i un querer de aquello que se possee, i el obgeto suyo, es el bien, i como se hallan diversas especies de

de-

deſeos. I el amor es una eſpecie de deſeo, que atiende, i mira al bien que ſe llama bello. Pero para mas clara difinicion, i diverſion del amor, ſe ha de entender que en tres maneras ſe divide, en amor honeſto, en amor util, i en amor deleitable. I a eſtas tres ſuertes de Amor, ſe reducen quantas maneras de amar, i deſear pueden caber en nueſtra voluntad: porque el amor honeſto, mira a las coſas del Cielo, eternas, i Divinas: El util, a las de la tierra, alegres, i perecederas, como ſon las riquezas, mandos, i ſeñorìos: El deleitable, a las guſtoſas, i placenteras, como ſon las bellezas corporales vivas, que tu Lenio digiſte. I qualquiera ſuerte deſtos amores que he dicho, no deve ſer de ninguna lengua vituperada: porque el amor honeſto ſiempre fue, es, i ha de ſer limpio, ſencillo, puro, i Divino, i que ſolo en Dios pàra, i ſoſsiega. El amor provechoſo, por ſer como es natural, no deve condenarſe, ni menos el deleitable, por ſer mas natural que el provechoſo. Que ſean naturales eſtas dos ſuertes de amor en noſotros, la experiencia nos lo mueſtra, porque luego que el atrevido primer padre nueſtro paſsò el Divino Mandamiento, i de Señor quedò hecho ſiervo, i de libre eſclavo; luego conociò la miſeria en que avia caìdo, i la pobreza en que eſtava. I aſsi tomò en el momento las hojas de los arboles que le cubrieſſen, i ſudò, i trabajò rompiendo la tierra para ſuſtentarſe, i vivir con la menos incomodidad que pudieſſe. I tras eſto, (obedeciendo mejor a ſu Dios en ello, que en otra coſa) procurò tener hijos, i perpetuar, i deleitar en ellos la generacion humana; i aſsi como por ſu inobediencia entrò la muerte en èl, i por èl en todos ſus decendientes; aſsi heredamos juntamente todos ſus efetos, i paſsiones, como heredamos ſu meſma naturaleza; i como èl procurò remediar ſu neceſsidad, i pobrèza, tambien noſotros no podemos dejar de procurar, i deſear remediar la nueſtra: I de aqui nace el amor que tenemos a las coſas utiles a la vida humana; i tanto quanto mas alcanzamos dellas, tanto mas nos parece que remediamos nueſtra falta; i por el miſmo conſiguiente heredamos el deſeo de perpetuarnos en nueſtros hijos. I de eſte deſeo ſe ſigue, el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como ſolo, i verdadero medio, que tales deſeos a dichoſo fin conduce. Aſsi que eſte amor deleitable, ſolo, i ſin mezcla de otro accidente,

ès digno antès de alabanza, que de vituperio. I efte ès el Amor que tu, Lenio, tienes por enemigo; i caufalo que no le entiendes, ni conoces, porque nunca le has vifto folo, i en fu mefma figura, fino fiempre acompañado de defeos perniciofos, lafcivos, i mal colocados; i efto no es culpa del amor, que fiempre es bueno, fino de los accidentes que fe le llegan. Como vemos que acaece en algun caudalofo rio, el qual tiene fu nafcimiento de alguna liquida, i clara fuente, que fiempre claras, i frefcas aguas le và miniftrando, i a poco efpacio que de la limpia madre fe aleja, fus dulces, i criftalinas aguas, en amargas, i rubias fon convertidas, por los muchos, i no limpios arroyos, que de una, i otra parte fe le juntan. Afsi que efte primer movimiento (amor, o defeo, como llamarlo quifieres) no puede nacer fino de buen principio. I aun dellos es el conocimiento de la belleza, la qual, conocida por tal, cafi parece impofsible que de amar fe dege. I tiene la belleza tanta fuerza para mover nueftros animos, que ella fola fue parte para que los antiguos Filofofos (ciegos, i fin lumbre de Fè que los encaminaffe) llevados de la razon natural, i traidos de la belleza que en los eftrellados Cielos, i en la maquina, i redondez de la tierra contemplavan: admirados de tanto concierto, i hermofura, fueron con el entendimiento raftreando, haciendo efcala por eftas caufas fegundas, hafta llegar a la primera caufa de las caufas. I conocieron que avia un folo principio fin principio de todas las cofas; pero lo que mas los admirò, i levantò la confideracion, fue ver la compoftura del hombre tan ordenada, tan perfeta, i tan hermofa, que le vinieron a llamar mundo abreviado: i afsi es verdad, que en todas las obras hechas por el Mayordomo de Dios, Naturaleza, ninguna es de tanto primor, ni que mas defcubra la grandeza, i fabiduria de fu Hacedor. Porque en la figura, i compoftura del hombre, fe cifra, i cierra la belleza, que en todas las otras partes della fe reparte. I de aqui nace, que efta belleza conofcida fe ama, i como toda ella mas fe mueftre, i refplandezca en el roftro, luego como fe vè un hermofo roftro, llama, i tira la voluntad a amarle. De do fe figue, que como los roftros de las mugeres hagan tanta ventaja en hermofura al de los varones, ellas fon las que fon de nofotros mas queridas, fervidas, i folicitadas, como a cofa en quien confifte la belleza, que naturalmente mas a nueftra vifta contenta. Pero viendo el Hacedor, i Criador nueftro, que es propia naturaleza

O del

del anima nueſtra, eſtàr contino en perpetuo movimiento, i deſeo, por no poder ella paràr ſino en Dios, como en ſu propio centro, quiſo, porque no ſe arrojaſſe à rienda ſuelta à deſear las coſas perecederas, i vanas (i eſto ſin quitarle la libertad del libre alvedrio) ponerle encima de ſus tres potencias, una deſpierta centinela, que la aviſaſſe de los peligros que la contraſtavan, i de los enemigos que la perſeguian. La qual fue la razon que corrige, i enfrena nueſtros deſordenados deſeos. I viendo aſsi meſmo que la belleza humana avia de llevar tras sì nueſtros afectos, e inclinaciones, ya que le pareciò quitarnos eſte deſeo, a lo menos quiſo templarle, i corregirle, ordenando el ſanto yugo del matrimonio, debajo del qual, al varon, i a la hembra los mas de los guſtos, i contentos amoroſos naturales le ſon licitos, i devidos. Con eſtos dos remedios pueſtos por la divina mano, ſe viene a templar la demaſia que puede aver en el amor natural que tu, Lenio, vituperas, el qual amor de sì es tan bueno, que ſi en noſotros faltaſſe, el mundo, i noſotros acabariamos. En eſte meſmo amor de quien voi hablando eſtàn cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza, que el amante conforme la caſta voluntad de la coſa amada la ſuya templa. Es fortaleza, porque el enamorado,qualquier adverſidad puede ſufrir por amor de quiẽ ama. Es juſticia, porque con ella a la que bien quiere ſirve, forzandole la meſma razon a ello. Es prudencia, porque de toda ſabiduria eſtà el amor adornado. Mas yo te demando, o Lenio, tu que has dicho que el amor es cauſa de ruina de Imperios, deſtruicion de Ciudades, de muertes de amigos, de ſacrilegios hechos, inventor de traiciones, tranſgreſſor de leyes. Digo que te demando que me digas qual loable coſa hai hoi en el mundo, por buena que ſea, que el uſo della no pueda en mal ſer convertida? Condeneſe la Filoſofia, porque muchas veces nueſtros defetos deſcubre, i muchos Filoſofos han ſido malos. Abraſenſe las obras de los heroicos Poetas, porque con ſus ſatiras, i verſos, los vicios reprehenden, i vituperan. Vitupereſe la Medicina, porque los venenos deſcubren: llameſe inutil la eloquencia, porque algunas veces ha ſido tan arrogante que ha pueſto en duda la verdad conocida. No ſe forgen armas, porque los ladrones, i los homicidas las uſan: ni ſe fabriquen caſas, porque puedan caer ſobre ſus habitadores. Prohivaſe la variedad de los manjares, porque ſuelen ſer cauſa de enfermedad. Ninguno procure tener hijos, porque Edipo, inſti-

tigado de cruelissima furia, matò a su padre, i Oreste hiriò el pecho de la madre propia. Tengase por malo el fuego, porque suele abrasar las cosas, i consumir las ciudades. Desdeñese el agua, porque con ella se anegò toda la tiera. Condenense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos, perversamente usados. I desta manera qualquier cosa buena puede ser en mala convertida, i proceder della efetos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito governarse dejan. Aquella antigua Cartago, emula del Imperio Romano, la belicosa Numancia, la adornada Corintho, la sobervia Tebas, i la docta Atenas, i la Ciudad de Dios Gerusalen, que fueron vencidas, i assoladas: digamos por esso, que el amor fue causa de su destruicion, i ruina. Asi que devrian los que tienen por costumbre de decir mal de Amor, decirlo dellos mismos, porque los dones de Amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza: pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los estremos, que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio grangearà nombre de loco, i el justo de iniquo. Del antiguo Cremo Tragico, fue opinion, que como el vino mezclado con el agua es bueno, assi el amor templado es provechoso, lo que es al revès en el inmoderado: la generacion de los animales racionales, i brutos seria ninguna, si del amor no procediesse, i faltando en la tierra quedaria desierta, i vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion, i cura de los hombres. Pero viniendo a lo que tu, Lenio, digiste de los tristes, i estraños efetos que el amor en los enamorados pechos hace, teniendolos siempre en continuas lagrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamàs una hora de reposo: veamos por ventura, que cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga, i trabajos. I tanto quanto mas es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer, i se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, i hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del animo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar, i contentarse, sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dè parte dello, i con todo esso se compadece de seguirla, què mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer, ni contentar el deseo, sino con ello mesmo se padezca, se llore, se tema, i se espere? El que desea

sea señorios, mandos, honras, i riquezas, ya que vè que no puede subir al ultimo grado que quisiera, como llegue a ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir a mas, le hace parar donde puede, i como mejor puede. Todo lo qual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga, ni otra satisfacion, sino el mismo amor, i el propio es su propia, i verdadera paga. I por esta razon es impossible que el amante estè contento, hasta que a la clara conozca que verdaderamente es amado, certificandole desto las amorosas señales que ellos saben, i assi estiman en tanto un regalado bolver de ojos, una prenda qualquiera que sea de su amada, un no se què de risa, de habla, de burlas que ellos de veras toman, como indicios que les van assegurando la paga que desean, i assi todas las veces que ven señales en contrario destas, es le fuerza al amante lamentarse, i afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, quando la favorable fortuna, i el blando amor se los concede. I como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad agena, a que sea una propia con la mia, i juntar dos diferenres almas en tan dissoluble ñudo, i estrecheza, que de las dos sean unos los pensamientos, i unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empressa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida, satisface, i alegra sobre todas las que en esta vida se desean. I no todas veces son las lagrimas con razon, i causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados, porque si todas sus lagrimas, i suspiros se causaron de ver que no se responde a su voluntad, como se deve, i con la paga que se requiere, avria de considerar primero, adonde levantaron la fantasìa, i si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que qual nuevos Icaros, caigan abrasados en el rio de las miserias: de las quales no tendrà la culpa amor, sino su locura. Con todo esso yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama por fuerza, ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestìa, que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo, que el conseguirla, sea de grandissimo gusto, i contento, como lo es al cansado el reposo, i la salud al enfermo. Junto con esto confiesso, que si los amantes señalassen, como en el uso antiguo, con piedras blancas, i negras, sus tristes, o dichosos dias, sin duda alguna que serian mas los infelices. Mas

tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja a la cantidad de otras infinitas negras. I por prueba desta verdad, vemos que los enamorados, jamàs de serlo se arrepienten, antes si alguno les prometiesse librarles de la enfermedad amorosa, como a enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave: i por esto, o amadores, no os impida ningun temor para dejar de ofreceros, i dedicaros a amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quegeis, ni arrepintais si a la grandeza vuestra las cosas bajas aveis levantado, que amor iguala lo pequeño a lo sublime, i lo menos a lo mas: I con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, quando con puro afeto, la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais a los peligros porque la gloria sea tanta, que quite el sentimiento de todo dolor. I como a los antiguos Capitanes, i Emperadores, en premio de sus trabajos, i fatigas, les eran segun la grandeza de sus vitorias aparejados triunfos; asi a los amantes les estàn guardados muchedembre de placeres, i contentos. I como a aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incommodos, i disgustos passados: asi al amante de la amada amado. Los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias, en suma tranquilidad, i alegria se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efetos tristes les condenas, por los gustosos, i alegres les deves absolver. I a la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoi por decir que vàs tan engañado en ella, como casi en las demàs cosas que contra el Amor has dicho. Porque pintarle niño ciego, desnudo, con las alas, i saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura, i sencilla, ha de ser ciego a todo qualquier otro obgeto, que se le ofreciere, sino es aquel a quien ya supo mirar, i entregarse: ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama: ha de tener alas de ligereza para estar pronto a todo lo que por su parte se le quiere mandar: pintanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho, ha de ser profunda, i secreta; i que apenas se descubra sino la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las quales obran en diferentes maneras, es darnos a entender, que en el perfeto amor no ha de aver medio de querer, i no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente sin mezcla de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si consu-

miò a los Troyanos, engrandeciò a los Griegos: si hizo cessar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitò el Reino a Tarquino, redujo a libertad la republica. I aunque pudiera traer aqui muchos egemplos en contrario de los que truge de los efetos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sì son tan notorios: solo quiero rogarte, te dispongas a creer, que he mostrado, i que tengas paciencia para oìr una Cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo, i si por ella, i por lo que te he dicho, no quisieres reducirte a ser de la parte de Amor, i te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dèl he declarado, si el tiempo de agora lo concede, o en otro qualquiera que tu escogieres, i señalares, te prometo satisfacer a todas las rèplicas, i argumentos que en contrario de los mios decir quisieres: i por agora estame atento, i escucha.

CANCION DE TIRSI.

Salga del limpio enamorado pecho
La voz sonora, i en suave acento
Cante de amor las altas maravillas
De modo que contento, i satisfecho
Quede el mas libre, i suelto pensamiento
Sin que las sienta con no mas de oillas.
Tu dulce amor que puedes referillas
Por mi lengua si quieres
Tal gracia le concede,
Que con la palma quede
De gusto, i gloria por decir quien eres;
Que si me ayudas, como yo confio,
Verase en presto buelo
Subir al Cielo tu valor, i el mio.

Es el amor principio del bien nuestro,
Medio por do se alcanza, i se grangea
El mas dichoso fin que se pretende.
De todas ciencias sin igual maestro,
Fuego, que aunque de yelo un pecho sea
En claras llamas de virtud le enciende,
Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende,
Raiz

Raìz de adonde nace
La venturosa planta
Que al Cielo nos levanta
Con tal fruto que al alma satisface;
De bondad, de valor, de honesto celo;
De gusto sin segundo,
Que alegra al mundo, i enamora al Cielo.

Cortesano, galàn, sabio, discreto,
Callado, liberal, manso, esforzado,
De aguda vista, aunque de ciegos ojos,
Guardador verdadero del respeto.
Capitan, que en la guerra do ha triunfado
Sola la honra quiere por despojos:
Flor que crece entre espinas, i entre abrojos;
Que a vida, i alma adorna
Del temor enemigo,
De la esperanza amigo;
Huesped que mas alegra quando torna;
Instrumento de honrosos ricos bienes
Por quien se mira, i medra
La honrosa yedra en las honradas sienes.

Instinto natural que nos commueve
A levantar los pensamientos, tanto
Que apenas llega alli la vista humana;
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del Cielo santo:
Sierra, en su cumbre deleitosa, i llana;
Facilidad que lo intricado allana,
Norte por quien se guia
En este mar insano
El pensamiento sano,
Alivio de la triste fantasìa;
Padrino que no quiere nuestra afrenta;
Faròl que no se encubre,
Mas no descubre el puerto en la tormenta.

Pintor que en nuestras animas retrata

Con apacibles sombras, i colores;
Ora mortal, ora inmortal belleza;
Sol que todo nublado desbarata,
Gusto a quien son sabrosos los dolores;
Espejo en quien se vè naturaleza
Liberal, que en su punto la franqueza
Pone con justo medio,
Espiritu de fuego
Que alumbra al que es mas ciego,
Del odio, i del temor solo remedio.
Argos que nunca puede estàr dormido
Por mas que a sus orejas
Lleguen consejos de algun Dios fingido;

Egercito de armada infanteria
Que atropella cien mil dificultades;
I siempre queda con vitoria, i palma;
Morada adonde asiste el alegria.
Rostro que nunca encubre las verdades
Mostrando claro lo que està en el alma;
Por donde la tormenta es dulce calma
Con solo que se espere
Tenerla en tiempo alguno,
Refrigerio oportuno
Que cura el desdeñado quando muere.
En fin Amor es vida, es gloria, es gusto;
Almo feliz sossiego:
Seguidle luego, que el seguirle es gusto.

El fin del razonamiento, i Cancion de Tirsi, fuè principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, sino fue en el desamorado Lenio, a quien no pareciò tan bien su respuesta que le satisfaciesse al entendimiento, i le mudasse de su primer proposito. Viòse esto claro, porque yà iva dando muestras de querer responder, i replicar a Tirsi, si las alabanzas que a los dos davan Darintho, i su Compañero, i todos los Pastores, i Pastoras presentes, no lo estorvàran. Porque tomando la mano el amigo de Darintho, dijo. En este punto acabo de conocer como la potencia, i sabiduria de Amor, por todas las par-

res de la tierra se estiende; i que donde mas se afina, i apura, es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oido al desamorado Lenio, i al discreto Tirsi, cuyas razones, i argumentos, mas parecen de ingenios entre Libros, i las Aulas criados, que no de aquellos que entre pagizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaria yo tanto desto, si fuesse de aquella opinion del que dijo, que el saber de nuestras almas, era acordarse de lo que yà sabìan, presuponiendo que todas se crian enseñadas: mas quando veo que devo seguir el otro mejor parecer del que afirmò, que nuestra alma era como una tabla rasa, la qual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de vèr como aya sido impossible, que en la compañia de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas Universidades: sì yà no quiero persuadirme a lo que primero dige, que el amor por todo se estiende, i a todos se comunica, al caido levanta, al simple avisa, i al avisado perfecciona. Si conocieras, señor, respondiò a esta sazòn Elicio, como la crianza del nombrado Tirsi, no ha sido entre los arboles, i florestas, como tu imaginas, sino en las Reales Cortes, i conocidas Escuelas, no te maravillàras de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado por decir. I aunque el desamorado Lenio, por su humildad, ha confessado que la rusticidad de su vida, pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo esso te asseguro, que los mas floridos años de su edad gastò, no en el egercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes, en loables estudios, i discretas conversaciones. Assi que si la platica que los dos han tenido, demàs que de Pastores te parece: contemplalos como fueron, i no como agora son. Quanto mas, que hallaràs Pastores en estas nuestras riberas, que no te causaràn menos admiracion si los oyes, que los que aora has oido: porque en ellas apacientan sus ganados los famosos, i conocidos Franio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo, i los dos Matuntos, padre, i hijo, uno en la lira, i otro en la poesìa, sobre todo estremo estremados. I para remate de todo, buelve los ojos, i conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede paràr tu deseo, si desea conocer el estremo de discrecion, i sabiduria. Responder queria el Cavallero a Elicio, quando una de aquellas Damas que con èl venian, dijo a la otra. Pareceme, señora Nisida,

da, que pues el Sol va ya declinado, que seria bien que nos fuessemos, si avemos de llegar mañana adonde dicen que està nuestro padre. No huvo bien dicho esto la Dama, quando Darintho, i su Compañero la miraron, mostrando que les avia pesado de que huviesse llamado por su nombre a la otra. Pero ansi como Elicio oyò el nombre de Nisida, le diò en el alma si era aquella Nisida, a quien el Hermitaño Silerio tantas cosas avia contado, i el mismo pensamiento les vino a Tirsi, Damon, i a Erastro. I por certificarse Elicio de lo que sospechava, dijo. Pocos dias ha, señor Darintho, que yo, i algunos de los que aqui estamos, oimos nombrar el nombre de Nisida, como aquella Dama agora ha hecho, pero de mas lagrimas acompañado, i con mas sobresaltos referido. Por ventura, respondiò Darintho, hai alguna Pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nisida? No, respondiò Elicio; pero esta que yo digo, en ellas naciò, i en las apartadas del famoso Sebeto fue criada. Què es lo que dices, Pastor? Replicò el otro Cavallero. Lo que oyes, respondiò Elicio, i lo que mas oiràs, si me asseguras una sospecha que tengo. Dimela, dijo el Cavallero, que podria ser se te satisfaciesse. A esto replicò Elicio: A dicha, Señor, tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar essa verdad, respondiò el otro, porque Timbrio me llamo, el qual nombre quisiera encubrir hasta otra sazòn mas oportuna: mas la voluntad que tengo de saber, porque sospechaste que asi me llamava, me fuerza a que no te encubra nada de lo que de mi saber quisieres. Segun esso tampoco me negaràs, dijo Elicio, que esta Dama que contigo traes, se llama Nisida, i aun por lo que yo puedo congeturar, la otra se llama Blanca, i es su hermana. En todo has acertado, respondiò Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tu la causa que te ha movido a preguntarmelo. Ella es tan buena, i serà tan de tu gusto, replicò Elicio, qual lo veràs antes de muchas horas. Todos los que no sabìan lo que el Hermitaño Silerio, a Elicio, Tirsi, Damon, Erastro, avia contado, estavan confusos, oyendo lo que entre Timbrio, i Elicio passava. Mas a este punto dijo Damon, bolviendose a Elicio, no entretengas, o Elicio, las buenas nuevas que puedes dàr a Timbrio. I aun yo, dijo Erastro, no me detendrè un punto de ir a darselas al lastimado Silerio, del hallazgo de Timbrio. Santos Cielos, què es lo que hoigo! dijo Timbrio, i què es lo que di-

ces,

ces, Paſtor? Es por ventura eſſe Silerio que has nombrado, el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deſeo ver mas que a otra coſa que me pueda pedir el deſeo. Sacame deſta duda luego, aſsi crezcan, i multipliquen tus rebaños, de manera que te tengan embidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon, que el Silerio que Eraſtro dice, es el meſmo que tu dices, i el que deſea ſaber mas de tu vida, que ſoſtener, i aumentar la ſuya propia, porque deſpues que te partiſte de Napoles, ſegun èl nos ha contado, ha ſentido tanto tu auſencia, que la pena della, con la que le cauſavan otras pèrdidas que èl nos contò, le ha reducido a terminos que en una pequeña Hermita, que poco menos de una legua eſtà de aqui diſtante, paſſa la mas eſtrecha vida, que imaginar ſe puede, con determinacion de eſperar alli la muerte, pues de ſaber el ſuceſſo de tu vida, no podia ſer ſatisfecho. Eſto ſabemos cierto, Tirſi, Elicio, Eraſtro, i yo, porque èl meſmo nos ha contado la amiſtad que contigo tenia, con toda la hiſtoria de los caſos a entrambos ſucedidos, haſta que la fortuna por tan eſtraños accidentes os apartò para apartarle a èl a vivir en tan eſtraña ſoledad, que te cauſarà admiracion quando le veas. Veale yo, i llegue luego el ultimo remate de mis dias, dijo Timbrio: i aſsi os ruego, famoſos Paſtores, por aquella corteſìa que en vueſtros pechos mora, que ſatiſfagais eſte mio, con decirme adonde eſtà eſſa Hermita adonde Silerio vive. Adonde muere podràs mejor decir, dijo Eraſtro, pero de aqui adelante vivirà con las nuevas de tu venida: i pues tanto ſu guſto, i el tuyo deſeas, levantate, i vamos, que antes que el Sol ſe ponga, te pondrè con Silerio: mas ha de ſer con condicion, que en el camino nos cuentes todo lo que te ha ſucedido deſpues que de Napoles te partiſte, que de todo lo demàs haſta aquel punto ſatisfechos eſtàn algunos de los preſentes. Poca paga me pides, reſpondiò Timbrio, para tan gran coſa como me ofreces; porque no digo yo contarte eſſo, pero todo aquello que de mi ſaber quiſieres. I mas bolviendoſe a las Damas que con èl venian, les dijo. Pues con tan buena ocaſion, querida, i ſeñora Niſida, ſe ha rompido el preſupueſto que traìamos de no decir nueſtros propios nombres, con el alegria que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, ſino que luego vamos a vèr a Silerio, a quien vos, i yo devemos las vidas, i el contento que poſſeemos. Eſcuſado es, ſeñor Timbrio, reſpondiò

Ni-

Nisida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo, i que tan bien me està el hacerla: vamos en hora buena, que yà cada momento que tardare de verle, se me harà un siglo. Lo mesmo dijo la otra Dama, que era su hermana Blanca (la mesma que Silerio avia dicho) i la que mas muestra diò de contento. Solo Darintho, con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, antes con un estraño silencio se levantò, i mandò a un su criado, que le truxesse el cavallo en que alli avia venido, sin despedirse de ninguno subiò en èl, i bolviendo las riendas a passo tirado, se desviò de todos. Quando esto viò Timbrio, subiò en otro cavallo, i con mucha priessa siguiò a Darintho hasta que le alcanzò, i travando por las riendas del cavallo, le hizo estàr quedo, i alli estuvo con èl hablando un buen rato, al cabo del qual Timbrio se bolviò donde los Pastores estavan, i Darintho siguiò su camino, embiando a disculparse con Timbrio del averse partido sin despedirse dellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda, i Florisa, a las hermosas Nisida, i Blanca se llegaron; i la Discreta Nisida en breves razones les contò la amistad tan grande que entre Timbrio, i Silerio avia, con mucha parte de los sucessos por ellos passados; pero con la buelta de Timbrio, todos quisieron ponerse en camino para la Hermita de Silerio; sino que a la mesma sazòn llegò a la fuente una hermosa Pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurròn al hombro, i cayado en la mano, la qual como viò tan agradable compañia, con lagrimas en los ojos les dijo. Si por ventura hai entre vosotros, señores, quien de los estraños efetos, i casos de amor tenga alguna noticia, i las lagrimas, i suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente a vèr si es possible remediar, i detener las mas amorosas lagrimas, i profundos suspiros, que jamàs de ojos, y pechos enamorados salieron: acudid pues, Pastores, a lo que os digo, vereis como con la experiencia de lo que os muestro, hago verdaderas mis papalabras; i en diciendo esto bolviò las espaldas, i todos quantos alli estavan la siguieron. Viendo pues la Pastora que la seguian, con presuroso passo se entrò por entre unos arboles que a un lado de la fuente estavan; i no huvo andado mucho, quando bolviendose a los que tras ella ivan, les dijo: Veis alli, señores, la causa de mis lagrimas, porque aquel Pastor que alli parece, es un hermano mio, que por aquella Pastora, ante quien està

tà hincado de hinojos, ſin duda alguna èl dejarà la vida en manos de ſu crueldad. Bolvieron todos los ojos a la parte que la Paſtora ſeñalava, i vieron que al pie de un verde ſauce eſtava arrimada una Paſtora, veſtida como cazadora ninfa, con una rica aljava que del lado le pendìa, i un encorvado arco en las manos, con ſus hermoſos, i rubios cabellos, cogidos con una verde guirnalda: el Paſtor eſtava ante ella de rodillas con un cordèl echado a la garganta, i un cuchillo deſembainado en la derecha mano, i con la izquierda tenia aſida a la Paſtora de un blanco cendal, que encima de los veſtidos trahia. Moſtrava la Paſtora ceño en ſu roſtro, i eſtàr deſguſtada de que el Paſtor alli por fuerza la detuvieſſe. Mas quando ella viò que la eſtavan mirando, con grande ahinco procurava deſaſirſe de la mano del laſtimado Paſtor, que con abundancia de lagrimas tiernas, i amoroſas palabras, le eſtava rogando, que ſiquiera le dieſſe lugar para poderle ſignificar la pena que por ella padecia; pero la Paſtora deſdeñoſa, i airada ſe apartò dèl, a tiempo que yà todos los Paſtores llegavan cerca, tanto que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera a la Paſtora hablava. O ingrata, i deſconocida Gelaſia, i con quan juſto titulo has alcanzado el renombre de cruel que tienes? Buelve endurecida los ojos a mirar al que por mirarte eſtà en el eſtremo de dolor que imaginarſe puede. Porquè huyes de quien te ſigue? Porquè no admites a quien te ſirve? I porquè aborreces al que te adora? O ſin razon enemiga mia, dura qual levantado riſco, airada qual ofendida ſierpe, ſorda qual muda ſelva, eſquiva como ruſtica, ruſtica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas ſe ceva. Serà poſsible que mis lagrimas no te ablanden? Que mis ſuſpiros no te apiaden? I que mis ſervicios no te muevan? Si, que ſerà poſsible, pues aſsi lo quiere mi corta, i deſdichada ſuerte, i aun ſerà tambien poſsible, que tu no quieras apretar eſte lazo que a la garganta tengo, ni atraveſſar eſte cuchillo por medio deſte corazon que te adora. Buelve, Paſtora, buelve, i acaba la tragedia de mi miſerable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar eſte cordèl a mi garganta, o enſangrentar eſte cuchillo en mi pecho. Eſtas, i otras ſemejantes razones decia el laſtimado Paſtor, acompañadas de tantos ſollozos, i lagrimas, que movian compaſsion a todos quantos le eſcuchavan. Pero no por eſto la cruel, i deſamorada Paſtora, dejava de ſeguir ſu camino, ſin querer aun bolver los ojos a mirar al Paſ-

tor,

tor, que por ella en tal estado quedava: de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron; i fue de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareciò mal la crueldad de la Pastora. I ansi èl con el anciano Arsindo, se adelantaron a rogarle, tuviesse por bien de bolver a escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviesse intencion de remediarlas. Mas no fue posible mudarla de su proposito, antes les rogò, que no la tuviessen por descomedida en no hacer lo que le mandavan, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor, i de todos los enamorados, por muchas razones que a ello la movian, i una dellas era averse desde su niñez dedicado a seguir el egercicio de la casta Diana: añadiendo a estas tantas causas para no hacer el ruego de los Pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla, i bolverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el qual como viò que la Pastora era tan enemiga del amor como parecia, i que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformava, determinò de saber quien era, i de seguir su compañia por algunos dias, i asi le declarò como èl era el mayor enemigo que el amor, i los enamorados tenian: rogandole, que pues tanto en las opiniones se conformavan, tuviesse por bien de no enfadarse con su compañia, que no seria mas de lo que ella quisiesse. La Pastora se holgò de saber la intencion de Lenio, i le concediò que con ella viniesse hasta su Aldea, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se despidiò Lenio de Arsindo, rogandole que le disculpasse con todos sus amigos, i les digese la causa que le avia movido a irse con aquella Pastora: i sin esperar mas, èl, i Gelasia alargaron el passo, i en poco rato desaparecieron. Quando Arsindo bolviò a decir lo que con la Pastora avia passado, hallò que todos aquellos Pastores avian llegado a consolar al enamorado Pastor, i que las dos de las tres rebozadas Pastoras, la una estava desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, i la otra abrazada con la bella Rosaura (que asi mesmo el rostro cubierto tenia.) La que con Galatea estava era Teolinda, i la otra su hermana Leonarda, las quales assi como vieron al desesperado Pastor, que con Gelasia hallaron, un celoso, i enamorado desmayo les cubriò el corazon, porque Leonarda creyò que el Pastor era su querido Galercio, i Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro: i como las dos le vieron tan rendido, i perdido por la cruel Gelasia, llegòles tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas
de

de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de alli a poco rato bolviendo en sì Leonarda a Rosaura dijo: Hai señora mia, i como creo que todos los passos de mi remedio me tiene tomados la fortuna, pues la voluntad de Galercio està tan agena de ser mia, como se puede ver por las palabras que aquel Pastor ha dicho a la desamorada Gelasia: porque te hago saber, Señora, que aquel es el que ha robado mi libertad, i aun el que ha de dar fin a mis dias. Maravillada quedò Rosaura de lo que Leonarda decia: i mas lo fue quando aviendo tambien buelto en sì Teolinda, ella, i Galatea la llamaron, i juntandose todos con Florisa, i Leonarda, Teolinda dijo como aquel Pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le huvo bien nombrado, quando su hermana le respondiò, que se engañava, que no era sino Galercio su hermano. Ai traidora Leonarda, respondiò Teolinda, i no te basta averme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo quieres decir que es tuyo? Pues desengañate que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondiò Leonarda, i no me maravillo, que en esse mismo error cayeron todos los de nuestra Aldèa, creyendo que este Pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron a entender que no era sino su hermano Galercio, que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una a la otra; i aun si puede aver mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondiò Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan facilmente se hallan estos milagros en naturaleza: i assi te hago saber, que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel Pastor que alli veo es Artidoro; i si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion, i firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar, o temer que tan presto aya hecho mudanza, i me olvide. Sossegaos, Pastoras, dijo entonces Rosaura, que yo os sacarè presto de essa duda en que estais; i dejandolas a ellas, se fue adonde el Pastor estava, dando a aquellos Pastores cuenta de la estraña condicion de Gelasia, i de las sin razones que con èl usava. A su lado tenia el Pastor la hermosa Pastorcilla que decia q̃ era su hermano, a la qual llamò Rosaura, i apartandose con ella a un cabo, la importunò, i rogò le digese como se llamava su hermano, i si tenia otro alguno que le pareciesse: a lo qual la Pastora respondiò que se llamava Galer-

lercio, i que tenia otro que se llamava Artidoro, que le parecia tanto que apenas se diferenciavan, sino es por alguna señal de los vestidos, o por el organo de la voz que en algo diferia. Preguntòle tambien, què se avia hecho Artidoro: respondiole la Pastora, que andava en unos montes algo de alli apartados repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, i que nunca avia querido entrar en el Aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas de Henares avia venido, i con estas le dijo otras particularidades, tales que Rosaura quedò satisfecha de que aquel Pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda avia dicho, i aquella Pastora decia, de la qual supo el nombre que se llamava Maurisa: i trayendola consigo a donde Galatea, i las otras Pastoras estavan, otra vez en presencia de Teolinda, i Leonarda, con todo lo que de Artidoro, i Galercio sabia, con lo que quedò Teolinda sossegada, i Leonarda descontenta, viendo quan descuidadas estavan las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las platicas que las Pastoras tenian, acertò que Leonarda llamò por su nombre a la encubierta Rosaura, i oyendolo Maurisa, dijo. Si yo me engaño, Señora, por vuestra causa ha sido aqui mi venida, i la de mi hermano. En que manera? dijo Rosaura. Yo os lo dirè, si me dais licencia de que a solas os lo diga, respondiò la Pastora. De buena gana, replicò Rosaura; i apartandose con ella la Pastora, le dijo. Sin duda alguna, hermosa Señora, que a vos, i a la Pastora Galatea, mi hermano, i yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Asi deve ser, respondiò Rosaura, i llamando a Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fue avisarles, como de alli a dos dias vendria con dos amigos suyos a llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, i juntamente con esto diò de parte de Grisaldo a Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar a Rosaura avia mostrado: Rosaura, i Galatea agradecieron a Maurisa el buen aviso, i en pago dèl, la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le avia embiado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Alli de nuevo se tornò a informar Galatea de la semejanza estraña que entre Galercio, i Artidoro avia. Todo el tiempo que Galatea, i Rosaura gustaban en hablar a Maurisa, le entretenian Teolinda, i Leonarda en mirar a Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galer-

lercio, que tanto al de Artidoro ſemejava, no podia apartarlos de mirar. I como los de la enamorada Leonarda ſabian lo que miravan, tambien le era impoſsible a otra parte bolverlos. A eſta ſazon ya los Paſtores avian conſolado a Galercio, aunque para el mal que padecia qualeſquier conſejos, i conſuelos tenia por vanos, i eſcuſados, todo lo qual redundava en daño de Leonarda, Roſaura, i Galatea, viendo que los Paſtores acia ella ſe venian, deſpidieron a Mauriſa diciendole, que digeſe a Griſaldo, como Roſaura eſtaria en caſa de Galatea. Mauriſa ſe deſpidiò dellas, i llamando a ſu hermano en ſecreto, le contò lo que con Roſaura, i Galatea paſſado avia, i aſsi con buen comedimiento ſe deſpidiò dellas, i de los Paſtores, i con ſu hermana diò la buelta a ſu Aldea. Pero las enamoradas hermanas Teolinda, i Leonarda, que vieron que en irſe Galercio ſe les iva la luz de ſus ojos, i la vida de ſu vida, entrambas a dos ſe llegaron a Galatea, i a Roſaura, i les rogaron les dieſſen licencia para ſeguir a Galercio, dando por eſcuſa Teolinda que Galercio le diria adonde Artidoro eſtava. I Leonarda que podria ſer que la voluntad de Galercio ſe trocaſſe viendo la obligacion en que le eſtava. Las Paſtoras ſe la concedieron, con la condicion que antes Galatea a Teolinda avia pedido que era que de todo ſu bien, o ſu mal la aviſaſſe. Tornòſelo a prometer Teolinda de nuevo, i de nuevo deſpidiendoſe, ſiguiò el camino que Galercio, i Mauriſa llevavan. Lo miſmo hicieron luego (aunque por diferente parte) Timbrio, Tirſi, Damon, Orompo, Criſio, Marſilo, i Orſinio, que a la Hermita de Silerio con las hermoſas hermanas Niſida, i Blanca ſe encaminaron, aviendo primero ellos, i ellas deſpedidoſe del venerable Aurelio, i de Galatea, Roſaura, i Floriſa, i aſsi miſmo de Elicio, i Eraſtro, que no quiſieron dejar de bolver con Galatea, ofreciendoſe Aurelio que en llegando a ſu Aldea irìa luego con Elicio, i Eraſtro a buſcarlos a la Hermita de Silerio, i llevarìa algo con que ſatisfacer la incomodidad que para agaſajar tales hueſpedes Silerio tendria: con eſte proſupueſto unos por una, i otros por otra parte ſe ſe apartaron, i echando al deſpedirſe menos al anciano Arſindo, vieron que ſin deſpedirſe de ninguno iva lejos por el miſmo camino que Galercio, i Mauriſa, i las rebozadas Paſtoras llevavan, de que ſe maravillaron. I viendo que ya el Sol apreſurava ſu carrera para entrarſe por las puertas del Occidente, no quiſieron detenerſe alli mas, por llegar a la Aldèa antes que las ſombras de

la noche. Viendose pues Elicio, i Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, i por aligerar el cansacio del camino, i aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandò, que en tanto que a la Aldea llegavan, algo cantassen: al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzò a cantar Elicio, i a responder Erastro.

ELICIO, ERASTRO.

Elic. El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, o tiene, o ternà el suelo;
El fuego, i el crisol donde se apura
La blanca castidad, i el limpio celo,
Todo lo que el valor, sèr, i cordura,
I cifrado en la tierra un nuevo Cielo,
Juntas en uno alteza, i cortesia
Venga a mirar a la Pastora mia.

Erast. Venga a mirar a la Pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que viò otro sol que dava luz al dia
Mas claro que el que sale del Oriente.
Podrà decir como su fuego enfria,
I abrasa al alma que tocar se siente,
De vivo rayo de sus ojos bellos,
I que no hai mas que ver despues de vellos.

Eli. I que no hai mas que ver despues de vellos
Sabenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasion principal de mis enojos.
Vilos, i vi que se abrasava en ellos
Mi alma, i que entregavan los despojos
De todas sus potencias a su llama,
Que me abrasa, i me yela, arroja, i llama.

Eraſt. Que me abrasa, i me yela, arroja, i llama
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo ilustre ser puede la fama

Ha-

Hacer eſtraña, i verdadera hiſtoria.
Solo ſus ojos do el mor derrama
Toda ſu gracia, i fuerza mas notoria
Daràn materia que levante al Cielo
La pluma del mas bajo humilde buelo.

Elic. La pluma del mas bajo humilde buelo
Si quiere levantarſe haſta la esfera,
Cante la corteſia, i juſto celo
Deſta fenix ſin par, ſola, i primera.
Gloria de nueſtra edad, honra del ſuelo,
Valor del claro Tajo, i ſu ribera,
Cordura ſin igual, rara belleza
Donde mas ſe eſtremò naturaleza.
Eraſt. Donde mas ſe eſtremò naturaleza,
Donde ha igualado el penſamiento el arte,
Donde juntò el valor, i gentileza
Que en diverſos ſugetos ſe reparte.
I adonde la humildad con la grandeza
Ocupan ſolas una meſma parte,
I adonde tiene amor ſu alvergue, i nido
La bella ingrata mi enemiga ha ſido.
Elic. La bella ingrata mi enemiga ha ſido
Quien quiſo, i pudo, i ſupo en un momento
Tenerme de un ſutil cabello aſido
El libre vagaroſo penſamiento.
I aunque al eſtrecho lazo eſtoi rendido,
Tal guſto, i gloria en las priſiones ſiento,
Que eſtiendo el pie, i el cuello a las cadenas,
Llamando dulces tan amargas penas.

Eraſt. Llamando dulces tan amargas penas
Paſſo la corta fatigada vida
Del alma triſte, ſuſtentada apenas,
I aun apenas del cuerpo ſoſtenida.
Ofreciòle fortuna a manos llenas
A mi breve eſperanza fee cumplida,
Què guſto pues, què gloria, o bien ſe ofrece
Do mengua la eſperanza, i la fee crece!

Elic. Do mengua la eſperanza, i la fee crecē
Se deſcubre, i parece el alto intento
Del firme penſamiento enamorado,
Que ſolo confiado en amor puro,
Vive cierto, i ſeguro de una paga
Que al alma ſatisfaga limpiamente.
Eraſt. El miſero doliente, a quien ſugeta
La enfermedad, i aprieta, ſe contenta
Quando mas le atormenta el dolor fiero,
Con qualquiera ligero breve alivio.
Mas quando ya mas tibio el daño toca
A la ſalud invoca, i buſca entera:
Aſsi deſta manera el tierno pecho
Del amador deshecho en llanto triſte
Dice que el bien conſiſte de ſu pena,
En que la luz ſerena de los ojos
A quien diò los deſpojos de ſu vida
Le mire con fingida, o cierta mueſtra,
Mas luego amor le adieſtra, i le deſmanda,
I mas coſas demanda que primero.
Elic. Yà traſpone el otero el Sol hermoſo,
Eraſtro, i a repoſo nos combida
La noche denegrida que ſe acerca.
Eraſt. I el Aldea eſtà cerca, i yo canſado.
Elic. Pongamos pues ſilencio al canto uſado.

Bien tomàran por partido los que eſcuchando a Elicio, i a Eraſtro ivan, que mas el camino ſe alargàra, por guſtar mas del agradable canto de los enamorados Paſtores; pero el cerrar de la noche, i el llegar a la Aldea hizo que dèl ceſſaſſen, i que Aurelio, Galatea, Roſaura, i Floriſa en ſu caſa ſe recogieſſen. Elicio, i Eraſtro hicieron lo miſmo en las ſuyas, con intencion de irſe luego adonde Tirſi, i Damon, i los demàs Paſtores eſtavan, que aſsi quedò concertado entre ellos, i el padre de Galatea: ſolo eſperavan a que la blanca Luna deſterraſſe la eſcuridad de la noche. I aſsi como ella moſtrò ſu hermoſo roſtro, ellos ſe fueron a buſcar a Aurelio, i todos juntos la buelta de la Hermita ſe encaminaron, donde les ſucediò lo que ſe verà en el ſiguiente Libro.

QUINTO LIBRO DE GALATEA.


RA tanto el deseo que el enamorado Timbrio, i las dos hermosas hermanas, Nisida, i Blanca llevavan de llegar a la Hermita de Silerio, que la ligereza de los passos (aunque era mucha) no era possible que a la de la voluntad llegasse; i por conocer esto, no quisieron Tirsi, i Damon importunar a Timbrio cumpliesse la palabra que avia dado de contarles en el camino todo lo por èl sucedido, despues que se apartò de Silerio; pero todavia (llevados del deseo que tenian de saberlo) se lo ivan yà a preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oìdos de todos una voz de un Pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes arboles cantando estava, que luego en el son no mui concertado de la voz, i en lo que cantava, fue de los mas que alli venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el Pastor Lauso el que al son de un pequeño rabèl unos versos decia, i por ser el Pastor tan conocido, i saber yà todos la mudanza que de su libre voluntad avia hecho, de comun parecer recogieron el passo, i se pararon a escuchar a lo que Lauso cantava, que era esto.

LAUSO.

Quien mi libre pensamiento
Me le vino a sugetar?
Quien pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
Quien rindiò mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?
Quien abriò, i rompiò mi pecho,
I robò mi voluntad?

Donde està la fantasìa
De mi esquiva condicion?
Do el alma que yà fue mia,
I donde mi corazon,
Que no està donde solìa?
Mas yo todo donde estoi?
Donde vengo? Adonde voi?
A dicha sè yo de mi?

Soi por ventura el que fui,
O nunca he ſido el que ſoi?

Eſtrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues a tal punto he venido
Que aquello que en mi ſe halla
Es ſombra de lo que he ſido.
No me entiendo de enterderme,
Ni me valgo por valerme,
I en tan ciega confuſion
Cierta eſtà mi perdicion,
I no pienſo de perderme.

La fuerza de mi cuidado
I el amor que lo conſiente
Me tienen en tal eſtado,
Que adoro el tiempo preſente,
I lloro por el paſſado.
Veome en eſte morir,
I en el paſſado vivir,
I en eſte adoro mi muerte,
I en el paſſado la ſuerte
Que ya no puede venir.

En tan eſtraña agonia
El ſentido tengo ciego,
Pues viendo que Amor porfia,
I que eſtoi dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria.
Que ſino es la de mis ojos
Que el fuego aumẽta, i deſpojos
En eſta amoroſa fragua,
No quiero,ni buſco otra agua,
Ni otro alivio a mis enojos.

Todo mi bien comenzàra,
Todo mi mal feneciera,
Si mi ventura ordenàra
Que de ſer mi fee ſincera
Silena ſe aſſegurara.
Suſpiros aſſeguralda,
Ojos mios enteralda
Llorando en eſta verdad
Pluma, lengua, voluntad
En tal razon confirmalda.

No pudo, ni quiſo el preſuroſo Timbrio aguardar a que mas adelante el Paſtor Lauſo con ſu canto paſſaſſe, porque rogando a los Paſtores que el camino de la Hermita le enſeñaſſen,ſi ellos quedarſe querian, hizo mueſtras de adelantarſe, i aſsi todos le ſiguieron, i paſſaron tan cerca de donde el enamorado Lauſo eſtava, que no pudo dejar de ſentirlo, i de ſalirles al encuentro, como lo hizo. Con cuya compañia todos ſe holgaron,eſpecialmente Damon, ſu verdadero amigo, con el qual ſe acompañò todo el camino que deſde alli a la Hermita avia, razonando en diverſos acaecimientos que a los dos avia ſucedido, deſpues que dejaron de verſe, que fue deſde el tiempo que el valeroſo, i nombrado Paſtor Aſtraliano avia dejado los ciſalpinos paſtos, por ir a reducir aquellos que del famoſo hermano, i de la verdadera Religion ſe avian rebelado, i al cabo vinieron a reducir ſu razonamiento a tratar de los amores de Lauſo, preguntandole ahincadamente

Da-

Damon, que le digesse quien era la Pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le avia rendido. I quando esto no pudo saber de Lauso, le rogò con grandes veras, que a lo menos le digesse en que estado se hallava, si era de temor, o de esperanza, si le fatigava ingratitud, o si le atormentavan celos. A todo lo qual satisfizo bien Lauso, contandole algunas cosas que en su Pastora le avian sucedido: i entre otras le dijo, como hallandose un dia celoso, i desfavorecido, avia llegado a terminos de desesperarse, o de dàr alguna muestra que en daño de su persona, i en el del credito, i honra de su Pastora redundasse, pero que todo se remediò con averla hablado, i averle ella assegurado ser falsa la sospecha que tenia. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fue parte para bolver a mejor discurso su entendimiento, i para solenizar aquel favor con un Soneto, que de algunos que le vieron, fue por bueno estimado. Pidiò entonces Damon a Lauso que le digese. I asi, sin poder escusarse, le huvo de decir, que era este.

LAUSO.

Rica, i dichosa prenda, que adornaste
El precioso marfil, la niveve pura,
Prenda que de la muerte, i sombra escura
A la nueva luz, i vida me tornaste.
El claro cielo de tu bien trocaste
Con el infierno de mi desventura,
Porque viviesse en dulce paz segura
La esperanza que en mi resucitaste.
Sabes quanto me cuestas, dulce prenda?
El alma, i aun no quedo satisfecho,
Pues menos doi de aquello que recibo.
Mas porque el mundo tu valor entienda,
Sè tu mi alma, encierrate en mi pecho,
Veràn como por tì sin alma vivo.

Dijo Lauso el Soneto, i Damon le tornò a rogar, que si otra alguna cosa a su Pastora avia escrito se la digesse, pues sabia de quanto gusto le eran a èl oìr sus versos. A esto respondiò Lauso. Esso serà, Damon, por averme sido tu maestro en ellos, i el deseo

que tienes de ver lo que en mi aprovechaste, te hace desear oirlos: pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere te ha de ser negada. I assi te digo, que en estos mesmos dias, quando andava celoso, i mal seguro, embiè estos versos a mi Pastora.

LAUSO A SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El Amor rige la mano,
I la intencion tu belleza.
El Amor, i tu hermosura,
Silena, en esta ocasion,
Juzgaràn a discrecion
Lo que tendràs tu a locura.

El me fuerza, i ella mueve
A que te adore, i escriva,
I como en los dos estriva
Mi fé, la mano se atreve.
I aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fè, tu hermosura, Amor
Daràn del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal
(Puesto que culpa me dèn)
Bien podrè decir el bien
Que ha nacido de mi mal.
El qual bien (segun yo siento)
No es otra cosa, Silena,
Sino que tenga en la pena
Un estraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo huviera sido,
Ya el mal me tuviera loco.
Mas mis sentidos de acuerdo
Todos han dado en decir,
Que yà que aya de morir,
Que muera sufrido, i cuerdo.

Pero bien considerado,
Mal podrà tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un celoso, i desamorado,
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
I el enemigo a los ojos.

Goces, Pastora, mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Grangeado con tus daños.
Sigue tu gusto, Señora,
Pues te parece tan bueno,
Que yo por el bien ageno
No pienso llorar agora.

Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria, i palma
El no tener libertad.
Mas aì que fortuna quiere,
Y el Amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voi

Tras quien ha de condenarme,
I quando pienso apartarme,
Mas quedo, i mas firme estoi.
Què lazos, què redes tienen,
Silena, tus ojos bellos?
Que quanto mas huyo dellos,
Mas me enlazan, i detienen.

Ai ojos de quien recelo
Que si soi de vos mirado,
Es por crecerme el cuidado,
I por menguarme el consuelo.
Ser vuestras vistas fingidas
Conmigo, es pura verdad,
Pues pagan mi voluntad
Con prendas aborrecidas.

Què recelos, què temores
Persiguen mi pensamiento,
I què de contrarios siento
En mis secretos amores.

Dejame aguda memoria,
Olvidate, no te acuerdes
Del bien ageno, pues pierdes
En ello tu propia gloria.

Con tantas firmas afirmas
El amor que està en tu pecho,
Silena, que a mi despecho
Siempre mis males confirmas.
O pèrfido Amor cruèl,
Qual lei tuya me condena
Que dè yo el alma a Silena,
I que me niegue un papel.

No mas, Silena, què toco
En puntos de tal porfia,
Que el menor dellos podria
Dejarme sin vida, o loco.
No passe de aqui mi pluma,
Pues tu la haces sentir,
Que no puedo reducir
Tanto mal a breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, i en alabar la singular hermosura, discrecion, donaire, honestidad, i valor de su Pastora, a èl, i a Damon se les aligerò la pesadumbre del camino, i se les passò el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la Hermita de Silerio, en la qual no querian entrar Timbrio, Nisida, i Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenò de otra manera, porque aviendose adelantado Tirsi, i Damon a ver lo que Silerio hacia, hallaron la Hermita abierta, i sin ninguna persona dentro, i estando confusos, sin saber donde podria estàr Silerio a tales horas, llegò a sus oidos el son de su harpa, por do entendieron que èl no devia estàr lejos, i saliendo a buscarle guiados por el sonido de la harpa, con el resplandor claro de la luna, vieron que estava sentado en el tronco de un olivo, solo, i sin otra compañia que la de su harpa, la qual tan dulcemente tocava, que por gozar de tan suave armonia, no quisieron los Pastores llegar a hablarle, i mas quando oyeron que con estremada voz estos versos comenzò a cantar.

SILERIO.

Ligeras horas del ligero tiempo
Para mi perezosas, i cansadas,
Sino estais en mi daño conjuradas;
Parezcaos yà que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabais, hareislo a tiempo,
Que estàn mis desventuras mas colmadas;
Mirad que menguaràn si sois pesadas,
Que el mal se acaba si da tiempo al tiempo.
No os pido que vengais dulces sabrosas,
Pues no hallareis camino, senda, o passo,
De reducirme al sèr que yà he perdido.
Horas a qualquier otro venturosas,
Aquella dulce del mortal traspasso,
Aquella de mi muerte sola os pido.

Despues que los Pastores escucharon lo que Silerio cantado avia, sin que èl los viesse, se bolvieron à encontrar los demàs que alli venian, con intencion que Timbrio hiciesse lo que aora oireis. Que fuè, que aviendole dicho de la manera que avian hallado a Silerio, i en el lugar do quedava, le rogò Tirsi, que sin que ninguno dellos se le diesse a conocer, si fuessen llegando poco a poco acia èl, ora les viesse, o no, porque aunque la noche hacìa clara, no por esso serìa alguno conocido, i que hiciesse ansi mismo, que Nisida, o èl, algo cantassen; i todo esto hacia por entretener el gusto que de su venida avia de recebir Silerio. Contentòse Timbrio dello, i diciendoselo a Nisida, vino en su mesmo parecer; i asi, quando a Tirsi le pareciò que estavan yà tan cerca, que de Silerio podrian ser oidos, hizo a la bella Nisida que comenzasse: la qual, al son del rabèl del celoso Orfino desta manera comenzò a cantar.

NISIDA.

Aunque es el bien que posseo
Tal, que al alma satisface,
Le turba en parte, i deshace
Otro bien que vi, i no veo.
Que amor, i fortuna escasa,
Enemigos de mi vida,
Me dan el bien por medida,
I el mal sin termino, o tassa.

En el amoroſo eſtado,
Aunque ſobre el merecer
Tan ſolo viene el placer
Quanto el mal acompañado.
Andan los males unidos
Sin un momento apartarſe,
Los bienes por acabarſe
En mil partes divididos.

Lo que cueſta (ſi ſe alcanza)
El de amor algun contento,
Declarelo el ſufrimiento,
El clamor , i la eſperanza.
Mil penas cueſta una gloria,
Un contento mil enojos;
Sabenlo bien eſtos ojos,
I mi canſada memoria.

La qual ſe acuerda contino
De quien pudo mejoralla,
I para hallarle, no halla
Alguna ſenda , o camino.

Hai dulce amigo de aquel
Que te tuvo por tan ſuyo,
Quanto èl ſe tuvo por tuyo,
I quanto yo lo ſoi dèl.

Mejoran con tu preſencia
Nueſtra no penſada dicha,
I no la buelva en deſdicha
Tu tan larga eſquiva auſencia.
A duro mal me provoca
La memoria que me acuerda,
Que fuiſte loco,i yo cuerda,
I eres cuerdo, i yo eſtoi loca.

Aquel que por buena ſuerte
Tu meſmo quiſiſte darme,
No ganò tanto en ganarme
Quanto ha perdido en perderte.
Mitad de ſu alma fuiſte,
I medio por quien la mia
Pudo alcanzar la alegria
Que tu auſencia tiene triſte.

Si la eſtremada gracia con que la hermoſa Niſida cantava , causò admiracion a los que con ella ivan , que cauſarìa en el pecho de Silerio, que ſin faltar punto, notò , i eſcuchò todas las circunſtancias de ſu canto , i como tenia tan en el alma la voz de Niſida, apenas comenzò a ſus oìdos el acento ſuyo , quando èl ſe llegò a alborotar , i a ſuſpender , i enagenar de sì miſmo , elevado en lo que eſcuchava. I aunque verdaderamente le pareciò que era la voz de Niſida aquella , tenia tan perdida la eſperanza de verla , i mas en ſemejante lugar , que en ninguna manera podia aſſegurar ſu ſoſpecha. De eſta ſuerte llegaron todos donde èl eſtava ; i en ſaludandole Tirſi , le dijo. Tan aficionados nos dejaſte, amigo Silerio , de la condicion , i converſacion tuya , que atraìdos Damon, i yo de la experiencia , i toda eſta compañia de la fama della, dejando el camino que llevavamos , te hemos venido a buſcar a tu Hermita , donde no hallandote , como no te hallamos , quedàra ſin cumplirſe nueſtro deſeo , ſi el ſon de tu harpa , i de tu eſtima-

do canto aquì no nos huviera encaminado. Harto mejor fuera, señores, respondiò Silerio, que no me hallarades, pues en mi no hallareis, sino ocasiones que a tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada dia de renovarla, no solo con la memoria del bien passado, sino con las sombras del presente, que al fin lo seràn, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos, i temores ciertos. Lastima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocian, principalmente en Timbrio, Nisida, i Blanca, que tanto le amavan, i luego quisieran darsele a conocer, sino fuera por no salir de lo que Tirsi les avia rogado: el qual hizo que todos sobre la verde yerva se sentassen, i de manera que los rayos de la clara Luna hiriessen de espaldas los rostros de Nisida, i Blanca, porque Silerio no los conociesse. Estando pues desta suerte, i despues que de Damon a Silerio avia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se passasse todo en tratar en cosas de tristeza, i por dàr principio a que la de Silerio feneciesse, le rogò que su harpa tocasse, al son de la qual el mesmo Damon cantò este Soneto.

DAMON.

Si el aspero furor del mar airado
   Por largo tiempo en su rigor durasse,
   Mal se podria hallar quien entregasse
   Su flaca nave al pielago alterado.
No permanece siempre en un estado
   El bien, ni el mal, que el uno, i otro vase,
   Porque si huyesse el bien, i el mal quedasse,
   Yà serìa el mundo a confusion tornado.
La noche al dia, i el calor al frio,
   La flor al fruto vàn en seguimiento,
   Formando de contrarios igual tela.
La sugecion se cambia en señorìo,
   En placer el pesar, la gloria en viento,
   Chè per tal variar natura e bella.

Acabò Damòn de cantar, i luego hizo de señas a Timbrio que lo mismo hiciesse: el qual, al son de la harpa de Silerio, diò principio a un Soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores avia he-

hecho, el qual de Silerio era tan ſabido, como del meſmo Timbrio.

TIMBRIO.

Tambien fundada tengo la eſperanza,
Que aunque mas ſople riguroſo viento,
No podra deſdecir de ſu cimiento.
Tal fee, tal ſuerte, i tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado Soneto, porque el oìr Silerio ſu voz, i el conocerle todo fue uno, i ſin ſer parte a otra coſa, ſe levantò de do ſentado eſtava, i ſe fue a abrazar del cuello de Timbrio, con mueſtras de tan eſtraño contento, i ſobreſalto, que ſin hablar palabra ſe tranſpuſo, i eſtuvo un rato ſin acuerdo, con tanto dolor de los preſentes, temeroſos de algun mal ſuceſſo, que yà condenavan por mala el aſtucia de Tirſi; pero quien mas eſtremos de dolor hacìa, era la hermoſa Blanca, como aquella que tiernamente le amava. Acudiò luego Niſida, i ſu hermana a remediar el deſmayo de Silerio: el qual a cabo de poco eſpacio bolviò en sì, diciendo. O poderoſo Cielo! Es poſsible que el que tengo preſente, es mi verdadero amigo Timbrio? Es Timbrio el que oigo? Es Timbrio el que veo? Si es, ſino me burla mi ventura, i mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, reſpondiò Timbrio, que yo ſoi el que ſin ti no era, i el que no fuera jamàs, ſi el Cielo no permitiera que te hallàra. Ceſſen yà tus lagrimas, Silerio amigo, ſi por mi las has derramado, pues yà me tienes preſente, que yo atajarè las mias, pues te tengo delante, llamandome el mas dichoſo de quantos viven en el mundo, pues mis deſventuras, i adverſidades han traido tal deſcuento, que goza mi anima de la poſſeſsion de Niſida, i mis ojos de tu preſencia. Por eſtas palabras de Timbrio entendiò Silerio, que la que cantado avia, i la que alli eſtava, era Niſida; pero certificòſe mas en ello, quando ella meſma le dijo. Què es eſto, Silerio mio? Què ſoledad, i què habito es eſte, que tantas mueſtras dan de tu deſcontento? Què falſas ſoſpechas, o que engaños te han conducido a tal eſtremo, para que Timbrio, i yo le tuvieſſemos de dolor toda la vida, auſentes de ti que nos la diſte? Engaños fueron, hermoſa Niſida, reſpodìò Silerio, mas por aver traido tales deſengaños, ſeràn

ràn celebrados de mi memoria el tiempo que ella me duràre. Lo mas deste tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirandole atentamente al rostro, derramando algunas lagrimas que de la alegria, i lastima de su corazon, davan manifiesto indicio. Largo seria de contar las palabras de amor, i contento, que entre Silerio, Timbrio, Nisida, i Blanca passaron, que fueron tan tiernas, i tales, que todos los Pastores que las escuchavan, tenian los ojos bañados en lagrimas de alegria. Contò luego Silerio brevemente la ocasion que le avia movido a retirarse en aquella Hermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la de ellos no avia podido saber nueva alguna, i todo lo que dijo fue ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio, el amor, i amistad que a Silerio tenia; i en el de Blanca, la amistad de su miseria. I asi como acabò de contar Silerio lo que despues que partiò de Napoles le avia sucedido: i asi rogò a Timbrio que lo mismo hiciesse, porque en estremo lo deseava; i que no se recelasse de los Pastores que estavan presentes, que todos ellos, o los mas sabian yà su mucha amistad, i parte de sus sucessos. Holgòse Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; i mas se holgaron los Pastores, que ansi mesmo lo deseavan, que yà porque Tirsi se lo avia contado, todos sabìan los amores de Timbrio, i Nisida, i todo aquello que el mesmo Tirsi de Silerio avia oido. Sentados pues todos, como yà he dicho, en la verde yerva, con maravillosa atencion estavan esperando lo que Timbrio diria: el qual dijo. Despues que la fortuna me fue tan favorable, i tan adversa, que me dejò vencer a mi enemigo, i me venciò con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nisida, con el dolor que pensar se puede, en aquel mesmo instante me partì para Napoles, i confirmandose allì el desdichado sucesso de Nisida, por no vèr las casas de su padre, donde yo la avia visto, i por las calles, ventanas, i otras partes donde yo la solìa vèr, no me renovassen continuamente la memoria de mi bien passado, sin saber què camino tomasse, i sin tener algun discurso mi alvedrio, salì de la Ciudad, i a cabo de dos dias lleguè a la fuerte Gaeta, donde hallè una nave que yà queria desplegar las velas al viento para partirse a España: embarquème en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dejava mi cielo. Mas apenas los diligentes Marineros zarparon los ferros, i descogieron las velas, i al mar algun tanto se alargaron, quando se levantò una no pensada, i subita borrasca,

cà, i una fatiga de viento embiſtiò las velas del navio con tanta furia, que rompiò el arbol del trinquete, i la vela mezana abriò de arriba a bajo: acudieron luego los preſtos Marineros al remedio, i con dificultad grandiſsima amainaron todas las velas, porque la borraſca crecia, i la mar comenzava a alterarſe, i el Cielo dava ſeñales de durable, i eſpantoſa fortuna. No fue bolver al Puerto poſsible, porque era maeſtral el viento que ſoplava, i con tan grande violencia, que fue forzoſo poner la vela del trinquete al arbol mayor, i amollar, como dicen, en popa, dejandoſe llevar donde el viento quiſieſſe; i aſsi comenzò la nave, llevada de ſu furia, a correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que durò el maeſtral, diſcurrimos por todas las Islas de aquel derecho, ſin poder en ninguna tomar abrigo, paſſando ſiempre a viſta dellas, ſin q̃ Eſtrombalo nos abrigaſſe, ni Lipar nos acogieſſe, ni el Cimbalo, Lampadoſa, ni Pantanalea ſirvieſſen para nueſtro remedio: i paſſamos tan cerca de Berberìa, que los recien derribados muros de la Goleta ſe deſcubrian, i las antiguas ruinas de Cartago, ſe manifeſtavan. No fue pequeño el miedo de los que en la nave ivan, temiendo que ſi el viento algo mas reforzava, era forzoſo embeſtir en la enemiga tierra: mas quando deſto eſtavan mas temeroſos, la ſuerte que mejor nos la tenia guardada; o el Cielo que eſcuchò los votos, i promeſas que alli ſe hicieron, ordenò que el maeſtral ſe cambiaſſe en un medio dia tan reforzado, i que tocava en la quarta del jaloque, que en otros dos dias nos bolviò al meſmo puerto de Gaeta, donde aviamos partido, con tanto conſuelo de todos, que algunos ſe partieron a cumplir las romerìas, i promeſas que en el peligro paſſado avian hecho. Eſtuvo alli la nave otros quatro dias reparandoſe de algunas coſas que le faltavan: al cabo de los quales tornò a ſeguir ſu viage, con mas ſoſſegado mar, i proſpero viento: llevando a viſta la hermoſa ribera de Genova, llena de adornados jardines, blancas caſas, i relumbrantes chapiteles, que heridos de los rayos del Sol, reberveran con tan encendidos rayos que apenas dejan mirarſe. Todas eſtas coſas que deſde la nave ſe miravan, pudieran cauſar contento, como le cauſavan a todos los que en la nave ivan, ſino a mi que me era ocaſion de mas peſadumbre; ſolo el deſcanſo que tenia, era entretenerme lamentando mis penas, cantandolas, o por mejor decir, llorandolas al ſon de un laud de uno de aquellos Marineros. I una noche me acuerdo, i aun es bien que me acuerde, pues en

ella començò a amanecer mi dia, que estando sossegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas a los arboles, i los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navio tendidos, i el timonero casi dormido, por la bonanza que avia, i por la que el Cielo assegurava: en medio deste silencio, i en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejavan entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomè el laud, i comencè a cantar unos versos, que avrè de repetir agora, porque se advierta de que estremo de tristeza, i quan sin pensarlo me passò la suerte al mayor de alegria que imaginar supiera: era, si no me acuerdo mal, lo que cantava esto.

TIMBRIO.

Agora que calla el viento,
I el sesgo mar està en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento.
Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dar señales
El alma, i el corazon
De vivas ansias mortales.

Llevòme el Amor en buelo
Por uno, i otro dolor
Hasta ponerme en el Cielo,
I agora muerte, i Amor
Me han derribado en el suelo.
Amor, i muerte ordenaron,
Una muerte, i Amor tal
Qual en Nisida causaron,
I de mi bien, i su mal
Eterna fama ganaron.

Con nueva voz, i terrible
De hoi mas, i en son espantoso
harà la fama creible
Que el Amor es poderoso,
I la muerte es invencible.
De su poder satisfecho
Quedarà el Mundo, si advierte
Què hazaña los dos han hecho;
Què vida llevò la muerte,
Que tal tiene Amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
A morir, o estar mas loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido.
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen, donde quiera
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.

Mi vitoria tan subida
Fue con muerte celebrada
De la mas ilustre vida
Que en la presente, o passada
Edad fue, ni es conocida.
Della llevè por despojos
Dolor en el corazon,
Mil lagrimas en los ojos,

En

En el alma confuſion,
I en el firme pecho enojos.

O fiera mano enemiga,
Como ſi alli me acabàras
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme eſtorvàras
Las anſias de mi fatiga.
O quan amargo deſcuento
Trujo la vitoria mia,
Pues pagarè, ſegun ſiento,
El guſto ſolo de un dia
Con mil ſiglos de tormento.

Tu, Mar, que eſcuchas mi llãto,
Tu, Cielo, que le ordenaſte
Amor, por quien lloro tanto,
Muerte, que mi bien llevaſte,
Acabad yà mi quebranto.
Tu, Mar, mi cuerpo recibe,
Tu, Cielo, acoge mi alma,
Tu, Amor, con la fama eſcrive;
Que muerte llevò la palma
Deſta vida que no vive.

No os deſcuideis de ayudarme
Mar, Cielo, Amor, i la Muerte,
Acabad yà de acabarme,
Que ſerà la mejor ſuerte
Que yo eſpero, i podreis darme:
Pues ſi no me anega el Mar,
I nò me recoge el Cielo,
I el Amor ha de durar,
I de no morir recelo
No sè en què avrè de paràr.

Acuerdome que llegava a eſtos ultimos verſos que he dicho, quando ſin poder paſſar adelante, interrompido de infinitos ſuſpiros, i ſollozos, que de mi laſtimado pecho deſpedia, aquejado de la memoria de mis deſventuras, del puro ſentimiento dellas, vine a perder el ſentido, con un paraſiſmo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo: pero yà deſpues que el amargo accidente huvo paſſado, abri mis canſados ojos, i hallème pueſta la cabeza en las faldas de una muger, veſtida en habito de peregrina, i a mi lado eſtava otra con el meſmo trage adornada, la qual eſtando de mis manos aſida, la una, i la otra tiernamente lloravan. Quando yo me vi de aquella manera, quedè admirado, i confuſo, i eſtava dudando ſi era ſueño aquello que veìa, porque nunca tales mugeres avia viſto jamàs en la nave deſpues que en ella andava. Pero deſta confuſion me ſacò preſto la hermoſa Niſida, que aquì eſtà, que era la peregrina que allà eſtava, diciendome. Ai Timbrio, verdadero ſeñor, i amigo mio, què falſas imaginaciones, o què deſdichados accidentes han ſido parte para poneros donde agora eſtais, i para que yo, i mi hermana tuvieſſemos tan poca cuenta con lo que a nueſtras honras deviamos, i que ſin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dejar nueſtros amados padres, i nueſtros uſados trages, con intencion de buſcaros,

ros, i desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra. Quando yo tales razones oì, de todo punto acabè de creer que soñava, i que era alguna vision aquella que delante los ojos tenia, i que la continua imaginacion que de Nisida no se apartava, era la causa que alli a los ojos viva la representasse. Mil preguntas les hice, i a todas ellas enteramente me satisficieron, primero que pudiesse sossegar el entendimiento, i enterarme que ellas eran Nisida, i Blanca. Mas quando yo fuì conociendo la verdad, el gozo que sentì fue de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor passado avia hecho. Alli supe de Nisida como el engaño, i descuido que tuviste, o Silerio, en hacer la señal de la toca, fue la causa para que creyendo algun mal sucesso mio, le sucediesse el parasismo, i desmayo, tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensè, i tu, Silerio, lo creiste. Dijome tambien como despues de buelta en sì, supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi subita, i arrebatada partida, i la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en estremo de hacer verdaderas las de su muerte. Pero yà que el ultimo termino no la llegaron, hicieron con ella, i con su hermana, por industria de una ama suya, que con ellas venia, que vistiendose en habitos de peregrinas, desconocidamente se saliessen de con sus padres. Una noche que llegavan junto a Gaeta a la buelta que a Napoles se bolvian, i fue a tiempo que la nave donde yo estava embarcado, despues de reparada de la passada tormenta, estava yà para partirse, i diciendo al Capitan que querian passar en España para ir a Santiago de Galicia, se concertaron con èl, i se embarcaron, con presupuesto de venir a buscarme a Gerez, do pensavan hallarme, o saber de mi nueva alguna: i en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que serìa quatro dias, no avia salido de un aposento que el Capitan en la popa les avia dado, hasta que oyendome cantar los versos que os he dicho, i conociendome en la voz, i en lo que en ellos decia, salieron al tiempo que os he contado, donde solenizando con alegres lagrimas el contento de avernos hallado, estavamos mirando los unos a los otros, sin saber con què palabras engrandecer nuestra nueva, i no pensada alegria, la qual se acrecentàra mas, i llegàra al termino, i punto que aora llega, si de ti, amigo Silerio, alli supieramos nueva alguna: pero como no hai placer que venga tan entero que de todo en todo al corazon satisfaga, en el que enton-
ces

ces teniamos, no solo nos faltò tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco, i agradable viento (que en aquel instante comenzò a herir las velas prospera, i blandamente) el mar tranquilo, i desembarazado Cielo, parece que todos juntos, i cada uno por sì ayudavan a solenizar la alegria de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, embidiosa de nuestra ventura, quiso turbarla con la mayor desventura, que imaginar se pudiera, si el tiempo, i los prosperos sucessos no la huvieran reducido a mejor termino. Sucediò pues que a la sazon que el viento comenzava a refrescar, los solicitos marineros izaron mas todas las velas, i con general alegria de todos, seguro, i prospero viage se asseguravan. Uno de ellos, que a una parte de la proa iva sentado, descubriò, con la claridad de los bajos rayos de la Luna, que quatro vageles de remo a larga i tirada boga, con gran celeridad, i priessa, acia la nave se encaminavan, i al momento conociò ser de contrarios, i con grandes voces comenzò a gritar, arma, arma, que vageles Turquescos se descubren. Esta voz, i subito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos a otros se miravan. Mas el Capitan della (que en semejantes ocasiones algunas veces se avia visto) viniendose a la proa, procurò reconocer que tamaño de vageles, i quantos eran, i descubriò dos mas que el marinero, i conociò que eran galeotas forzadas, de que no poco temor deviò de recibir: pero dissimulando lo mejor que pudo, mandò luego alistar la artillerìa, i cargar las velas todo lo mas que se pudiesse la buelta de los contrarios vageles, por vèr si podria entrarse entre ellos, i jugar de todas bandas la artillerìa. Acudieron luego todos a las armas, repartidos por sus postas, como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperavan. Quien podrà significaros, señores, la pena que yo en esta sazon tenia, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, i tan cerca de poder perderle; i mas quando vi que Nisida, i Blanca se miravan sin hablarse palabra, confusas del estruendo, i vocerìa que en la nave andava, i viendome a mi rogarles que en su aposento se encerrassen, i rogassen a Dios que de las enemigas manos nos librasse. Passo, i punto fue este, que desmaya la imaginacion quãdo dèl se acuerda la memoria. Sus descubiertas lagrimas, i la fuerza que yo me hacia por no mostrar las mias, me

tenian de tal manera, que casi me olvidava de lo que devia hacer, a quien era, i a lo que el peligro obligava; mas en fin las hice retraer a su estancia casi desmayadas, i cerrandolas por defuera, acudì a vèr lo que el Capitan ordenava, el qual con prudente solicitud todas las cosas al caso necessarias estava proveyendo, i dando cargo a Darintho, que es aquel Cavallero que hoi se partiò de nosotros, de la guarda del Castillo de proa, i encomendandome a mi el de popa, èl con algunos Marineros, i Passageros, por todo el cuerpo de la nave, a una, i a otra parte discurria. No tardaron mucho en llegar los enemigos, i tardò harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdicion nuestra. No ossaron los enemigos llegar a bordo, porque viendo que el tiempo calmava, les pareciò mejor aguardar el dia para embestirnos. Hicieronlo assi, i el dia venido (aunque yà los aviamos contado) acabamos de vèr que eran quince bageles gruessos los que cercados nos tenian, i entonces se acabò de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo esso, no desmayando el valeroso Capitan, ni alguno de los q̃ con èl estavan, esperò a ver lo que los contrarios harian, los quales, luego como vino la mañana, echaron de su Capitana una barquilla al agua, i con un Renegado embiaron a decir a nuestro Capitan, que se rindiesse, pues veìa ser impossible defenderse de tantos bageles, i mas q̃ eran todos los mejores de Argèl, amenazandole de parte de Arnaut Mami, su General, que si disparava alguna pieza el navìo, que le avia de colgar de una entena en cogiendole, i añadiendo a estas otras amenazas el Renegado, le persuadìa que se rindiesse: mas no queriendolo hacer el Capitan, respondiò al Renegado, que se alargasse de la nave, sino que le echaria a fondo con la artilleria. Oyò Arnaut esta respuesta, i luego cevando el navìo por todas partes, comenzò a jugar desde lejos el artilleria con tanta priessa, furia, i estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzò a hacer lo mesmo tan venturosamente, que a uno de los bageles, que por la popa le combatìan, echò a fondo, porque le acertò con una bala junto a la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbiò el mar. Viendo esto los Turcos, apresuraron el combate, i en quatro horas nos embistieron quatro veces, i otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, i no con poco nuestro. Mas por no iros cansando contandoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo dirè, que despues de avernos combaba-

batido diez i seis horas, i despues de aver muerto nuestro Capitan, i toda la mas gente del navìo, a cabo de nueve assaltos que nos dieron, al ultimo entraron furiosamente en el navìo. Tampoco, aunque quiera, no podrè encarecer el dolor que a mi alma llegò, quando vi que las amadas prendas mias que aora tengo delante, avian de ser entonces entregadas, i venidas a poder de aquellos crueles carniceros; i asi llevado de la ira que este temor, i consideracion me causava, con pecho desarmado me arrogè por medio de las barbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, antes que vèr a mis ojos lo que esperava. Pero sucediòme al revès mi pensamiento, porque abrazandose conmigo tres membrudos Turcos, i yo forcejando con ellos, de tropèl venimos a dàr todos en la puerta de la camara donde Nisida, i Blanca estavan, i con el impetu del golpe se rompiò, i abriò la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que alli estava encerrado, del qual codiciosos los enemigos, el uno dellos asiò a Nisida, i el otro a Blanca; i yo que de los dos me vi libre, al otro que me tenia, hice dejar la vida a mis pies, i de los dos pensava hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dejàran la presa de las Damas, i con dos grandes heridas no me derribàran en el suelo. Lo qual visto por Nisida, arrojandose sobre mi herido cuerpo, con lamentables voces pedia a los dos Turcos la acabassen. En este instante (atraido de las voces, i lamentos de Blanca, i Nisida) acudiò a aquella estancia Arnaute, el General de los bageles, e informandose de los Soldados de lo que passava, hizo llevar a Nisida, i a Blanca a su galera, i a ruego de Nisida mandò tambien que a mi me llevassen, pues no estava aun muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron a la enemiga galera Capitana, adonde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nisida avia dicho al Capitan, que yo era hombre principal, i de gran rescate: con intencion, que cevados de la codicia, i del dinero que de mi podrian aver, con algo mas recato mirassen por la salud mia. Sucediò pues, que estando curandome las heridas, con el dolor dellas bolvì en mi acuerdo, i bolviendo los ojos a una parte, i a otra, conocì que estava en poder de mis enemigos, i en el bagèl contrario; pero ninguna cosa me llegò tan al alma como fue vèr en la popa de la galera a Nisida, i Blanca sentadas a los pies del perro General, derramando por sus ojos infinitas lagrimas, indicios del interno dolor que padecian; no el temor de la afrentosa muer-

te que eſperava, quando tu della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraſte: no la falſa nueva de la muerte de Niſida, de mi por verdadera creìda: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra qualquiera afliccion que imaginar pudiera, me causò, ni cauſarà mas ſentimiento, que el que me vino de vèr a Niſida, i Blanca en poder de aquel barbaro deſcreido, donde a tan cercano, i claro peligro eſtavan pueſtas ſus honras. El dolor deſte ſentimiento hizo tal operacion en mi alma, que tornè de nuevo a perder los ſentidos, i a quitar la eſperanza de mi ſalud, i vida al Cirujano que me curava, de tal modo, que creyendo que era muerto, parò en medio de la cura, certificando a todos que yà yo deſta vida avia paſſado. Oidas eſtas nuevas por las dos deſdichadas hermanas, digan ellas lo que ſintieron, ſi ſe atreven, que yo ſolo sè decir, que deſpues ſupe, que levantandoſe las dos de do eſtavan, tirandoſe de ſus rubios cabellos, i arañandoſe ſus hermoſos roſtros (ſin que nadie pudieſſe detenerlas) vinieron donde yo deſmayado eſtava, i alli comenzaron a hacer tan laſtimero llanto, que a los meſmos pechos de los crueles barbaros enternecieron. Con las lagrimas de Niſida que en el roſtro me caìan, o por las yà frias, i enconadas heridas, que gran dolor me cauſavan, tornè a bolver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva deſventura. Paſſarè en ſilencio aora las laſtimeras, i amoroſas palabras que en aquel deſdichado punto entre mi, i Niſida paſſaron, por no entriſtecer tanto el alegre en que aora nos hallamos, ni quiero decir por extenſo los trances que ella me contò que con el Capitan avia paſſado: el qual, vencido de ſu hermoſura, mil promeſſas, mil regalos, mil amenazas le hizo, porque vinieſſe a condecender con la deſordenada voluntad ſuya. Pero moſtrandoſe ella con èl tan eſquiva como honrada, i tan honrada como eſquiva, pudo todo aquel dia, i la noche ſiguiente defenderſe de las peſadas importunaciones del Coſario. Mas como la continua preſencia de Niſida, iva creciendo en èl por puntos el libidinoſo deſeo, ſin duda alguna ſe pudiera temer (como yo temìa) que dejando los ruegos, i uſando la fuerza, Niſida perdieſſe ſu honra, o la vida, que era lo mas cierto que de ſu bondad ſe podia eſperar. Pero canſada ya la fortuna de avernos pueſto en el mas bajo eſtado de miſeria, quiſo darnos a entender, ſer verdad lo que de la inſtabilidad ſuya ſe pregona, por un medio que nos puſo en terminos de rogar al Cielo,

lo, que en aquella desdichada suerte nos mantuviesse, a trueco de no perder la vida sobre las hinchadas hondas del mar airado: el qual (a cabo de dos dias que cautivos fuimos, i a la sazon que llevavamos el derecho viage de Berveria) movido de un furioso jaloque, comenzò a hacer montañas de agua, i azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron, i acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al arbol, i a dejarse llevar por donde el viento, i mar quisiesse: i de tal manera creciò la tormenta, que en menos de media hora esparciò, i apartò a diferentes partes los bageles, sin que ninguno pudiesse tener cuenta con seguir su Capitan, antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bagèl a quedar solo, i a ser el que mas peligro amenazava. Porque comenzò a hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las camaras de popa, proa, i mediana le agotavan, siempre en la centina llegava el agua a la rodilla; i añadiòse a toda esta desgracia, sobrevenir la noche, que en semejantes casos (mas que en otros algunos) el medroso temor acrecienta. I vino con tanta escuridad, i nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio. No queràis mas saber, señores, sino que los mesmos Turcos rogavan a los Christianos que ivan al remo cautivos, que invocassen, i llamassen a sus Santos, i a su Christo, para que de tal desventura los librasse, i no fueron tan en vano las plegarias de los miseros Christianos (que alli ivan) que movido el alto Cielo dellas dejasse sossegar el viento, antes le creciò con tanto impetu, i furia, que al amanecer del dia (que solo pudo conocerse por las horas del relox de arena, por quien se rigen) se hallò el mal governado bagèl en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra, i tan sin poder apartarse della que fue forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiesse en una ancha playa que delante se nos ofrecia, que el amor de la vida les hizo parecer dulce a los Turcos la esclavitud que esperavan. Apenas huvo la galera embestido en tierra, quando luego acudiò a la playa mucha gente armada, cuyo trage, i lengua diò a entender ser Catalanes, i ser de Cataluña aquella costa: i aun aquel mismo lugar donde a riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. Quien pudiera exagerar aora el gozo de los Christianos, que del insufrible, i pesado yugo del amargo cautiverio veìan libres, i desembarazados sus cuellos, i las plegarias, i ruegos que los

Turcos, poco antes libres, hacian a ſus meſmos eſclavos, rogandoles fueſſen parte para que de los indignados Chriſtianos maltratados no fueſſen los quales yà en la playa los eſperavan con deſeo de vengarſe de la ofenſa que eſtos meſmos Turcos les avian hecho, ſaqueandoles ſu lugar, como tu, Silerio, ſabes. I no les faliò vano el temor que tenian, porque en entrando los del pueblo en la galera (que encallada en la arena eſtava) hicieron tan cruèl matanza en los coſſarios, que mui pocos quedaron con la vida: i ſi no fuera que les cegò la codicia de robar la galera, todos los Turcos en aquel primero impetu fueran muertos. Finalmente los Turcos que quedaron, i Chriſtianos cautivos, que alli veniamos, todos fuimos ſaqueados; i ſi los veſtidos que yo traìa no eſtuvieran ſangrentados, creo que aun no me los dejàran. Darintho, que tambien alli venia, acudiò luego a mirar por Niſida, i Blanca, i a procurar que me ſacaſſen a tierra donde fueſſe curado. Quando yo ſalì, i reconocì el lugar donde eſtava, i conſiderè el peligro en que en èl me avia viſto, no dejò de darme alguna peſadumbre, cauſada de temor no fueſſe conocido, i caſtigado por lo que no devia, i aſsi roguè a Darintho, que ſin poner dilacion alguna procuraſſe que a Barcelona nos fueſſemos, diciendole la cauſa que me movia a ello: pero no fuè poſsible, porque mis heridas me fatigavan de manera que me forzaron a que alli algunos dias eſtuvieſſe, como eſtuve, ſin ſer de mas de un Cirujano viſitado. En eſte entretanto fue Darintho a Barcelona, donde proveyendoſe de lo que meneſter aviamos, diò la buelta, i hallandome mejor, i con mas fuerza, luego nos puſimos en camino para la Ciudad de Toledo, por ſaber de los parientes de Niſida, que ſi ſabian de ſus padres, a quien yà hemos eſcrito todo el ſuceſſo de nueſtras vidas, pidiendole perdon de nueſtros paſſados yerros. I todo el contento, i dolor de eſtos buenos, i malos ſuceſſos, lo ha acrecentado, o diminuido la auſencia tuya, Silerio. Mas pues el Cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio a nueſtras calamidades, no reſta otra coſa, ſino que dandole las devidas gracias por ello, tu, Silerio amigo, deſeches la triſteza paſſada con la ocaſion de la alegria preſente, i procures darla a quien ha muchos dias que por tu cauſa vive ſin ella, como lo ſabràs quando mas a ſolas, i contigo las comunique. Otras algunas coſas me quedan por decir, que me han ſucedido en el diſcurſo deſta mi peregrinacion: pero dejarlashe por aora, por no dar con la proligidad dellas diſguſto a eſtos Paſto-

-res,

rès, que han ſido el inſtrumento de todo mi placer, i guſto. Eſte es pues, Silerio amigo, i amigos Paſtores, el ſuceſſo de mi vida. Ved ſi por la que he paſſado, i por la que aora paſſo me puedo llamar el mas laſtimado, i venturoſo hombre de los que hoi viven. Con eſtas ultimas palabras diò fin a ſu cuento el alegre Timbrio, i todos los que preſentes eſtavan ſe alegraron del felice ſuceſſo que ſus trabajos avian tenido; paſſando el contento de Silerio a todo lo que decir ſe puede: el qual tornando de nuevo a abrazar a Timbrio, forzado del deſeo de ſaber quien era la perſona que por ſu cauſa ſin contento vivia, pidiendo licencia a los Paſtores, ſe apartò con Timbrio a una parte, donde ſupo dèl que la hermoſa Blanca, hermana de Niſida, era la que mas que a sì le amava, deſde el miſmo dia, i punto que ella ſupo quien èl era, i el valor de ſu perſona, i que jamàs (por no ir contra aquello que a ſu honeſtidad eſtava obligada) avia querido deſcubrir eſte penſamiento ſino a ſu hermana, por cuyo medio eſperava tenerle honrado en el cumplimiento de ſus deſeos. Dijole aſsi miſmo Timbrio como aquel Cavallero Darintho, que con èl venia (i de quien èl avia hecho mencion en la platica paſſada) conociendo quien era Blanca, i llevado de ſu hermoſura, ſe avia enamorado della con tantas veras, que la pidiò por ſu eſpoſa a ſu hermana Niſida, la qual le deſengañò, que Blanca no lo haria en manera alguna, i que agraviado deſto Darintho, creyendo que por el poco valor ſuyo le deſechavan, i por ſacarle deſta ſoſpecha, le huvo de decir Niſida, como Blanca tenia ocupados los penſamientos en Silerio. Mas que no por eſto Darintho avia deſmayado, ni dejado la empreſſa, porquè como ſupo que de ti, Silerio, no ſe ſabia nueva alguna, imaginò que los ſervicios que el penſava hacer a Blanca, i el tiempo la apartarìan de ſu intencion primera: i con eſte preſupueſto jamàs nos quiſo dejar, haſta que ayer oyendo los Paſtores las ciertas nuevas de tu vida, i conociendo el contento que con ellas Blanca avia recebido, i conſiderando ſer impoſsible que pareciendo Silerio pudieſſe Darintho alcanzar lo que deſeava, ſin deſpedirſe de ninguno ſe avia (con mueſtras de grandiſsimo dolor) apartado de todos. Junto con eſto aconſejò Timbrio a ſu amigo, fueſſe contento de que Blanca le tuvieſſe eſcogiendola, i acetandola por eſpoſa, pues ya la conocia, i no ignorava ſu valor, i honeſtidad, encareciendole el guſto, i placer que los dos tendrian viendoſe con tales dos hermanas caſados. Silerio le reſpondiò, que le dieſſe eſpacio para penſar en aquel hecho, aunque

èl sabia que al cabo era imposible dejar de hacer lo que èl le mandasse. A esta sazon comenzava ya la blanca Aurora a dàr señales de su nueva venida, i las estrellas poco a poco ivan escondiendo la claridad suya: i a este mismo punto llegò a los oìdos de todos la voz del enamorado Lauso, el qual como su amigo Damon avia sabido que aquella noche la avian de passar en la Hermita de Silerio, quiso venir a hallarse con èl, i con los demàs Pastores: i como todo su gusto, i passatiempo era cantar al son de su rabèl los sucessos prosperos, o adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, i combidado de la soledad del camino, i de la sabrosa armonìa de las aves, que ya comenzavan con su dulce, i concertado canto a saludar el venidero dia, con baja voz semejantes versos venia cantando.

LAUSO.

Alzo la vista a la mas noble parte
Que puede imaginar el pensamiento
Donde miro el valor, admiro el arte
Que suspende el mas alto entendimiento.
Mas si quereis saber quien fue la parte
Que puso fiero yugo al cuello esento,
Quien me entregò, quien lleva mis despojos,
Mis ojos son, Silena, i son tus ojos.

Tus ojos son de cuya luz serena
Me viene la que al Cielo me encamina;
Luz de qualquiera escuridad agena
Segura muestra de la luz divina.
Por ella el fuego, el yugo, i la cadena;
Que me consume, carga, i desatina,
Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
Al alma, i vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma mia,
Termino, i fin de todo mi deseo,
Ojos que serenais el turbio dia,
Ojos por quièn yo veo, si algo veo.
En vuestra luz mi pena, i mi alegria
Ha puesto Amor, en vos contemplo, i leò

La

La dulce amarga verdadera hiſtoria
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega eſcuridad andava quando
Vueſtra luz me faltava, o bellos ojos,
Acà, i allà, ſin vèr el Cielo, errando
Entre agudas eſpinas, i entre abrojos,
Mas luego en el momento que tocando
Fueron al alma mia los manojos
De vueſtros rayos claros, vi a la clara
La ſenda de mi bien abierta, i clara.

Vi que ſois, i ſereis ojos ſerenos,
Quien me levanta, i puede levantarme
A que entre corto numero de buenos
Venga como mejor a ſeñalarme.
Eſto podreis hacer no ſiendo agenos,
I con pequeño acuerdo de mirarme,
Que el guſto del mas bien enamorado
Conſiſte en el mirar, i ſer mirado.

Si eſto es verdad, Silena, quien ha ſido,
Es, ni ſerà, que con firmeza pura,
Qual yo te quiera, ni te avrà querido,
Por mas que amor le ayude, i la ventura.
La gloria de tu viſta he merecido
Por mi inviolable fee, mas es locura
Penſar que pueda mereceſe aquello,
Que apenas puede contemplarſe en ello.

El canto, i el camino acabò a un miſmo punto el enamorado Lauſo, el qual de todos los que con Silerio eſtavan, fue amoroſamente recebido, acrecentando con ſu preſencia el alegria que todos tenian, por el buen ſuceſſo que los trabajos de Silerio avian tenido. I eſtandoſelos Damon contando, aſſomò por junto a la Hermita el venerable Aurelio, que con algunos de ſus Paſtores traìa algunos regalos con que regalar, i ſatisfacer a los que alli eſtavan, como lo avia prometido el dia antes que dellos ſe partiò. Maravillados quedaron Tirſi, i Damon de verle venir

ſin Elicio, i Eraſtro, i mas lo fueron quando vinieron a entender la cauſa del averſe quedado. Llegò Aurelio, i ſu llegada aumentàra mas el contento de todos, ſi no digera: (encaminando ſu razon a Timbrio) Si te precias (como es razon que te precies) valeroſo Timbrio, de ſer verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de moſtrarlo, acudiendo a remediar a Darintho, que no lejos de aqui queda tan triſte, i apaſsionado, i tan fuera de admitir conſuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le di, no fueron parte para que èl los tuvieſſe por tales. Hallamosle Elicio, Eraſtro, i yo avrà dos horas, en medio de aquel monte que a eſta mano derecha ſe deſcubre, el cavallo arrendado a un pino, i èl en el ſuelo boca abajo tendido, dando tiernos, i doloroſos ſuſpiros, i de quando en quando decia algunas palabras, que a maldecir ſu ventura ſe encaminavan: al ſon laſtimero de las quales llegamos à èl, i con el rayo de la Luna (aunque con dificultad) fue de noſotros conocido, e importunado que la cauſa de ſu mal nos digeſſe: dijonosla, i por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eſſo ſe han quedado con èl Elicio, i Eraſtro, i yo he venido a darte las nuevas del termino en que le tienen ſus penſamientos; i pues a ti te ſon tan manifieſtos, procura remediarlos con obras, ò acude a conſolarlos con palabras. Palabras ſeràn todas, buen Aurelio, reſpondiò Timbrio, las que yo en eſto gaſtàre, ſi yà èl no quiere aprovecharſe de la ocaſion del deſengaño, i diſponer ſus deſeos a que el tiempo, i la auſencia hagan en èl ſus acoſtumbrados efetos. Mas porque no ſe pienſe que no correſpondo a lo que a ſu amiſtad eſtoi obligado, enſeñame Aurelio a què parte le dejaſte, que yo quiero ir luego à verle. Yo irè contigo, reſpondiò Aurelio, i luego al momento ſe levantaron todos los Paſtores para acompañar a Timbrio, i ſaber la cauſa del mal de Darintho, dejando a Silerio con Niſida, i Blanca, con tanto contento de los tres, que no ſe acertavan a hablar palabra. En el camino que avia deſde alli adonde Aurelio a Darintho avia dejado, contò Timbrio a los que con èl ivan la ocaſion de la pena de Darintho, i el poco remedio que della ſe podria eſperar, pues la hermoſa Blanca, por quien èl penava, tenia ocupados ſus deſeos en ſu buen amigo Silerio, diciendoles aſsimiſmo, que avia de procurar con toda ſu induſtria, i fuerzas, que Silerio vinieſſe en lo que Blanca deſeava, ſuplicandoles, que todos fueſſen en ayudar, i favorecer ſu intencion,

cion, porque en dejando a Darintho, queria que todos a Silerio rogassen diesse el sì de recebir a Blanca por su legitima esposa. Los Pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandava; i en estas platicas llegaron adonde creyò Aurelio, que Elicio, Darintho, i Erastro estarian; pero no hallaron alguno, aunque rodearon, i anduvieron gran parte de un pequeño bosque que alli estava, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto; oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusion, i deseo de saber quien le avia dado. Mas sacòles presto desta duda otro que oyeron no menos triste que el passado, i acudiendo todos a aquella parte adonde el suspiro venìa, vieron estàr no lejos dellos al pie de un crecido nogal dos Pastores, el uno sentado sobre la yerva verde, i el otro tendido en el suelo, i la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estava el sentado con la cabeza inclinada, derramando lagrimas, i mirando atentamente al que en las rodillas tenia; i assi por esto, como por estàr el otro con color perdida, i rostro desmayado, no pudieron luego conocer quien era: mas quando mas cerca llegaron, luego conocieron que los Pastores eran Elicio, i Erastro, Elicio el desmayado, i Erastro el lloroso. Grande admiracion, i tristeza causò en todos los que alli venian la triste semblanza de los dos lastimados Pastores, por ser grandes amigos suyos, i por ignorar la causa que de tal modo los tenia. Pero el que mas se maravillò, fue Aurelio, por vèr que tan poco antes los avia dejado en compañia de Darintho, con muestras de todo placer, i contento, como si èl no huviera sido la causa de toda su desdicha. Viendo pues Erastro, que los Pastores a èl se llegavan, estremeciò a Elicio, diciendole. Buelve en ti, lastimado Pastor, levantate, i busca lugar donde puedas a solas llorar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acàbar la vida; i diciendo esto, cogiò con las dos manos la cabeza de Elicio, i quitandola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el Pastor pudiesse bolver en su acuerdo; i levantandose Erastro, bolvìa las espaldas para irse, si Tirsi, i Damon, i los demàs Pastores no se lo impidieran. Llegò Damon adonde Elicio estava, i tomandole entre los brazos, le hizo bolver en sì. Abriò Elicio los ojos, i porque conociò a todos los que alli estavan, tuvo cuenta con que su lengua movida, i forzada del dolor no digesse algo que la causa dèl manifestasse; i aunque esta le fue preguntada por todos los Pastores, jamàs respondiò sino que no sabìa otra co-

cosa de sì mismo, sino que estando hablando con Erastro le avia tomado un recio desmayo. Lo propio decia Erastro, i a esta causa los Pastores dejaron de preguntarle mas la causa de su passion, antes le rogaron que con ellos a la Hermita de Silerio se bolviesse, i que desde alli le llevarian a la Aldea, o a su cabaña, mas no fue possible que con èl esto se acabasse, sino que le dejassen bolver a la Aldea. Viendo pues que esta era su voluntad, no quisieron contradecirsela, antes se ofrecieron de ir con èl, pero de ninguno quiso compañia, ni la llevàra, si la porfia de su amigo Damon no le venciera, i asi se huvo de partir con èl, dejando concertado Damon con Tirsi, que se viessen aquella noche en el Aldea, o cabaña de Elicio, para dar orden de bolverse a la suya. Aurelio, i Timbrio preguntaron a Erastro por Darintho, el qual les respondiò, que asi como Aurelio se avia apartado dellos, le tomò el desmayo a Elicio, i que entretanto que èl le socorria, Darintho se avia partido con toda priessa, i que nunca mas le avian visto. Viendo pues Timbrio, i los que con èl venian, que a Darintho no hallavan, determinaron de bolver à la Hermita a rogar a Silerio, aceptasse a la hermosa Blanca por su esposa; i con esta intencion se bolvieron todos, excepto Erastro, que quiso seguir a su amigo Elicio, i asi despidiendose dellos, acompañado de solo su rabèl, se apartò por el mismo camino que Elicio avia ido, el qual aviendose un rato apartado con su amigo Damon, de la demàs compañia, con lagrimas en los ojos, i con muestras de grandissima tristeza, asi le comenzò a decir. Bien sè, discreto Damon, que tienes de los efetos de amor tanta experiencia, que no te maravillaràs de lo que agora pienso contarte, que son tales, que a la cuenta de mi opinion los estimo, i tengo por de los mas desastrados, que en el amor se hallan. Damon, que no deseava otra cosa, que saber la causa del desmayo, i tristeza suya, le asegurò, que ninguna cosa le serìa a èl nueva, como tocasse a los males que el amor suele hacer. I asi, Elicio, con este seguro, i con el mayor que de su amistad tenia, prosiguiò diciendo. Yà sabes, amigo Damon, como la buena suerte mia, que este nombre de buena le darè siempre, aunque me cueste la vida el averla tenido: digo pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el Cielo, i todas estas riberas saben, que yo amasse, què digo amasse? que adorasse a la sin par Galatea, con tan limpio, i verdadero amor, qual a su merecimiento se deve: juntamente te confiesso,

so, amigo, que en todo el tiempo que ha que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido a èl, con otras muestras que las generales que suele, i deve dàr un casto, i agradecido pecho; i asi hà algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre, i satisfecho de mis pensamientos, que me juzgava por el mas dichoso Pastor, que jamàs apacentò ganado, contentandome solo de mirar a Galatea, i de vèr, que si mêno queria, no me aborrecia, i que otro ningun Pastor no se podia alabar, que aun della fuesse mirado, que no era poca satisfacion de mi deseo, tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, q̃ de otros algunos no me recelava: confirmandome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no dà lugar a que se le atreva el mesmo atrevimiento. Contra este bien que tan a poca costa el amor me dava, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoi irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, i que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabràs, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, a buscaros a la Hermita de Silerio, en el camino me dijo, como tenia concertado de casar a Galatea con un Pastor Lusitano, que en las riberas del blando Lima gran numero de ganado apacienta: pidiome que le digesse, què me parecia, porque de la amistad que me tenia, i de mi entendimito, esperava ser bien aconsejado: lo que yo le respondì, fue, que me parecia cosa recia poder acabar con su voluntad, privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrandola a tan apartadas tierras; i que si lo hacia llevado, i cevado de las riquezas del estrangero Pastor, que considerasse, que no carecia èl tanto dellas, que no tuviesse para vivir en su lugar, mejor que quantos en èl de ricos presumìan, i que ninguno de los mejores de quantos habitan las riberas de Tajo, dejaria de tenerse por venturoso quando alcanzasse a Galatea por esposa. No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio, pero en fin se resolviò, diciendo, que el Rabadan mayor de todos los aperos se lo mandava, i èl era el que lo avia concertado, i tratado, i que era imposible deshacerse. Preguntèle, con què semblante Galatea avia recibido las nuevas de su destierro? Dijome, que se avia conformado con su voluntad, i que disponìa la suya a hacer todo lo que èl quisiesse, como obedien-

diente hija. Esto supe de Aurelio, i esta es, Damon, la causa de mi desmayo, i la que serà de mi muerte; pues de ver a Galatea en poder ageno, i agena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias. Acabò su razon el enamorado Elicio, i comenzaron sus lagrimas, derramadas en tanta abundancia, que enternecido el pecho de su amigo Damon, no pudo dejar de acompañarle en ellas: mas a cabo de poco espacio, comenzò con las mejores razones que supo a consolar a Elicio, pero todas sus palabras en ser palabras paravan, sin que ningun otro efeto hiciessen. Todavia quedaron de acuerdo, que Elicio a Galatea hablasse, i supiesse della si de su voluntad consentia en el casamiento que su padre le tratava, i que quando no fuesse con el gusto suyo, se le ofreciesse de librarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaria ayuda. Pareciòle bien a Elicio lo que Damon decia, i determinò de ir a buscar a Galatea, para declararle su voluntad, i saber la que ella en su pecho encerrava, i assi trocando el camino que de su cabaña llevavan, àcia el Aldea se encaminaron, i llegando a una encrucijada, que junto a ella quatro caminos dividia, por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos Pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos que acavallo venìa sobre una hermosa yegua, vestido con un gavàn morado, i los demàs a pie, i todos rebozados los rostros con unos pañizuelos. Damon, i Elicio se pararon hasta que los Pastores passassen, los quales passando junto a ellos, bajando las cabezas cortesmente, les saludaron, sin que alguno alguna palabra hablasse. Maravillados quedaron los dos de vèr la estrañeza de los ocho, i estuvieron quedos por vèr què camino seguian, pero luego vieron que el de la Aldea tomavan, aunque por otro diferente que por el que ellos ivan. Dijo Damon a Elicio que los siguiessen, mas no quiso, diciendo, que por aquel camino que èl queria seguir, junto a una fuente, que no lejos dèl estava, solìa estàr muchas veces Galatea, con algunas Pastoras del Lugar, i que serìa bien vèr si la dicha se la ofrecìa tan buena que allì la hallassen. Contentòse Damòn de lo que Elicio queria, i assi le dijo que guiasse por do quisiesse. I sucediòle la suerte como èl mismo se avia imaginado, porque no anduvieron mucho quando llegò a sus oidos la zampoña de Florisa, acompañada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los Pastores fue oida, quedaron enagenados de sì messmos. Entonces acabò de conocer Damon quanta verdad decian

todos los que las gracias de Galatea alabavan : la qual estava en compañia de Rosaura, i Florisa, i de la hermosa, i recien casada Silveria, con otras dos Pastoras de la mesma Aldea. I puesto que Galatea viò venir a los Pastores, no por esso quiso dejar su comenzado canto, antes pareciò dàr muestras de que recebia contento en que los Pastores la escuchassen, los quales ansi lo hicieron con toda la atencion possible : i lo que alcanzaron a oìr de lo que la Pastora cantava, fue lo siguiente.

GALATEA.

A quien bolverè los ojos
En el mal que se apareja,
Si quanto mi bien se aleja
Se acercan mas mis enojos?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra
Que si me acaba en mi tierra
Què bien me harà en el agena?

O justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dar
El si, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia.
Puesta estoi en tanta mengua,
Que por gran bien estimàra
Que la vida me faltàra,
O por lo menos la lengua.

Breves horas, i cansadas
Fueron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Mas confusas, i pesadas.
Gozè de mi libertad
En mi temprana sazòn,
Pero ya la sugecion
Anda tras mi voluntad.

Ved si es el combate fiero
Que dan a mi fantasìa,
Si al cabo de su porfia
He de querer, i no quiero.
O fastidioso govierno,
Que a los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
I abajar el cuello tierno?

Què tengo de despedirme
De vèr el Tajo dorado!
Què ha de quedar mi ganado,
I yo triste he de partirme!
Què estos arboles sombrìos,
I estos anchos verdes prados
No seràn ya mas mirados
De los tristes ojos mios!

Severo padre, què haces?
Mira que es cosa sabida
Que a mi me quitas la vida
Con lo que a ti satisfaces.
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.

Ya triste se me figura
El punto de mi partida,

La dulce gloria perdida,
I la amarga sepultura.
El rostro que no se alegra
Del no conocido esposo,
El camino trabajoso,
La antigua enfadosa suegra.
I otros mil inconvenientes,
Todos para mi contrarios,
Los gustos extraordinarios
Del esposo, i sus parientes.
Mas todos estos temores
Que me figura mi suerte
Se acabaràn con la muerte,
Que es el fin de los dolores.

No cantò mas Galatea, porque las lagrimas que derramava le impidieron la voz, i aun el contento a todos los que escuchado la avian, porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginavan del casamiento de Galatea con el Lusitano Pastor, i quan contra su voluntad se hacia. Pero a quien mas sus lagrimas, i suspiros lastimaron, fue a Elicio, que diera èl por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio dellas; pero aprovechandose de su discrecion, i dissimulando el rostro el dolor que el alma sentìa, èl, i Damon se llegaron adonde las Pastoras estavan, a las quales cortesmente saludaron, i con no menos cortesia fueron dellas recebidos. Preguntò luego Galatea a Damon por su padre, i respondiòle que en la Hermita de Silerio quedava, en compañia de Timbrio, i Nisida, i de todos los otros Pastores que a Timbrio acompañaron, i assimismo le diò cuenta del conocimiento de Silerio, i Timbrio, i de los amores de Darintho, i Blanca, la hermana de Nisida, con todas las particularidades que Timbrio avia contado de lo que en el discurso de sus amores le avia sucedido, a lo qual Galatea dijo: Dichoso Timbrio, i dichosa Nisida, pues en tanta felicidad han parado los desassossiegos hasta aqui padecidos, con la qual pondreis en olvido los passados desastres, antes serviràn ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir, que la memoria de las passadas calamidades aumenta el contento en las alegrias presentes. Mas hai del alma desdichada, que se vè puesta en terminos de acordarse del bien perdido, i con temor del mal que està por venir, sin que vea, ni halle remedio, ni medio alguno para estorvar la desventura que le està amenazando. Pues tanto mas fatigan los dolores, quanto mas se temen. Verdad dices, hermosa Galatea, dijo Damon, que no hai duda, sino que el repentino, i no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza, i quita todos los caminos de remediarse;

pero con todo esso digo, Galatea, que no dà el Cielo tan apurados los males, que quite de todo en todo el remedio dellos: principalmente quando no los deja vèr primero, porque parece que entonces quiere dàr lugar al discurso de nuestra razon, para que se egercite, i ocupe en templar, o desviar las venideras desdichas, i muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros animos con algun espacioso temor, sin que se venga a la egecucion del mal que se teme; i quando a ella se viniesse, como no acabe la vida, ninguno por ningun mal que padezca debe desesperar del remedio. No dudo yo desso, replicò Galatea, si fuessen tan ligeros los males que se temen, o se padecen, que dejassen libre, i desembarazado el discurso de nuestro entendimiento: pero bien sabes Damon, que quando el mal es tal que se le puede dàr este nombre, lo primero que hace, es añublar nuestro sentido, i aniquilar las fuerzas de nuestro alvedrio, descaeciendo nuestra virtud de manera, que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sè yo, Galatea, respondiò Damon, como en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos, que tu mucha discrecion se estiende a hablar por ciencia de las cosas, que por otra manera ninguna noticia dellas tienes. Pluguiera al Cielo, discreto Damon, replicò Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello grangeàra dos cosas: quedar en la buena opinion que de mi tienes, i no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella. Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas vèr a Galatea dàr muestras del amargo dolor que padecia, le dijo. Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza, puede por alguna ser remediada, por lo que deves a la voluntad, que para servirte de mi tienes conocida, te ruego me la declares; i si esto no quisieres por cumplir con lo que a la paternal obediencia deves, dame a lo menos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; i no entiendas, Pastora, que presumo yo tanto de mi mesmo, que solo me atreva a cumplir con las obras, lo que agora por palabras te ofrezco, que puesto que el amor que te tengo, para mayor empressa me dà aliento, desconfio de mi ventura, i assi la avrè de poner en las manos de la razon, i en las de todos los Pastores, que por essas

riberas de Tajo apacientan ſus ganados, los quales no querràn conſentir que ſe les arrebate, i quite delante de ſus ojos el Sol que los alumbra, i la diſcrecion que los admira, i la belleza que los incita, i anima a mil honroſas competencias. Anſi que hermoſa Galatea, en fee de la razon que he dicho, i de la que tengo de adorarte, te hago eſte ofrecimiento, el qual te ha de obligar, a que tu voluntad me deſcubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en coſa alguna; pero conſiderando que la bondad, i honeſtidad incomparable tuya, te ha de mover a que correſpondas antes al querer de tu padre que al tuyo: no quiero, Paſtora, que me le declares, ſino tomar a mi cargo hacer lo que me pareciere, con preſupueſto de mirar por tu honra, con el cuidado que tu meſma has mirado ſiempre por ella. Iva Galatea a reſponder a Elicio, i agradecerle ſu buen deſeo, mas eſtorvòlo la repentina llegada de los ocho rebozados Paſtores que Damon, i Elicio avian viſto paſſar poco antes àcia el Aldea. Llegaron todos donde las Paſtoras eſtavan, i ſin hablar palabra los ſeis dellos con increìble celeridad arremetieron a abrazarſe con Damon, i con Elicio, teniendolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron deſaſirſe. En eſte entretanto los otros dos (que era el uno el que a cavallo venia) ſe fueron adonde Roſaura eſtava dando gritos por la fuerza que a Damon, i a Elicio ſe les hacia; pero ſin aprovecharle defenſa alguna, uno de los Paſtores la tomò en brazos, i puſola ſobre la yegua, i en los del que en ella venia, el qual quitandoſe el rebozo ſe bolviò a los Paſtores, i Paſtoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la ſinrazon q̃ al parecer aqui ſe os ha hecho, porque la fuerza de amor, i la ingratitud deſta Dama han ſido cauſa della: ruegoos me perdoneis, pues no eſtà mas en mi mano; i ſi por eſtas partes llegàre (como creo que preſto llegarà) el conocido Griſaldo, direisle como Artandro ſe lleva a Roſaura, porque no pudo ſufrir ſer burlado della; i que ſi el amor, i eſta injuria le movieren a querer vengarſe, que yà ſabe que Aragòn es mi Patria, i el lugar donde vivo. Eſtava Roſaura deſmayada ſobre el arzòn de la ſilla, i los demàs Paſtores no querian dejar a Elicio, ni a Damon, haſta que Artandro mandò que los dejaſſen, los quales viendoſe libres, con valeroſo animo ſacaron ſus cuchillos, i arremetieron contra los ſiete Paſtores, los quales todos juntos les puſieron las azagayas que traìan a los pechos, diciendoles que ſe tuvieſſen, pues veìan quan

quan poco podian ganar en la empreſſa que tomavan. Harto menos podrà ganar Artandro, les reſpondiò Elicio, en aver cometido tal traicion. No la llames traicion, reſpondiò uno de los otros, porque eſta ſeñora ha dado la palabra de ſer eſpoſa de Artandro, i agora por cumplir con la condicion mudable de muger, la ha negado, i entregadoſe a Griſaldo, que es agravio tan manifieſto, i tal que no pudo ſer diſsimulado de nueſtro amo Artandro. Por eſſo ſoſſegaos, Paſtores, i tenednos en mejor opinion que haſta aqui, pues el ſervir a nueſtro amo en tan juſta ocaſion nos diſculpa; i ſin decir mas, bolvieron las eſpaldas, recelandoſe todavia de los malos ſemblantes con que Elicio, i Damon quedaron, los quales eſtavan con tanto enojo, por no poder deshacer aquella fuerza, i por hallarſe inhabilitados de vengarſe de lo que a ellos ſe les hacia, que ni ſabian que decirſe, ni que hacerſe. Pero los eſtremos que Galatea, i Floriſa hacian, por vèr llevar de aquella manera a Roſaura, eran tales, que movieron a Elicio a poner ſu vida en manifieſto peligro de perderla: porque ſacando ſu honda, i haciendo Damon lo meſmo, a todo correr fue ſiguiendo a Artandro, i deſde lejos con mucho animo, i deſtreza comenzaron a tirarles tantas piedras, que les hicieron detener, i tornarſe a poner en defenſa; pero con todo eſto no dejàra de ſucederles mal a los dos atrevidos Paſtores, ſi Artandro no mandàra a los ſuyos que ſe adelantaran, i los dejàran, como hicieron, haſta entrarſe por un eſpeſo montezuelo que a un lado del camino eſtava, i con la defenſa de los arboles hacian poco efecto las hondas, i piedras de los enojados Paſtores; i con todo eſto los ſiguieran, ſino vieran que Galatea, i Floriſa, i las otras dos Paſtoras a mas andar àcia donde ellos eſtavan ſe venian, i por eſto ſe detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitava, i a la deſeada venganza que pretendian; i adelantandoſe a recebir a Galatea, ella les dijo: Templad vueſtra ira, gallardos Paſtores, pues a la ventaja de nueſtros enemigos, no puede igualar vueſtra diligencia, aunque ha ſido tal, qual nos la ha moſtrado el valor de vueſtros animos. El vèr el tuyo deſcontento, Galatea, dijo Elicio, creì yo que diera tales fuerzas al mio, que no ſe alabàran aquellos deſcomedidos Paſtores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en quanto deſeo. El amoroſo que Artandro tiene, dijo Galatea, fue el que le moviò a tal deſcomedimiento, i aſsi conmigo, en par-

te, queda disculpado: I luego punto por punto les contò la historia de Rosaura, i como estava esperando a Grisaldo para recebirle por esposo, lo qual podria aver llegado a noticia de Artandro, i que la celosa rabia le huviesse movido a hacer lo que avian visto. Si asi passa, como dices, discreta Galatea, dijo Damon, del descuido de Grisaldo, i atrevimiento de Artandro, i mudable condicion de Rosaura, temo que han de nacer algunas pesadumbres, i diferencias. Esso fuera, respondiò Galatea, quando Artandro residiera en Castilla; pero si èl se encierra en Aragòn, que es su Patria, quedarse ha Grisaldo con solo el deseo de vengarse. Nò hai quien le pueda avisar deste agravio? dijo Elicio. Si, respondiò Florisa, que yo seguro que antes que la noche llegue, èl tenga dèl noticia. Si esso asi fuesse, respondiò Damon, podria ser cobrar su prenda antes que a Aragòn llegassen: porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo serà el de Grisaldo, dijo Florisa: i porque no le falte tiempo, i ocasion para mostrarlo, suplicote, Galatea, que a la Aldea nos bolvamos, porque yo quiero embiar a avisar a Grisaldo de su desdicha. Hagase como lo mandas, amiga, respondiò Galatea, que yo te darè un Pastor q̃ lleve la nueva: i con esto se querian despedir de Damon, i de Elicio, si ellos no porfiaran a querer ir con ellas: i ya que se encaminavan al Aldea, a su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro que luego de todos fue conocida, el qual venia en seguimiento de su amigo Elicio. Pararonse a escucharlo, i oyeron que con muestras de tierno dolor esto venia cantando.

ERASTRO.

Por asperos caminos voi siguiendo
El fin dudoso de mi fantasia,
Siempre en cerrada noche, escura, i fria
Las fuerzas de la vida consumiendo.
I aunque morir me veo, no pretendo
Salir un passo de la estrecha via,
Que en fee de la alta fee sin igual mia,
Mayores miedos contrastar entiendo.
Mi fee es la luz que me señala el puerto
Seguro a mi tormenta, i sola es ella
Quien promete buen fin a mi viage.

Por

Por mas que el medio se me muestre incierto,
Por mas que el claro rayo de mi estrella
Me encubra amor, i el Cielo mas me ultrage.

Con un profundo suspiro acabò el enamorado canto el lastimado Pastor, i creyendo que ninguno le oìa, soltò la voz a semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna a mi alma, fue parte para que yo la tuviesse de tener tan bien ocupados mis pensamientos, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte agora, haciendome el mal que me amenazas, que es mas mudable tu condicion, que la de la variable fortuna. Mira, señor, quan obediente he estado a tus leyes, quan pronto a seguir tus mandamientos, i quan sugeta he tenido mi voluntad a la tuya. Pagame esta obediencia con hacer lo que a ti tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponia, i la dava a sus frescas, i menudas yervas, a sus humildes plantas, i levantados arboles. No consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, i por quien èl tiene mas fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria. No quites a los Pastores destos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, i el honroso estimulo que a mil honrosas, i virtuosas empressas los incitava. Considera bien, que si desta a la agena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes: Pues por Galatea sola le usas, i si ella falta, ten por averiguado que no seràs en todos estos prados conocido, què todos quantos en ellos habitan, te negaràn la obediencia, i no te acudiràn con el usado tributo. Advierte, que lo que te suplico es tan conforme, i llegàdo a razon, que irias de todo en todo fuera della, si no me lo concediesses. Porque, què lei ordena, o què razon consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas, i Aldeas nuestras tuvo principio, el donaire, por particular don del Cielo a nuestra Patria concedido, agora que esperavamos coger el honesto fruto de tantos bienes, i riquezas, se haya de llevar a estraños Reinos a ser posseìdo, i tratado de agenas, i no conocidas manos? No quiera el Cielo piadoso hacernos tan notable daño. O verdes prados, que con su vista os alegravades. O flores olorosas, que de sus pies tocadas, de mayor fragancia erades llenas. O plantas, o arboles desta deleitosa selva, haced todos en la me-

mejor forma que pudieredes, aunque a vueſtra naturaleza no ſe conceda, algun genero de ſentimiento que mueva al Cielo a concederme lo que le ſuplico. Decia eſto derramando tantas lagrimas el enamorado Paſtor, que no pudo Galatea diſsimular las ſuyas, ni menos ninguno de los que con ella ivan, haciendo todos un tan notable ſentimiento, como ſi lloràran en las obſequias de ſu muerte. Llegò a eſte punto a ellos Eraſtro, a quien recibieron con agradable comedimiento: el qual, como viò a Galatea con ſeñales de averle acompañado en las lagrimas, ſin apartar los ojos della, la eſtuvo atento mirando por un rato, al cabo del qual dijo. Agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos ſe eſcapa de los golpes de la variable fortuna; pues tu, de quien yo entendia que por particular privilegio avias de eſtàr eſſenta dellos, veo que con mayor impetu te acometen, i fatigan: de donde averiguo, que ha querido el Cielo con un ſolo golpe laſtimar a todos los que te conocen, i a todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eſſo tengo eſperanza, que no ſe ha de eſtender tanto ſu rigor, que lleve adelante la comenzada deſgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento. Antes por eſſa meſma razon, reſpondiò Galatea, eſtoi yo menos ſegura de mi deſdicha, pues jamàs la tuve en lo que deſeaſſe: mas porque no eſtà bien a la honeſtidad de que me precio, que tan a la clara deſcubra quan por los cabellos me lleva tras ſi la obediencia que a mis padres devo, ruegote, Eraſtro, que no me dès ocaſion de renovar mi ſentimiento, ni de ti, ni de otro alguno ſe trate coſa, que antes de tiempo deſpierte en mi la memoria del diſguſto que temo; i con eſto aſsimeſmo os ruego, Paſtores, me degeis adelantar a la Aldea, porque ſiendo aviſado Griſaldo, le quede tiempo para ſatisfacerſe del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante eſtava Eraſtro del ſuceſſo de Artandro, pero la Paſtora Floriſa en breves razones ſe lo contò todo, de que ſe maravillò Eraſtro, eſtimando que no devia de ſer poco el valor de Artandro, pues a tan dificultoſa empreſſa ſe avia pueſto. Querian yà los Paſtores hacer lo que Galatea les mandava, ſi en aquella ſazòn no deſcubrieran toda la compañia de Cavalleros, Paſtores, i Damas que la noche antes en la Hermita de Silerio ſe quedaron: los quales en ſeñal de grandiſsimo contento a la Aldea ſe venian, i trayendo conſigo a Silerio, con diferente trage, i guſto de lo que haſta alli avia tenido, porque yà avia dejado el de Hermitaño, mudan-

dandole en el de alegre desposado, como yà lo era de la hermosa Blanca con igual contento, i satisfacion de entrambos, i de sus buenos amigos, Timbrio, i Nisida, que se lo persuadieron; dando con aquel casamiento fin a todas sus miserias, i quietud, i reposo a los pensamientos que por Nisida le fatigavan. I afsi con el regocijo que tal sucesso les causava, venian todos dando muestras dèl, con agradable musica, i discretas, i amorosas canciones: de las quales cessaron quando vieron a Galatea, i a los demàs que con ella estavan, recibiendose unos a otros con mucho placer, i comedimiento, dandole Galatea a Silerio el parabien de su sucesso, i a la hermosa Blanca el de su desposorio, i lo mesmo hicieron los Pastores, Damon, Elicio, i Erastro, que en estremo a Silerio estavan aficionados. Luego que cessaron entre ellos los parabienes, i cortesias, acordaron de proseguir su camino al Aldea: i para entretenerle, rogò Tirsi a Timbrio, que acabasse el Soneto que avia comenzado a decir, quando de Silerio fue conocido. I no escusandose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfinio, con estremada, i suave voz le cantò, i acabò, que era este.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrà desdecir de su cimiento.
Tal fee, tal fuerza, i tal valor alcanza.
Tan lejos voi de consentir mudanza
En mi firme amoroso pensamiento,
Quan cerca de acabar en mi tormento,
Antes la vida, que la confianza.
Que si al contraste del amor vacila
El pecho enamorado, no merece
Del mesmo amor la dulce paz tranquila:
Por esto el mio, que su fee engrandece,
Rabie Caribdis, o amenace Cila,
Al mar se arroja, i al amor se ofrece.

Pareciò bien el Soneto de Timbrio à los Pastores, i no menos la gracia con que cantado le avia: i fue de manera, que le rogaron que otra alguna cosa digesse; mas escusòse con decir a su amigo

Si-

Silerio reſpondieſſe por èl en aquella cauſa, como lo avia hecho ſiempre en otras mas peligroſas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que ſu amigo le mandava: i aſsi, con el guſto de verſe en tan felice eſtado, al ſon de la meſma flauta de Orfinio cantò lo que ſe ſigue.

SILERIO.

Gracias al Cielo doi, pues he eſcapado
De los peligros deſte mar incierto,
I al recogido favorable puerto
Tan ſin ſaber por donde he ya llegado.
Recojanſe las velas del cuidado,
Reparese el navio pobre abierto,
Cumpla los votos quien con roſtro muerto
Hizo promeſſas en el mar airado.
Beſo la tierra, reverencio al Cielo
Mi ſuerte abrazo mejorada, i buena,
Llamo dichoſo a mi fatal deſtino.
I a la nueva ſin par blanda cadena
Con nuevo intento, i amoroſo celo,
El laſtimado cuello alegre inclino.

Acabò Silerio, i rogò a Niſida fueſſe ſervida de alegrar aquellos campos con ſu canto, la qual mirando a ſu querido Timbrio, con los ojos le pidiò licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, i dandoſela èl anſi meſmo con la viſta, ella ſin mas eſperar, con mucho donaire, i gracia, ceſſando el ſon de la flauta de Orfinio, al de la zampoña de Orompo cantò eſte Soneto.

NISIDA.

Voi contra la opinion de aquel que jura,
Que jamàs del amor llegò el contento
A do llega el rigor de ſu tormento,
Por mas que el bien ayude la ventura.
Yo sè que es bien, yo sè que es deſventura
I sè de ſus efetos claro, i ſiento
Que quanto mas deſtruye el penſamiento
El mal de amor, el bien mas lo aſſegura.

No

No el verme en brazos de la amarga muerte
Por la mal referida trifte nueva,
Ni a los cofarios barbaros rendida;
Fuè dura pena, fuè dolor tan fuerte
Que agora no conozca, i haga prueva;
Que es mas el gufto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea, i Florifa de la eftremada voz de la hermofa Nifida, la qual por parecerle que por entonces en cantar Timbrio, i los de fu parte, avian tomado la mano, no quifo que fu hermana quedaffe fin hacerlo: i afsi fin importunarle mucho, con no menos gracia que Nifida, haciendo feñal a Orfinio, que fu flauta tocaffe, al fon della cantò defta manera.

BLANCA.

Qual fi eftuviera en la arenofa Libia,
O en la apartada Citia fiempre elada,
Tal vez del frio temor me vì affaltada,
I tal del fuego que jamàs fe entibia.
Mas la efperanza que el dolor alivia
En uno, i otro eftremo disfrazada,
Tuvo la vida en fu poder guardada
Quando con fuerzas, quando flaca, i tibia.
Pafsò la furia del invierno elado,
I aunque el fuego de amor quedò en fu punto,
Llegò la defeada primavera
Donde en un folo venturofo punto
Gozo del dulce fruto defeado
Con largas pruevas de un amor fincero.

¶ No menos contentò a los Paftores la voz, i lo que cantò Blanca, que todas las demàs que avian oìdo. I ya que ellos querian dar mueftras de que no toda la habilidad fe encerrava en los cortefanos Cavalleros: i para efto cafi de un mefmo penfamiento movidos, Orompo, Crifio, Orfinio, i Marfilio, comenzavan a templar fus inftrumentos, les forzò a bolver las cabezas un ruido que a fus efpaldas fintieron: el qual caufava un Paftor, que con furia iva atraveffando por las matas del verde bofque, el qual fuè

de todos conocido, que era el enamorado Lauſo, de que ſe maravillò Tirſi, porque la noche antes ſe avia deſpedido dèl, diciendo que iva a un negocio que importava el acabarle, acabar ſu peſar, i comenzar ſu guſto: i que ſin decirle mas, con otro Paſtor ſu amigo ſe avia partido, i que no ſabia que podia averle ſucedido agora que con tanta priſa caminava. Lo que Tirſi dijo, moviò a querer llamar a Lauſo: i aſsi le diò voces que vinieſſe: mas viendo que no las oìa, i que ya a mas andar iva tranſponiendo un recueſto, con toda ligereza ſe adelantò, i deſde encima de otro collado le tornò a llamar con mayores voces. Las quales oìdas por Lauſo, i conociendo quien le llamava, no pudo dejar de bolver, i en llegando a Damon le abrazò, con ſeñales de eſtraño contento, i tanto que admiraron a Damon las mueſtras que deſtar alegre dava: i aſsi le dijo. Què es eſto, amigo Lauſo? Has por ventura alcanzado el fin de tus deſeos: ò hante deſde ayer acà correſpondido a ello de manera que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verdadero amigo, reſpondiò Lauſo: pues la cauſa que a otros ſuele ſer deſeſperacion, i muerte, a mi me ha ſervido de eſperanza, i vida, i eſta ha ſido de un deſdèn, i deſengaño, acompañado de un melindroſo donaire, que en mi Paſtora he viſto, que me ha reſtituido a mi sèr primero. Ya ya, Paſtor, no ſiente mi trabajado cuello el peſado yugo amoroſo, ya ſe han deſecho en mi ſentido las encumbradas maquinas de penſamientos, que deſvanecido me traìan; ya tornarè a la perdida converſacion de mis amigos, ya me pareceràn lo que ſon las verdes yervas, i oloroſas flores deſtos apacibles campos, ya tendràn treguas mis ſuſpiros, vado mis lagrimas, i quietud mis deſaſſoſsiegos. Porque conſideres, Damon, ſi es cauſa eſta baſtante para moſtrarme alegre, i regocijado. Si es, Lauſo, reſpondiò Damon, pero temo que alegria tan repentinamente nacida, no ha de ſer duradera, i tengo ya experiencia, que todas las libertades que de deſdenes ſon engendradas, ſe deshacen como el humo, i torna luego la enamorada intencion con mayor prieſſa a ſeguir ſus intentos. Aſsi que, amigo Lauſo, plega al Cielo que ſea mas firme tu contento, de lo que yo imagino, i goces largos tiempos la libertad que pregonas, que no ſolo me holgarìa, por lo que devo a nueſtra amiſtad, ſino por vèr un no acoſtumbrado milagro en los deſeos amoroſos. Como quiera que ſea Damon, reſpondiò Lauſo, yo me ſiento agora libre, i ſeñor de mi voluntad: i porque ſe ſa-

ſatisfaga la tuya de ſer verdad lo que digo, mirá que quieres que haga en prueva dello, quieres que me auſente? quieres que no viſite mas las cabañas donde imaginas que puede eſtar la cauſa de mis paſſadas penas, i preſentes alegrias? Qualquiera coſa harè por ſatisfacerte. La importancia eſtà en que tu, Lauſo, eſtès ſatisfecho, reſpondiò Damon, i verè yo que lo eſtàs quando de aqui a a ſeis dias te vea en eſſe meſmo propoſito: i por agora no quiero otra coſa de tì, ſino que deges el camino que llevavas, i te vengas conmigo adonde todos aquellos Paſtores, i Damas nos eſperan, i que la alegria que traes la ſolenizes con entretenernos con tu canto mientras que al Aldea llegamos. Fuè contento Lauſo de hacer lo que Damon le mandava, i aſsi bolviò con èl a tiempo que Tirſi eſtava haciendo ſeñas a Damon que ſe bolvieſſe; i en llegando, que èl, i Lauſo llegaron, ſin gaſtar palabras de comedimiento, Lauſo dijo. No vengo, ſeñores, para menos que para fieſtas, i contentos, por eſſo ſi le recibireis de eſcucharme, ſuene Marſilio ſu zampoña, i aparejaos a oìr lo que jamàs pensè que mi lengua tuviera ocaſion de decirlo, ni aun mi penſamiento para imaginarlo. Todos los Paſtores reſpondieron a una, que les ſerìa de gran guſto el oìrle. I luego Marſilio con el deſeo que tenia de eſcucharle, tocò ſu zampoña, al ſon de la qual Lauſo comenzò a cantar deſta manera.

LAUSO.

Con las rodillas en el ſuelo hincadas,
Las manos en humilde modo pueſtas,
I el corazon de un juſto celo lleno,
Te adoro Deſdèn ſanto, en quien cifradas
Eſtàn las cauſas de las dulces fieſtas
Que gozo en tiempo ſoſſegado, i bueno;
Tu del rigor del aſpero veneno,
Que el mal de amor encierra
Fuiſte la cierta, i preſta medicina;
Tu mi total ruina
Bolviſte en bien, en ſana paz mi guerra;
I aſsi como a mi rico almo teſoro,
No una vez ſola, mas cien mil te adoro.

Por ti la luz de mis canſados ojos,
Tanto tiempo turbada, i aun perdida,

Al sèr primero ha buelto que tenia,
Por ti torno a gozar de los despojos,
Que de mi voluntad, i de mi vida
Llevò de amor la antigua tiranìa.
Por ti la noche de mi error, en dia
De sereno discurso
Se ha buelto, i la razon que antes estava
En possession de esclava,
Con sossegado, i advertido curso,
Siendo agora señora, me conduce
Do el bien eterno mas se muestra, i luce.

Mostrasteme, Desdèn, quan engañosas,
Quan falsas, i fingidas avian sido
Las señales de amor que me mostravan,
I que aquellas palabras amorosas
Que tanto regalavan el oido,
I al alma de sì mesma enagenavan
En falsedad, i burla se forjavan,
I el regalado, i tierno
Mirar de aquellos ojos, solo era
Porque mi primavera
Se convirtiesse en dessabrido invierno
Quando llegasse el claro desengaño,
Mas tu, dulce Desdèn, curaste el daño.

Desdèn, que sueles ser espuela aguda,
Que hace caminar al pensamiento
Tras la amorosa deseada empressa.
En mi tu efeto, i condicion se muda,
Que yo por ti me aparto del intento
Tras quien corria con no vista priessa,
I aunque contino el fiero amor no cessa
Mal de mi satisfecho.
Tendrè de nuevo el lazo por cogerme,
I, por mas ofenderme,
Encarar mil saetas a mi pecho
Tu, Desdèn solo, solo tu bien puedes
Romper sus flechas, i rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
Que pudiera un desdèn echarle a tierra,
Cien mil han sido menester primero.
Que fue qual suele sin poder sufrillo
Venir al suelo el pino que le atierra,
En virtud de otros golpes el postrero.
Grave Desdèn de parecer severo
En desamor fundado,
I en poca estimacion de agena suerte
Dulce me ha sido el verte,
El oirte, i tocarte, i que gustado
Hayas sido del alma en coyuntura,
Que derribas, i acabas mi locura.

Derribas mi locura, i das la mano
Al ingenio, Desdèn, que se levante,
I sacuda de sì el pesado sueño,
Para que con mejor intento sano
Nuevas grandezas, nuevos loores cante
De otros, si le halla agradecido dueño.
Tu has quitado las fuerzas al veleño,
Con que el amor ingrato
Adormecia a mi virtud doliente,
I con la tuya ardiente
Soi reducido a nueva vida, i trato,
Que aora entiendo que yo soi quien puedo
Temer con tassa, i esperar sin miedo.

No cantò mas Lauso, aunque bastò lo que cantado avia para poner admiracion en los presentes, que como todos sabìan, que el dia antes estava tan enamorado, i tan contento de estarlo, maravillavales verle en tan pequeño espacio de tiempo, tan mudado, i tan otro del que solìa. I considerado bien esto, su amigo Tirsi le dijo. No sè si te dè el parabien, amigo Lauso, del bien en tan breves horas alcanzado, porque temo que no deve de ser tan firme, i seguro como tu imaginas, pero todavia me huelgo de que goces (aunque sea pequeño espacio) del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podria ser que conociendo agora en lo que se deve estimar, aunque tornasses de nuevo a las

ro-

rotas cadenas, i lazos, hicieſſes mas fuerza para romperlos, atraido de la dulzura, i regalo que goza un libre entendimiento, i una voluntad deſapaſsionada. No tengas temor alguno, diſcreto Tirſi, reſpondiò Lauſo, que ninguna otra nueva aſſechanza ſea baſtante a que yo torne a poner los pies en el cepo amoroſo, ni me tengas por tan liviano, i antojadizo, que no me aya coſtado ponerme en el eſtado en que eſtoi infinitas conſideraciones, mil averiguadas ſoſpechas, i mil cumplidas promeſſas hechas al Cielo, porque a la perdida luz me tornaſſe: i pues en ella veo agora quan poco antes veìa, yo procurarè conſervarla en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro ſerà tan bueno, dijo Tirſi, como no bolver a mirar lo que atras dejas, porque perderàs, ſi buelves, la libertad que tanto te ha coſtado, i quedaràs qual quedò aquel incauto amante, con nuevas ocaſiones de perpetuo llanto; i tèn por cierto, Lauſo amigo, que no hai tan enamorado pecho en el mundo, a quien los deſdenes, i arrogancias eſcuſadas no entibien, i aun le hagan retirar de ſus mal colocados penſamientos; i haceme creer mas eſta verdad, ſaber yo quien es Silena, aunque tu jamàs no me lo has dicho, i ſaber anſi meſmo la mudable condicion ſuya, ſus acelerados impetus, i la llaneza, por no darle otro nombre, de ſus deſeos. Coſas, que a no templarlas, i disfrazarlas con la ſin igual hermoſura de que el Cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices, Tirſi, reſpondiò Lauſo, porque ſin duda alguna, la ſingular belleza ſuya, i las aparencias de la incomparable honeſtidad de que ſe arrea, ſon partes para que no ſolo ſea querida, ſino adorada de todos quantos la miraren; i aſsi no deve maravillarſe alguno que la libre voluntad mia ſe haya rendido a tan fuertes, i poderoſos contrarios, ſolo es juſto que ſe maraville de como me he podido eſcapar dellos, que pueſto que ſalgo de ſus manos tan maltratado, eſtragada la voluntad, turbado el entendimiento, deſcaecida la memoria: todavia me parece que puedo triunfar de la batalla. No paſſaron mas adelante en ſu platica los dos Paſtores, porque a eſte punto vieron, que por el meſmo camino que ellos ivan, venia una hermoſa Paſtora, i poco deſviada della un Paſtor, que luego fue conocido, que era el anciano Arſindo, i la Paſtora era la hermana de Galercio, Mauriſa: la qual como fue conocida de Galatea, i de Floriſa, entendieron que con algun recaudo de Griſaldo para Roſaura venia, i adelantandoſe las dos a recebirla, Mauriſa llegò a abra-

abrazar a Galatea, i el anciano Arsindo saludò a todos los Pastores, i abrazò a su amigo Lauso, el qual estava con grande deseo de saber lo que Arsindo avia hecho despues que le digeron, que en seguimiento de Maurisa se avia partido. I viendole agora bolver con ella, luego comenzò a perder con èl, i con todos el credito que sus blancas canas le avian adquirido, i aun le acabàra de perder, si los que alli venian no supieran tan de experiencia adonde, i a quanto la fuerza del amor se estendia, i assi en los mesmos que que le culpavan, hallò la disculpa de su yerro. I parece que adivinando Arsindo lo que los Pastores dèl adivinavan; como en satisfacion, i disculpa de su cuidado, les dijo. Oid, Pastores, uno de los mas estraños sucessos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las agenas se avrà visto. Bien creo que conoceis, i conocemos todos al nombrado Pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquiriò renombre de desamorado: aquel que no ha muchos dias que por solo decir mal de amor, osò tomar competencia con el famoso Tirsi, que està presente: aquel, digo, que jamàs supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuesse: aquel, que con tantas veras reprehendìa à los que de la amorosa dolencia veìa lastimados. Este pues tan declarado enemigo del amor, ha venido a termino que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas veras le siga, ni aun èl tiene vassallo a quien mas persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel Pastora, que al hermano desta, señalando a Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia, como vistes, con el cordèl a la garganta, para fenecer a manos de su crueldad sus cortos, i mal logrados dias. Digo en fin, Pastores, que Lenio el desamorado, muere por la endurecida Gelasia, i por ella llena el aire de sospiros, i la tierra de lagrimas; i lo que hai mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiendole a la mas dura, i esquiva Pastora que se ha visto; i conociendolo èl, procura agora, en quanto dice, i hace, reconciliarse con el amor; i por los mismos terminos que antes le vituperava, aora le ensalza, i honra; i con todo esto, ni el amor se mueve a favorecerle, ni Gelasia se inclina a remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no hà muchas horas que viniendo yo en compañia desta Pastora, le hallamos en la Fuente de las Pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de un su-

dor frio, i anhelando el pecho con una estraña priessa: lleguème a èl, i conocile, i con el agua de la fuente le rociè el rostro, con que cobrò los perdidos espiritus; i juntandome junto a èl le preguntè la causa de su dolor, la qual èl me dijo sin faltar punto, contandomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta Pastora, en quien creo que jamàs cupo señal de compassion alguna: encareciòme la crueldad de Gelasia, i el amor que le tenia, i la sospecha que en èl reinava, de que el amor le avia traido a tal estado, por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le avia hecho. Consolele yo lo mejor que supe, i dejandole libre del passado parasismo, acompañando a esta Pastora, i a buscarte a ti, Lauso, para que si fueres servido, bolvamos a nuestras cabañas, pues hà yà diez dias que dellas nos partimos, i podrà ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sè si te responda, Arsindo, respondiò Lauso, que creo que mas por cumplimiento, que por otra cosa me combidas a que a nuestras cabañas nos bolvamos, teniendo tanto que hacer en las agenas, quanto la ausencia que de mi has hecho estos dias lo ha mostrado. Pero dejando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazòn, i coyuntura, torname a decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si assi es, podrè yo afirmar, que ha hecho amor en estos dias de los mayores milagros que en todos los de su vida ha hecho: como son, rendir, i avassallar el duro corazon de Lenio, i poner en libertad el tan sugeto mio. Mira lo que dices, dijo entonces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenia sugeto, como hasta aqui has significado, còmo el mesmo amor aora te ha puesto en la libertad que publicas? Si me quieres entender, Orompo, replicò Lauso, veràs que en nada me contradigo; porque digo, o quiero decir, que el amor que reinava, i reina en el pecho de aquella, a quien yo tan en estremo queria, como se encamina a diferente intento que el mio, puesto que todo es amor, el efeto que en mi ha hecho, es ponerme en libertad, i a Lenio en servidumbre, i no me hagas, Orompo, que cuente con estos, otros milagros; i diciendo esto, bolviò los ojos a mirar al anciano Arsindo, i con ellos dijo lo que con la lengua callava; porque todos entendieron, que el tercero milagro que pudiera contar, fuera ver enamoradas las canas de Arsindo, de los pocos, i verdes años de Maurisa. La qual todo este tiempo estuvo hablando a parte con Galatea, i Florisa, diciendo-

doies, como otro dia seria Grisaldo en el Aldea en habito de pastor, i que alli pensava desposarse con Rosaura en secreto, porque en publico no podia, a causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenia concertado de casarle, avian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra, i en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciesse; pero que con todo esso estava Grisaldo determinado de corresponder antes a lo que a Rosaura devia, que no a la obligacion en que a su padre estava. Todo esto que os he dicho, Pastoras, prosiguiò Maurisa, mi hermano Galercio me dijo que os lo digesse, el qual a vosotras con este recaudo venia; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tras sì el alma de mi desdichado hermano, fue la causa que èl no pudiesse venir a deciros lo que he dicho, pues por seguir a ella, dejò de seguir el camino que traìa, fiandose de mi, como de hermana. Yà aveis entendido, Pastoras, a lo que vengo, donde està Rosaura para decirselo, o decidselo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aqui me detenga. En tanto que la Pastora esto decia, estava Galatea considerando la amarga respuesta que pensava darle, i las tristes nuevas que avian de llegar a los oidos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no escusava de darlas, i que era peor detenerla, luego le contò todo lo que a Rosaura avia sucedido, i como Artandro la llevava, de que quedò maravillada Maurisa; i al instante quisiera dar la buelta a avisar a Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntandole què se avian hecho las dos Pastoras que con ella, i con Galercio se avian ido. A lo que respondiò Maurisa. Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que a mi me ha puesto el sucesso de Rosaura, pero el tiempo no me dà lugar a ello: solo te digo, que la que se llamava Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro, por el mas sotil engaño que jamàs se ha visto; i Teolinda la otra, està en termino de acabar la vida, o de perder el juicio, i solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto a la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañia: cosa, que es a Galercio tan pesada, i enojosa, quanto lo es dulce, i agradable la compañia de la cruel Gelasia: el modo como esto passò te contarè mas de espacio, quando otra vez nos veamos, porque no serà razon que por mi tardanza, se impida el

remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque sino ha mas que esta mañana que Artandro robò a Rosaura, no se podrà aver alejado tanto destas riberas, que quite la esperanza a Grisaldo de cobrarla, i mas si yo aguijo los pies como pienso. Pareciòle bien a Galatea lo que Maurisa decia, i assi no quiso mas detenerla, solo le rogò que fuesse servida de tornarla a ver lo mas presto que pudiesse, para contarle el sucesso de Theolinda, i lo que haria en el hecho de Rosaura. La Pastora se lo prometio, i sin mas detenerse, despidiendose de los que alli estavan, se bolviò a su Aldea, dejando a todos satisfechos de su donaire, i hermosura. Pero quien mas sintiò su partida, fue el anciano Arsindo, el qual por no dàr claras muestras de su deseo, se huvo de quedar tan solo sin Maurisa, quanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las Pastoras suspēsas de lo que de Theolinda avian oìdo, i en estremo deseavan saber su sucesso; i estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que a su diestra mano sonava, i bolviendo los ojos a aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos Pastores, que en medio tenian un antiguo Sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Thelesio; i aviendo uno de los Pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, i se encaminaron àcia otro que alli junto estava; donde subidos, de nuevo tornaron a tocarla: a cuyo son, de diferentes partes se comenzaron a mover muchos Pastores, para venir a ver lo que Thelesio queria, porque con aquella señal solìa èl convocar todos los Pastores de aquella ribera, quando queria hacerles algun provechoso razonamiento, o decirles la muerte de algun conocido Pastor de aquellos contornos, o para traerles a la memoria el dia de alguna solene fiesta, o el de algunas tristes obsequias. Teniendo pues Aurelio, i casi los mas Pastores que alli venian, conocida la cōstumbre, i condicion de Thelesio, todos se fueron acercando adonde èl estava; i quando llegaron, ya se avian juntado. Pero como Thelesio viò venir tantas gentes, i conociò quan principales todos eran, bajando de la cuesta los fue a recebir con mucho amor, i cortesia, i con la mesma fue de todos recebido. Y llegandose Aurelio a Thelesio, le dijo. Cuentanos, si fueres servido, honrado, i venerable Thelesio, què nueva causa te mueve a querer juntar los Pastores destos prados? Es por ventura de alegres fiestas, o de tristes fu-

funebres sucessos? Quieresnos mostrar alguna cosa pertenecien-te al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Thelesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldràn las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Pagueos el Cielo, Pastores, (respondiò Thelesio) la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel, q̃ solo vuestro bien, i provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quieroos traer a la memoria la que deveis tener perpetuamente del valor, i fama del famoso, i aventajado Pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, i se iràn renovando de año en año tal dia como mañana, en tanto que en nuestras riberas huviere Pastores, i en nuestras almas no faltàre el conocimiento de lo que se deve a la bondad, i valor de Meliso. A lo menos, de mi os sè decir, que en tanto que la vida me duràre, no dejarè de acordaros a su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesìa, i virtud del sin par Meliso; i asi, agora os la acuerdo, i os advierto, que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fue perder la agradable presencia del prudente Pastor Meliso, por lo que a la bondad suya deveis, i por lo que a la intencion que tengo de serviros estais obligados, os ruego, Pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los cipreses, donde està el sepulchro de las honradas cenizas de Meliso, para que alli con tristes cantos, i piadosos sacrificios procurèmos aligerar la pena, si alguna padece, a aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado. I diciendo esto, con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causava, sus venerables ojos se llenaron de lagrimas, acompañandole en ellas casi los mas de los circunstantes: los quales, todos de una misma conformidad, se ofrecieron de acudir otro dia adonde Thelesio les mandava, i lo mesmo hicieron Timbrio, i Silerio, Nisida, i Blanca, por parecerles que no serìa bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, i en junta de tan celebres Pastores, como alli imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Thelesio, i tornaron a seguir el comenzado camino de la Aldea: mas no se avian apartado mucho de aquel lugar, quando vieron venir àcia ellos al desamorado Lenio, con semblante tan triste, i pensativo, que puso admiracion en todos; i tan transportado en sus imaginaciones venìa, que pasò lado con lado de los Pastores,

ſin que los vieſſe, antes torciendo el camino à la izquierda mano, no huvo andado muchos paſſos, quando ſe arrojò al pie de un verde ſauce; i dando un recio, i profundo ſuſpiro, levantò la mano, i poniendola por el collar del pellico, tirò tan recio, que le hizo pedazos haſta abajo, i luego ſe quitò el zurròn del lado, i ſacando dèl un pulido rabèl, con grande atencion, i ſoſſiego ſe le puſo a templar; i a cabo de poco eſpacio, con laſtimada, i concertada voz, comenzò a cantar de manera, que forzò a todos los que le avian viſto, a que ſe paraſſen a eſcucharle haſta el fin de ſu canto, que fue eſte.

LENIO.

Dulce amor, ya me arrepiento
De mis paſſadas porfias,
Ya de hoi mas confieſſo, i ſiento
Que fue ſobre burlerìas
Levantado ſu cimiento.
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo, i rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor eſtendido.

Sè que puedes quanto quieres,
I que quieres lo impoſsible;
Sè que mueſtras bien quien eres
En tu condicion terrible,
En tus penas, i placeres.
I sè en fin que yo ſoi quien
Tuvo ſiempre a mal tu bien,
Tu engaño por deſengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu deſdèn.

Eſtas coſas bien ſabidas
Han agora deſcubierto
En mis entrañas rendidas,
Que tu ſolo eres el puerto
Do deſcanſan nueſtras vidas.
Tu la implacable tormenta
Que al alma mas atormenta,
Buelves en ſerena calma.
Tu eres guſto, i luz del alma,
I manjar que la ſuſtenta.

Pues eſto juzgo, i confieſſo,
Aunque tarde vengo en ello,
Templa tu rigor, i exceſſo
Amor, i del flaco cuello
Aligera un poco el peſo.
Al ya rendido enemigo
No ſe ha de dar el caſtigo
Como aquel que ſe defiende,
Quanto mas que aqui ſe ofende
Quien ya quiere ſer tu amigo.

Salgo de la pertinacia
Do me tuvo mi malicia,
I el eſtàr en tu deſgracia,
I apelo de tu juſticia
Ante el roſtro de tu gracia.
Que ſi a mi poco valor
No le quilata en favor
De tu gracia conocida

Preſ-

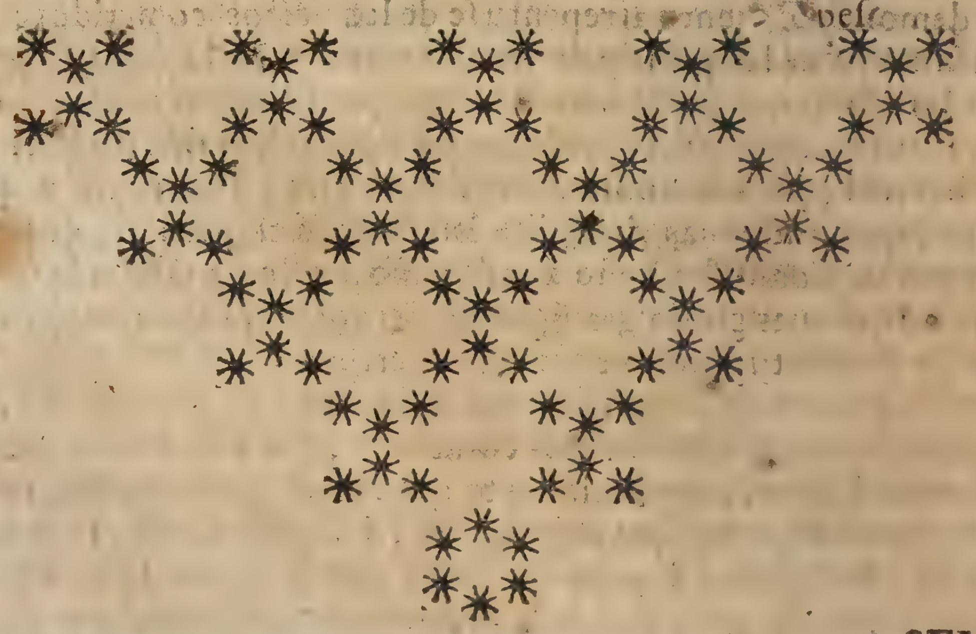
Preſto dejarè la vida
En las manos del dolor.

Las de Gelaſia me han pueſto
En tan eſtraña agonìa,
Que ſi mas porfia en eſto
Mi dolor, i ſu porfia,
Sè que acabaràn bien preſto.
O dura Gelaſia eſquiva,
Zahareña, dura, altiva,
Porquè guſtas, dì, Paſtora;
Que el corazon que te adora
En tantos tormentos viva?

Poco fue lo que cantò Lenio, pero lo que llorò fue tanto, que allì quedàra deshecho en lagrimas, ſi los Paſtores no acudieran a conſolarle. Mas como èl los viò venir, i conociò entre ellos a Tirſi, ſin mas detenerſe, ſe levantò, i ſe fue a arrojar a ſus pies, abrazandole eſtrechamente las rodillas, i ſin dejar las lagrimas, le dijo. Aora puedes, famoſo Paſtor, tomar juſta venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injuſta cauſa que mi ignorancia me proponìa. Agora, digo, que puedes levantar el brazo, i con algun agudo cuchillo traſpaſſar eſte corazon donde cupo tan notoria ſimpleza, como era no tener al amor por univerſidal ſeñor del mundo. Pero de una coſa te quiero advertir, que ſi quieres tomar al juſto la venganza de mi yerro, que me deges con la vida que ſoſtengo, que es tal, que no hai muerte que ſe le compare. Avia ya Tirſi levantado del ſuelo al laſtimado Lenio, i teniendole abrazado, con diſcretas, i amoroſas palabras procurava conſolarle, diciendole. La mayor culpa que hai en las culpas, Lenio amigo, es el eſtàr pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonio, nunca arrepentirſe de los yerros cometidos: i aſsi meſmo una de las principales cauſas que mueve, i fuerza a perdonar las ofenſas, es ver el ofendido, arrepentimiento en el que ofende, i mas quando eſtà el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues ſu noble condicion le tira, i compele a que lo haga, quedando mas rico, i ſatisfecho con el perdon, que con la venganza. Como ſe vè eſto a cada paſſo en los grandes Señores, i Reyes, que mas gloria grangean en perdonar las injurias, q̃ en vengarlas. I pues tu, Lenio, confieſſas el error en que has eſtado, i conoces agora las poderoſas fuerzas del amor, i entiendes dèl, que es ſeñor univerſal de nueſtros corazones, por eſte nuevo conocimiento, i por el arrepentimiento que tienes, puedes eſtàr confiado, i vivir ſeguro, que el generoſo, i blando amor, te reducirà preſto a ſoſſegada, i amoroſa vida; que ſi agora te caſtiga con darte la penoſa que tienes, hacelo porque le conozcas, i porque deſ-

pues tengas, i estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio, i los demàs Pastores que alli estavan, con las quales pareciò que quedò Lenio algo mas consolado. I luego les contò como morìa por la cruel Pastora Gelasia, exagerandoles la esquiva, i desamorada condicion suya, i quan libre, i essenta estava de pensar en ningun efeto amoroso: encareciendoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil Pastor Galercio padecia: de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le avia puesto en terminos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas huvieron razonado, tornaron a seguir su camino, llevando consigo a Lenio, i sin sucederles otra cosa llegaron al Aldea, llevandose consigo Elicio a Tirsi, Damon, Erastro, Lauso, i Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orsinio, Marsilio, i Orompo. Florisa, i las otras Pastoras, se fueron con Galatea, i con su padre Aurelio: quedando primero concertado, que otro dia al salir del alva se juntassen, para ir al valle de los cipreses, como Thelesio les avia mandado, para celebrar las obsequias de Melisso. En las quales, como ya està dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nisida, i Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

Fin del Libro Quinto.



SEX-

SEXTO, I ULTIMO LIBRO DE GALATEA.

APenas avian los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la mas baja linea de nuestro Orizonte quando el anciano, i venerable Telesio, hizo llegar a los oidos de todos los que en el Aldea estavan el lastimero son de su bocina: señal que moviò a los que le escucharon a dejar el reposo de los pastorales lechos, i acudir a lo que Thelesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio, i todos los Pastores, i Pastoras que con ellos estavan, no faltando las hermosas Nisida, i Blanca, i los venturosos Timbrio, i Silerio, con otra cantidad de gallardos Pastores, i bellas Pastoras, que a ellos se juntaron, i al numero de treinta llegarian. Entre los quales ivan la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, i la recien desposada Silveria: la qual llevava consigo a la hermosa, i zahareña Belisa, por quien el Pastor Marsilio tan amorosas, i mortales angustias padecia. Avia venido Belisa a visitar a Silveria, i darle el parabien del nuevo recibido estado, i quiso ansi mesmo hallarse en tan celebres obsequias, como esperava serian las que tantos, i tan famosos Pastores celebravan. Salieron pues todos juntos de la Aldea, fuera de la qual hallaron a Thelesio, con otros muchos Pastores que le acompañavan, todos vestidos, i adornados de manera, que bien mostravan, que para triste, i lamentable negocio avian sido juntados. Ordenò luego Thelesio, porque con intenciones mas puras, i pensamientos mas reposados se hiciessen aquel dia los solenes sacrificios, que todos los Pastores fuessen juntos por su parte, i desviados de las Pastoras, i que ellas lo mesmo hiciessen: de que los menos quedaron contentos, i los mas no mui satisfechos, especialmente el apassionado Marsilio, que yà avia visto a la desamorada Belisa, con cuya vista quedò tan fuera de sì, i tan suspenso, qual lo conocieron bien sus amigos,

gos, Orompo, Crisio, i Orfinio, los quales viendole tal, se llegaron a èl, i Orompo le dijo. Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, i no dès ocasion con tu desmayo a que se descubra el poco valor de tu pecho. Què sabes si el Cielo, movido a compassion de tu pena, ha traido a tal tiempo a estas riberas a la Pastora Belisa, para que la remedies? Antes para mas acabarme, a lo que yo creo, respondiò Marsilio, avrà ella venido a este lugar, que de mi ventura esto, i mas se deve temer; pero yo harè, Orompo, lo que mandas, si a caso puede conmigo en este duro trance mas la razon, que mi sentimiento: i con esto bolviò algo mas en sì Marsilio, i luego los Pastores por una parte, i las Pastoras por otra, como de Thelesio estava ordenado, se comenzaron a encaminar al valle de los cipreses, llevando todos un maravilloso silencio: hasta que admirado Timbrio de ver la frescura, i belleza del claro Tajo por do caminava, buelto a Elicio, que al lado le venia, le dijo. No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas: i no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, i las que visten, i adornan al famoso Ebro, i al conocido Pisuerga: i en las apartadas tierras, ha passeado las del santo Tiber, i las amenas del Po, celebrado por la caida del atrevido mozo, sin dejar de aver rodeado las frescuras del apacible Sebeto: grande ocasion avia de ser la que a maravilla me moviesse de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio, respondiò Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer, que la amenidad, i frescura de las riberas deste rio, hace notoria, i conocida ventaja a todas las que has nombrado, aunque entrasse en ellas las del apartado Xanto, i del conocido Anfriso, i el enamorado Alfeo: Porque tiene, i ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha linea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un Cielo luciente, i claro, que con un largo movimiento, i con vivo resplandor parece que combida a regocijo, i gusto al corazon que dèl està mas ageno. I si ello es verdad, que las Estrellas, i el Sol se mantienen, como algunos dicen de las aguas de acà bajo, creo firmemente que las deste rio sean, en gran parte, ocasion de causar la belleza del Cielo que le cubre, o creerè que Dios, por la mesma razon que dicen, que mora en los Cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion: la tierra, que lo abra-

abraza veſtida de mil verdes ornamentos, parece que hace fieſtas, i ſe alegra de poſſeer en sì un dòn tan raro, i agradable, i el dorado rio como en cambio, en los abrazos della dulcemente entretegiendoſe, forma, como de induſtria, mil entradas, i ſalidas, que a qualquiera que las mira, llevan el alma de placer maravilloſo: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces a mirarle, no por eſſo dejan de hallar en èl coſas que les cauſen nuevo placer, i nueva maravilla. Buelve pues los ojos, valeroſo Timbrio, i mira quanto adornan ſus riberas las muchas Aldeas, i ricas caſerias, que por ellas ſe vèn fundadas. Aqui ſe vè en qualquiera ſazon del año andar la riſueña Primavera con la hermoſa Venus, en habito ſucinto, i amoroſo, i Cefiro que la acompaña, con la madre Flora delante, eſparciendo a manos llenas varias, i odoriferas flores. I la induſtria de ſus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza encorporada con el Arte, es hecha Artifice, i connatural del Arte, i de entrambas a dos ſe ha hecho una tercia naturaleza, a la qual no ſabrè dàr nombre. De ſus cultivados Jardines, con quien los huertos Eſperides, i de Alcino pueden callar; de los eſpeſos boſques, de los pacificos olivos, verdes laureles, i acopados mirtos: de ſus abundoſos paſtos, alegres valles, i veſtidos collados, arroyos, i fuentes, que en eſta ribera ſe hallan: no ſe eſpere que yo diga mas, ſino que ſi en alguna parte de la tierra los campos Eliſeos tienen aſsiento, es ſin duda en eſta. Què dirè de la induſtria de las altas ruedas, con cuyo contino movimiento ſacan las aguas del profundo rio, i humedecen abundoſamente las heras, que por largo eſpacio eſtàn apartadas? Añadeſe a todo eſto, criarſe en eſtas riberas las mas hermoſas, i diſcretas Paſtoras, que en la redondèz del ſuelo pueden hallarſe: Para cuyo teſtimonio, dejando aparte el que la experiencia nos mueſtra, i lo que tu, Timbrio, ha que eſtàs en ellas, i has viſto, baſtarà traer por egemplo a aquella Paſtora que alli vès, o Timbrio; i diciendo eſto, ſeñalò con el cayado a Galatea; i ſin decir mas, dejò admirado a Timbrio de ver la diſcrecion, i palabras con que avia alabado las riberas de Tajo, i la hermoſura de Galatea. I reſpondiendole, que no ſe le podia contradecir ninguna coſa de las dichas, en aquellas, i en otras entretenian la peſadumbre del camino, haſta que llegados a viſta del valle de los cipreſes, vieron que del ſalian caſi otros tantos Paſtores, i Paſtoras, como los que con

ellos ivan. Juntaronse todos, i con sossegados passos comenzaron a entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan estraño, i maravilloso, que aun a los mesmos que muchas veces le avian visto, causava nueva admiracion, i gusto. Levantanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en quatro diferentes, i contrapuestas partes, quatro verdes, i apacibles collados, como por muros, i defensores de un hermoso valle, que en medio contienen, cuya entrada en èl por otros quatro lugares es concedida, los quales mesmos collados estrechan de modo, que vienen a formar quatro largas, i apacibles calles, a quien hacen pared de todos lados, altos, e infinitos cipreses, puestos por tal orden, i concierto, que hasta las mesmas ramas de los unos, i de los otros, parece que igualmente vàn creciendo, i que ninguna se atreve a passar, ni salir un punto mas de la otra. Cierran, i ocupan el espacio que entre ciprès, i ciprès se hace, mil olorosos rosales, i suaves jazmines, tan juntos, i entretegidos, como suelen estàr en los vallados de las guardadas viñas, las espinosas zarzas, i puntosas cambroneras. De trecho en trecho destas apacibles entradas, se vèn correr por entre la verde, i menuda yerva, claros, i frescos arroyos de limpias, i sabrosas aguas, que en las faldas de los mesmos collados tienen su nacimiento. Es el remate, i fin destas calles, una ancha, i redonda plaza, que los recuestos, i los cipreses forman, en medio de la qual està puesta una artificiosa fuente, de blanco, i precioso marmol fabricada, con tanta industria, i artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibuli, i las sobervias de la antigua Tinacria, no le pueden ser comparadas. Con el agua desta maravillosa fuente se humedecen, i sustentan las frescas yervas de la deleitosa plaza; i lo que mas hace à este agradable sitio, digno de estimacion, i reverencia, es ser previlegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos, i mansas ovejas, i de otra qualquier suerte de ganado, que solo sirve de guardador, i tesoro de los honrados huessos de algunos famosos Pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina, i ordena ser digno, i merescedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veìan entre los muchos, i diversos arboles, que por las espaldas de los cipreses estavan, en el lugar, i distancia que avia dellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, qual de jaspe, i qual de marmol fabricada, en cuyas blancas piedras

ſe leìan los nombres de los que en ellas eſtavan ſepultados. Pero la que mas ſobre todas reſplandecìa, i la que mas a los ojos de todos ſe moſtrava, era la del famoſo Paſtor Meliſo, la qual apartada de las otras, a un lado de la ancha plaza de liſas, i negras pizarras, i de blanco, i bien labrado alabaſtro hecha parecìa; i en el meſmo punto que los ojos de Theleſio la miraron, bolviendo el roſtro a toda aquella agradable compañia, con ſoſſegada voz, i lamentables acentos, les dijo. Veis alli, gallardos Paſtores, diſcretas, i hermoſas Paſtoras: veis alli, digo, la triſte ſepultura donde ſe poſan los honrados hueſſos del nombrado Meliſo, honor, i gloria de nueſtras riberas: comenzad pues a levantar al Cielo los humildes corazones, i con puros efectos, abundantes lagrimas, i profundos ſuſpiros, entonad los ſantos Himnos, i devotas Oraciones, i rogadle, tenga por bien de acoger en ſu eſtrellado aſsiento, la bendita alma del cuerpo que alli yace: en diciendo eſto, ſe llegò a un ciprès de aquellos, i cortando algunas ramas, hizo dellas una funeſta guirnalda con que coronò ſus blancas, i veneradas ſienes, haciendo ſeñal a los demàs que lo meſmo hicieſſen. De cuyo egemplo movidos todos, en un momento ſe coronaron de las triſtes ramas; i guiados de Theleſio, llegaron a la ſepultura, donde lo primero que Theleſio hizo, fue, inclinar las rodillas, i beſar la dura piedra del ſepulcro: hicieron todos lo meſmo, i algunos huvo que tiernos con la memoria de Meliſo, dejavan regado con lagrimas el blanco marmol que beſavan. Hecho eſto, mandò Theleſio encender el ſacro fuego, i en un momento al rededor de la ſepultura ſe hicieron muchas (aunque pequeñas) hogueras, en las quales ſolas ramas de ciprès ſe quemavan, i el venerable Theleſio, con graves, i ſoſſegados paſſos comenzò a rodear la pira, i echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de ſacro, i oloroſo incienſo, diciendo cada vez que lo eſparcìa, alguna breve, i devota Oracion, a rogar por el alma de Meliſo encaminada, al fin de la qual levantava la tremante voz, i todos los circunſtantes con triſte, i piadoſo acento reſpondian, Amen, Amen, tres veces, a cuyo lamentable ſonido reſonavan los cercanos collados, i apartados valles, i las ramas de los altos cipreſes, i de los otros muchos arboles, de que el valle eſtava lleno, heridas de un manſo Cefiro que ſoplava, hacian, i formavan un ſordo, i triſtiſsimo ſuſurro, caſi como en ſeñal de que por ſu parte ayuda-

da-

davan a la trifteza del funefto facrificio. Tres veces rodeò Thelefio la fepultura, i tres veces dijo las piadofas plegarias, i otras nueve fe efcucharon los llorofos acentos del Amen, que los Paftores repetian. Acabada efta ceremonia, el anciano Thelefio fe arrimò a un fubido ciprès, que a la cabecera de la fepultura de Melifo fe levantava, i con bolver el roftro a una, i otra parte, hizo que todos los circunftantes eftuvieffen atentos a lo que decir queria; i luego levantando la voz (todo lo que pudo conceder la antiguedad de fus años) con maravillofa eloquencia, comienza a alabar las virtudes de Melifo, la integridad de fu inculpable vida, la alteza de fu ingenio, la entereza de fu animo, la graciofa gravedad de fu platica, i la excelencia de fu poesìa; i fobre todo, la folicitud de fu pecho, en guardar, i cumplir la fanta Religion que profeffado avia, juntando a eftas, otras tantas, i tales virtudes de Melifo, que aunque el Paftor no fuera tan conocido de todos los que a Thelefio efcuchavan, folo por lo que èl decia, quedàran aficionados a amarle, fi fuera vivo, i a reverenciarle defpues de muerto. Concluyò pues el viejo fu platica, diciendo. Si a do llegaron, famofos Paftores, las bondades de Melifo, i adonde llega el defeo que tengo de alabarlas, llegàra la bageza de mi corto entendimiento, i las flacas, i pocas fuerzas adquiridas de mis tantos, i canfados años, no me acortàran la voz, i el aliento, primero efte Sol que nos alumbra, le vierades bañar una, i otra vez en el grande Oceano, que yo cefsara de la comenzada platica: mas pues efto en mi marchita edad no fe permite, fuplid vofotros mi falta, i moftraos agradecidos a las frias cenizas de Melifo, celebrandolas en la muerte, como os obliga el amor que èl os tuvo en la vida; i puefto que a todos en general nos toca, i cabe parte defta obligacion, a quien en particular mas obliga, es a los famofos Tirfi, i Damon, como a tan conocidos amigos, i familiares fuyos; i afsi les ruego quan encarecidamente puedo, correfpondan a efta deuda, fupliendo, i cantando ellos con mas repofada, i fonora voz, lo que yo he faltado, llorando con la trabajofa mia. No dijo mas Thelefio, ni aun fuera menefter decirlo, para que los Paftores fe movieffen a hacer lo que fe les rogava, porque luego (fin replicar cofa alguna) Tirfi facò fu rabèl, i hizo feñal a Damon que lo mefmo hicieffe, a quien acompañaron luego Elicio, i Laufo, i todos los Paftores que alli inftrumentos tenian; i a poco efpacio formaron una tan trifte, i agra-

agradable musica, que aunque regalava los oidos, movia los corazones a dàr señales de tristeza, con lagrimas que los ojos derramavan. Juntavase a esto la dulce armonìa de los pintados pajarillos, que por los aires cruzavan; i algunos sollozos que las Pastoras (ya tiernas, i movidas con el razonamiento de Thelesio, i con lo que los Pastores hacian) de quando en quando de sus hermosos pechos arrancavan; i era de suerte, que concordandose el son de la triste musica, i el de la triste armonìa de los gilguerillos, calandrias, i ruiseñores, i el amargo de los profundos gemidos, formava todo junto un tan estraño, i lastimoso concento, que no hai lengua que encarecerlo pueda. De alli a poco espacio, cessando los demàs instrumentos, solos los quatro de Tirsi, Damon, Elicio, i de Lauso se escucharon, los quales llegandose al sepulcro de Meliso, a los quatro lados del sepulcro: señal por donde todos los presentes entendieron, que alguna cosa cantar querian: i asi les prestaron un maravilloso, i sossegado silencio, i luego el famoso Tirsi, con levantada, triste, i sonorosa voz, ayudandole Elicio, Damon, i Lauso, desta manera comenzò a cantar.

TIRSI.

Tal qual es la ocasion de nuestro llanto,
No solo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores, entonad el triste canto.
Dam. El aire rompan, lleguen hasta el Cielo
Los suspiros dolientes, fabricados,
Entre justa piedad, i justo duelo.
Elic. Seràn de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.
Lau. Meliso, digno de immortal historia,
Digno que goces en el Cielo santo
De alegre vida, i de perpetua gloria.
Tirs. Mientras que a las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso,
Pastores, entonad el triste canto.
Dam. Como puedo, Meliso, recompenso
A tu amistad, con lagrimas vertidas

Con ruegos pìos, i ſagrado incienſo.
Elic. Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nueſtras dulces paſſadas alegrias,
I a tierno ſentimiento reducidas.
Lau. Aquellos claros venturoſos dias
Donde el mundo gozò de tu preſencia,
Se han buelto en noches miſerables frias.
Tirſ. O muerte, que con preſta violencia,
Tal vida en poca tierra reduciſte
A quien no alcanzarà tu diligencia.
Dam. Deſpues (o muerte) que aquel golpe diſte,
Que echò por tierra nueſtro fuerte arrimo
De yerva el prado, ni de flor ſe viſte.
Elic. Con la memoria deſte mal reprimo
El bien (ſi alguno llega a mi ſentido)
I con nueva aſpereza me laſtìmo.
Lau. Quando ſuele cobrarſe el bien perdido?
Quando el mal ſin buſcarle no ſe halla?
Quando hai quietud en el mortal ruìdo?
Tirſ. Quando de la mortal fiera batalla
Triunfó la vid, i quando contra el tiempo
Se opuſo, o fuerte arnès, o dura malla?
Dam. Es nueſtra vida un ſueño, un paſſatiempo,
Un vano encanto que deſaparece
Quando mas firme pareciò en ſu tiempo.
Elic. Dia que al medio curſo ſe eſcurece,
I le ſucede noche tenebroſa
Embuelta en ſombras que el temor ofrece.
Lau. Mas tu, Paſtor famoſo, en venturoſa
Hora paſſaſte deſte mar inſano
A la dulce region maravilloſa.
Tirſ. Deſpues en el apriſco Veneciano
Las cauſas, i demandas decidiſte
Del gran Paſtor del ancho ſuelo Hiſpano.
Dam. Deſpues tambien que con valor ſufriſte
El trance de fortuna acelerado
Que a Italia hizo, i aun a Eſpaña triſte.
Elic. I deſpues que en ſoſsiego repoſado
Con las nueve doncellas ſolamente

Tan-

Tanto tiempo estuviste retirado.
Lau. Sin que las fieras armas del Oriente,
Ni la Francesa furia inquietasse
Tu levantada, i sossegada mente.
Tirs. Entonces quiso el Cielo que llegasse
La fria mano de la muerte airada,
I en tu vida el bien nuestro arrebatasse.
Dam. Quedò tu suerte entonces mejorada,
Quedò la nuestra a un triste amargo lloro
Perpetua eternamente condenada.
Elic. Viòse el sacro virgineo hermoso coro
De aquellas moradoras de Parnasso
Romper llorando sus cabellos de oro.
Lau. A lagrimas moviò el doliente caso
Al gran competidor del niño ciego,
Que entonces de dar luz se mostrò escasso.
Tirs. No entre las armas, i el ardiente fuego,
Los tristes Teucros tanto se afligieron
Con el engaño del astuto Griego.
Como lloraron, como repitieron
El nombre de Meliso los Pastores
Quando informados de su muerte fueron.
Dam. No de olorosas variadas flores
Adornaron sus frentes, ni cantaron
Con voz suave algun cantar de amores.
De funesto ciprès se coronaron,
I en triste repetido amargo llanto
Lamentables canciones entonaron.
Elic. I assi pues hoi el aspero quebranto,
I la memoria amarga se renueva,
Pastores, entonad el triste canto.
Que el duro caso que a doler nos lleva
Es tal, que serà pecho de diamante
El que a llorar en èl no se conmueva.
Lau. El firme pecho, el animo constante
Que en las adversidades siempre tuvo
Este Pastor, por mil lenguas se cante.
Como al desdèn que de contino huvo
En el pecho de Filis indignado

Qual firme roca contra el mar eſtuvo.
Tirſ. Repitanſe los verſos que ha cantado,
Queden en la memoria de las gentes,
Por mueſtras de ſu ingenio levantado.
Dam. Por tierras de las nueſtras diferentes
Lleve ſu nombre la parlera fama
Con paſſos preſtos, i alas diligentes.
Elic. I de ſu caſta, i amoroſa llama
Egemplo tome el mas laſcivo pecho,
I el que en ardor menos cabal ſe inflama.
Lau. Venturoſo Meliſo, que a deſpecho
De mil contraſtes fieros de fortuna
Vives aora alegre, i ſatisfecho.
Tirſ. Poco te canſa, poco te importuna
Eſta mortal bageza que dejaſte
Llena de mas mudanzas que la Luna.
Dam. Por firme alteza la humildad trocaſte,
Por bien el mal, la muerte por la vida,
Tan ſeguro temiſte, i eſperaſte.
Elic. Deſta mortal (al parecer) caida
Quien vive bien, al cabo ſe levanta,
Qual tu, Meliſo, a la region florida.
Donde por mas de una inmortal garganta
Se deſpide la voz que gloria ſuena,
Gloria repite, dulce gloria canta.
Donde la hermoſa clara faz ſerena
Se ve, en cuya viſion ſe goza, i mira
La ſuma gloria mas perfecta, i buena.
Mi flaca voz a tu alabanza aſpira,
I tanto quanto mas creſce el deſeo,
Tanto, Meliſo, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo aora, i veo
(Con el entendimiento levantado)
Del ſacro tuyo ſobre humano arreo.
Tiene mi entendimiento acovardado,
I ſolo paro en levantar las cejas,
I en recoger los labios de admirado.
Lau. Con tu partida en triſte llanto dejas
Quantos con tu preſencia ſe alegravan,

I el

I el mal se acerca, porque tu te alejas.
Tirs. En tu sabiduria se enseñavan
Los rusticos Pastores, i en un punto
Con nuevo ingenio, i discrecion quedavan.
Pero llegòse aquel forzoso punto
Donde tu te partiste, i do quedamos
Con poco ingenio, i corazon difunto.
Esta amarga memoria celebramos
Los que en la vida te quisimos tanto,
Quanto aora en la muerte te lloramos.
Por esto al son de tan confuso llanto,
Cobrando de contino nuevo aliento,
Pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento,
Las lagrimas vertidas, i sospiros,
Con quien se aumenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sè pediros,
Mas aveis de sentir que quanto aora
Puede mi atada lengua referiros.
Mas pues Febo se ausenta, i descolora,
La tierra que se cubre en negro manto
Hasta que venga la esperada Aurora,
Pastores, cessad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado avia la triste, i dolorosa Elegia, fue el que le puso fin, sin que le pusiessen (por un buen espacio) a las lagrimas todos los que el lamentable canto escuchado avian. Mas a esta sazon el venerable Thelesio les dijo. Pues avemos cumplido (en parte) gallardos, i comedidos Pastores, con la obligacion que al venturoso Meliso tenemos, poned por aora silencio a vuestras tiernas lagrimas, i dad algun vado a vuestros dolientes sospiros, pues ni por ellas, ni ellos, podemos cobrar la pèrdida que lloramos; i puesto que el humano sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavia es menester templar la demasìa de sus accidentes, con la razon que al discreto acompaña; i aunque las lagrimas, i sospiros seràn señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consiguen las almas por quien se derraman con los pìos sacrificios, i devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar

Oceano por los ojos de todo el mundo hecho lagrimas se destilasse. I por esta razon, i por la que tenemos de dàr algun alivio a nuestros cansados cuerpos, serà bien (que dejando lo que nos resta de hacer para el venidero dia) por agora visiteis vuestros zurrones, i cumplais con lo que naturaleza os obliga; i en diciendo esto, diò orden como todas las Pastoras estuviessen a una parte del valle, junto a la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los mas ancianos Pastores que alli avia, i los demàs poco desviados dellas, en otra parte se estuvieron, i luego con lo que en los zurrones traìan, i con el agua de la clara fuente, satisfacieron a la comun necessidad de la hambre; acabando a tiempo que yà la noche vestìa de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro Orizonte contenidas, i la luciente Luna mostrava su rostro hermoso, i claro, en toda la entereza que tiene, quando mas el rubio hermano sus rayos le comunica; pero de alli a poco rato (levantandose un alterado viento) se comenzaron a vèr algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta Diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra. Señales por donde algunos Pastores qua alli estavan, en la rustica Astrologìa Maestros, algun venidero turbion, i borrasca esperavan. Mas todo parò en no mas de quedar la noche parda, i serena; i en acomodarse ellos a descansar sobre la fresca yerva, entregando los ojos al dulce, i reposado sueño, como lo hicieron todos, sino algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las Pastoras, i el de algunas antorchas que al rededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedavan. Pero ya que el sossegado silencio se estendiò por todo aquel sagrado valle, i ya que el perezoso Morfeo avia con el bañado ramo, tocando las sienes, i parpados de todos los presentes; a tiempo que a la redonda de nuestro Polo buena parte las errantes estrellas andado avian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante de la mesma sepultura de Meliso, se levantò un grande, i maravilloso fuego, tan luciente, i claro, que en un momento todo el escuro valle quedò con tanta claridad, como si el mesmo Sol le alumbràra: por la qual improvisa maravilla, los Pastores que despiertos juntos a la sepultura estavan, cayeron atonitos en el suelo deslumbrados, i ciegos, con la luz del transparente fuego: el qual hizo contrario efeto en los demàs que durmiendo estavan, porque heridos de sus rayos, huyò dellos el pesado sueño, i aun-

aunque con dificultad alguna, abrieron los dormidos ojos, i viendo la eſtrañeza de la luz que ſe les moſtrava, confuſos, i admirados quedaron, i aſsi qual en pie, qual recoſtado, i qual ſobre las rodillas, pueſto cada uno (con admiracion, i eſpanto) el claro fuego mirava. Todo lo qual viſto por Theleſio, adornandoſe en un punto de las ſacras veſtiduras, acompañado de Elicio, Tirſi, Damon, Lauſo, i de otros animoſos Paſtores, poco a poco ſe comenzò a llegar al fuego, con intencion de con algunos licitos, i acomodados exorciſmos, procurar deshacer, o entender de do procedia la eſtraña viſion que ſe les moſtrava. Pero ya que llegavan cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiendoſe en dos partes, en medio dellas parecia una tan hermoſa, i agraciada Ninfa, que en mayor admiracion les puſo que la viſta del ardiente fuego: moſtrava eſtàr veſtida de una rica, i ſotil tela de plata, recogida, i retirada a la cintura, de modo, que la mitad de las piernas ſe deſcubrian adornadas con unos coturnos, o calzado juſto dorados, llenos de infinitos lazos de liſtones de diferentes colores: ſobre la tela de plata traìa otra veſtidura de verde, i delicado cendal, que llevado a una, i a otra parte, por un vientecillo que manſamente ſoplava, eſtremadamente parecia: por las eſpaldas traìa eſparcidos los mas luengos, i rubios cabellos, que jamàs ojos humanos vieron, i ſobre ellos una guirnalda, ſolo de verde laurèl compueſta: la mano derecha ocupava con un alto ramo de amarilla, i vencedora palma, i la izquierda con otro de verde, i pacifica oliva. Con los quales ornamentos, tan hermoſa, i admirable ſe moſtrava, que a todos los que la miravan tenia colgados de ſu viſta, de tal manera, que deſechando de sì el temor primero, con ſeguros paſſos al rededor del fuego ſe llegaron, perſuadiendoſe que de tan hermoſa viſion, ningun daño podia ſucederles. I eſtando (como ſe ha dicho) todos tranſportados en mirarla: la bella Ninfa abriò los brazos a una, i a otra parte, i hizo que las apartadas llamas, mas ſe apartaſſen, i dividieſſen, para dàr lugar a que mejor pudieſſe ſer mirada. I luego levantando el ſereno roſtro (con gracia, i gravedad eſtraña) a ſemejantes razones diò principio. Por los efetos que mi improviſa viſta ha cauſado en vueſtros corazones, diſcreta, i agradable compañia, podeis conſiderar no en virtud de malignos eſpiritus ha ſido formada eſta figura mia, que aqui ſe os repreſenta; porque una de las razones es

por do se conoce ser una vision buena, o mala, ès por los efetos que hace en el animo de quien la mira: porque la buena, aunque cause en èl admiracion, i sobresalto, el tal sobresalto, i admiracion, viene mezclado con un gustoso alboroto, que a poco rato le sosiega, i satisface, al revès de lo que causa la vision perversa, la qual sobresalta, descontenta, atemoriza, i jamàs assegura: esta verdad os aclararà la experiencia quando me conozcais, i yo os diga quien soi, i la ocasion que me ha movido a venir de mis remotas moradas a visitaros. I porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quien yo sea; sabed, discretos Pastores, i bellas Pastoras, que yo soi una de las nueve Doncellas, que en las altas, i sagradas cumbres de Parnaso tienen su propia, i conocida morada: mi nombre es Caliope, mi oficio, i condicion, es favorecer, i ayudar a los Divinos Espiritus, cuyo loable egercicio es ocuparse en la maravillosa, i (jamàs como deve) alabada ciencia de la Poesìa. Yo soi la que hice cobrar eterna fama al antiguo Ciego, natural de Esmirna, por el solamente famosa. La que harà vivir el Mantuano Titiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe. I la que hace que se tengan en cuenta desde la passada hasta la edad presente, los escritos tan asperos como discretos del antiquissimo Enio. En fin soi quien favoreciò a Catulo, la que nombrò a Oracio, eternizò a Propercio, i soi la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conoscido Petrarca, i la que hizo bajar a los escuros infiernos, i subir a los claros Cielos al famoso Dante: soi la que ayudò a teger al Divino Ariosto la variada, i hermosa tela que compuso: la que en esta Patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscàn, i con el famoso Garcilaso; con el docto, i sabio Castillejo, i el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios, i con los frutos dellos quedò vuestra Patria enriquecida, i yo satisfecha. Yo soi la que movì la pluma del celebrado Aldana; i la que no dejò jamàs el lado de Don Fernando de Acuña; i la que me precio de la estrecha amistad, i conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotros celebradas, no solo han alegrado su espiritu (que ya por la region eterna se passea) sino que a mi me han satisfecho, de suerte, que forzada he venido a agradeceros tan loable, i piadosa costumbre, como es la que entre vosotros se usa: assi

os

os prometo (con las veras que de mi virtud pueden esperarse) que en pago del beneficio, que a las cenizas de mi querido, i amado Meliso aveis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamàs falten Pastores, que en la alegre ciencia de la Poesìa a todos los de la otra ribera se aventagen: favorecerè ansi mesmo siempre vuestros consejos, i guiarè vuestros entendimientos de manera, que nunca deis torcido voto, quando decreteis quien es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no serà bien que honra tan particular, i señalada, i que solo es merecida de los blancos, i canoros Cisnes, la vengan a gozar los negros, i roncos cuervos; i asi me parece que serà bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, i algunos en las apartadas Indias a ella sugetas: los quales, si todos, o alguno dellos, su buena ventura le trugere a acabar el curso de sus dias en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio: junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombràre, son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar orden alguna, que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al al otro, i los otros a los otros hacen, quiero dejar esta declaracion en duda: porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos, tengan en que egercitarse, de los quales daràn testimonio sus obras: irelos nombrando como se me vinieren a la memoria, sin que ninguno se atribuya a que ha sido favor que yo le he hecho en averme acordado dèl primero, que de otro: porque, como digo, a vosotros, discrètos Pastores, dejo que despues les deis el lugar que os pareciere qué de justicia se les deve. I para que con menos pesadumbre, i trabajo, a mi larga relacion esteis atentos, harèla de suerte, que solo sintais disgusto por la brevedad della. Callò diciendo esto la bella Ninfa, i luego tomò una harpa que junto a sì tenia (que hasta entonces de ninguno avia sido vista) i en comenzandola a tocar, parece que comenzò a esclarecerse el Cielo, i que la Luna con nuevo, i no usado resplandor alumbrava la tierra: los arboles, a despecho de un blando Cefiro que soplava, tuvieron quedas las ramas; i los ojos de todos los que alli estavan, no se atrevian a bajar los parpados, porque aquel breve punto que se tardavan en alzarlos, no se privassen de la gloria, que en mirar la hermosura de la Ninfa gozavan, i aunque

quisieran todos, que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oir solamente, con tal estrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad tocava la harpa la bella Musa: la qual, despues de aver tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginar se puede, en semejantes versos diò principio.

CANTO DE CALIOPE.

Al dulce son de mi templada lira
Prestad, Pastores, el oido atento,
Oireis como en mi voz, i en èl respira
De mis hermanas el sagrado aliento.
Vereis como os suspende, i os admira,
I colma vuestras almas de contento,
Quando os dè relacion aqui en el suelo
De los ingenios que ya son del Cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
A quien la Parca el hilo aun no ha cortado,
De aquellos que son dignos justamente
De en tal lugar tenerle señalado.
Donde a pesar del tiempo diligente,
Por el laudable oficio acostumbrado
Vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
Sus claras obras, sus famosos nombres.

I el que con justo titulo merece
Gozar de alta, i honrosa preeminencia,
Un Don Alonso es en quien florece
Del sacro Apolo la Divina Ciencia.
I en quien con alta lumbre resplandece
De Marte el brio, i sin igual potencia,
De Leiva tiene el sobrenombre ilustre,
Que a Italia ha dado, i aun a España lustre.

Otro del mesmo nombre, que de Arauco
Cantò las guerras, i el valor de España,
El qual los Reinos donde habita Glauco
Passò, i sintiò la embravescida saña.

No

No fue ſu voz, no fue ſu acento Rauco;
Que uno, i otro fue de gracia eſtraña,
I tal que Ercilla en eſte hermoſo aſsiento
Merece eterno, i ſacro monumento.

Del famoſo Don Juan de Silva os digo
Que toda gloria, i todo honor merece,
Aſsi por ſerle Febo tan amigo,
Como por el valor que en èl florece.
Seràn deſto ſus obras buen teſtigo,
En las quales ſu ingenio reſplandece
Con claridad, que al ignorante alumbra,
I al ſabio agudo a veces le deslumbra.

Crezca el numero rico deſta cuenta,
Aquel con quien la tiene tal el Cielo,
Que con Febeo aliento le ſuſtenta,
I con valor de Marte acà en el ſuelo:
A Omero iguala ſi a eſcrivir intenta;
I a tanto llega de ſu pluma el buelo
Quanto es verdad que a todos es notorio
El alto ingenio de Don Diego Oſorio.

Por quantas vias la parlera fama
Puede loar un Cavallero iluſtre,
Por tantas ſu valor claro derrama,
Dando ſus hechos a ſu nombre luſtre:
Su vivo ingenio ſu virtud inflama
Mas de una lengua a que de luſtre en luſtre
Sin que curſos de tiempos las eſpanten
De Don Franciſco de Mendoza canten.

Feliz Don Diego de Sarmiento iluſtre,
I Carvajal, famoſo producido
De nueſtro coro, i de Ipocrene luſtre,
Mozo en la edad, anciano en el ſentido.
De ſiglo en ſiglo irà de luſtre en luſtre
(A peſar de las aguas del olvido)
Tu nombre con tus obras excelentes

De

De lengua en lengua, i de gente en gentes.

Quieroos moſtrar por coſa ſoberana
En tierna edad maduro entendimiento
Deſtreza, i gallardìa ſobre humana,
Corteſia, valor, comedimiento.
I quien puede moſtrar en la Toſcana,
Como en ſu propia lengua, aquel talento
Que moſtrò el que cantò la caſa deſte,
Un Don Gutierre Carvajal es eſte.

Tu Don Luis de Vargas, en quien veo
Maduro ingenio en verdes pocos dias,
Procura de alcanzar aquel trofeo
Que te prometen las hermanas mias.
Mas tan cerca eſtàs dèl, que a lo que creo
Ya triunfas, pues procuras por mil vias
Virtuoſas, i ſabias, que tu fama
Reſplandezca con viva, i clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermoſa
Adornan mil eſpiritus divinos,
Que hacen nueſtra edad mas venturoſa,
Que aquella de los Griegos, i Latinos.
Dellos pienſo decir ſola una coſa
Que ſon de vueſtro valle, i honra dinos,
Tanto quanto ſus obras nos lo mueſtran,
Que al camino del Cielo nos adieſtran.

Dos famoſos Dotores, preſidentes
En las ciencias de Apolo, ſe me ofrecen
Que no mas que en la edad ſon diferentes,
I en el trato, e ingenio ſe parecen.
Admiran los auſentes, i preſentes,
I entre unos, i otros tanto reſplandecen
Con ſu ſaber altiſsimo, i profundo,
Que preſto han de admirar a todo el mundo.

I el nombre que me viene mas amano
Deſ-

Destos dos que a loar aqui me atrevo,
Es del Dotor famoso Campuzano,
A quien podeis llamar segundo Febo.
El alto ingenio suyo, el sobre humano
Discurso, nos descubre un mundo nuevo
De tan mejores indias, i excelencias,
Quanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el Dotor Suarez (que de Sosa
El sobrenombre tiene) el que se sigue,
Que de una, i otra lengua artificiosa
Lo mas cendrado, i lo mejor consigue.
Qualquiera que en la fuente milagrosa,
Qual èl la mitigò, la sed mitigue,
No tendrà que embidiar al docto Griego,
Ni a aquel que nos cantò el Troyano fuego.

Del Dotor Baza, si decir pudiera
Lo que yo siento dèl, sin duda creo,
Que quantos aqui estais os suspendiera:
Tal es su ciencia, su virtud, i arreo.
Yo he sido en ensalzarle la primera
Del sacro coro, i soi la que deseo
Eternizar su nombre en quanto al suelo
Diere su luz el gran Señor de Delo.

Si la fama os tragere a los oidos,
De algun famoso ingenio, maravillas,
Conceptos bien dispuestos, i subidos,
I ciencias que os assombren en oillas,
Cosas que paran solo en los sentidos,
I la lengua no puede referillas,
El dàr salida a todo dubio, i traza,
Sabed que es el Licenciado Daza.

Del Maestro Garai las dulces obras
Me incitan sobre todos a alabarle.
Tu fama que al ligero tiempo sobras,
Tèn por heroica empressa el celebrarle.

Ve-

Veràs como en èl mas fama cobras,
Fama, que està la tuya en ensalzarle,
Que hablando desta fama, en verdadera
Has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio, que al mayor humano
Se deja atras, i aspira al que es Divino;
I dejando a una parte el Castellano,
Sigue el heroico verso del Latino:
El nuevo Omero, el nuevo Mantuano
Es el Maestro Cordova, que es dino
De celebrarse en la dichosa España,
I en quanto el Sol alumbra, i el mar baña.

De ti, el Dotor Francisco Diaz, puedo
Assegurar a estos mis Pastores,
Que con seguro corazon, i ledo,
Pueden aventajarse en tus loores:
I si en ellos yo agora corta quedo,
Deviendose a tu ingenio los mayores,
Es porque el tiempo es breve, i no me atrevo
a poderte pagar lo que te devo.

Lujan, que con la Toga merecida
Honras el propio, i el ageno suelo;
I con tu dulce Musa conocida
Subes tu fama hasta el mas alto Cielo;
Yo te darè despues de muerto vida,
Haciendo que en ligero, i presto buelo
La fama de tu ingenio unico solo
Vaya del nuestro hasta el contrario Polo.

El alto ingenio, i su valor declara
Un Licenciado tan amigo vuestro,
Quanto yà sabeis que es Juan de Vergara,
Honra del siglo venturoso nuestro.
Por la senda que èl sigue abierta, i clara,
Yo mesma el passo, i el ingenio adiestro;
I adonde èl llega de llegar me pago,
I en

I en su ingenio, i virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar, porque se estime,
I tenga en precio mi atrevido canto,
El qual harà que aora mas le anime,
I llegue alli donde el deseo levanto:
I es este que me fuerza, i que me oprime
A decir solo dèl, i cantar quanto
Canto de los ingenios mas cabales,
El Licenciado Alonso de Morales.

Por la dificil cumbre và subiendo
Al Templo de la Fama, i se adelanta
Un generoso mozo, el qual rompiendo
Por la dificultad que mas espanta,
Tan presto ha de llegar allà, que entiendo;
Que en profecìa ya la fama canta
Del lauro que le tiene aparejado
Al Licenciado Hernando Maldonado;

La sabia frente de laurèl honroso
Adornada vereis, de aquel que ha sido
En todas Ciencias, i Artes tan famoso,
Que es ya por todo el Orbe conocido.
Edad dorada, siglo venturoso,
Que gozar de tal hombre has merecido;
Qual siglo, qual edad aora te llega,
Si en ti està Marco Antonio de la Vega?

Un Diego se me viene a la memoria,
Que de Mendoza es cierto que se llama;
Digno, que solo dèl se hiciera historia,
Tal, que llegàra alli donde su fama.
Su ciencia, i su virtud, que es tan notoria;
Que ya por todo el Orbe se derrama,
Admira los ausentes, i presentes,
De las remotas, i cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene

Que

Què digo un conocido? un verdadero
Amigo, con quien ſolo ſe entretiene,
Que es de toda ciencia teſorero.
I es eſte que de induſtria ſe detiene
A no comunicar ſu bien entero,
Diego Duràn, en quien contino dura,
I durarà el valor, sèr, i cordura.

Quien penſais que es aquel, que en voz ſonora
ſus anſias canta regaladamente,
Aquel, en cuyo pecho Febo mora
El docto Orfeo, i Arion prudente.
Aquel que de los Reinos del Aurora,
Haſta los apartados de Ocidente
Es conocido, amado, i eſtimado
Por el famoſo Lopez Maldonado.

Quien pudiera loaros, mis Paſtores,
Un Paſtor, vueſtro amado, i conocido,
Paſtor mejor de quantos ſon mejores,
Que de Filida tiene el apellido!
La habilidad, la ciencia, los primores,
El raro ingenio, i el valor ſubido
De Luis de Montalvo le aſſeguran
Gloria, i honor, mientras los Cielos duran.

El ſacro Ibero, de dorado Acanto,
De ſiempre verde yedra, i blanca oliva,
Su frente adorne, i en alegre canto
Su gloria, i fama para ſiempre viva.
Pues ſu antiguo valor enſalza tanto,
Què al fertil Nilo de ſu nombre priva
De Pedro de Liñan la ſutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra, i ſuma.

De Alonſo de Baldès me eſtà incitando
El raro, i alto ingenio, a que dèl cante,
I que os vaya, Paſtores declarando,
Que a los mas raros paſſa, i và adelante.

Halo moſtrado ya, i lo và moſtrando
En el facil eſtilo, i elegante
Con que deſcubre el laſtimado pecho,
I alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admireos un ingenio en quien ſe encierra
Todo quanto pedir puede el deſeo,
Ingenio que aunque viva acà en la tierra,
Del alto Cielo es ſu caudal, i arreo.
Ora trate de paz, ora de guerra
Todo quanto yo miro, eſcucho, i leo,
Del celebrado Pedro de Padilla,
Me cauſa nuevo guſto, i maravilla.

Tu, famoſo Gaſpar Alfonſo, ordenas,
Segun aſpiras a immortal ſubida,
Que yo no pueda celebrarte apenas,
Si te he de dar loor a tu medida.
Las plantas fertiliſsimas amenas
Que nueſtro celebrado monte anida,
Todas ofrecen ricas laureolas
Para ceñir, i honrar tus ſienes ſolas.

De Chriſtoval de Meſa os digo cierto,
Que puede honrar vueſtro ſagrado valle,
No ſolo en vida, mas deſpues de muerto
Podeis con juſto titulo alaballe.
De ſus heroicos verſos el concierto,
Su grave, i alto eſtilo pueden dalle
Alto, i honroſo nombre, aunque callàra
La fama dèl, yo no me acordàra.

Pues ſabeis quanto adorna, i enriquece
Vueſtras riberas, Pedro de Ribera,
Dadle el honor, Paſtores, que merece,
Que yo ſerè en honrarle la primera.
Su dulce Muſa, ſu virtud ofrece
Un ſugeto cabal donde pudiera
La fama, i cien mil famas ocuparſe

En solo sus loores estremarse.

Tu que del uso el singular tesoro
Trugiste en nueva forma a la ribera
Del fertil rio, a quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera;
Con el devido aplauso, i el decoro
Devido a ti, Benito de Caldera,
I a tu ingenio sin par prometo honrarte,
I de lauro, i de yedra coronarte.

De aquel que la Christiana Poesia
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama, i la memoria mia
Famosa para siempre su memoria.
De donde nace, a donde muere el dia
La ciencia sea, i la bondad notoria
Del gran Francisco de Guzmàn, que el arte
De Febo sabe asi como el de Marte.

Del Capitan Salcedo està bien claro
Que llega su Divino entendimiento
Al punto mas subido, agudo, i raro
Que puede imaginar el pensamiento.
Si le compàro, a èl mesmo le compàro,
Que no hai comparacion que llegue a cuento
De tamaño valor, que la medida
Ha de mostrar ser falta, o ser torcida.

Por la curiosidad, i entendimiento
De Tomàs de Gracian, dadme licencia,
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual a su virtud, valor, i ciencia.
El qual si llega a su merecimiento,
Serà de tanto grado, i preeminencia,
Que a lo que creo pocos se le igualen,
Tanto su ingenio, i sus virtudes valen.

Agora, hermanas bellas, de improviso

Baptiſta de Bivar quiere alabaros
Con tanta diſcrecion, gala, i aviſo,
Que podais, ſiendo muſas, admiraros.
No cantarà deſdenes, no, Narciſo,
Que a Eco ſolitaria cueſtan caros,
Sino cuidados ſuyos que han nacido
Entre alegre eſperanza, i triſte olvido.

Un nuevo eſpanto, un nuevo aſsôbro, i miedo
Me acude, i ſobreſalta en eſte punto,
Solo por ver que quiero, i que no puedo
Subir de honor al mas ſubido punto.
Al grave Baltaſar que de Toledo
El ſobrenombre tiene, aunque barrunto
Que de ſu docta pluma el alto buelo
Le ha de ſubir haſta el Impireo Cielo.

Mueſtra en un ingenio la experiencia
Que en años verdes, i en edad temprana
Hace ſu habitacion, anſi la ciencia
Como en la edad madura antigua, i cana:
No entrarè con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
I mas ſi acaſo a ſus oidos llega,
Que lo digo por vos, Lope de Vega.

De pacifica oliva coronado
Ante mi entendimiento ſe preſenta
Agora el ſacro Betis indignado,
I de mi inadvertencia ſe lamenta.
Pide que en el diſcurſo comenzado
De los raros ingenios, os dè cuenta,
Que en ſus riberas moran, i yo aora
Harèlo con la voz mui mas ſonora.

Mas que harè, que en los primeros paſſos
Que doi, deſcubro mil eſtrañas coſas,
Otros mil nuevos Pindos, i Parnaſos,
Otros coros de hermanas mas hermoſas.

Con que mis altos brios quedan lasos,
I mas quando por causas milagrosas
Oigo qualquier sonido servir de Eco,
Quando se nombra el nombre de Pacheco.

Pacheco es este con quien tiene Febo,
I las hermanas tan discretas mias,
Nueva amistad, discreto trato, i nuevo,
desde sus tiernos, i pequeños dias.
Yo desde entonces hasta agora llevo
Por tan estrañas desusadas vias
Su ingenio, i sus escritos, que han llegado
Al titulo de honor mas encumbrado.

En punto estoi, donde por mas que diga,
En alabanza del Divino Herrera,
Serà de poco fruto mi fatiga,
Aunque le suba hasta la quinta esfera.
Mas si soi sospechosa por amiga,
Sus obras, i su fama verdadera,
Diràn que en Ciencias es Hernando solo,
Del Gange al Nilo, i de uno al otro Polo.

De otro Fernando quiero daros cuenta,
Que de Cangas se nombra, en quien se admira
El suelo, i por quien vive, i se sustenta
La ciencia, en quien al sacro lauro aspira.
Si al alto Cielo algun ingenio intenta
De levantar, i de poner la mira,
Pongala en este solo, i darà al punto
En el mas ingenioso, i alto punto.

De Don Christoval, cuyo sobrenombre
Es de Villarroel, tened creido
Que bien merece que jamàs su nombre
Toque las aguas negras del olvido.
Su ingenio admire, su valor assombre,
I el ingenio, i valor sea conocido
Por el mayor estremo que descubre

En

En quanto mira el Sol, o el ſuelo encubre,

Los rios de eloquencia, que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al Pueblo de Atenas ſatisfecho
Tuvieron, i a Demoſtenes honraron:
Los ingenios que el tiempo ha ya deshecho
(Que tanto en los paſſados ſe eſtimaron)
Humillenſe a la Ciencia alta, i Divina
Del Maeſtro Franciſco de Medina.

Puedes, famoſo Betis, dignamente
Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte;
I alzar contento la ſagrada frente,
I en nuevos anchos ſenos dilatarte:
Pues quiſo el Cielo (que en tu bien conſiente)
Tal gloria, tal honor, tal fama darte,
Qual te la adquiere a tus riberas bellas
Baltaſar del Alcazar, que eſtà en ellas.

Otro vereis, en quien vereis cifrada
Del ſacro Apolo la mas rara Ciencia,
Que en otros mil ſugetos derramada,
Hace en todos de sì grave aparencia.
Mas en eſte ſugeto mejorada
Aſsiſte en tantos grados de excelencia;
Que bien puede Moſquera el Licenciado,
Ser como el meſmo Apolo celebrado.

No ſe deſdeña aquel varon prudente
Que de ciencias adorna, i enriquece
Su limpio pecho de mirar la fuente,
Que en nueſtro monte en ſabias aguas crece;
Antes en la ſin par clara corriente
Tanto la ſed mitiga, que florece
Por ello el claro nombre acà en la tierra
Del gran Dotor Domingo de Becerra.

Del famoſo Eſpinel coſas diria

Què exceden al humano entendimiento
De aquellas ciencias que en ſu pecho cria
El divino de Febo ſacro aliento.
Mas pues no puede de la lengua mia
Decir lo menos de lo mas que ſiento,
No digo mas, ſino que al Cielo áſpira,
Ora tome la pluma, ora la lira.

Si quereis ver en una igual balanza
Al rubio Febo, i colorado Marte,
Procurad de mirar al gran Carranza,
De quien el uno, i otro no ſe parte.
En èl vereis amigas pluma, i lanza
Con tanta diſcrecion, deſtreza, i arte;
Que la deſtreza en partes dividida,
La tiene a ciencia, i arte reducida.

De Lazaro Luis Iranzo, lira
Templada avia de ſer mas que la mia;
A cuyo ſon cantaſſe el bien que inſpira
En èl el Cielo, i el valor que cria.
Por las ſendas de Marte, i Febo aſpira
A ſubir, do la humana fantaſia
Apenas llega, i èl ſin duda alguna
Llegarà contra el hado la fortuna.

Baltaſar de Eſcobar, que agora adorna
Del Tiber las riberas tan famoſas,
I con ſu larga auſencia deſadorna
Las del ſagrado Betis eſpacioſas,
Fertil ingenio, ſi por dicha torna
Al patrio amado ſuelo, a ſus honroſas,
I juveniles ſienes les ofrezco
Al lauro, i al honor que yo merezco.

Què titulo, què honor, què palma, o lauro
Se le deve a Juan Sanz, que de Zumeta
Se nombra? ſi del Indo al Rojo Mauro
Qual ſu Muſa no hai otra tan perfeta?

Su

Su fama aqui de nuevo le restaurò,
Con deciros, Pastores, quan aceta
Serà de Apolo qualquier honra, i lustre
Que a Zumeta hagais que mas le lustre.

Dad a Juan de las Cuevas el devido
Lugar, quando se ofrezca en este asiento,
Pastores, pues lo tiene merecido
Su dulce Musa, i raro entendimiento.
Sè que sus obras del eterno olvido
(A despecho, i pesar del violento
Curso del tiempo) libraran su nombre
Quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le vieredes, honraldo
Al famoso varon que os dirè aora,
I en graves dulces versos celebraldo
Como á quien tanto en ellos se mejora.
El sobrenombre tiene de Bibaldo
De Adan el nombre, el qual ilustra, i dora
Con su florido ingenio, i excelente
La venturosa nuestra edad presente.

Qual suele estàr de variadas flores
Adornado, i rico el mas florido Mayo,
Tal de mil varias ciencias, i primores
Està el ingenio de Don Juan Aguayo.
I aunque mas me detenga en sus loores,
Solo sabrè deciros que me ensayo
Aora, i que otra vez os dirè cosas
Tales, que las tengais por milagrosas.

De Juan Gutierrez Rufo el claro nombre
Quiero que viva en la inmortal memoria,
I que al sabio, i al simple admire, assombre
La heroica que compuso ilustre historia.
Dele el sagrado Betis el renombre
Que su estilo merece, denle gloria
Los que pueden, i saben, dèle el Cielo

Igual la fama a ſu encumbrado buelo.

En Don Luis de Gongora os ofrezco
Un vivo raro ingenio ſin ſegundo.
Con ſus obras me alegro, i enriquezco,
No ſolo yo mas todo el ancho mundo.
I aſsi, por lo que os quiero, algo merezco;
Haced que ſu ſaber alto, i profundo,
En vueſtras alabanzas ſiempre viva
Contra el ligero tiempo, i muerte eſquiva.

Ciña el verde laurèl la verde yedra,
I aun la robuſta encina aquella frente
De Gonzalo Cervantes Saavedra,
Pues la deven ceñir tan juſtamente.
Por èl la ciencia mas de Apolo medra;
En èl Marte nos mueſtra el brio ardiente
De ſu furor, con tal razon medido,
Que por èl es amado, i es temido.

Tu, que de Celidon con dulce pletro
Heciſte reſonar el nombre, i fama,
Cuyo admirable, i bien limado metro,
A lauro, i triunfo te combida, i llama:
Recibe el mando, la corona, i cetro,
Gonzalo Gomez, deſta que te ama,
En ſeñal que merece tu perſona
El juſto ſeñorìo de Elicona.

Tu dauro de oro conocido rio,
Qual bien agora puedes ſeñalarte,
I con nueva corriente, i nuevo brio,
Al apartado Idaſpe aventajarte,
Pues Gonzalo Matheo de Berrio,
Tanto procura con ſu ingenio honrarte,
Que yà tu nombre la parlera fama,
Por èl, por todo el mundo le derrama.

Teged de verde lauro una corona,
Paſ-

Paſtores, para honrar la dina frente
Del Licenciado Soto Barahona,
Varon inſigne, ſabio, i eloquente.
En el licor ſanto de Elicona,
Si ſe perdiera en la ſagrada fuente,
Se pudiera hallar (o eſtraño caſo!)
Como en las altas cumbres de Parnaſo.

De la region Antartica podria
Eternizar ingenios ſoberanos,
Que ſi riquezas hoi ſuſtenta, i cria
Tambien entendimientos ſobre humanos.
Moſtrarlo puedo en muchos eſte dia,
I en dos os quiero dar llenas las manos,
Uno de nueva Eſpaña, i nuevo Apolo
Del Perù el otro un ſol unico, i ſolo.

Franciſco el uno de Terrazas tiene
El nombre acà, i allà tan conocido,
Cuya vena caudal, nueva Ipocrene
Ha dado al patrio venturoſo nido.
La meſma gloria al otro igual le viene,
Pues ſu Divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna Primavera,
Que eſte es Diego Martinez de Ribera.

Aqui debajo de felice eſtrella
Un reſplandor saliò tan ſeñalado,
Que de ſu lumbre la menor centella,
Nombre de Oriente al Ocidente ha dado.
Quando eſta luz naciò, naciò con ella
Todo el valor, naciò Alonſo Picado,
Naciò mi hermano, i el de Palas junto,
Que ambas vimos en èl vivo traſunto.

Pues ſi he de dar gloria a ti devida,
Gran Alonſo de Eſtrada, hoi eres dino
Que no ſe cante aſsi tan de corrida,
Tu sèr, i entendimiento peregrino.

Contigo eſtà la tierra enriquecida,
Que al Betis mil teſoros dà contino;
I aun no dà el cambio igual q̃ no hai tal paga;
Que a tan dichoſa deuda ſatisfaga.

Por prenda rara deſta tierra iluſtre,
Claro Don Juan, te nos ha dado el Cielo,
De Avalos gloria, i de Ribera luſtre,
Honra del propio, i del ageno ſuelo.
Dichoſa Eſpaña, do por mas de un luſtre
Mueſtra ſeràn tus obras, i modelo
De quanto puede dàr naturaleza
De ingenio claro, i ſingular nobleza.

El que en la dulce patria eſtà contento,
Las puras aguas de Limar gozando
La famoſa ribera, el freſco viento,
Con ſus divinos verſos alegrando:
Venga, i vereis por ſuma deſte cuento
Su heroico brio, i diſcrecion mirando:
Que es Sancho de Ribera en toda parte,
Febo primero, i ſin ſegundo Marte.

Eſte meſmo famoſo inſigne valle
Un tiempo al Betis uſurpar ſolia
Un nuevo Homero, a quien podemos dalle
La corona de ingenio, i gallardìa.
Las Gracias le cortaron a ſu talle,
I el Cielo en todas lo mejor le embia;
Eſte ya en vueſtro Tajo conocido,
Pedro de Monteſdoca es ſu apellido.

En todo quanto pedirà el deſeo
Un Diego iluſtre de Aguilar admira
Un Aguila Real, que en buelo veo
Alzarſe a do llegar ninguno aſpira.
Su pluma entre cien mil gana trofeo,
Que ante ella la mas alta ſe retira
Su eſtilo, i ſu valor tan celebrado

Gua-

Guanuco lo dirà, pues lo ha gozado.

Un Gonzalo Fernandez se me ofrece
Gran Capitan del esquadron de Apolo;
Que hoi de Sotomayor se ensobervece
El nombre, con su nombre heroico, i solo:
En verso admira, i en saber florece
En quanto mira el uno, i otro Polo,
I si en la pluma en tanto grado agrada,
No menos es famoso por la espada.

De un Enrique Garcès, que al Piruano
Reino enriquece, pues con dulce rima,
Con sutil, ingeniosa, i facil mano,
A la mas ardua empressa en èl diò cima,
Pues en dulce Español al gran Toscano
Nuevo lenguage ha dado, i nueva estima;
Quien serà tal que la mayor le quite,
Aunque el mesmo Petrarca resucite?

Un Rodrigo Fernandez de Pineda,
Cuya vena immortal, cuya excelente,
I rara habilidad, gran parte hereda
Del licor sacro de la Equina fuente.
Pues quanto quiere dèl no se le veda,
Pues de tal gloria goza en Ocidente,
Tenga tambien aqui tan larga parte
Qual la merecen hoi su ingenio, i arte.

I tu, que al patrio Betis has tenido
Lleno de embidia, i con razon quejoso
De que otro Cielo, i otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso:
Alegrate que el nombre esclarecido
Tuyo, Juan de Mestanza, generoso
Sin segundo serà por todo el suelo
Mientras diere su luz el quarto Cielo.

Toda la suavidad que en dulce vena

Se puede ver, vereis en uno solo,
Que al son sabroso de su Musa enfrena,
La furia al mar, el curso al Dios Eolo.
El nombre deste es Baltasar de Orena,
Cuya fama del uno al otro Polo,
Corre ligera, i del Oriente a ocaso
Por honra verdadera de Parnaso.

Pues de una fertil, i preciosa planta
De allà traspuesta en el mayor collado,
Que en toda la Thesalia se levanta,
Planta que ya dichoso fruto ha dado;
Callarè yo lo que la fama canta
Del ilustre Don Pedro de Alvarado,
Ilustre, pero ya no menos claro,
Por su divino ingenio al mundo raro.

Tu que con nueva Musa extraordinaria
Cairasco, cantas del amor el animo,
I aquella condicion del vulgo varia
Donde se opone al fuerte el pusilanimo:
Si a este sitio de la gran Canaria
Vinieres con ardor vivo, i magnanimo;
Mis Pastores ofrecen a tus meritos
Mil lauros, mil loores benemeritos.

Quien es, o anciano Tormes, el que niega
Que no puedes al Nilo aventajarte?
Si puede solo el Licenciado Vega
Mas que Titiro al Mincio celebrarte.
Bien sè, Damian, que vuestro ingenio llega;
Do alcanza deste honor la mayor parte,
Pues sè por muchos años de experiencia
Vuestra tan singular virtud, i ciencia.

Aunque el ingenio, i la elegancia vuestra,
Francisco Sanchez, se me concediera,
Por torpe me juzgàra, i poco diestra,
Si a querer alabaros me pusiera.

Len-

Lengua del Cielo unica, i maeſtra
Tiene de ſer la que por la carrera
De vueſtras alabanzas ſe dilate,
Que hacerlo humana lengua es diſparate;

Las raras coſas, i en eſtilo nuevas,
Que un eſpiritu mueſtran levantado
En cien mil ingenioſas arduas pruevas;
Por ſabio, conocido, i eſtimado;
Hacen que Don Franciſco de las Cuevas
Por mi ſea dignamente celebrado,
En tanto que la fama pregonera
No detuviere ſu velòz carrera.

Quiſiera rematar mi dulce canto
En tal ſazòn, Paſtores, con loaros
Un ingenio que al mundo pone eſpanto;
I que pudiera en extaſis robaros.
En èl cifro, i recojo todo quanto
He moſtrado haſta aqui, i he de moſtraros;
Frai Luis de Leon es el que digo,
A quien yo reverencio, adoro, i ſigo,

Què modos, què caminos, o què vias
De alabar buſcarè, para que el nombre
Viva mil ſiglos, de aquel gran Mathias,
Que de Zuñiga tiene el ſobrenombre?
A èl ſe dèn las alabanzas mias,
Que aunque yo ſoi Divina, i èl es hombre,
Por ſer ſu ingenio, como lo es, Divino,
De mayor honra, i alabanza es dino,

Bolved el preſuroſo penſamiento
A las riberas de Piſuerga bellas,
Vereis que aumentan eſte rico cuento
Claros ingenios con quien ſe honran ellas.
Ellas no ſolo, ſino el firmamento
Do lucen las clarificas eſtrellas,
Honrarſe puede bien quando conſigo

Ten-

Tenga allà los varones que aqui digo.

Vos, Damasio de Frias, podeis solo
Loaros a vos mismo, pues no puede
Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
Que en tan justo loor corto no quede.
Vos sois el cierto, i el seguro Polo,
Por quien se guia aquel que le sucede
En el mar de las Ciencias buen passage;
Propicio viento, i puerto en su viage.

Andrès Sanz de Portillo, tu me embia
Aquel aliento con que Febo mueve
Tu sabia pluma, i alta fantasìa,
Porque te dè el loor que se te deve:
Que no podrà la ruda lengua mia,
Por mas caminos que aqui tiente, i prueve,
Hallar alguno asi, qual le deseo,
Para loar lo que en ti siento, i veo.

Felicissimo ingenio que te encumbras
Sobre el que mas Apolo ha levantado,
I con tus claros rayos nos alumbras,
I sacas del camino mas errado:
I aunque aora con ella me deslumbras,
I tienes a mi ingenio alborotado,
Yo te doi sobre muchos palma, i gloria,
Pues a mi me la has dado Dotor Soria.

Si vuestras obras son tan estimadas,
Famoso Cantoral, en toda parte,
Seràn mis alabanzas escusadas,
Si en nuevo modo no os alabo, i arte:
Con las palabras mas calificadas
Con quanto ingenio el Cielo en mi reparte,
Os admiro, i alabo aqui callando,
I llego do llegar no puedo hablando.

Tu, Geronimo Baca i de Quiñones,

Si tanto me he tardado en celebrarte,
Mi paſſado deſcuido me perdones
Con la enmienda que ofrezco de mi parte.
De hoi mas en claras voces, i pregones,
En la cubierta, i deſcubierta parte
Del ancho mundo, harè con clara llama
Lucir tu nombre, i eſtender tu fama.

Tu, verde, i rico margen, no de nebro,
Ni de ciprès funeſto enriquecido,
Claro, abundoſo, i conocido Hebro,
Sino de lauro, i mirto florecido.
Aora como puedo le celebro,
Celebrando aquel bien que han concedido
El Cielo a tus riberas, pues en ellas
Moran ingenios claros mas que eſtrellas.

Seràn teſtigo deſto dos hermanos,
Dos luceros, dos ſoles de poesìa,
A quien el Cielo con abiertas manos
Diò quanto ingenio, i arte dar podia.
Edad temprana, penſamientos canos,
Maduro trato, humilde fantasìa,
Labran eterna, i dina laureola
A Lupercio Leonardo de Argenſola.

Con ſanta embidia, i competencia ſanta
Parece que el menor hermano aſpira
A igualar al mayor, pues ſe adelanta,
I ſube do no llega humana mira.
Por eſto eſcrive, i mil ſuceſſos canta
Con tan ſuave, i acordada lira,
Que eſte Bartolomè menor merece
Lo que al mayor Lupercio ſe le ofrece.

Si el buen principio, i medio dà eſperanza,
Que el fin ha de ſer raro, i excelente
En qualquier caſo, yà mi ingenio alcanza,
Que el tuyo has de encũbrar, Coſme Pariente.

I assi puedes con cierta confianza
Prometer a tu sabia honrosa frente
La corona que tiene merecida
Tu claro ingenio, tu inculpable vida.

En soledad del Cielo acompañado
Vives, o gran Morillo, i alli muestras
Que nunca dejan tu Christiano lado
Otras Musas mas santas, i mas diestras:
De mis hermanas fuiste alimentado,
I aora en pago dello nos adiestras,
I enseñas a cantar divinas cosas,
Gratas al Cielo, i al suelo provechosas.

Turia, tu que otra vez con voz sonora
Cantaste de tus hijos la excelencia,
Si gustas de escuchar la mia aora
(Formada, no en embidia, o competencia)
Oiras quanto tu fama se mejora
Con los que yo dirè, cuya presencia,
Valor, virtud, ingenio, te enriquecen,
I sobre el Gindo, o Gange te engrandecen:

O tu, Don Juan Coloma, en cuyo seno
Tanta gracia del Cielo se ha encerrado,
Que a la embidia pusiste en duro freno,
I en la fama mil lenguas has criado,
Con que del gentil Tajo al fertil Reino,
Tu nombre, i tu valor và levantado.
Tu, Conde de Elda, en todo tan dichoso,
Haces el Turia mas que el Pò famoso.

Aquel en cuyo pecho abunda, i llueve
Siempre una fuente, que es por èl Divina,
I a quien el coro de sus lumbres mueve
(como a Señor) con gran razon se inclina:
A quien unico nombre se le deve
De la Etiope hasta la gente Austriana,
Don Luis Garceran, es sin segundo
Maes-

Maestre de Montesa, i bien del mundo.

Merece bien en este insigne valle,
Lugar ilustre, asiento conocido,
Aquel a quien la fama quiere dalle
El nombre que su ingenio ha merecido.
Tenga cuidado el Cielo de loalle,
Pues es del Cielo su valor crecido,
El Cielo alabe lo que yo no puedo
Del Sabio Don Alonso Rebolledo.

Alzas, Dotor Falcòn, tan alto buelo,
Que al Aguila caudal atràs te dejas,
Pues te remontas con tu ingenio al Cielo,
I deste valle misero te alejas.
Por esto temo, i con razon recelo,
Que aunque te alabe, formaràs mil quejas
De mi, porque en tu loa, noche, i dia,
No se ocupa la voz, i lengua mia.

Si tuviera, qual tiene la Fortuna,
La dulce poesìa varia rueda,
Ligera, i mas movible que la Luna,
Que ni estuvo, ni està, ni estarà queda.
En ella, sin hacer mudanza alguna,
Pusiera solo a Micer Artieda,
I el mas alto lugar siempre ocupàra,
Por ciencias, por ingenio, i virtud rara.

Todas quantas bien dadas alabanzas
Diste a raros ingenios, o Gil Polo,
Tu las mereces solo, i las alcanzas,
Tu las alcanzas, i mereces solo.
Tèn ciertas, i seguras esperanzas,
Que en este valle un nuevo Mausceolo
Te haràn estos Pastores, do guardadas
Tus cenizas seràn, i celebradas.

Christoval de Virues, pues se adelanta
Tu

Tu ciencia, i valor tan a tus años,
Tu mesmo aquel ingenio, i virtud canta;
Con que huyes del mundo los engaños.
Tierra dichosa, i bien nacida planta,
Yo harè que en propios Reinos, i en estraños
El fruto de tu ingenio levantado
Se conozca, se admire, i sea estimado.

Si conforme al ingenio que nos muestra
Silvestre de Espinosa, assi se huviera
De loar, otra voz mas viva, i diestra,
Mas tiempo, i mas caudal menester fuera:
Mas pues la mia a su intencion adiestra,
Yo darè por paga verdadera
Con el bien que del Dios de Delo tiene
El mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre estos como Apolo venir veo
Hermoseando al mundo con su vista
Al discreto galàn Garcia Romero
Dignissimo de estàr en esta lista.
Si la hija del humido Peneo,
De quien ha sido Ovidio coronista;
En campos de Thesalia le hallàra
En èl, i no en laurèl se transformàra.

Rompe el silencio, i santo encerramiento,
Traspassa el ayre, al Cielo se levanta
De frai Pedro de Huete, aquel acento
De su divina Musa, heroica, i santa.
Del alto suyo raro entendimiento
Cantò la fama, ha de cantar, i canta,
Llevando para dar al mundo espanto
Sus obras por testigo de su canto.

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
Dando principio a la mayor hazaña
Que jamàs emprendì, la qual espero
Que ha de mover al blando Apolo a saña.
Pues

Pues con ingenio rustico, i grossero
A dos Soles que alumbran nuestra España,
No solo a España, mas al mundo todo
Pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,
La cortesana discrecion madura,
Los bien gastados años, la experiencia,
Que mil sanos consejos assegura,
La agudeza de ingenio, el advertencia
En apuntar, i en descubrir la escura
Dificultad, i duda que se ofrece,
En estos soles dos solo florece.

En ellos un epilogo, Pastores,
Del largo canto mio, aora hago,
I a ellos enderezo los loores,
Quantos aveis oido, i no los pago.
Que todos los ingenios son deudores
A estos, de quien yo me satisfago,
Satisfacese dellos todo el suelo,
I aun los admira, porque son del Cielo.

Estos quiero que den fin a mi canto,
I a una nueva admiracion comienzo,
I si pensais que en esto me adelanto,
Quando os diga quien son, vereis q̃ os venzo.
Por ellos hasta el Cielo me levanto,
I sin ellos me corro, i me averguenzo,
Tal es Lainez, tal es Figueroa,
Dignos de eterna, i de incessable loa.

No avia aun bien acabado la hermosa Ninfa los ultimos acentos de su sabroso canto, quando tornandose a juntar las llamas que divididas estavan, la cerraron en medio, i luego poco a poco consumiendose, en breve espacio desapareciò el ardiente fuego, i la discreta Musa delante de los ojos de todos, a tiempo que ya la clara Aurora comenzava a descubrir sus frescas, i rosadas megillas por el espacioso Cielo, dando alegres muestras del ve-

nidero dia. I luego el venerable Thelesio, poniendose encima de la sepultura de Meliso, i rodeado de toda la agradable compañia que alli estava, prestandole todos una agradable atencion, i estraño silencio, desta manera comenzò a decirles. Lo que esta passada noche en este mismo lugar, i por vuestros ojos aveis visto, discretos, i gallardos Pastores, i hermosas Pastoras, os avrà dado a entender quan acepta es al Cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos añales sacrificios, i honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos, que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Digoos esto, amigos mios, porque de aqui adelante, con mas fervor, i diligencia, acudais a poner en efeto tan santa, i famosa obra, pues ya veis de quan raros, i altos espiritus nos ha dado noticia la bella Caliope, que todos son dinos, no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas. I no penseis que es pequeño el gusto que he recibido en saber por tan verdadera relacion, quan grande es el numero de los Divinos ingenios que en nuestra España hoi viven! Porque siempre ha estado, i està en opinion de todas las Naciones estrangeras, que no son muchos, sino pocos los espiritus que en la ciencia de la poesìa, en ella muestran que le tienen levantado: siendo tan al revès como se parece, pues cada uno de los que la Ninfa ha nombrado, al mas agudo Estrangero se aventaja, i darian claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimasse en tanto la Poesìa como en otras Provincias se estima. I àssi por esta causa los insignes, i claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que dellos los Principes, i el vulgo hacen, con solos sus entendimientos, comunican sus altos, i estraños conceptos, sin ossar publicarlos al mundo, i tengo para mi, que el Cielo deve de ordenarlo desta manera, porque no merece el mundo, ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos. Mas porque me parece, Pastores, que el poco sueño desta passada noche, i las largas ceremonias nuestras os tendràn algun tanto fatigados, i deseosos de reposo, serà bien que (haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento) cada uno se buelva a su cabaña, o al aldea, llevando en la memoria lo que la Musa nos deja encomendado, i en diciendo esto se abajò de la sepultura, i tornandose a coronar de nuevas, i funestas ramas, tornò a rodear la pira tres veces, siguiendole todos, i acom-

acompañandole en èl algunas devotas oraciones que decia. Esto acabado, teniendole todos en medio, bolviò el grave rostro a una, i otra parte, i bajando la cabeza, i mostrando agradecido semblante, i amorosos ojos, se despidiò de toda la compañia: la qual yendose, quien por una, i quien por otra parte de las quatro salidas que aquel sitio tenia, en poco espacio se deshizo, i dividiò toda, quedando solos los del Aldea de Aurelio, i con ellos Timbrio, Silerio, Nisida, i Blanca, con los famosos Pastores, Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio Arsindo, i los quatro lastimados, Orompo, Marsilio, Crisio, i Orfinio, con las Pastoras Galatea, Florisa, Silveria, i su amiga Belisa, por quien Marsilio moria. Juntos pues todos estos, el venerable Aurelio les dijo, que serìa bien partirse luego de aquel lugar, para llegar a tiempo de passar la fiesta en el arroyo de las palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareciò bien lo que Aurelio decia, i luego con reposados passos àcia donde èl dijo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la Pastora Belisa no dejasse reposar los espiritus de Marsilio, quisiera èl, si pudiera, i le fuera licito, llegarse a ella, i decirle la sinrazon que con èl usava: mas por no perder el decoro que a la honestidad de Belisa se devia, estavase el triste mas mudo de lo que avia menester su deseo. Los mismos efetos, i accidentes hacia amor en las almas de los enamorados Elicio, i Erastro, que cada qual por sì quisiera decir a Galatea lo que ya ella bien sabia. A esta sazon dijo Aurelio. No me parece bien, Pastores, que os mostreis tan avaros, que no querais corresponder, i pagar lo que deveis a las Calandrias, i Ruiseñoles, i a los otros pintados pajarillos, que por entre estos arboles, con su no aprendida, i maravillosa armonìa, os vàn entreteniendo, i regocijando: tocad vuestros instrumentos, i levantad vuestras sonoras voces, i mostraldes que el arte, i destreza vuestra en la musica, à la natural suya se aventaja; i con tal entretenimiento, sentirèmos menos la pesadumbre del camino, i los rayos del Sol, que ya parece que vàn amenazando el rigor con que esta fiesta han de herir la tierra. Poco fue menester para ser Aurelio obedecido, porque luego Erastro tocò su zampoña, i Arsindo su rabèl, al son de los quales instrumentos, dando todos la mano a Elicio, èl comenzò a cantar desta manera.

ELICIO.

Por lo imposible peleo,
I si quiero retirarme
Ni passo, ni senda veo,
Que hasta vencer, o acabarme
Tras si me lleva el deseo.
I aunque sè que aqui es forzoso
Antes morir que vencer,
Quando estoi mas peligroso
Entonces vengo a tener
Mayor fè en lo mas dudoso.

Nò es conocida locura,
I notable desvarìo,
Querer yo lo que ventura
Me niega, i el hado mio,
I la suerte no assegura?
De todo estoi temeroso,
No hai gusto que me entretega,
I en trance tan peligroso,
Me hace el amor que tenga
Mayor fè en lo mas dudoso.

El Cielo que me condena
A no esperar buena andanza,
Me da siempre a mano llena
Sin las obras de esperanza,
Mil certidumbres de pena.
Mas mi pecho valeroso
Que se abrasa, i se resuelve
En vivo fuego amoroso,
En contracambio le buelve
Mayor fè en lo mas dudoso.

Alcanzo de mi dolor
Que està en tal termino puesto,
Que llega donde el amor,
I el imaginar en esto
Tiempla en parte su rigor;
De pobre, i menesteroso
Doi a la imaginacion
Alivio tan congojoso,
Porque tenga el corazon
Mayor fè en lo mas dudoso.

Inconstancia firme duda
Falsa fe, cierto temor,
Voluntad de amor desnuda,
Nunca turban el amor
Que de firme no se muda.
Buele el tiempo presuroso,
Suceda ausencia, o desdèn,
Crezca el mal, mengue el reposo,
Que yo tendrè por mi bien
Mayor fè en lo mas dudoso.

I mas agora que vienen
De golpe todos los males,
I para que mas me penen,
Aunque todos son mortales,
En la vida me entretienen.
Mas en fin, un fin hermoso
Nuestra vida en honra sube,
El mio me harà famoso,
Porque en muerte, i vida tuve
Mayor fè en lo mas dudoso.

Pareciòle a Marsilio, que lo que Elicio avia cantado, tan a su proposito hacia, que quiso seguirle en el mesmo concepto, i assi sin esperar que otro le tomasse la mano, al son de los mesmos instrumentos desta manera comenzò a cantar.

MAR-

MARSILIO.

Quan facil cosa es llevarse
El viento las esperanzas
Que pudieron fabricarse
De las vanas confianzas
Que suelen imaginarse.
Todo concluye, i fenece
Las esperanzas de amor,
Los medios que el tiẽpo ofrece,
Mas en el buen amador
Sola la fè permanece.

Sabes amor, tu què cobràs
Tributo de mi fè cierta,
I tanto en cobrar le sobras,
Que mi fè nunca fue muerta
Pues se aviva con mis obras.
I sabes bien que descrece
Toda mi gloria, i contento
Quanto mas tu furia crece,
I que en mi alma de asiento
Sola la fè permanece.

Ella en mi tal fuerza alcanza,
Que a pesar de aquel desdèn
Lleno de desconfianza,
Siempre me assegura un bien
Que sustenta la esperanza.
I aunque el amor desfallece
En el blanco airado pecho
Que tanto mis males crece,
En el mio a su despecho
Sola la fè permanece.

Pero si es cosa notoria,
I no hai poner duda en ella
Que la fè no entra en la gloria,
Yo que no estarè sin ella,
Què triunfo espero, o vitoria?
Mi sentido desvanece,
Con el mal que se figura
Todo el bien desaparece,
I entre tanta desventura
Sola la fè permanece.

Con un profundo sospiro diò fin a su canto el lastimado Marsilio: i luego Erastro dando su zampoña sin mas detenerse desta manera començò a cantar.

ERASTRO.

En el mal que me lastima,
I en el bien de mi dolor
Es mi fè de tanta estima,
Que ni huye del temor,
Ni a la esperanza se arrima.
No la turba, o desconcierta
Ver que està mi pena cierta
En su dificil subida,
Ni que consumen la vida
Fè viva, esperanza muerta.

Milagro es este en mi mal,
Mas eslo porque mi bien,
Si viene, venga a ser tal,
Que entre mil bienes le dèn
La palma por principal.

La fama con lengua eſperta
Dè al mundo noticia cierta,
Que el firme amor ſe mantiene
En mi pecho adonde tiene
Fè viva, eſperanza muerta.

Vueſtro deſdèn riguroſo,
I mi humilde merecer,
Me tienen tan temeroſo,
Que ya que os ſupe querer,
Ni puedo hablaros, ni oſo.
Veo de contino abierta
A mi deſdicha la puerta,
I que acabo poco a poco,
Porque con vos valen poco
Fè viva, eſperanza muerta.

No llega a mi fantasìa
Un tan loco devaneo,
Como es penſar que podria
El menor bien que deſeo
Alcanzar por la fè mia.
Podeis, Paſtora, eſtàr cierta,
Que el alma rendida acierta
A amaros qual mereceis.
Pues ſiempre en ella hallareis
Fè viva, eſperanza muerta.

Callò Eraſtro; i luego el auſente Criſio, al ſon de los meſmos inſtrumentos deſta ſuerte comenzò a cantar.

CRISIO.

Si a las veces deſeſpera
Del bien la firme aficion,
Quien deſmaya en la carrera
De la amoroſa paſsion,
Què fruto, o què premio eſpera?
Yo no sè quien ſe aſſegura
Gloria, guſtos, i ventura,
Por un impetu amoroſo,
Si en èl, i en el mas dichoſo
No es fè, la fè que no dura.

En el que quiſiere amar,
No mas de por ſu contento,
Es impoſsible durar
En ſu vano penſamiento
La fè que ſe ha de guardar.
Si en la mayor deſventura
Mi fè tan firme, i ſegura,
Como en el bien no eſtuviera,
Yo miſmo della digera,
No es fè, la fè que no dura.

En mil trances ya ſabidos
Se han viſto, i en los amores
Los ſobervios, i atrevidos,
Al principio vencedores,
I a la fin quedar vencidos.
Sabe el que tiene cordura,
Que en la firmeza ſe apura
El triunfo de la batalla,
I ſabe que aunque ſe halla,
No es fè, la fè que no dura.

El impetu, i ligereza
De un nuevo amador inſano,
Los llantos, i la triſteza
Son nubes que en el Verano
Se deshacen con preſteza.
No es amor el que le apura,
Sino apetito, i locura,
Pues quando quiere, no quiere;
No es amante el que no muere,
No es fè, la fè que no dura.

A todos pareciò bien la orden que los Pastores en sus canciones guardavan, i con deseo atendian a que Tirsi, o Damon comenzassen: mas presto se le cumpliò Damon, pues en acabando Crisio, al son de su mesmo rabèl cantò desta manera.

DAMON.

Amarili, ingrata, i bella,
Quien os podrà enternecer
Si os vienen a endurecer
Las ansias de mi querella,
I la fè de mi querer?
Bien sabeis, Pastora, vos,
Que en el amor que mantengo,
A tan alto estremo vengo,
Que despues de la de Dios,
Sola es fè la fè que os tengo.

Los muchos años gastados
En amorosos servicios
Del alma los sacrificios
De mi fè, i de mis cuidados
Dàn manifiestos indicios.
Por esto no os pedirè
Remedio al mal que sostengo,
I si a pedirosle vengo,
Es Amarili, porque
Sola es fè la fè que os tengo.

I puesto que subo tanto
En amar cosa mortal,
Tal bien encierra mi mal,
Que al alma por èl levanto
A su Patria natural.
Por esto conozco, i sè
Que tal es mi amor tan luengo,
Como muero, i me entretengo,
I que si en amor hai fè,
Sola es fè la fè que os tengo.

En el mar de mi tormenta
Jamàs he visto bonanza,
I aquella alegre esperanza
Con quien la fè se sustenta
De la mia no se alcanza.
Del amor, i de fortuna
Me quejo, mas no me vengo,
Pues por ellas a tal vengo,
Que sin esperanza alguna
Sola es fè la fè que os tengo.

El canto de Damon acabò de confirmar en Timbrio, i en Silerio la buena opinion que del raro ingenio de los Pastores que alli estavan avian concebido; i mas quando a persuasion de Tirsi, i de Elicio, el ya libre, i desdeñoso Lauso, al son de la flauta de Arsindo soltò la voz en semejantes versos.

LAUSO.

Rompiò el desdèn tus cadenas,
Falso Amor, i a mi memoria

El mesmo ha buelto la gloria
De la ausencia de tus penas.

Llàme mi fè quien quisiere
Antojadiza, i no firme,
I en su opinion me confirme
Como mas le pareciere.

Diga, que presto olvidè,
I que de un sotil cabello,
Que un soplo pudo rompello,
Colgada estava mi fè.
Diga, que fueron fingidos
Mis llantos, i mis sospiros,
I que del amor los tiros
No passaron mis vestidos.

Que no el ser llamado vano,
I mudable me atormenta,
A trueco de vèr essenta
Mi cervìz del yugo insano.
Sè yo bien quien es Silena,
I su condicion estraña,
I que assegura, i engaña
Su apacible faz serena.

A su estraña gravedad,
I a sus bajos bellos ojos,
No es mucho dàr los despojos
De qualquiera voluntad.
Esto en la vista primera,
Mas despues de conocida,
Por no verla dàr la vida,
I mas, si mas se pudiera.

Silena del Cielo, i mia,
Muchas veces la llamava,
Porque tan hermosa estava,
Que del Cielo parecia.
Mas aora sin recelo,
Mejor la podrè llamar
Serena falsa del mar,
Que no Silena del Cielo.

Con los ojos, con la pluma;
Con las veras, i los juegos
De amantes vanos, i ciegos,
Prende inumerable suma.
Siempre es primero el postrero;
Mas el mas enamorado,
Al cabo es tan mal tratado,
Quanto querido primero.

O quanto mas se estimàra
De Silena la hermosura,
Si el proceder, i cordura
A su belleza igualàra.
No le falta discrecion,
Mas empleala tan mal,
Que le sirve de dogal,
Que ahoga su presuncion.

I no hablo de corrido;
Pues serìa apassionado;
Pero hablo de engañado,
I sin razon ofendido.
Ni me ciega la passion,
Ni el deseo de su mengua,
Que siempre siguiò mi lengua
Los terminos de razon.

Sus muchos antojos varios,
Su mudable pensamiento,
Le buelven cada momento
Los amigos en contrarios.
I pues hai por tantos modos
Enemigos de Silena,
O ella no es toda buena,
O son ellos malos todos.

Acabò Lauſo ſu canto, i aunque èl creyò que ninguno le entendia, por ignorar el disfrazado nombre de Silena, mas de tres de los que alli ivan la conocieron, i aun ſe maravillaron que la modeſtia de Lauſo a ofender alguno ſe eſtendieſſe, principalmente a la disfrazada Paſtora de quien tan enamorado le avian viſto. Pero en la opinion de Damon ſu amigo, quedò bien diſculpado, porque conocia el termino de Silena, i ſabìa el que con Lauſo avia uſado, i de lo que no dijo ſe maravillava. Acabò, como ſe ha dicho, Lauſo: i como Galatea eſtava informada del eſtremo de la voz de Niſida, quiſo por obligarla cantar ella primero; i por eſto antes que otro Paſtor comenzaſſe, haciendo ſeñal a Arſindo que en tañer ſu flaura procedieſſe, al ſon della con ſu eſtremada voz, cantò deſta manera.

GALATEA.

Tanto quanto el amor combida, i llama
   Al alma con ſus guſtos de aparencia,
   Tanto mas huye ſu mortal dolencia
   Quien ſabe el nombre que le dà la fama.
I el pecho opueſto a ſu amoroſa llama,
   Armado de una honeſta reſiſtencia
   Poco puede empecerle ſu inclemencia,
   Poco ſu fuego, i ſu rigor le inflama.
Segura eſtà quien nunca fue querida
   Ni ſupo querer bien, de aquella lengua
   Que en ſu deshonra ſe adelgaza, i lima.
Mas ſi el querer, i el no querer dà mengua,
   En què egercicios paſſarà la vida
   La que mas que el vivir la honra eſtima?

Bien ſe echò de ver en el canto de Galatea que reſpondia al malicioſo de Lauſo, i que no eſtava mal con las voluntades libres, ſino con las lenguas malicioſas, i los animos dañados, que en no alcanzando lo que quieren, convierten el amor que un tiempo moſtraron, en un odio malicioſo, i deteſtable, como ella en Lauſo imaginava. Pero quizà ſaliera deſte engaño, ſi la buena condicion de Lauſo conociera, i la mala de Silena no ignoràra. Luego que Galatea acabò de cantar, con corteſes palabras rogò a Niſida que lo miſmo hicieſſe. La qual como era tan comedida como hermo-

mo-

mosa, sin hacérse de rogar, al son de la zampoza de Florisa, cantò desta suerte.

NISIDA.

Bien puse yo valor a la defensa
Del duro encuentro, i amoroso assalto;
Bien levantè mi presuncion en alto
Contra el rigor de la notoria ofensa.
Mas fue tan reforzada, i tan intensa
La baterìa, i mi poder tan falto,
Que sin cogerme amor de sobresalto
Me diò a entender su potestad inmensa.
Valor, honestidad, recogimiento,
Recato, ocupacion, esquivo pecho,
Amor con poco premio lo conquista.
Ansi que para huir el vencimiento
Consejos jamàs fueron de provecho,
Desta verdad testigo soi de vista.

Quando Nisida acabò de cantar, i acabò de admirar a Galatea, i a los que escuchado la avian, estavan ya bien cerca del lugar adonde tenian determinado de passar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogò, que fue que algo cantasse: la qual, acompañandola el son de la flauta de Arsindo, cantò lo que se sigue.

BELISA.

Libre voluntad essenta,
Atended a la razon,
Que nuestro credito aumenta,
Dejad la vana aficion
Engendradora de afrenta.
Que quando el alma se encarga
De alguna amorosa carga,
A su gusto es qualquier cosa,
Composicion venenosa
Con jugo de adelfa amarga.

Por la mayor cantidad
De la riqueza subida,
En valor, i en calidad,
No es bien dada, ni vendida
La preciosa libertad.
Pues quien se pondrà a perdella
Por una simple querella
De un amador porfiado,
Si quanto bien hai criado
No se compàra con ella.

Si es insufrible dolor
Tener en prision esquiva

El cuerpo libre de amor,
Tener el alma captiva
Nò ſerà pena mayor?
Si ſerà, i aun de tal ſuerte,
Que remedio a mal tan fuerte
No ſe halla en la paciencia,
En años, valor, o ciencia,
Porque ſolo eſtà en la muerte.
Vaya pues mi ſano intento
Lejos deſte deſvarìo,
Huiga tan falſo contento,
Rija mi libre alvedrio
A ſu modo el penſamiento.
Mi tierna cerviz eſſenta
No permita, ni conſienta
Sobre sì el yugo amoroſo,
Por quien ſe turba el repoſo,
I la libertad ſe auſenta.

Al alma del laſtimado Marſilio llegaron los libres verſos de la Paſtora, por la poca eſperanza que ſus palabras prometian de ſer mejoradas ſus obras: pero como era tan firme la fe con que la amava, no pudieron las notorias mueſtras de libertad que avia oido hacer, que èl no quedaſſe tan ſin ella como haſta entonces eſtava. Acabòſe en eſto el camino de llegar al arroyo de las palmas, i aunque no llevàran intencion de paſſar alli la ſieſta, en llegando a èl, i en viendo la comodidad del hermoſo ſitio, èl miſmo a no paſſar adelante les forzàra. Llegados pues a èl, luego el venerable Aurelio ordenò que todos ſe ſentaſſen junto al claro, i eſpejado arroyo, que por entre la menuda yerva corria, cuyo nacimiento era al pie de una altiſsima, i antigua palma (que por no aver en todas las riberas de Tajo ſino aquella, i otra que junto a ella eſtava, aquel lugar, i arroyo, el de las palmas era llamado) i deſpues de ſentados (con mas voluntad, i llaneza, que de coſtoſos manjares) de los Paſtores de Aurelio fueron ſervidos, ſatisfaciendo la ſed con las claras, i freſcas aguas, que el limpio arroyo les ofrecia; i en acabando la breve, i ſabroſa comida, algunos de los Paſtores ſe dividieron, i apartaron, a buſcar algun apartado, i ſombrìo lugar, donde reſtaurar pudieſſen las no dormidas horas de la paſſada noche; i ſolo ſe quedaron ſolos los de la compañia, i Aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Niſida, i Blanca, Tirſi, i Damon, a quien les pareciò ſer mejor guſtar de la buena converſacion que alli ſe eſperava, que de qualquier otro guſto que el ſueño ofrecerles podia. Adivinada pues, i caſi conocida eſta ſu intencion de Aurelio, les dijo. Bien ſerà, ſeñores, que los que aqui eſtamos, ya que entregarnos al dulce ſueño no avemos querido, que eſte tiempo que le hurtamos, no degemos de aprovecharle en coſa que mas de nueſtro guſto ſea, i la que a mi

me

me parecé, que no podrà dejar de darnosle, es que cada qual (como mejor ſupiere) mueſtre aqui la agudeza de ſu ingenio, proponiendo alguna pregunta, o enigma, a quien eſtè obligado a reſponder el compañero que a ſu lado eſtuviere; pues con eſte egercicio ſe grangearàn dos coſas, la una paſſar con menos enfado las horas que aqui eſtuvieremos; la otra no canſar tanto nueſtros oìdos, con oìr ſiempre lamentaciones de amor, i deſechas enamoradas. Conformaronſe todos luego con la voluntad de Aurelio, i ſin mudarſe del lugar do eſtavan, el primero que comenzò a preguntar, fue el meſmo Aurelio, diciendo deſta manera.

AURELIO.

Qual es aquel poderoſo
Que deſde Oriente a Ocidente
Es conocido, i famoſo?
A veces fuerte, i valiente,
Otras flaco, i temeroſo.
Quita, i pone la ſalud,
Mueſtra, i cubre la virtud
En muchos mas de una vez,
Es mas fuerte en la vegez,
Que en la alegre juventud.

Mudaſe en quien no ſe muda
Por eſtraña preeminencia,
Hace temblar al que ſuda,
I a la mas rara eloquencia
Suele tornar torpe, i muda.
Con diferentes medidas
Mide ſu sèr, i ſu nombre,
I ſuele tomar renombre
De mil tierras conocidas.

Sin armas vence al armado,
I es forzoſo que le venza,
I aquel que mas le ha tratado
Moſtrando tener verguenza,
Es el mas deſvergonzado.
I es coſa de maravilla,
Que en el campo, i en la Villa,
A Capitan de tal prueva,
Qualquier hombre ſe le atreva,
Aunque pierda en la rencilla.

Tocò la reſpueſta deſta pregunta al anciano Paſtor Arſindo, que junto a Aurelio eſtava; i aviendo un poco conſiderado lo que ſignificar podia, al fin le dijo. Pareceme, Aurelio, que la edad nueſtra nos fuerza a andar mas enamorados de lo que ſignifica tu pregunta, que nò de la mas gallarda Paſtora que ſe nos pueda ofrecer, porque ſino me engaño, el poderoſo, i conocido que dices, es el vino, i en èl quadran todos los tributos que le has dado. Verdad dices, Arſindo, reſpondiò Aurelio, i eſtoi para decir, que me peſa de aver propueſto pregunta, que con tanta facilidad aya ſido declarada; mas di tu la tuya, que al lado tienes

nes quien te la ſabrà deſatar por mas añudada que venga. Que me place, dijo Arſindo, luego propuſo la ſiguiente.

ARSINDO.

Quien es quien pierde el color
Donde ſe ſuele avivar,
I luego torna a cobrar
Otro mas vivo, i mejor?
Es pardo en ſu nacimiento,
I deſpues negro atezado,
I al cabo tan colorado
Que ſu viſta dà contento.
No guarda fueros ni leyes;
Tiene amiſtad con las llamas;
Viſita a tiempos las camas
De Señores, i de Reyes.
Muerto ſe llama varon,
I vivo hembra ſe nombra;
Tiene el aſpecto de ſombra;
De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arſindo eſtava, el qual apenas avia acabado Arſindo ſu pregunta, quando le dijo. Pareceme, Arſindo, que no es tan eſcura tu demanda como lo que ſignifica, porque ſi mal no eſtoi en ella, el carbon es por quien dices que muerto ſe llama varon, i encendido, i vivo braſa, que es nombre de hembra, i todas las demàs partes le convienen en todo como èſta: i ſi quedas con la miſma pena que Aurelio (por la facilidad con que tu pregunta ha ſido entendida) yo os quiero tener compañia en ella, pues Tirſi, à quien toca reſponderme, nos harà iguales; i luego dijo la ſuya.

DAMON.

Qual es la Dama polida,
Aſſeada, i bien compueſta,
Temeroſa, i atrevida.
Vergonzoſa, i deshoneſta,
I guſtoſa, i deſſabrida?
Si ſon muchas (porque aſſombre)
Mudan de muger el nombre
En varon, i es cierta lei,
Que và con ellas el Rei,
I las lleva qualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dijo luego Tirſi, que ſalga verdadera tu porfia, i que quedes con la pena de Aurelio, i Arſindo, ſi al-

guna tienen; porque te hago ſaber, que sè que lo que encubre tu pregunta, es la carta, i el pliego de cartas. Concediò Damon lo que Tirſi dijo. I luego Tirſi propuſo deſta manera.

TIRSI.

Quien es la que es toda ojos
De la cabeza a los pies,
I a veces ſin ſu interès
Cauſa amoroſos enojos:
Tambien ſuele aplacar riñas,
I no le va, ni le viene,
I aunque tantos ojos tiene
Deſcubre pocas niñas:
Tiene nombre de un dolor
Que ſe tiene por mortal
Hace bien, i hace mal,
Enciende, i templa el amor.

En confuſion puſo a Elicio la pregunta de Tirſi, porque a èl tocava reſponder a ella, i caſi eſtuvo por darſe (como dicen) por vencido; pero acabo de poco vino a decir, que era la celosìa; i concediendolo Tirſi, luego Elicio preguntò lo ſiguiente.

ELICIO.

Es mui eſcura, i es clara,
Tiene mil contrariedades,
Encubrenos las verdades,
I al cabo nos las declara.
Nace a veces de donaire,
Otras de altas fantasìas,
I ſuele engendrar porfias,
Aunque trate coſas de aire.

Sabe ſu nombre qualquiera,
Haſta los niños pequeños,
Son muchas, i tienen dueños
De diferente manera.
No hai vieja que nõ ſe abrace
Con una deſtas ſeñoras,
Son de guſto algunas horas,
Qual canſa, qual ſatisface.

Sabios hai que ſe deſvelan
Por ſacarles los ſentidos,
I algunos quedan corridos,
Quanto mas ſobre ello velan.
Qual es necia, qual curioſa,
Qual facil, qual intricada,
Pero ſea, o no ſea nada,
Decidme, què es coſa, i coſa.

No podia Timbrio atinar con lo que ſignificava la pregunta de Elicio, i caſi comenzò a correrſe de ver, que mas que otro alguno ſe tardava en la reſpueſta, mas ni aun por eſſo venia en el ſentido della; i tanto ſe detuvo, que Galatea, que eſtava deſpues de Niſida, dijo. Si vale a romper la orden que eſtà dada, i puede

reſ-

responder el que primero ſupiere, yo por mi digo, que sè lo que ſignifica la propueſta enigma, i eſtoi por declararla, ſi el ſeñor Timbrio me da licencia. Por cierto, hermoſa Galatea, reſpondiò Timbrio, que conozco yo, que aſsi como a mi me falta, os ſobra a vos ingenio para aclarar mayores dificultades: pero con todo eſſo quiero que tengais paciencia, haſta que Elicio la torne a decir; i ſi deſta vez no la acertare, confirmarſeha con mas veras la opinion que de mi ingenio, i del vueſtro tengo. Tornò Elicio a decir ſu pregunta; i luego Timbrio declarò lo que era, diciendo. Con lo meſmo que yo pensè que tu demanda, Elicio, ſe eſcurecia, con eſſo meſmo me parece que ſe declara, pues el ultimo verſo dice, te digan que es coſa, i coſa. I aſsi yo te reſpondo a lo que me dices, i digo, que tu pregunta es, el que es coſa, i coſa, i no te maravilles averme tardado en la reſpueſta, porque mas me maravillàra yo de mi ingenio, ſi mas preſto reſpondiera: el qual moſtràra quien es en el poco artificio de mi pregunta, que es eſta.

TIMBRIO.

Quien es el que a ſu peſar
Mete ſus pies por los ojos,
I ſin cauſarles enojos
Les hace luego cantar?

El ſacarlos es de guſto;
Aunque a veces quien los ſaca,
No ſolo ſu mal no aplaca,
Mas cobra mayor diſguſto.

A Niſida tocava reſponder a la pregunta de Timbrio, mas no fue poſsible que la adevinaſſen ella, ni Galatea que ſe le ſeguian. I viendo Orompo que las Paſtoras ſe fatigavan en penſar lo que ſignificava, les dijo. No os canſeis, ſeñoras, ni fatigueis vueſtros entendimientos en la declaracion deſtà enigma, porque podria ſer que ninguna de voſotras en toda ſu vida huvieſſe viſto la figura que la pregunta encubre, i aſsi no es mucho que no deis en ella; que ſi de otra ſuerte fuera, bien ſeguros eſtavamos de vueſtros entendimientos, que en menos eſpacio otras mas dificultoſas huvierades declarado; i por eſto (con vueſtra licencia) quiero yo reſponder a Timbrio, i decirle, que ſu demanda ſignifica un hombre con grillos, pues quando ſaca los pies de aquellos ojos que èl dice, o es para ſer libre, o para llevarle al ſuplicio: porque veais, Paſtoras, ſi tenia yo razon de imaginar, que quizà nin-

ninguna de vosotras avia visto en toda su vida carceles, ni prisiones. Yo por mi sè decir, dijo Galatea, que jamàs he visto aprisionado alguno. Lo mesmo digeron Nisida, i Blanca. I luego Nisida propuso su pregunta en esta forma.

NISIDA.

Muerde el fuego, i el bocado
Es daño, i bien del mordido,
No pierde sangre el herido,
Aunque se vè acuchillado.

Mas si es profunda la herida,
I de mano que no acierte
Causa al herido la muerte;
I en tal muerte està su vida.

Poco se tardò Galatea en responder a Nisida, porque luego le dijo, bien sè que no me engaño, hermosa Nisida, si digo que en ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma, que a las tigeras de despavilar, i a la vela, o cirio que despavilan: i si esto es verdad (como lo es) i quedas satisfecha de mi respuesta, escucha aora la mia, que no con menos facilidad espero que serà declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, i luego la dijo, que fue esta.

GALATEA.

Tres hijos que de una madre
Nascieron con sèr perfeto,
I de un hermano era nieto
El uno, i el otro padre.

I estos tres, tan sin clemencia
A su madre maltratavan,
Que mil puñadas le davan
Mostrando en ellos su ciencia.

Considerando estava Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, quando vieron atravessar corriendo por junto al lugar donde estavan dos gallardos Pastores, mostrando en la furia con que corrian, que alguna cosa de importancia les forzava a mover los passos con tanta ligereza, i luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas, que socorro pedian: i con este sobresalto se levantaron todos, i siguieron el tino donde las voces sonavan: i a pocos passos salieron de aquel deleitoso sitio, i dieron sobre la ribera del fresco Tajo (que por alli cerca mansamente corria) i apenas vieron el rio, quando se les ofreciò a la vista la mas estraña cosa que imaginar pudieran: porque vieron dos Pastoras (al parecer de gentil donaire) que tenian a un Pastor,

aſido de las faldas del pellico, con toda la fuerza a ellas poſsible, porque el triſte no ſe ahogaſſe, porque tenia ya el medio cuerpo en el rio, i la cabeza debajo del agua, forcejando con los pies por deſaſirſe de las Paſtoras, que ſu deſeſperado intento eſtorvavan: las quales ya caſi querian ſoltarle, no pudiendo vencer al teſon de ſu porfia con las debiles fuerzas ſuyas. Mas en eſto llegaron los dos Paſtores que corriendo avian venido, i aſiendo al deſeſperado, le ſacaron del agua, a tiempo que ya todos los demàs llegavan: eſpantandoſe del eſtraño eſpectaculo, i mas lo fueron quando conocieron que el Paſtor que queria ahogarſe, era Galercio el hermano de Artidoro, i las Paſtoras eran Mauriſa ſu hermana, i la hermoſa Theolinda: las quales como vieron a Galatea, i a Floriſa, con lagrimas en los ojos, corriò Theolinda a abrazar a Galatea, diciendo. Hai, Galatea, dulce amiga, i ſeñora mia, como ha cumplido eſta deſdichada la palabra que te diò de bolver a verte, i a decirte las nuevas de ſu contento. De que le tengas, Theolinda, reſpondiò Galatea, holgarè yo tanto, quanto te lo aſſegura la voluntad que de mi para ſervirte tienes conocida. Mas pareceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me ſatisfacen de modo, que imagine buen ſuceſſo de tus deſeos. En tanto que Galatea con Theolinda eſto paſſava, Elicio, i Arſindo, con los otros Paſtores, avian deſnudado a Galercio, i al deſceñirle el pellico (que con todo el veſtido mojado eſtava) ſe le cayò un papel del ſeno, el qual alzò Tirſi, i abriendole, viò que eran verſos; i por no poderlos leer por eſtàr mojados, encima de una alta rama le puſo al rayo del Sol, para que ſe enjugaſſe. Puſieron a Galercio un gavàn de Arſindo, i el deſdichado mozo eſtava como atonito, i embeleſado, ſin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntava què era la cauſa que a tan eſtraño termino le avia conducido: mas por èl reſpondiò ſu hermana Mauriſa, diciendo. Alzad los ojos, Paſtores, i vereis quien es la ocaſion que al deſgraciado de mi hermano en tan eſtraños, i deſeſperados puntos ha pueſto. Por lo que Mauriſa dijo, alzaron los Paſtores los ojos, i vieron encima de una pendiente roca, que ſobre el rio caìa, una gallarda, i diſpueſta Paſtora, ſentada ſobre la meſma peña, mirando con riſueño ſemblante todo lo què los Paſtores hacian. La qual fue luego de todos conocida por la cruel Gelaſia. Aquella deſamorada, aquella deſconocida, (ſiguio Mauriſa) es, ſeñores, la enemiga mortal deſte deſventurado hermano mio, el qual (como ya todas eſtas riberas ſaben, i voſotros no ignorais) la ama, la quiere, i la adora: i en

cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, i de las lagrimas que por ella ha derramado, esta mañana (con el mas esquivo, i desamorado desdèn, que jamàs en la crueldad pudiera hallarse) le mandò que de su presencia se partiesse, i que aora, ni nunca jamàs a ella tornasse: i quiso tan de veras mi hermano obedecerla, que procurava quitarse la vida, por escusar la ocasion de nunca traspassar su mandamiento: i si por dicha estos Pastores tan presto no llegàran, llegado fuera ya el fin de mi àlegria, i el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Maurisa dijo a todos los que la escucharon: i mas admirados quedaron quando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estava, i sin hacer cuenta de toda aquella compañia, que los ojos en ella tenia puestos, con un estraño donaire, i desdeñoso brio, sacò un pequeño rabèl de su zurron, i parandosele a templar mui despacio, a cabo de poco rato, con voz en estremo buena, comenzò a cantar desta manera.

GELASIA.

Quien dejarà del verde prado umbroso
   Las frescas yervas, i las frescas fuentes?
   Quien de seguir con passos diligentes
   La suelta Liebre, o Jabalì cerdoso?
Quien con el son amigo, i sonoroso,
   No detendrà las aves inocentes?
   Quien en las horas de la siesta ardiente
   No buscarà en las selvas el reposo?
Por seguir los incendios, los temores,
   Los celos, iras, rabias, muertes, penas
   Del falso amor, que tanto aflige al mundo?
Del campo son, i han sido mis amores,
   Rosas son, i jazmines mis cadenas,
   Libre nacì, i en libertad me fundo.

Cantando estava Gelasia, i en el movimiento, i ademàn de su rostro, la desamorada condicion suya descubria. Mas apenas huvo llegado al ultimo verso de su canto, quando se levantò con una estraña ligereza, i como si de alguna cosa espantable huyera, assi comenzò a correr por la peña abajo, dejando a los Pastores admirados de su condicion, i confusos de su corrida. Mas luego vieron que era la causa della, con vèr al enamorado Lenio, que

con

con tirante paſſo por la meſma peña ſubìa, con intencion de llegar adonde Gelaſia eſtava; pero no quiſo ella aguardarle por no faltar de correſponder en un ſolo punto a la crueldad de ſu propoſito. Llegò el canſado Lenio a lo alto de la peña, quando yà Gelaſia eſtava al pie della; i viendo que no detenia el paſſo, ſino que con mas preſteza por la eſpacioſa campaña le tendìa, con fatigado aliento, i laſſo eſpiritu, ſe ſentò en el meſmo lugar donde Gelaſia avia eſtado, i alli comenzò con deſeſperadas razones a maldecir ſu ventura, i la hora en que alzò la viſta a mirar a la cruel Paſtora Gelaſia, i en aquel meſmo inſtante (como arrepentido de lo que decia) tornava a bendecir ſus ojos, i a tener por buena la ocaſion que en tales terminos le ponia. I luego incitado, i movido de un furioſo accidente, arrojò lejos de sì el cayado, i deſnudandoſe el pellico, le entregò a las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corria: lo qual viſto por los Paſtores que mirando le eſtavan, ſin duda creyeron, que la fuerza de la enamorada paſsion le ſacava de juicio; i aſsi Elicio, i Eraſtro comenzaron a ſubir la peña, para eſtorvarle que no hicieſſe algun otro deſatino, que le coſtaſſe mas caro; i pueſto que Lenio los viò ſubir, no hizo otro movimiento alguno, ſino fue ſacar de ſu zurron ſu rabèl, i con un nuevo, i eſtraño repoſo ſe tornò a ſentar; i buelto el roſtro àcia donde ſu Paſtora oìa, con voz ſuave, i de lagrimas acompañada, comenzò a cantar deſta ſuerte.

LENIO.

Quien te impele cruel? quien te deſvia?
Quien te retira del amado intento?
Quien en tus pies veloces alas cria
Con que corres ligera mas que el viento?
Porquè tienes en poco la fè mia,
I deſprecias el alto penſamiento?
Porquè huyes de mi? porque me dejas?
O mas dura que marmol a mis quejas!

Soi por ventura de tan bajo eſtado
Que no merezca ver tus ojos bellos?
Soi pobre? Soi avaro? Haſme hallado
En falſedad deſde que ſupe vellos?
La condicion primera no he mudado;
No pende del menor de tus cabellos

Mi alma? Pues porquè de mi te alejas?
O mas dura que marmol a mis quejas!

Tome escarmiento tu altivèz sobrada
De ver mi libre voluntad rendida,
Mira mi antigua presuncion trocada,
I en amoroso intento convertida.
Mira que contra amor no puede nada
La mas essenta descuidada vida.
Detèn el passo ya; porquè le aquejas?
O mas dura que marmol a mis quejas!

Vime qual tu te vès, i aora veo
Que como fui, jamàs espero verme,
Tal me tiene la fuerza del deseo,
Tal quiero que se estrema en no quererme:
Tu has ganado la palma, tu el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme,
Tu me rendiste, i tu de mi te quejas?
O mas dura que marmol a mis quejas!

En tanto que el lastimado Pastor sus dolorosas quejas entonava, estavan los demàs Pastores reprehendiendo a Galercio su mal proposito, afeando el dañado intento que avia mostrado. Mas el desesperado mozo a ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dejandole solo, avia de poner en egecucion su mal pensamiento. En este medio Galatea, i Florisa, apartandose con Theolinda, le preguntaron què era la causa de su tornada, i si por ventura avia sabido yà de su Artidoro. A lo qual ella respondiò llorando. No sè que os diga, amigas, i señoras mias, sino que el Cielo quiso que yo hallasse a Artidoro, para que enteramente le perdiesse: porque avreis de saber, que aquella mal considerada, i traidora hermana mia, que fue el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasion del fin, i remate de mi contento, porque sabiendo ella, assi como llegamos con Galercio, i Maurisa a su Aldea, que Artidoro estava en una montaña, no lejos de alli con su ganado, sin decirme nada se partiò a buscarle: hallòle, i fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenò el Cielo que nos pareciessemos) con poca dificultad le diò a entender, que la Pastora que en nuestra

Al-

Aldea le avia desdeñado era una su hermana, que en estrémo le parecia: en fin le contò por suyos todos los passos que yo por èl he dado, i los estremos de dolor que he padecido: i como las entrañas del Pastor estavan tan tiernas, i enamoradas, con harto menos que la traidora le digera, fuera de èl creida, como la creyò, tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclasse en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mesmo instante diò la mano a Leonarda de ser su legitimo esposo, creyendo que se la dava a Theolinda. Veis aqui, Pastoras, en que ha parado el fruto de mis lagrimas, i sospiros; veis aqui yà arrancada de raiz toda mi esperanza. I lo que mas siento es, que aya sido por la mano que a sustentarla estava mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, i puesto que yà èl lo sabe, aunque deve de aver sentido la burla, hala dissimulado como discreto. Llegaron luego al Aldea las nuevas de su casamiento, i con ellas las del fin de mi alegria: supose tambien el artificio de mi hermana, la qual diò por disculpa, vèr que Galercio (a quien tanto ella amava) por la Pastora Gelasia se perdia, i que asi le pareciò mas facil reducir a su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, i que pues las dos eran uno solo, en quanto a la apariencia, i gentileza que ella se tenia por dichosa, i bien afortunada, con la compañia de Artidoro. Con esto se disculpa (como he dicho) la enemiga de mi gloria. I asi yo (por no verla gozar de la que de derecho se me devia, degè el Aldea, i la presencia de Artidoro, i acompañada de las mas tristes imaginaciones que imaginar se pueden, venia a daros las nuevas de mi desdicha, en compañia de Maurisa, que ansi mesmo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura: i esta mañana al salir del Sol topamos con Galercio, el qual con tiernas, i enamoradas razones, estava persuadiendo a Gelasia que bien le quisiesse: mas ella con el mas estraño desdèn, i esquiveza, que decir se puede, le mandò, que se le quitasse delante, i que no fuesse ossado de jamàs hallarla: i el desdichado Pastor apretado de tan recio mandamiento, i de tan estraña cruel dad, quiso cumplirle, haciendo lo que aveis visto.

Todo esto es lo que por mi ha passado, amigas mias, despues que de vuestra presencia me partì. Ved aora si tengo mas que llorar que antes, i si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupeis en consolarme, si acaso mi mal recibiesse consuelo. No

dijo mas Theolinda, porque la infinidad de lagrimas, que le vinieron a los ojos, i los ſoſpiros que del alma arrancava, impidieron el oficio a la lengua: i aunque las de Galatea, i Floriſa quiſieron moſtrarſe expertas, i eloquentes en conſolarla, fuè de poco efeto ſu trabajo. I en el tiempo que entre las Paſtoras eſtas razones paſſavan, ſe acabò de enjugar el papel, que Tirſi a Galercio del ſeno ſacado avia, i deſeoſo de leerle, le tomò, i viò que de eſta manera decia.

GALERCIO A GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con roſtro de Dama,
Fria, i encendidà llama
Donde mi alma ſe apura.
Eſcucha las ſinrazones
De tu deſamor cauſadas,
De mi alma trasladadas
En eſtos triſtes renglones.

No eſcrivo por ablandarte,
Pues con tu dureza eſtraña
No valen ruegos, ni maña,
Ni ſervicios tienen parte.
Eſcrivote porque veas
La ſinrazon que me haces,
I quan mal que ſatisfaces
Al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad
Es mui juſto, i razon tienes,
Mas mira, que la mantienes
Solo con la crueldad.
I nò es juſto lo que ordenas
Querer ſin ſer ofendida
Suſtentar tu libre vida
Con tantas muertes agenas.

No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que eſtà en uſar deſdèn
Depoſitada tu honra.
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor ſatisfaces,
I cobras nombre mejor.

Tu crueldad me dà a entender,
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron
Tu duro indomable sèr.
Que en ellos es tu recreo,
I en los paramos, i valles,
Do no es poſsible que halles
Quien te enamore el deſeo.

En una freſca eſpeſura
Una vez te vì ſentada,
I dige, Eſtatua es formada
Aquella de piedra dura.
I aunque el moverte deſpues
Contradijo a mi opinion,
En fin en la condicion
Dige, Mas que eſtatua es.

I ojalà que eſtatua fueras
De piedra, que yo eſperàra
Que el Cielo por mi cambiàra
Tu sèr, i en muger bolvieras.
Que Pigmaleon no fuè
Tanto a la ſuya rendido

Co-

Como yo tè soi, i he sido,
Pastora, i siempre serè.

Con razon, i de derecho
Del mal, i bien me dàs pago,
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas
Tal verdad es conocida,
Con la vista me dàs vida,
Con la condicion me matas.

Desse pecho que se atreve
A esquivar de amor los tiros
El fuego de mis sospiros
Deshaga un poco la nieve.
Concedase al llanto mio,
I al nunca admitir descanso,
Que buelva agradable, i manso
Un solo punto tu brio.

Bien sè que avràs de decir,
Que me alargo, i yo lo creo,
Pero acorta tu el deseo,
I acortarè yo el pedir.
Mas segun lo que me dàs
En quantas demandas toco,
A ti te importa mui poco,
Que pida menos, o mas.

Si de tu estraña dureza
Pudiera reprehenderte,
I aquella señal ponerte,
Que muestra nuestra flaqueza.
Digera viendo tu sèr,
I no assi como se enseña:
Acuerdate que eres peña,
I en peña te has de bolver.

Mas seas peña, o acero,
Duro marmol, o diamante,
De un acero soi amante,
O una peña adoro, i quiero.
Si eres Angel disfrazado,
O furia, que todo es cierto,
Por tal Angel vivo muerto,
I por tal furia penado.

Mejor le parecieron a Tirsi los versos de Galercio, què la condicion de Gelasia: i queriendoselos mostrar a Elicio, viòle tan mudado de color, i de semblante, que una imagen de muerto parecia. Llegòse a èl, i quando le quiso preguntar si algun dolor le fatigava, no fuè menester esperar su respuesta, para entender la causa de su pena, porque luego oyò publicar entre todos los que alli estavan, como los dos Pastores, que a Galercio socorrieron, eran amigos del Pastor Lusitano, con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar a Galatea: los quales venian a decirle, como de alli a tres dias el venturoso Pastor vendria a su Aldea a concluìr el felicissimo desposorio. I luego viò Tirsi, que estas nuevas, mas nuevos, i estraños accidentes de los causados avian de causar en el alma de Elicio. Pero con todo esto se llegò a èl, i le dijo. Aora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos, i assegurote, que no

sè quien a mi me asſegura, que ha de tener mejor fin eſte negocio de lo que tu pienſas; diſsimula, i calla, que ſi la voluntad de Galatea no guſta de correſponder de todo en todo a la de ſu padre, tu ſatisfaràs la tuya, aprovechandote de las nueſtras, i aun de todo el favor que te puedan ofrecer quantos Paſtores hai en las riberas deſte Rio, i en las de el manſo Henares: el qual favor yo te ofrezco, que bien imagino, que el deſeo que todos han conocido que yo tengo de ſervirles, los obligarà a hacer que no ſalga en vano lo que aqui te prometo. Suſpenſo quedò Elicio, viendo al gallardo, i verdadero ofrecimiento de Tirſi, i no ſupo, ni pudo reſponderle mas que abrazarle eſtrechamente, i decirle. El Cielo te pague, diſcreto Tirſi, el conſuelo que me has dado, con el qual, i con la voluntad de Galatea, que a lo que creo, no diſcreparà de la nueſtra, ſin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que ſe hace a todas eſtas riveras, en deſterrar dellas la rara hermoſura de Galatea, no paſſe adelante: i tornandole a abrazar, tornò a ſu roſtro la color perdida. Pero no tornò al de Galatea, a quien fuè oìr la embajada de los Paſtores, como ſi oyera la ſentencia de ſu muerte. Todo lo notava Elicio, i no lo podia diſsimular Eraſtro, ni menos la diſcreta Floriſa, ni aun fuè guſtoſa la nueva a ninguno de quantos alli eſtavan. A eſta ſazon yà el Sol declinava ſu acoſtumbrada carrera: i aſsi por eſto, como por vèr que el enamorado Lenio avia ſeguido a Gelaſia, i que alli no quedava otra coſa que hacer, trayendo a Galercio, i a Mauriſa conſigo, toda aquella compañia moviò los paſſos hàzia el Aldea, i al llegar junto a ella, Elicio, i Eraſtro ſe quedaron en ſus cavañas, i con ellos Tirſi, Damon, Orompo, Criſio, Marſilio, Arſindo, i Orſinio ſe quedaron con otros algunos Paſtores: i de todos ellos con corteſes palabras, i ofrecimientos, ſe deſpidieron los venturoſos Timbrio, Silerio, Niſida, y Blanca, diciendoles, que otro dia ſe penſavan partir a la Ciudad de Toledo, donde avia de ſer el fin de ſu viage; i abrazando a todos los que con Elicio quedavan, ſe fueron con Aurelio, con el qual ivan Floriſa, Theolinda, i Mauriſa, i la triſte Galatea, tan congojada, i penſativa, que con toda ſu diſcrecion, no podia dejar de dar mueſtras de eſtraño deſcontento. Con Daranio ſe fueron, ſu eſpoſa Silveria, i la hermoſa Beliſa. Cerrò en eſto la noche, i pareciòle a Elicio, que con ella ſe le cerravan todos los caminos de ſu guſto; i ſi no fuera por agaſſajar con buen ſemblante a los hueſpedes que tenia aquella noche

en ſu cabaña, èl la paſsàra tan mala, que deſeſperàra de vèr el dia. La meſma pena paſſava el miſero Eraſtro, aunque con mas alivio, porque ſin tener reſpeto a nadie, con altas voces, i laſtimeras palabras, maldecia ſu ventura, i la acelerada determinacion de Aurelio. Eſtando en eſto, ya que los Paſtores avian ſatisfecho a la hambre con algunos ruſticos manjares, i algunos dellos entregadoſe en los brazos del repoſado ſueño, llegò a la cabaña de Elicio la hermoſa Mauriſa, i hallando a Elicio a la puerta de ſu cabaña, le apartò, i le diò un papel, diciendole, que era de Galatea, i que le leyeſſe luego, que pues ella a tal hora le traìa, entendieſſe que era de importancia lo que en èl devia de venir. Admirado el Paſtor de la venida de Mauriſa, i mas de ver en ſus manos papel de ſu Paſtora, no pudo ſoſſegar un punto haſta leerle, i entrandoſe en ſu cabaña, a la luz de una raja de teoſo pino, le leyò, i viò que anſi decia.

GALATEA A ELICIO.

En la apreſurada determinacion de mi padre, eſtà la que yo he tomado de eſcrivirte, i en la fuerza que me hace la que a mi meſma me he hecho haſta llegar a eſte punto. Bien ſabes en el que eſtoi, i sè yo bien que quiſiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te devo. Mas ſi el Cielo quiere que yo quede con eſta deuda, quejate dèl, i no de la voluntad mia. La de mi padre quiſiera mudar, ſi fuera poſsible; pero veo que no lo es, i aſsi no lo intento. Si algun remedio por allà imaginas, como en èl no intervengan ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que a tu credito deves, i a mi honra eſtàs obligado. El que me dàn por eſpoſo, i el que me ha de dàr ſepultura, viene paſſado mañana: poco tiempo te queda para aconſejarte, aunque a mi me queda harto para arrepentirme. No digo mas, ſino que Mauriſa es fiel, i yo deſdichada.

En eſtraña confuſion puſieron a Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciendole coſa nueva, anſi el eſcrivirle, pues haſta entonces jamàs lo avia hecho, como el mandarle buſcar remedio a la ſinrazon que ſe le hacia: mas paſſando por todas eſtas coſas, ſolo parò en imaginar como cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventuraſſe mil vidas, ſi tantas tuviera. I no ofreciendoſele otro algun remedio, ſino el que de ſus amigos eſperava, confiado en ellos, ſe atreviò a reſponder a Galatea con una carta que diò a Mauriſa, la qual deſta manera decia.

ELICIO A GALATEA.

Si las fuerzas de mi poder llegàran al deseo que tengo de serviros, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos; pero como quiera que ello sea, vos vereis aora (si la sinrazon passa adelante) como yo no me quedo atras en hacer vuestro mandamiento, por la via mejor que el caso pidiere, Asségureos esto la fè que de mi teneis conocida, i haced buen rostro a la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera, que el Cielo que os ha movido à acordaros de mi, i a escrivirme, me darà valor para mostrar que en algo merezco la merced que me aveis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo, ni temor seràn parte para que yo no ponga en efeto lo que a vuestro gusto conviene, i al mio tanto importa. No mas, pues lo mas que en esto ha de aver, sabreis de Maurisa, a quien yo he dado cuenta dello; i si vuestro parecer con el mio no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se passe, i con èl la sazon de nuestra ventura, la qual os dè el Cielo como puede, i como vuestro valor merece.

Dada esta carta a Maurisa, como està dicho, le dijo assi mesmo, como èl pensava juntar todos los mas Pastores que pudiesse, i que todos juntos irian a hablar al padre de Galatea, pidiendole por merced señalada, fuesse servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: i quando esto no bastasse, pensava poner tales inconvenientes, i miedos al Lusitano Pastor, que èl mesmo digesse no ser contento de lo concertado: i quando los ruegos, i astucias no fuessen de provecho alguno, determinava usar la fuerza, i con ella ponerla en su libertad; i esto con el miramiento de su credito que se podia esperar de quien tanto la amava. Con esta resolucion se fue Maurisa, i esta mesma tomaron luego todos los Pastores que con Elicio estavan, a quien el diò cuenta de sus pensamientos, i pidiò favor, i consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi, i Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarian. Lauso, Arsindo, i Erastro, con los quatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio, i Orfinio prometieron de buscar, i juntar para el dia siguiente, sus amigos, i poner en obra con ellos qualquiera cosa que por Elicio les fuesse mandada. En tratar lo que mas al caso convenia, i en tomar este apuntamiento, se passò lo mas de aquella noche. I la mañana venida, todos los Pastores se partieron a cumplir lo que prometido avian, sino fueron

Tir-

Tirsi, i Damon, que con Elicio se quedaron. I aquel mesmo dia tornò a venir Maurisa a decir a Elicio, como Galatea estava determinada de seguir en todo su parecer: despidiola Elicio, con nuevas promessas, i confianzas; i con alegre semblante, i estraño alborozo, estava esperando el siguiente dia, por ver la buena, o mala salida que la fortuna dava a su hecho. Llegò en esto la noche, i recogiendose con Damon, i Tirsi a su cabaña, casi todo el tiempo della passaron en tantear, i advertir las dificultades que en aquel negocio podian suceder, si acaso no movian a Aurelio las razones que Tirsi pensava decirle. Mas Elicio por dar lugar a los Pastores que reposassen, se saliò de su cabaña, i se subiò en una verde cuesta que frontero de ella se levantava: i alli con el aparejo de la soledad, rebolvia en su memoria todo lo que por Galatea avia padecido, i lo que temia padecer, si el Cielo a sus intentos no favorecia; i sin salir desta imaginacion, al son de un blando Cefiro, que mansamente soplava, con voz suave, i baja, comenzò a cantar desta manera.

ELICIO.

Si deste herviente mar, i golfo insano,
    Donde tanto amenaza la tormenta,
    Libro la vida de tan dura afrenta,
    I toco el suelo venturoso, i sano:
Al aire alzadas una, i otra mano
    Con alma humilde, i voluntad contenta,
    Harè que amor conozca, el Cielo sienta,
    Que el bien les agradezco soberano.
Llamarè venturosos mis suspiros,
    Mis lagrimas tendrè por agradables,
    Por refrigerio el fuego en que me quemo.
Dirè que son de amor los recios tiros,
    Dulces al alma, al cuerpo saludables,
    I que en su bien no hai medio, sino estremo.

Quando Elicio acabò su canto, comenzava a descubrirse por las Orientales puertas la fresca Aurora, con sus hermosas, i variadas megillas, alegrando el suelo, aljofarando las yervas, i pintando los prados: Cuya deseada venida comenzaron luego a saludar las parleras Aves con mil suertes de concertadas cantilènas. Levantòse en esto Elicio, i tendiò los ojos por la espaciosa

cam-

campaña, descubriò no lejos dos esquadras de Pastores, los quales, segun le pareciò, hàcia su cabaña se encaminavan, como era la verdad, porque luego conociò que eran sus amigos Arsindo, i Lauso, con otros que consigo traìan. I los otros Orompo, Marsilio, Crisio, i Orfinio, con todos los mas amigos que juntar pudieron. Conocidos pues de Elicio, bajò de la cuesta para ìr a recibirlos: i quando ellos llegaron junto de la cabaña, yà estavan fuera della Tirsi, i Damon, que a buscar a Elicio ivan. Llegaron en esto todos los Pastores, i con alegre semblante unos a otros se recibieron. I luego Lauso, bolviendose a Elicio, le dijo. En la compañia que traemos, puedes vèr, amigo Elicio, si comenzamos a dàr muestras de querer cumplir la palabra que te dìmos: todos los que aqui vees, vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas: lo que falta es, que tu no la hagas en lo que mas conviniere. Elicio con las mejores razones que supo, agradeciò a Lauso, i a los demàs la merced que le hacian: i luego les contò todo lo que con Tirsi, i Damon estava concertado de hacerse, para salir bien con aquella empresa. Pareciòles bien a los Pastores lo que Elicio decia: i assi sin mas detenerse hàcia el Aldea se encaminaron, yendo delante de Tirsi, i Damon, siguiendoles todos los demàs, que hasta veinte Pastores serian, los mas gallardos, i bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallar se pudieran, i todos llevavan intencion de que si las razones de Tirsi no movian a que Aurelio la hiciesse en lo que le pedian, de usar en su lugar la fuerza, i no consentir que Galatea al forastero Pastor se entregasse: de que iva tan contento Erastro, como si el buen sucesso de aquella demanda, en solo su contento de redundar huviera, porque a trueco de no vèr a Galatea ausente, i descontenta, tenia por bien empleado que Elicio la alcanzasse, como lo imaginava, pues tanto Galatea le avia de quedar obligada.

El fin deste amoroso Cuento, i Historia, con los sucessos de Galercio, Lenio, i Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro, i Rosaura, Marsilio, i Belisa, con otras cosas sucedidas a los Pastores hasta aqui nombrados, en la Segunda Parte desta Historia se prometen. La qual, si con apacibles voluntades esta primera viere recibida, tendrà atrevimiento de salir con brevedad a ser vista, i juzgada de los ojos, i entendimiento de las gentes.

LAUS DEO.

VIAGE
DEL PARNASO,
COMPUESTO
POR
MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.
DIRIGIDO
A DON RODRIGO DE TAPIA,
Cavallero del Habito de Santiago, &c.

En MADRID, Por la Viuda de Alonſo Martin,
Año de 1614.

POR JUAN DE ZUÑIGA, Año de 1736.

A DON RODRIGO DE TAPIA,

Cavallero del Habito de Santiago, hijo del señor Pedro de Tapia, Oìdor del Consejo Real, i Consultor del Santo Oficio de la Inquisicion Suprema.

DIrijo a V.m. este Viage que hice al Parnaso, que no desdice a su edad florida, ni a sus loables, i estudiosos egercicios. Si V.m. le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, èl quedarà famoso en el mundo, i mis deseos premiados. Nuestro Señor, &c.

Miguèl de Cervantes Saavedra.

PROLOGO AL LECTOR.

SI por ventura (Lector curioso) eres Poeta, i llegàre a tus manos (aunque pecadoras) este Viage, si te hallares en èl escrito, i notado entre los buenos Poetas, dà gracias a Apolo por la merced que te hizo; i si no te hallares, tambien se las puedes dàr. I Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE Rojas

EPIGRAMMA.

EXcute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
Verbera quadrigæ ſentiat alma Tetys.
Agmen Apollineum, nova ſacri injuria ponti,
Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
Monſtra cavos latices obſtupefacta ſinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
Carmina ſi excipias nulla tridentis opes.
Heſperiis Michaël claros conduxit ab oris,
In pelagus vates. Delphica caſtra petit.
Imò age, pone metus, mediis ſubſiſte carinis,
Parnaſsi in littus vela ſecunda gere.

CAPITULO PRIMERO DEL VIAGE DEL PARNASO.

UN Quidam Caporal Italiano,
De Patria Perusino (a lo que entiẽdo)
De ingenio Griego, i de valor Romano:
Llevado de uñ capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir a Parnaso,
Por huir de la Corte el vario estruendo.
Solo, i a pie, partiòse, i passo a passo
Llegò donde comprò una mula antigua,
De color parda, i tartamudo passo,
Nunca a medroso pareciò estantigua
Mayor, ni menos buena para carga,
Grande en los huessos, i en la fuerza exigua.
Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los hijares, i en el cuero
Mas dura quẽ lo son los de una Adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caìa en qualquier cosa facilmente,
Asi en Abril, como en el mes de Enero.
En fin, sobre ella el Poetòn valiente
Llegò al Parnaso, i fue del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.
Contò quando bolviò el Poeta solo,
I sin blanca a su Patria, lo que en buelo
Llevò la fama deste al otro Polo.
Yo que siempre trabàjo, i me desvelo,
Por parecer que tengo de Poeta
La gracia, que no quiso darme el Cielo:
Quisiera despachar a la estafeta
Mi alma, o por los aires, i ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta.

Pues descubriendo desde alli la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella:
I quedar del licor suave, i rico
El pancho lleno: i ser de alli adelante
Poeta ilustre, o al menos Manifico.
Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, i quedò el deseo
En cierne, desvalido, è ignorante.
Porque en la piedra que en mis ombros veo
Que la fortuna me cargò pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron que pudieran
Torcer la voluntad aficionada.
Si en aquel mesmo instante no acudieran
Los humos de la fama a socorrerme,
I corto, i facil el camino hicieran.
Dige entre mi. Si yo viniesse a verme
En la dificil cumbre deste monte,
I una guirnalda de laurèl ponerme:
No embidiaria el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Rodomonte.
Mas como de un error se empieza
(Creyendo a mi deseo) di al camino
Los pies, porque di al viento la cabeza.
En fin sobre las ancas del destino,
Llevando a la eleccion puesta en la silla
Hacer el gran Viage determino.
Si esta cavalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo no, solo en Castilla.
Ninguno tiene, o puede dar escusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.
Suele tal vez ser tan ligera, como
Va por el aire el Aguila, o saeta,
I tal vez anda con los pies de plomo.

Péro para la carga de un Poeta,
(Siempre ligera) qualquier bestia puede
Llevarla, pues carece de maleta.
Que es caso ya infalible, que aunque herede
Riquezas un Poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede.
Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tu, o gran padre Apolo, les infundes
En sus intentos el intento tuyo.
I como no le mezclas, ni confundes
En cosas de Agibilibus rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes.
Ellos, o traten burlas, o sean veras,
(Sin aspirar a la ganancia en cosa)
Sobre el convexo van de las Esferas.
Pintando en la Palestra rigurosa
Las acciones de Marte, o entre las flores
Las de Venus mas blanda, i amorosa.
Llorando Guerras, o cantando Amores,
La vida como en sueño se les passa,
O como suele el tiempo a jugadores.
Son hechos los Poetas de una massa,
Dulce, suave, correosa, i tierna,
I amiga del hogar de agena casa.
El Poeta mas cuerdo se govierna
Por su antojo valdìo, i regalado,
De trazas lleno, i de ignorancia eterna.
Absorto en sus quimeras, i admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar a rico, como a honroso estado.
Vayan pues los leyentes con letura,
(Qual dice el vulgo mal limado, i bronco)
Que yo soi un Poeta desta hechura.
Cisne en las canas, i en la voz un ronco,
I negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco.
I que en la cumbre de la varia rueda
Jamàs me pude ver solo un momento,
Pues quando subir quiero, se està queda.

Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz sucesso,
Seguì el viaje a passo tardo, i lento;
Un candeal con ocho mis de queso
Fue en mis alforjas mi reposteria,
(Util al que camina, i leve peso.)
A Dios dige a la humilde choza mia,
A Dios Madrid, a Dios tu Prado, i Fuentes,
Que manan nectar, llueven ambrosia.
A Dios, Conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
I a dos mil desvalidos pretendientes.
A Dios, Sitio agradable, i mentiroso,
Do fueron dos Gigantes abrassados
Con el rayo de Jupiter fogoso.
A Dios, Teatros publicos, honrados,
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
A Dios de San Felipe el gran Passeo,
Donde si baja, o sube el Turco galgo,
Como en Gaceta de Venecia leo.
A Dios, Hambre sotil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoi de mi Patria, i de mi mismo salgo.
Con esto poco a poco lleguè al Puerto,
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado a todos vientos, i encubierto.
A cuyo claro, i sin igual renombre
Se postran quantos puertos el mar baña,
Descubre el Sol, i ha navegado el hombre.
Arrojòse mi vista a la campaña
Rasa del mar, que trujo a mi memoria
Del Heroico Don Juan la Heroica hazaña.
Donde con alta de soldados gloria,
I con proprio valor, i airado pecho
Tuve (aunque humilde) parte en la vitoria.
Alli con rabia, i con mortal despecho
El Otomano orgullo viò su brio,
Hollado, i reducido a pobre estrecho.

Lleno pues de esperanzas, i vaciò
De temor, busquè luego una fragata,
Que efetuasse el alto intento mio.
Quando por la (aunque azul) liquida plata,
Vi venir un bagèl a vela, i remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata.
Del mas gallardo, i mas vistoso estremo
De quantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamàs, ni mas supremo.
Qual este nunca viò bagèl alguno
El mar, ni pudo verse en el armada,
Que destruyò la vengativa Juno.
No fue del Vellocino a la jornada
Argos tan bien compuesta, i tan pomposa;
Ni de tantas riquezas adornada.
Quando entrava en el puerto la hermosa
Aurora por las puertas del Oriente,
Salia en trenza blanda, i amorosa.
Oyòse un estampido de repente,
Haciendo salva la Real galera,
Que despertò, i alborotò la gente.
El son de los clarines, la ribera
Llenava de dulcissima armonìa,
I el de la chusma alegre, i placentera.
Entravanse las horas por el dia,
A cuya luz con distincion mas clara
Se viò del gran bagèl la bizarria.
Ancoras echa, i en el puerto pàra,
I arroja un ancho esquife al mar tranquilo
Con musica, con grita, i algazara.
Usan los marineros de su estilo,
Cubren la popa con tapetes tales,
Que es oro, i sirgo de su trama el hilo.
Tocan de la ribera los umbrales,
Sale del rico esquife un Cavallero
En ombros de otros quatro principales.
En cuyo trage, i ademàn severo
Vi de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos Dioses Mensagero.

En el gallardo talle, i compostura,
En los alados pies, i el Caduceo,
(Simbolo de prudencia, i de cordura.)
Digo, que al mismo Paraninfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas
A la tierra del alto Coliseo.
Vile, i apenas puso las aladas
Plantas en las arenas venturosas,
Por verse de Divinos pies tocadas.
Quando yo rebolviendo cien mil cosas
En la imaginacion, lleguè a postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.
Mandòme el Dios parlero luego alzarme,
I con medidos versos, i sonantes,
Desta manera comenzò a hablarme:
O Adàn de los Poetas, o Cervantes,
Què alforjas, i què trage es este, amigo?
Que assi muestra discursos ignorantes.
Yo, respondiendo a su demanda, digo:
Señor, voi al Parnaso, i como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.
I èl a mi dijo: O sobre humano, i sobre
Espiritu Cilenio levantado,
Toda abundancia, i todo honor te sobre.
Que en fin has respondido a ser soldado,
Antiguo, i valeroso, qual lo muestra
La mano de que estàs estropeado.
Bien sè que en la Naval dura palestra
Perdiste el moviento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.
I sè que aquel instinto sobre humano,
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el Padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
(Llevandolas en grupa Rocinante)
Descubren, i a la embidia mueven guerra.
Passa, raro inventor, passa adelante
Con tu sotil disinio, i presta ayuda
A Apolo; que la tuya es importante.

An-

Antes que el esquadron vulgar acuda
De mas de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo estàn en duda.
Llenas vàn ya las sendas, i caminos
Desta canalla inutil contra el monte,
Que aun de estàr a su sombra no son dinos.
Armate de tus versos luego, i ponte
A punto de seguir este viage
Conmigo, i a la gran obra disponte.
Conmigo segurissimo passage
Tendràs sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotage.
I porque esta verdad que digo apures,
Entra conmigo en mi galera, i mira
Cosas con que te assombres, i assegures.
Yo, aunque pensè que todo era mentira,
Entrè con èl en la galera hermosa,
I vì lo que pensar en ello admira.
De la Quilla a la Gavia, (o estraña cosa!)
Toda de versos era fabricada,
Sin que se entremetiesse alguna prosa.
Las ballesteras eran de ensalada,
De Glossas todas hechas a la boda
De la que se llamò mal maridada.
Era la chusma de romances toda,
Gente atrevida, empero necessaria,
Pues a todas acciones se acomoda.
La popa de materia estraordinaria,
Bastarda, i de legitimos Sonetos.
De labor peregrina en todo, i varia.
Eran dos valentissimos Tercetos
Los espaldares de la izquierda, i diestra,
Para dàr boga larga mui perfetos.
Hecha ser la crugia se me muestra
De una luenga, i tristissima Elegia,
Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
Por esta entiendo yo que se diria
Lo que suele decirse a un desdichado,
Quando lo passa mal, Passò crugia.

El arbol hasta el Cielo levantado
De una dura Cancion prolija estava
De canto de seis dedos embreado.
El, i la entena, que por èl cruzava
De duros estrambotes la madera,
De que eran hechos claro se mostrava.
La racamenta, que es siempre parlera,
Toda la componian redondillas,
Con que ella se mostrava mas ligera.
Las jarcias parecian Seguidillas
De disparates mil, i mas compuestas,
Que suelen en el alma hacer cosquillas.
Las rumbadas fortissimas, i honestas
Estancias, eran taqlas poderosas,
Que llevan un poema, i otro acuestas.
Era cosa de vèr las bulliciosas
Vanderillas que al aire tremolavan
De varias Rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aqui, i alli cruzavan
De encadenados versos parecian,
Puesto que como libres trabajavan.
Todas las obras muertas componian,
O versos sueltos, o sestinas graves,
Que a la galera mas gallarda hacian.
En fin con modos blandos, i suaves,
Viendo Mercurio que yo visto avia
El bagel, que es razon letor que alabes.
Junto a sì me sentò, i su voz embia
A mis oìdos en razones claras,
I llenas de suavissima armonìa.
Diciendo entre las cosas que son raras,
I nuevas en el mundo, i peregrinas,
Veràs (si en ello adviertes, i reparas.)
Que es una este bagel de las mas dinas
De admiracion que llègue a ser espanto
A Naciones remotas, i vecinas.
No le formaron maquinas de encanto,
Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere, i llega, i sube a tanto.

Fora

Formòle (o nuevo caſo!) para ſolo
Que yo llevaſſe en èl quantos Poetas
Hai deſde el claro Tajo haſta Pactolo.
De Malta el gran Maeſtre, a quien ſecretas
Eſpias dàn aviſo, que en Oriente
Se aperciben las barbaras ſaetas:
Teme, i embia a convocar la gente,
Que ſella con la blanca Cruz el pecho,
Porque en ſu fuerza ſu valor ſe aumente.
A cuya imitacion Apolo ha hecho,
Que los famoſos Vates al Parnaſo
Acudan, que eſtà pueſto en duro eſtrecho.
Yo, condolido del doliente caſo,
En el ligero caſco yà inſtruìdo
De lo que he de hacer aguijo el paſſo.
De Italia las riberas he barrido,
He viſto las de Francia, i no tocado,
Por venir ſolo a Eſpaña dirigido.
Aqui con dulce, i con felice agrado
Harà fin mi camino a lo que creo,
I ſerè facilmente deſpachado.
Tu, aunque en tus canas tu pereza veo,
Seràs el Paraninfo de mi aſſunto,
I el ſolicitador de mi deſeo.
Parte, i no te detengas ſolo un punto,
I a los que en eſta liſta vàn eſcritos
Diràs de Apolo quanto aqui yo apunto.
Sacò un papel, i en èl caſi infinitos
Nombres vì de Poetas, en que avia
Yangueſes, Vizcaìnos, i Coritos.
Alli famoſos vì de Andalucia,
I entre los Caſtellanos vì unos hombres
En quien vive de aſsiento la Poesìa.
Dijo Mercurio. Quiero que me nombres
Deſta turba gentil, pues tu lo ſabes,
La alteza de ſu ingenio con los nombres.
Yo reſpondì. De los que ſon mas graves
Dirè lo que ſupiere, por moverte
A que ante Apolo ſu valor alabes.
El eſcuchò, yo dige deſta ſuerte.

DEL

DEL VIAGE DEL PARNASO,

CAPITULO SEGUNDO.

COlgado estava de mi antigua boca
El Dios hablante; pero entonces mudo;
(Que al que escucha, el guardar silencio toca.)
Quando dì de improviso un estornudo,
I haciendo Cruzes por el mal aguero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
Mirè la lista, i vì, que era el primero
El Licenciado Juan de Ochoa amigo,
Por Poeta, i Christiano verdadero.
Deste Varon en su alabanza digo,
Que puede acelerar, i dàr la muerte
Con su claro discurso al enemigo.
I que si no se aparta, i se divierte
Su ingenio en la Gramatica Española;
Serà de Apolo sin igual la suerte.
Pues de su Poesìa al mundo sola
Puede esperar poner el piè en la cumbre,
De la inconstante rueda, o varia bola.
Este que de los Comicos es lumbre,
Que el Licenciado Poyo es su apellido,
No hai nuve que a su Sol claro deslumbre.
Pero como està siempre entretenido
En trazas, en quimeras, e invenciones,
No ha de acudir a este marcial ruido.
Este que en lista por tercero pones:
Que Hipolito se llama de Vergara,
Si llevarle al Parnaso te dispones.
Haz quenta que en èl llevas una jara,
Una saeta, un arcabùz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.

Este

Eſte que tiene como mes de Mayo
  Florido ingenio, i que comienza aora
  A hacer de ſus Comedias nuevo enſayo:
Godinez es, i eſtotro que enamora
  Las almas con ſus verſos regalados.
  Quando de amor ternezas canta, o llora;
Es uno que valdrà por mil ſoldados,
  Quando a la eſtraña, i nunca viſta empreſſa
  Fueren los eſcogidos, i llamados.
Digo que es Don Franciſco el que profeſſa
  Las Armas, i las Letras con tal nombre,
  Que por ſu igual Apolo le confieſſa.
Es de Calatayud ſu ſobrenombre.
  Con eſto queda dicho todo quanto
  Puedo decir con que a la invidia aſſombre.
Eſte que ſigue es un Poeta ſanto,
  Digo famoſo: Miguèl Cid ſe llama,
  Que al Coro de las Muſas pone eſpanto.
Eſtotro que ſus verſos encarama
  Sobre los miſmos ombros de Caliſto,
  Tan celebrado ſiempre de la fama:
Es aquel agradable, aquel bien quiſto,
  Aquel agudo, aquel ſonoro, i grave,
  Sobre quantos Poetas Febo ha viſto.
Aquel que tiene de eſcrivir la llave,
  Con gracia, i agudeza en tanto eſtremo,
  Que ſu igual en el Orbe no ſe ſabe.
Es Don Luis de Gongora, a quien temo
  Agraviar en mis cortas alabanzas,
  Aunque las ſuba al grado mas ſupremo.
O tu, Divino eſpiritu, que alcanzas
  Ya el premio merecido a tus deſeos,
  I a tus bien colocadas eſperanzas.
Ya en nuevos, i juſtiſsimos empleos,
  Divino Herrera, tu caudal ſe aplica;
  Aſpirando del Cielo a los trofeos.
Ya de tu hermoſa luz clara, i rica,
  El bello reſplandor miras ſeguro
  En la que alma tuya beatifica.

I arri-

I arrimada tu yedra al fuerte muro
  De la inmortalidad no eſtimas quanto
  Mora en las ſombras deſte mundo eſcuro:
I tu Don Juan de Jauregui, que a tanto
  El ſabio curſo de tu pluma aſpira,
  Que ſobre las esferas le levantò:
Aunque Lucano por tu voz reſpira,
  Dejale un rato, i con piadoſos ojos
  A la neceſsidad de Apolo mira.
Que te eſtàn eſperando mil deſpojos
  De otros mil atrevidos, que procuran
  Fertiles campos ſer, ſiendo raſtrojos.
I tu, por quien las Muſas aſſeguran
  Su partido, Don Felix Arias, ſiente,
  Que por ſu gentileza te conjuran.
I ruegan que defiendas deſta gente
  Non ſancta ſu hermoſura, i de Aganipe,
  I de Hipocrene la immortal corriente.
Conſentiràs tu a dicha participe
  Del licor ſuaviſsimo un Poeta,
  Que al hacer de ſus verſos ſude, i hipe?
No lo conſentiràs, pues tu diſcreta
  Vena abundante, i rica no permite
  Coſa que ſombra tenga de imperfeta.
Señor, eſte que aqui viene ſe quite,
  Dige a Mercurio, que es un chacho necio,
  Que juega, i es de Satiras ſu embite.
Eſte ſi, que podràs tener en precio,
  Que es Alonſo de Salas Barbadillo,
  A quien me inclino, i ſin medida aprecio:
Eſte que viene aqui (ſi he de decirlo)
  No hai para que le embarques, i aſsi puedes
  Borrarle. Dijo el Dios. Guſto de oillo.
Es un cierto rapàz, que a Ganimedes
  Quiere imitar, viſtiendoſe a lo Godo,
  I aſsi aconſejo, que ſin èl te quedes.
No lo haràs con eſte deſſe modo,
  Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
  Todo lo alcanza, pues lo ſabe todo.

Es

Es de la hiſtoria conocido dueño,
  I en diſcurſos diſcretos tan diſcreto;
  Que a Tacito veràs, ſi te le enſeño.
Eſte que viene es un galan ſugeto
  De la varia fortuna a los baibenes,
  I del mudable tiempo al duro aprieto.
Un tiempo rico de caducos bienes,
  I aora de los firmes, e immudables,
  Mas rico a tu mandar firme le tienes.
Pueden los altos riſcos ſiempre eſtables
  Ser tocados del mar, mas no movidos
  De ſus ondas en curſos variables.
Ni menos a la tierra trae rendidos
  Los altos Cedros Boreas, quando airado
  Quiere humillar los mas fortalecidos.
I eſte que vivo egemplo nos ha dado
  Deſta verdad con tal filoſofia,
  Don Lorenzo Ramirez es de Prado:
Deſte que ſe le ſigue a qui diria,
  Que es Don Antonio de Montroi, que veo
  En ello que es ingenio, i corteſia.
Satisfacion al mas alto deſeo,
  Puede dar de valor heroico, i ciencia,
  Pues mil deſcubro en èl, i otras mil creo.
Eſte es un Cavallero de preſencia
  Agradable, i que tiene de Torcato
  El alma ſin alguna diferencia.
De Don Antonio de Paredes trato,
  A quièn dieron las Muſas ſus amigas
  En tierna edad, anciano ingenio, i trato.
Eſte que por llevarle te fatigas,
  Es Don Antonio de Mendoza, i veo
  Quanto en llevarle al ſacro Apolo obligas.
Eſte que de las Muſas es recreo,
  La gracia, i el donaire, i la cordura,
  Que de la diſcrecion lleva el trofeo:
Es Pedro de Morales, propria hechura
  Del guſto Corteſano, i es Aſilo,
  Adonde ſe repara mi ventura.

Eſte

Eſte, aunque tiene parte de Zoilo,
Es el grande Eſpinèl, que en la guitarra
Tiene la prima, i en el raro eſtilo.
Eſte, que tanto allà tira la barra,
Que las cumbres ſe deja atras de Pindo;
(Que jura, que vocea, i que deſgarra.)
Tiene mas de Poeta que de lindo,
I es Juſepe de Vargas, cuyo aſtuto
Ingenio, i rara condicion deslindo.
Eſte, a quien pueden dar juſto tributo
La gala, i el ingenio que mas pueda
Ofrecer a las Muſas flor, i fruto:
Es el famoſo Andrès de Balmaſeda,
De cuyo grave, i dulce entendimiento
El magno Apolo ſatisfecho queda.
Eſte es Enciſo, gloria, i ornamento
Del Tajo, i claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta ſu contento.
Eſte que es eſcogido entre millares
De Guevara Luis Velez es el bravo,
Que ſe puede llamar Quita peſares.
Es Poeta Gigante, en quien alabo
El verſo numeroſo, el peregrino
Ingenio, ſi un Gnaton nos pinta, o un Davo.
Eſte es Don Juan de Eſpaña, que es mas dino
De alabanzas Divinas que de humanas,
Pues en todos ſus verſos es Divino.
Eſte por quien de Lugo eſtàn ufanas
Las Muſas, es Silveira, aquel famoſo,
Que por llevarle con razon te afanas.
Eſte que ſe le ſigue es el curioſo
Gran Don Pedro de Herrera, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroſo.
Eſte, que de la carcel del olvido
Sacò otra vez a Proſerpina hermoſa,
Con q̃ a Eſpaña, i al Dauro ha enriquecido.
Verasle en la contienda riguroſa,
Que ſe teme, i ſe eſpera en nueſtros dias,
(Culpa de nueſtra edad poco dichoſa.)

Moſ-

Mostrar de su valor las lozanias,
Pero què mucho si es aqueste el doto,
I grave Don Francisco de Farias.
Este de quien yo fuì siempre devoto
Oraculo, i Apolo de Granada,
I aun deste clima nuestro, i del remoto:
Pedro Rodriguez es. Este es Tejada,
De altitonantes versos, i sonoros
Con Magestad en todo levantada.
Este que brota versos por los poros,
I halla Patria, i amigos donde quiera,
I tiene en los agenos sus tesoros:
Es Medinilla el que la vez primera
Cantò el Romance de la tumba escura,
Entre Cipreses puestos en hilera.
Este que en verdes años se apresura,
I corre al sacro Lauro, es Don Fernando
Bermudez, donde vive la cordura.
Este es aquel Poeta memorando,
Que mostrò de su ingenio la agudeza
En las selvas de Erifile cantando.
Este que la coluna nueva empieza
Con estos dos, que con su sèr convienen
Nombrarlos, aun lo tengo por bageza.
Miguèl Cejudo, i Miguèl Sanchez vienen
Juntos aqui, (o par sin par) en estos
Las sacras Musas fuerte amparo tienen.
Que en los pies de sus versos bien compuestos,
(Llenos de erudicion rara, i dotrina)
Al ìr al grave caso seràn prestos.
Este gran Cavallero, que se inclina
A la leccion de los Poetas buenos,
I al sacro Monte con su luz camina:
Don Francisco de Silva es por lo menos,
Què serà por lo mas? O edad madura,
En verdes años de cordura llenos.
Don Gabriel Gomez viene aqui, segura
Tiene con èl Apolo la vitoria,
De la canalla siempre necia, i dura.

Para honor de su ingenio, para gloria
De su florida edad, para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria.
En este gran sugeto se retire,
I abrevie la esperanza deste lecho,
I Febo al gran Baldes atento mire.
Verà en èl un gallardo, i sabio pecho
Un ingenio sutil, i levantado,
Con que le dege en todo satisfecho.
Figueroa es estotro el Doctorado,
Que cantò de Amarili la costancia
En dulce prosa, i verso regalado.
Quatro vienen aqui en poca distancia,
Con mayusculas letras de oro escritos,
Que son del alto assunto la importancia.
De tales quatro siglos infinitos
Durarà la memoria sustentada
En la alta gravedad de sus escritos.
Del claro Apolo la Real morada,
Si viniere a caer de su grandeza
Serà por estos quatro levantada.
En ellos nos cifrò naturaleza
El todo de las partes, que son dinas
De gozar celsitud, que es mas que Alteza.
Esta verdad, gran Conde de Salinas,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los terminos tocan de Divinas.
Tu el de Esquilache Principe, que cobras
De dia en dia credito tamaño,
Que te adelantas a ti mismo, i sobras:
Seràs Escudo fuerte al grave daño,
Que teme Apolo con ventajas tantas,
Que no te espere el esquadron tacaño.
Tu, Conde de Saldaña, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
I en alas de tu ingenio te levantas.
Hacha has de ser de inestinguible lumbre,
Que guie al sacro Monte, al deseoso
De verse en èl, sin que la luz deslumbre.

Tu el de Villamediana, el mas famoso
De quantos entre Griegos, i Latinos
Alcanzaron el Lauro venturoso:
Cruzaràs por las sendas, i caminos,
Que al Monte guian, porque mas seguros
Lleguen a èl los simples peregrinos.
A cuya vista destos quatro muros
Del Parnaso caeràn las arrogancias
De los mancebos sobre necios duros.
O quantas, i quan graves circunstancias
Digera destos quatro, que felices
Asseguran de Apolo las ganancias!
I mas si se les llega el de Alcañices,
Marquès insigne, haràn (puesto que hai una
En el mundo no mas) cinco Fenices.
Cada qual de por sì serà coluna,
Que sustente, i levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la Luna.
Este (puesto què acude el grave oficio,
En que se ocupa) el Lauro, i palma lleva,
Que Apolo dà por honra, i beneficio.
En esta ciencia es maravilla nueva,
I en la Jurispericia unico, i raro,
Su nombre es Don Francisco de la Cueva.
Este, que con Homero le comparo,
Es el gran Don Rodrigo de Herrera,
Insigne en letras, i en virtudes raro.
Este que se le sigue es el de Vera
Don Juan, que por su espada, i por su pluma
Le honran en la quinta, i quarta Esfera.
Este, que el cuerpo, i aun el alma bruma
De mil, aunque no muestra ser Christiano,
Sus escritos el tiempo no consuma.
Cayòseme la lista de la mano
En este punto, i dijo el Dios: con estos
Que has referido està el negocio llano.
Haz que con pies, i pensamientos prestos
Vengan aqui, donde aguardando quedo
La fuerza de tan validos supuestos.

Mal podrà Don Francifco de Quevedo
   Venir (dige yo entonces) i èl me dijo:
   Pues partirme fin èl de aqui no puedo.
Effe es hijo de Apolo,effe es hijo
   De Caliope Mufa, no podemos
   Irnos fin èl, i en efto eftarè fijo.
Es el flagelo de Poetas memos,
   I echarà a puntillazos del Parnafo
   Los malos que efperamos, i tenemos.
O , feñor , repliquè, que tiene el paffo
   Corto, i no llegarà en un figlo entero.
   Deffo, dijo Mercurio, no hago cafo.
Que al Poeta, que fuere Cavallero,
   Sobre una nube pardilla, i clara
   Vendrà mui a fu gufto Cavallero.
I el que no (preguntè) què le prepàra
   Apolo? què carrozas? o què nubes?
   Què dromedario? o alfana en paffo rara?
Mucho (me refpondiò) mucho te fubes
   En tus preguntas, calla, i obedece.
   Si harè, pues no es infando lo que jubes.
Efto le refpondì, i èl me parece
   Que fe turbò algun tanto , i en un punto
   El mar fe turba,el viento fopla, i crece.
Mi roftro entonces,como el de un difunto
   Se deviò de poner, i fi haria,
   Que foi medrofo, a lo que yo barrunto.
Vì la noche mezclarfe con el dia,
   Las arenas del hondo mar alzarfe,
   A la Region del aire,entonces fria.
Todos los elementos vì turbarfe,
   La tierra, el agua, el aire, i aun el fuego
   Vì entre rompidas nubes azorarfe.
I en medio defte gran defaffofsiego
   Llovian nubes de Poetas llenas
   Sobre el bagèl que fe anegàra luego;
Si no acudieran mas de mil Sirenas
   A dàr de azotes a la gran borrafca,
   Que hacia el faltarel por las entenas.

Una.que ser pensè Juana la Chasca,
De dilatado vientre, i luengo cuello,
(Pintiparado a aquel de la Tarasca.)
Se llegò a mi, i me dijo, de un cabello
Deste bagèl estava la esperanza
Colgada a no venir a socorrello.
Traemos (i no es burla) a la bonanza,
Que estava descuidada oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza.
En esto sossegòse la tormenta,
Bolviò tranquilo el mar, sereno el Cielo,
Que al regañon elCefiro le ahuyenta.
Bolvì la vista, i vì en ligero buelo
Una nube romper el aire claro
De la color del condensado yelo.
O maravilla nueva! o caso raro!
Vilo, i he de decillo,aunque se dude
Del hecho que por brujula declaro.
Lo que yo pude vèr, lo que yo pude
Notar fuè, que la nube dividida
En dos mitades a llover acude.
Quien ha visto la tierra prevenida,
Con tal disposicion,que quando llueve,
(Cosa yà averiguada, i conocida.)
De cada gota en un instante breve
Del polvo se levanta,o sapo, o rana,
Que a saltos, o despacio el passo mueve.
Tal se imagine vèr(o soberana
Virtud) de cada gota de la nube
Saltar un bulto,aunque con forma humana.
Por no creer esta verdad,estuve
Mil veces, pero vila con la vista,
Que entonces clara, i sin legañas tuve.
Eran aquestos bultos de la lista
Passada los Poetas referidos,
A cuya fuerza no hai quien la resista.
Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo,i hampo,i Dios es Christo,
Poquitos bien, i muchos mal vestidos.

Entre ellos pareciòme de aver visto
A Don Antonio de Galarza el bravo,
Gentilhombre de Apolo, i mui bien quisto.
El bagèl se llenò de cabo a cabo,
I su capacidad a nadie niega
Copioso asiento, que es lo mas que alabo.
Lloviò otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne, a cuyo verso, o prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
Era cosa de ver maravillosa,
De los Poetas la apretada enjambre,
En recitar sus versos mui melosa.
Este muerto de sed, aquel de hambre,
Yo dige, viendo tantos con voz alta,
Cuerpo de mi con tanta Poetambre!
Por tantas sobras conociò una falta
Mercurio, i acudiendo a remedialla,
Ligero en la mitad del bagèl salta.
I con una zaranda que alli halla,
(No sè si antigua, o si de nuevo hecha)
Zarandò mil Poetas de gramalla.
Los de capa, i espada no desecha,
I destos zarandò dos mil, i tantos,
Que fue neguilla entonces la cosecha.
Colavanse los buenos, i los santos,
I quedavanse arriba los granzones
Mas duros en sus versos que los cantos.
I sin que les valiessen las razones,
Que en su disculpa davan, dava luego
Mercurio al mar con ellos a montones.
Entre los arrojados se oyò un ciego,
Que murmurando entre las hondas iva
De Apolo con un pèsete, i reniego.
Un sastre (aunque en sus pies flojos estriva,
Abriendo con los brazos el camino)
Dijo, Sucio es Apolo, asi yo viva.
Otro (que al parecer iva mohino,
Con ser un zapatero de obra prima)
Dijo dos mil, no un solo desatino.

Trabaja un Tundidor, ſuda, i ſe anima,
Por verſe a la ribera conducido,
Que mas la vida que la honra eſtima.
El eſquadron nadante reducido
A la marina buelve, a la galera
El roſtro con ſeñales de ofendido:
I no por todos dijo, bien pudiera
Eſſe chocante Embajador de Fevo
Tratarnos bien, i no deſta manera.
Mas oigan lo que digo: Yo me atrevo
A profanar del monte la grandeza,
Con Libros nuevos, i en eſtilo nuevo.
Callò Mercurio, i a poner empieza
Con gran curioſidad ſeis camarines,
Dando a la gracia iluſtre rancho, i pieza.
De nuevo reſonaron los clarines,
I aſsi Mercurio lleno de contento,
Sin darle mal aguero los Delfines,
Remos al agua diò, velas al viento.

DEL VIAGE DEL PARNASO,

CAPITULO TERCERO.

ERan los remos de la Real Galera,
De Eſdrujulos, i dellos compelida
Se deslizava por el mar ligera.
Haſta el tope la vela iva tendida,
Hecha de mui delgados penſamientos,
De varios lizos, por amor tegida.
Soplavan dulces, i amoroſos vientos,
Todos en popa, i todos ſe moſtravan
Al gran viage ſolamente atentos.
Las Sirenas en torno navegavan,
Dando empellones al bagèl lozano,
Con cuya ayuda en buelo le llevavan.

Semejavan las aguas del mar Cano
 Colchas encarrujadas, i hacian
 Azules visos por el verde llano.
Todos los del bagèl se entretenian,
 Unos glossando pies dificultosos,
 Otros cantavan, otros componian.
Otros de los tenidos por curiosos
 Referian Sonetos, muchos hechos
 A diferentes casos amorosos.
Otros alfeñicados, i deshechos
 En puro azucar con la voz suave,
 De su melifluidad mui satisfechos.
En tono blando, sossegado, i grave,
 Eglogas Pastorales recitavan,
 En quien la gala, i la agudeza cabe.
Otros de sus señoras celebravan
 En dulces versos de la amada boca,
 Los escrementos que por ella echavan.
Tal huvo a quien amor assi le toca,
 Que alabò los riñones de su Dama,
 Con gusto grande, i no elegancia poca.
Uno cantò, que la amorosa llama
 En mitad de las aguas le encendia,
 I como toro agarrochado brama.
Desta manera andava la Poesìa
 De uno en otro, haciendo que hablasse
 Este Latin, aquel Algaravìa.
En esto sesga la galera, vase
 Rompiendo el mar con tanta ligereza,
 Que el viento aun no consiente que la passe.
I en esto descubriòse la grandeza
 De la escombrada playa de Valencia
 Por arte hermosa, i por naturaleza.
Hizo luego de sì grata presencia
 El gran Don Luis Ferrer, marcado el pecho
 De honor, i el alma de Divina Ciencia.
Desembarcòse el Dios, i fue derecho
 A darle quatro mil, i mas abrazos
 De su vista, i su ayuda satisfecho.

Bol-

Bolviò la vista, i reiterò los lazos
En Don Guillèn de Castro, que venia
Deseoso de verse en tales brazos.
Christoval de Virues se le seguia,
Con Pedro de Aguilar, junta famosa
De las que Turia en sus riberas cria.
No le pudo llegar mas valerosa
Esquadra al gran Mercurio, ni èl pudiera
Desearla mejor, ni mas honrosa.
Luego se descubriò por la ribera
Un tropèl de gallardos Valencianos,
Que a ver venian la sin par galera.
Todos con instrumentos en las manos,
De estilos, i librillos de memoria
Por bizarrìa, i por ingenio ufanos.
Codiciosos de hallarse en la vitoria,
Que ya tenian por segura, i cierta
De las heces del mundo, i de la escoria.
Pero Mercurio les cerrò la puerta.
Digo, no consintiò que se embarcassen,
I el porquè, no lo dijo, aunque se acierta.
I fue, porque temiò que no se alzassen,
Siendo tantos, i tales con Parnaso,
I nuevo imperio, i mando en èl fundassen.
En esto viòse con brioso passo
Venir al magno Andrès Rei de Artieda,
No por la edad descaecido, o lasso.
Hicieron todos espaciosa rueda,
I cogiendole enmedio, le embarcaron,
Mas rico de valor, que de moneda.
Al momento las ancoras alzaron,
I las velas ligadas a la entena,
Los grumetes apriessa dessataron.
De nuevo por el aire claro suena
El son de los clarines, i de nuevo
Buelve a su oficio cada qual Sirena.
Mirò el bagèl por entre nubes Fevo,
I dijo en voz que pudo ser oida,
Aqui mi gusto, i mi esperanza llevo.

De remos, i Sirenas impelida
La galera se deja atras el viento,
Con milagrosa, i prospera corrida:
Leìase en los rostros el contento
Que llevavan los sabios passageros,
Durable, por no ser nada violento.
Unos por el calor ivan en cueros,
Otros por no tener Godescas galas,
En trage se vistieron de Romeros.
Hendìa en tanto las Neptuneas salas
La galera del modo como hiende
La grulla el aire, con tendidas alas.
En fin llegamos donde el mar se estiende,
I ensancha, i forma el golfo de Narbona,
(Que de ningunos vientos se defiende.)
Del gran Mercurio la cabal persona
Sobre seis rezmas de papel sentada,
Iva con Cetro, i con Real Corona.
Quando una nube, al parecer preñada,
Pariò quatro Poetas en crugìa,
O los lloviò, razon mas concertada.
Fue el uno aquel, de quien Apolo fia
Su honra, Juan Luis de Casanate,
Poeta insigne de mayor quantìa.
El mismo Apolo de su ingenio trate,
El le alabe, èl le premie, i recompense;
Que el alabarle yo serìa dislate.
Al segundo llovido el Uticense
Catòn no le igualò, ni tiene Fevo,
Que tanto por èl mire, ni en èl piense.
Del Contador Gaspar de Barionuevo,
Mal podrà el corto flaco ingenio mio
Loar el suyo assi como yo devo.
Llenò del gran bagèl el gran vacìo
El gran Francisco de Rioja al punto
Que saltò de la nube en el navìo.
A Christoval de Mesa vi alli junto
A los pies de Mercurio, dando fama
A Apolo, siendo del propio trasunto.

A la gavia un grumete se encarama,
I dijo a voces: La Ciudad se muestra,
Que Genova del Dios Jano se llama.
Degese la Ciudad a la siniestra
Mano, dijo Mercurio, el bagèl vaya,
I siga su derrota por la diestra.
Hacer al Tiber vimos blanca raya
Dentro del mar, aviendo ya passado
La ancha Romana, i peligrosa playa.
De lejos viòse el aire condensado
Del humo, que el estrombalo vomita
De azufre, i llamas, i de horror formado.
Huyen la Isla infame, i solicita
El suave poniente, asi el viage
Que lo acorta, lo allana, i facilita.
Vimonos en un punto en el parage,
Do la nutriz de Eneas piadoso
Hizo el forzoso, i ultimo passage.
Vimos desde alli a poco el mas famoso
Monte que encierra en sì nuestro Emisfero,
Mas gallardo a la vista, i mas hermoso.
Las cenizas de Titiro, i Sincero
Estàn en èl, i puede ser por esto
Nombrado entre los montes por primero.
Luego se descubrio, donde echò el resto
De su poder naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.
Viòse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Partenope sentada
A la orilla del mar, que sus pies liga.
De castillos, i torres coronada,
Por fuerte, i por hermosa en igual grado,
Tenida, conocida, i estimada.
Mandòme el del aligero calzado,
Que me aprestasse, i fuesse luego a tierra
A dar a los Lupercios un recado.
En que les diesse cuenta de la guerra
Temida, i que a venir les persuadiesse
Al duro, i fiero assalto, al Cierra, cierra,

Señor (le respondi) si a caso huviesse
Otro que la embajada les llevasse,
Que mas grato a los dos hermanos fuesse.
Que yo no soi; sè bien que negociasse
Mejor. Dijo Mercurio: No te entiendo,
I has de ir antes que el tiempo mas se passe.
Què no me han de escuchar estoi temiendo,
(Le repliquè) i assi el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.
Que no sè quien me dice, i quien me exorta;
Que tienen para mi, a lo que imagino,
La voluntad, como la vista corta.
Que si esto assi no fuera, este camino
Con tan pobre recamara, no hiciera,
Ni diera en un tan hondo dessatino.
Pues si alguna promessa se cumpliera
De aquellas muchas, q̃ al partir me hicieron,
Llèveme Dios si entràra en tu galera.
Mucho esperè, si mucho prometieron,
Mas podia ser, que ocupaciones nuevas
Les obligue a olvidar lo que digeron.
Muchos, Señor, en la galera llevas,
Que te podràn sacar el pie del lodo,
Parte, i escusa de hacer mas pruevas.
Ninguno, dijo, me hable desse modo,
Que si me desembarco, i lòs envisto,
Voto a Dios, q̃ me traiga al Conde, i todo.
Con estos dos famosos me enemisto,
Que aviendo levantado a la Poesia
Al buen punto en que està, como se ha visto:
Quieren con perezosa tirania
Alzarse (como dicen) a su mano
Con la ciencia, que a ser Divinos guia.
Por el solio de Apolo soberano
Juro, i no digo mas, i ardiendo en ira
Se echò a lar barbas una, i otra mano.
I prosiguiò diciendo, el Dotor Mira,
Apostarè, sino lo manda el Conde,
Que tambien en sus puntos se retira.

Se-

Señor galàn, parezca: a què se asconde?
  Pues a fè por llevarle, si èl no gusta,
  Que ni le busque, asseche, ni le ronde.
Es esta empressa acaso tan injusta,
  Que se esquiven de hallar en ella quantos
  Tienen conciencia limitada, i justa?
Carece el Cielo de Poetas santos?
  Puesto que brote a cada passo el suelo
  Poetas, que lo son tantos, i tantos?
No se oyen sacros Himnos en el Cielo?
  La harpa de David allà no suena,
  Causando nuevo acidental consuelo?
Fuera melindres, i cesse la entena,
  Que llegue al tope, i luego obedecido
  Fue de la chusma sobre buenas buena.
Poco tiempo passò, quando un ruido
  Se oyò, que los oìdos atronava,
  I era de perros aspero ladrido.
Mercurio se turbò, la gente estava
  Suspensa al triste son, i en cada pecho
  El corazon mas valido temblava.
En esto descubriòse el corto estrecho,
  Que Scila, i que Caribdis espantosas,
  Tan temeroso con su furia han hecho.
Estas olas que veis presuntuosas
  En visitar las nubes de contino,
  I aun de tocar el Cielo codiciosas.
Venciòlas el prudente Peregrino,
  Amante de Calipso, al tiempo, quando
  Hizo (dijo Mercurio) este camino.
Su prudencia nosotros imitando,
  Echarèmos al mar en que se ocupen,
  En tanto que el bagèl passa bolando.
Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen,
  El misero, que al mar ha de entregarse,
  Seguro estoi, que el passo desocupen.
Miren si puede en la galera hallarse
  Algun Poeta desdichado, acaso
  Que a las fieras gargantas pueda darse.

Bus-

Buscaronle, i hallaron a Lofraso,
Poeta militar, Sardo, que estava
Desmayado a un rincon marchito, i laso:
Que a sus diez Libros de fortuna, andava
Añadiendo otros diez, i el tiempo escoge,
Que mas desocupado se mostrava.
Grito la chusma toda, al mar se arroge,
Vaya Lofraso al mar sin resistencia,
Por Dios, dijo Mercurio, que me enoge.
Còmo, i no serà cargo de conciencia,
I grande echar al mar tanta Poesìa?
Puesto que aqui nos hunda su inclemencia?
Viva Lofraso, en tanto que dè al dia
Apolo luz, i en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasìa.
Tocante a ti (o Lofraso) los renombres,
I epitetos de agudo, i de sincero,
I gusto que mi Comitre te nombres.
Esto dijo Mercurio al Cavallero,
El qual en la crugìa en pie se puso,
Con un rebenque despiadado, i fiero:
Creo que de sus versos le compuso,
I no sè como fue, que en un momento,
(O ya el Cielo, o Lofraso lo dispuso.)
Salimos del estrecho a salvamento
Sin arrojar al mar Poeta alguno,
Tanto del Sardo fue el merecimiento:
Mas luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazò, sino gritàra
Mercurio, qual jamàs gritò ninguno.
Diciendo al timonero, a orza, pàra,
Amainese de golpe, i todo a un punto
Se hizo, i el peligro se repara.
Estos montes que veis que estàn tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados,
De infame nombre, como yo barrunto.
Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melifluos, los Godescos,
I los de a cantimplora acostumbrados.

Los frios los afieron, i los frefcos,
Afieronlos tambien los calurofos,
I los de calzas largas, i greguefcos.
Del fopra eftante daño temerofos,
Todos a una la galera empujan,
Con flacos, i con brazos poderofos.
Debajo del bagèl fe fomurmujan,
Las Sirenas que dèl no fe apartaron,
I a sì mifmas en fuerzas fobrepujan.
I en un pequeño efpacio la llevaron
A vifta de Corfu, i a mano dieftra,
La Isla inexpugnable fe dejaron.
I dando la galera a la finieftra
Difcurria de Grecia las riberas,
Adonde el Cielo fu hermofura mueftra.
Moftravanfe las olas lifongeras,
Impeliendo el bagèl fuavemente,
Como burlando con alegres veras.
I luego al parecer por el Oriente,
(Rayando el rubio Sol nueftro Orizonte,
Con rayas rojas hebras de fu frente.)
Gritò un grumete, i dijo, el monte, el monte;
El monte fe defcubre, donde tiene
Su buen rocin el gran Belorofonte.
Por el monte fe arroja, i a pie viene
Apolo a recebirnos. Yo lo creo,
Dijo Lofrafo, i llega a la Hipocrene.
Yo defde aqui columbro, miro, i veo
Que fe andan folazando entre unas matas
Las Mufas con dulcifsimo recreo.
Unas antiguas fon, otras novatas,
I todas con ligero paffo, i tardo
Andan las cinco en pie, las quatro a gatas.
Si tu tal ves (dijo Mercurio) ò Sardo
Poeta, que me corten las orejas,
O me tengan los hombres por baftardo.
Dime, porquè algun tanto no te alejas
De la ignorancia, pobretòn, i adviertes
Lo què cantan tus rimas en tus quejas?

Por-

Porquè con tus mentiras nos diviertes
De recibir a Apolo qual se deve,
Por aver mejorado vuestras suertes?
En esto mucho mas, que el viento leve
Bajò el lucido Apolo a la marina
A piè, porque en su carro no se atreve.
Quitò los rayos de la faz Divina,
Mostròse en calzas, i en jubon vistoso,
Porque dàr gusto a todos determina.
Seguiale detràs un numeroso
Esquadron de Doncellas bàiladoras,
Aunque pequeñas, de ademàn brioso.
Supe poco despues, que estas señoras,
(Sanas las mas, las menos mal paradas)
Las del tiempo, i del Sol eran las horas.
Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas, las felices, i con esto
Eran todas en todo apresuradas.
Apolo luego con alegre gesto
Abrazò a los soldados que esperava,
Para la alta ocasion que se ha propuesto.
I no de un mismo modo acariciava
A todos, porque alguna diferiencia
Hacia con los que èl mas se alegrava.
Que a los de Señoria, i Excelencia
Nuevos abrazos diò, razones dijo,
En que guardò decoro, i preeminencia.
Entre ellos abrazò a Don Juan de Arguijo,
Que no sè en què, o como, o quando hizo
Tan aspero viage, i tan prolijo.
Con èl a su deseo satisfizo
Apolo, i confirmò su pensamiento,
Mando, vedò, quitò, hizo, i deshizo.
Hecho pues el fin par recebimiento
Do se hallò Don Luis de Barahoña,
Llevado alli por su merecimiento.
Del siempre verde Lauro una Corona
Le ofrece Apolo en su intencion, i un vaso
Del agua de Castalia, i de Elicona.

I

I luego buelve el mageſtoſo paſſo,
  I el Eſquadron penſado, i de repente
  Le ſigue por las faldas del Parnaſo.
Llegòſe en fin a la Caſtalia fuente,
  I en viendola infinitos ſe arrojaron
  Sedientos al criſtal de ſu corriente.
Unos no ſolamente ſe hartaron,
  Sino que pies, i manos, i otras coſas
  Algo mas indecentes ſe lavaron.
Otros mas advertidos, las ſabroſas
  Aguas guſtaron poco a poco, dando
  Eſpacio al guſto, a pauſas melindroſas.
El brindez, i el caraos ſe puſo en vando,
  Porque los mas de bruces, i no a ſorbos
  El ſuave licor fueron guſtando.
De ambas manos hacian vaſos corbos
  Otros, i algunos de la boca al agua
  Temian de hallar cien mil eſtorbos.
Poco a poco la fuente ſe deſagua,
  I paſſa en los eſtomagos bevientes,
  I aun no ſe apaga de ſu ſed la fragua.
Mas dijoles Apolo: Otras dos fuentes
  Aun quedan Aganipe, e Ipocrene,
  Ambas ſabroſas, ambas excelentes.
Cada qual de licor dulce, i perene,
  Todas de calidad aumentativa
  Del alto ingenio que a guſtarlas viene.
Beven, i ſuben por el Monte arriba,
  Por entre Palmas, i entre Cedros altos,
  I entre arboles pacificos de Oliva.
De guſto llenos, i de anguſtia faltos,
  Siguiendo a Apolo el Eſquadron camina,
  Unos a pedicoj, otros a ſaltos.
Al piè ſentado de una antigua encina
  Vì a Alonſo de Ledeſma componiendo
  Una Cancion Angelica, i Divina.
Conocìle, i a èl me fuì corriendo
  Con los brazos abiertos como amigo,
  Pero no ſe moviò con el eſtruendo.

Nò vès, me dijo Apolo, que consigo
No està Ledesma aora, nò vès claro,
Que està fuera de sì, i està conmigo?
A la sombra de un Mirto, al verde amparo
Geronimo de Castro festeava,
Varon de ingenio peregrino, i raro.
Un motete imagino que cantava
con voz suave; yo quedè admirado
De verle alli, porque en Madrid quedava.
Apolo me entendiò, i dijo. Un Soldado
Como este no era bien que se quedàra
Entre el ocio, i el sueño sepultado.
Yo le truge (i sè como) que a mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara.
En esto se llegava la oportuna
Hora (a mi parecer) de dàr sustento
Al estomago pobre, i mas si ayuna.
Pero no le passò por pensamiento
A Delio, que el Egercito conduce,
Satisfacer al misero hambriento.
Primero a un jardin rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza,
I el de la industria mas campèa, i luce.
Tuvieron los Esperides belleza
Menor, no le igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura, i en grandeza.
En su comparacion se muestran viles
Los de Alcino, o en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles:
No sugeto del tiempo a las mudanzas,
Que todo el año Primavera ofrece,
Frutos en possession, no en esperanzas.
Naturaleza, i arte alli parece
Andar en competencia, i està en duda,
Qual vence de las dos, qual mas merece.
Muestrase balbuciente, i casi muda,
Si le alaba la lengua mas experta
De adulacion, i de mentir desnuda.

Jun-

Junto con ser jardìn, era una Huerta,
Un soto, un bosque,un prado, un valle ameno,
Que en todos estos titulos concierta:
De tanta gracia, i hermosura lleno,
Que una parte del Cielo parecia
El todo del bellissimo terreno.
Alto en el sitio alegre Apolo hacia.
I alli mandò que todos se sentassen
A tres horas despues de medio dia.
I porque los asientos señalassen
El ingenio, i valor de cada uno,
I unos con otros no se embarazassen:
A despecho, i pesar del importuno,
Ambicioso deseo,les diò asiento
En el sitio, i lugar mas oportuno.
Llegavan los Laureles casi a ciento,
A cuya sombra, i troncos se sentaron
Algunos de aquel numero contento.
Otros los de las Palmas ocuparon,
De los Mirtos , i Yedras, i los Robles
Tambien varios Poetas alvergaron.
Puesto que humildes (eran de los nobles
Los asientos, qual tronos levantados,
Porque tuvo embidia)aqui tu rabia dobles.
En fin, primero fueron ocupados
Los troncos de aquel ancho circuito,
Para honrar a Poetas dedicados,
Antes que yo en el numero infinito
Hallasse asiento: i assi en piè quedème
Despechado, colerico, i marchito.
Dige entre mi. Es possible que se estreme
En perseguirme la fortuna airada?
(Que ofende a muchos,i a ninguno teme.)
I bolviendome a Apolo con turbada
Lengua le dige lo que oirà el que gusta
Saber,pues la tercera es acabada,
La quarta parte desta empresa justa.

DEL VIAGE DEL PARNASO,

CAPITULO QUARTO.

SUele la indignacion componer verſos;
Pero ſi el indignado es algun tonto,
Ellos tendràn ſu todo de perverſos.
De mi yo no sè mas, ſino que pronto
Me hallè para decir en tercia rima
Lo que no dijo el deſterrado a Ponto.
I aſsi le dige a Delio. No ſe eſtima,
Señor, del vulgo vano el que te ſigue
I al arbol ſacro del Laurel ſe arrima.
La embidia, i la ignorancia le perſigue,
I aſsi embidiado ſiempre, i perſeguido
El bien que eſpera por jamàs conſigue.
Yo cortè con mi ingenio aquel veſtido,
Con que al mundo la hermoſa *Galatea*
Saliò para librarſe del olvido.
Soi por quien *La Confuſa* nada fea
Pareciò en los teatros admirable,
(Si eſto a ſu fama es juſto ſe le crea.)
Yo con eſtilo en parte razonable
He compueſto *Comedias* , que en ſu tiempo,
Tuvieron de lo grave, i de lo afable.
Yo he dado en Don Quijote paſſatiempo
Al pecho melancolico, i mohino,
En qualquiera ſazon, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la Lengua Caſtellana puede
Moſtrar con propriedad un deſatino.
Yo ſoi aquel que en la invencion excede
A muchos, i al que falta en eſta parte,
Es fuerza que ſu fama falta quede.

Deſ-

Desde mis tiernos años amè el arte
  Dulce de la agradable Poesìa,
  I en ella procurè siempre agradarte.
Nunca volò la pluma humilde mia
  Por la region satirica, bageza
  Que a infames premios, i desgracias guia.
Yo el Soneto compuse, que asi empieza,
  Por honra principal de mis escritos,
  Voto a Dios que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto *Romances* infinitos,
  I el de los Celos es aquel que estimo
  Entre otros, que los tengo por malditos.
Por esto me congojo, i me lastimo
  De verme solo en pie, sin que se aplique
  Arbol que me conceda algun arrimo.
Yo estoi (qual decir suelen) puesto a pique
  Para dàr a la estampa al gran *Persiles*,
  Con que mi nombre, i obras multiplique.
Yo en pensamientos castos, i sotiles,
  (Dispuestos en Soneto de a docena)
  He honrado tres Sugetos fregoniles.
Tambien al par de *Filis* mi *Filena*
  Resonò por las selvas, que escucharon
  Mas de una, i otra alegre Cantilena.
I en dulces varias rimas se llevaron
  Mis esperanzas los ligeros vientos,
  Que en ellos, i en la arena se sembraron.
Tuve, tengo, i tendrè los pensamientos,
  (Merced al Cielo que a tal bien me inclina)
  De toda adulacion libres, i essentos.
Nunca pongo los pies por do camina
  La mentira, la fraude, i el engaño,
  De la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
  Aunque por verme en pie, como me veo,
  I en tal lugar; pondero asi mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
  Mucho, a cuyas razones enojadas,
  Con estas blandas respondiò Timbreo.

Vienen las malas suertes atrassadas,
  I toman tan de lejos la corriente,
  Que son temidas, pero no escusadas:
El bien les viene a algunos de repente,
  A otros poco a poco, i sin pensallo,
  I el mal no guarda estilo diferente.
El bien que està adquirido, conservallo
  Con maña, diligencia, i con cordura,
  Es no menor virtud, que el grangeallo.
Tu mismo te has forjado tu ventura,
  I yo te he visto alguna vez con ella,
  Pero en el imprudente poco dura.
Mas, si quieres salir de tu querella,
  Alegre, i no confuso, i consolado,
  Dobla tu capa, i sientate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado,
  Quando le niega sin razon la suerte,
  Honrar mas, merecido, que alcanzado.
Bien parece, Señor, que no se advierte,
  (Le respondì) que yo no tengo capa.
  El dijo. Aunque sea asi, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa,
  I cubre su indecencia le estrecheza,
  Que essenta, i libre de la embidia escapa.
Inclinè al gran consejo la cabeza.
  Quedème en pie; que no hai asiento bueno,
  Si el favor no le labra, o la riqueza.
Alguno murmurò, viendome ageno
  Del honor que pensò se me devia
  Del Planeta de luz, i virtud lleno.
En esto pareciò que cobrò el dia
  Un nuevo resplandor, i el aire oyòse
  Herir de una dulcisima armonìa.
I en esto por un lado descubriòse
  Del sitio un esquadron de Ninfas bellas,
  Con que infinito el rubio Dios holgòse.
Venia en fin, i por remate dellas
  Una resplandeciendo, como hace
  El Sol ante la luz de las estrellas.

La

La mayor hermosura se deshace
 Ante ella, i ella sola resplandece
 Sobre todas, i alegra, i satisface.
Bien asi semejava, qual se ofrece
 Entre liquidas perlas, i entre rosas
 La Aurora que despunta, i amanece.
La rica vestidura, las preciosas
 Joyas que la adornavan, competian
 Con las que suelen ser maravillosas.
Las Ninfas que al querer suyo asistian
 En el gallardo brio, i bello aspecto,
 Las Artes liberales parecian.
Todas con amoroso, i tierno afecto,
 Con las Ciencias mas claras, i escondidas,
 Le guardavan santissimo respeto.
Mostravan que en servirla eran servidas,
 I que por su ocasion de todas gentes
 En mas veneracion eran tenidas.
Su influjo, i su reflujo las corrientes
 Del mar, i su profundo le mostravan,
 I el ser padre de rios, i de fuentes.
Las yervas su virtud la presentavan,
 Los arboles sus frutos, i sus flores,
 Las piedras el valor que en sì encerravan.
El santo Amor castissimos Amores,
 La dulce paz, su quietud sabrosa,
 La guerra amarga todos sus rigores.
Mostravasele clara la espaciosa
 Via por donde el Sol hace contino
 Su natural carrera, i la forzosa.
La inclinacion, o fuerza del destino,
 I de què estrellas consta, i se compone,
 I como influye este Planeta, o Sino.
Todo lo sabe, todo lo dispone
 La santa, i hermosissima doncella,
 Que admiracion como alegria pone.
Preguntèle al Parlero, si en la bella
 Ninfa alguna deidad se disfrazava,
 Que fuesse justo el adorár en ella.

Porque en el Rico adorno que mostrava,
I en el gallardo sèr que descubria
Del Cielo, i no del Suelo semejava.
Descubres, respondiò, tu boberìa,
Que ha que la tratas infinitos años,
I no conoces que es la Poesìa.
Siempre la he visto embuelta en pobres paños,
Le repliquè. Jamàs la vi compuesta
Con adornos tan ricos, i tamaños.
Parece que la he visto descompuesta,
Vestida de color de Primavera
En los dias de cutio, i los de fiesta.
Esta que es la Poesia verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,
(Dijo Mercurio) la alta, i la sincera:
Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en qualquier acto que se halla,
Quando a su profession es importante.
Nunca se inclina, o sirve a la canalla
Trobadora, maligna, i trafalmeja,
Que en lo que mas ignora menos calla.
Hai otra falsa, ansiosa, torpe, i vieja,
Amiga de sonaja, i morteruelo,
Que ni tabanco, ni taberna deja.
No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
Grande amiga de bodas, i bautismos,
Larga de manos, corta de cerbelo.
Tomanla por momentos parasismos,
No acierta a pronunciar, i si pronuncia,
Absurdos hace, i forma solecismos.
Baco donde ella està, su gusto anuncia,
I ella derrama en coplas el poleo,
Compa, i vereda, i el mastranzo, i juncia.
Pero aquesta que ves, es el asseo,
La ala de los Cielos, i la tierra,
Con quien tienen las Musas su bureo.
Ella abre los secretos, i los cierra,
Toca, i apunta de qualquiera ciencia
La superficie, i lo mejor que encierra.

Mi-

Mira con mas ahinco su presencia
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que en bueno tiene la excelencia.
Moran con ella en una misma estancia,
La Divina, i Moral Filosofia.
El estilo mas puro, i la elegancia.
Puede pintar en la mitad del dia
La noche, i en la noche mas escura
El Alva bella que las perlas cria.
El curso de los rios apressura,
I le detiene, el pecho a furia incita,
I le reduce luego a mas blandura.
Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
I da vitorias, i vitorias quita.
Verás como le prestan las florestas
Sus sombras, i sus cantos los Pastores,
El mal sus lutos, i el placer sus fiestas.
Perlas el Sur, Sabea sus loores,
El oro Tiber, Hibla su dulzura,
Galas Milan, i Lusitania amores.
En fin ella es la cifra do se apura
Lo provechoso, i honesto, i deleitable,
Partes con quien se aumenta la ventura.
Es de ingenio tan vivo, i admirable,
Que a veces toca en puntos que suspenden,
Por tener no sè que de inescrutable.
Alabanse los buenos, i se ofenden
Los malos con su voz, i destos tales
Unos la adoran, otros no la entienden.
Son sus Obras Heroicas inmortales,
Las Liricas suaves, de manera
Que buelven en Divinas las mortales.
Si alguna vez se muestra lisongera,
Es con tanta elegancia, i artificio,
Que no castigo, sino premio espera.
Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus Acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio, i su bondad indicio.

En esto estava, quando por las bellas
Ventanas de jazmines, i de rosas,
(Que amor estava a lo que entiẽdo en ellas.)
Divisè seis personas Religiosas
Al parecer de honroso, i grave aspeto,
De luengas togas, limpias, i pomposas.
Preguntèle a Mercurio, porquè efeto
Aquellos no parecen, i se encubren,
I muestran ser personas de respeto?
A lo que èl respondiò, no se descubren,
Por guardar el decoro al alto estado
Que tienen, i asi el rostro todos cubrẽ:
Quien son (le repliquè) si es que te es dado
Decirlo? Respondiòme: No por cierto,
Porque Apolo lo tiene asi mandado.
No son Poetas? Si. Pues yo no acierto
A pensar porquè causa se desprecian
De salir con su ingenio a campo abierto.
Para que se embobecen, i se anecian?
Escondiendo el talento que da el Cielo
A los que mas de ser suyos se precian?
Aqui del Rei, què es esto? què recelo,
O celo, les impele a no mostrarse
Sin miedo ante la turba vil del suelo?
Puede ninguna ciencia compararse
Con esta universal de la Poesia,
Que limites no tiene do encerrarse?
Pues siendo esto verdad, saber querria
Entre los de la carda, còmo se usa
Este miedo, o melindre, o hipocresia?
Hace Monseñor versos, i rehusa
Que no se sepan, i èl los comunica
Con muchos, i a la lengua agena acusa.
I mas que siendo buenos, multiplica
La fama su valor, i al dueño canta
Con voz de gloria, i de alabanza rica.
Què mucho pues? sino se le levanta
Testimonio a un Pontifice Poeta,
Que digan que lo es? Por Dios que espanta.

Por

Por vida de Lanfusa la discreta,
Que si no se me dice quien son estos
Togados de bonete, i de muceta:
Que con trazas, i modos descompuestos
Tengo de reducir a Behetria,
Estos tan sossegados, i compuestos.
Por Dios, dijo Mercurio, i a fè mia,
Que no puedo decirlo, i si lo digo,
Tengo de dàr la culpa a tu porfia.
Dilo, Señor, que desde aqui me obligo,
De no decir que tu me lo digiste,
Le dige, por la fè de buen amigo.
El dijo: No nos cayan en el chiste,
Llegate a mi, dirètelo al oido,
Pero creo que hai mas de los que viste.
Aquel que has visto allì del cuello erguido,
Lozano, rozagante, i de buen talle,
De honestidad, i de valor vestido:
Es el Dotor Don Francisco Sanchez: dalle
Puede qual deve Apolo la alabanza,
Que pueda sobre el Cielo levantalle.
I aun mas su famoso ingenio alcanza,
Pues en las verdes hojas de sus dias
Nos dà de santos frutos esperanza.
Aquel que en elevadas fantasìas,
I en estasis sabrosos se regala,
I tanto imita las acciones mias:
Es el Maestro Orense, que la gala
Se lleva de la mas rara eloquencia
Que en las Aulas de Atenas se señala.
Su natural ingenio con la ciencia,
I ciencias aprendidas le levanta
Al grado que le nombra la excelencia.
Aquel de amarillèz marchita, i santa,
Que le encubre de Lauro aquella rama,
I aquella hojosa, i acopada planta:
Frai Juan Baptista Capataz se llama,
Descalzo, i pobre, pero bien vestido,
Con el adorno que le dà la fama.

Aquel

Aquel que del rigor fiero de olvido
Libra su nombre con eterno gozo;
I es de Apolo, i las Musas bien querido,
Anciano en el ingenio, i nunca mozo,
Humanista Divino, es segun pienso
El insigne Doctor Andrès del Pozo.
Un Licenciado de un ingenio inmenso
Es aquel, i aunque en trage Mercenario
Como a señor le dàn las Musas censo:
Ramon se llama, auxilio necessario
Con que Delio se esfuerza, i vè rendidas
Las obstinadas fuerzas del contrario.
El otro, cuyas sienes vès ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
Sus glorias tiene en Alcalà esculpidas.
En su ilustre Theatro vitorioso
Le nombra el Cisne en canto no funesto,
Siempre el primero como a mas famoso.
A los donaires suyos echò el resto
Con propiedades al gorron devidas,
Por averlos compuesto, ò descompuesto.
Aquestas seis personas referidas,
Como estàn en Divinos puestos puestas,
I en Sacra Religion constituìdas:
Tienen las alabanzas por molestas,
Que les dàn por Poetas, i holgarìan
Llevar la Loa sin el nombre acuestas.
Porquè (le preguntè) Señor porfian
Los tales a escrivir, i dàr noticia
De los Versos que paren, i que crian?
Tambien tiene el ingenio su codicia,
I nunca la alabanza se desprecia,
Que al bueno se le deve de justicia.
Aquel que de Poeta no se precia,
Para què escrive Versos, i los dice?
Porquè desdeña lo que mas aprecia?
Jamàs me contentè, ni satisfice
De hipocritos melindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.

Con

Con todo quiere Apolo, que esta gente
Religiosa se tenga aqui secreta,
Dijo el Dios que presume de eloquente.
Oyòse en esto el son de una corneta,
I un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
Que viene un gallardissimo Poeta.
Bolvì la vista, i vì por la ladera
Del Monte un Postillon, i un Cavallero
Correr (como se dice) a la ligera.
Servia el Postillon de pregonero
Mucho mas que de guia, a cuyas voces
En piè se puso el Esquadron entero.
Preguntòme Mercurio. Nò conoces
Quien es este gallardo, este brioso?
Imagino que yà le reconoces.
Bien, le respondi, que es el famoso
Gran Don Sancho de Leiva, cuya espada
I pluma haràn à Delio venturoso.
Venceràse sin duda esta jornada,
Con tal socorro, i en el mismo instante
(Cosa que parecia imaginada.)
Otro favor no menos importante,
Para el caso temido se nos muestra
De ingenio, i fuerzas, i valor bastante.
Una tropa gentil por la siniestra
Parte del Monte se descubriò, (o Cielos)
Que dais de vuestra Providencia muestra.
Aquel discreto Juan de Vazconcelos
Venia delante en un cavallo vayo,
Dando a las Musas Lusitanas celos.
Tràs èl el Capitàn Pedro Tamayo,
Venia, i aunque enfermo de la gota,
Fuè al enemigo assombro, fuè desmayo.
Que por èl se viò en fuga, i puesto en rota,
Que en los dudosos trances de la guerra
Su ingenio admira, i su valor se nota.
Tambien llegaron a la rica tierra,
(Puestos debajo de una blanca seña
Por la parte derecha de la Sierra.

Otros de quien tomò luego reseña
Apolo, i era dellos el primero
El joven Don Fernando de Lodeña:
Poeta primerizo insigne, empero
En cuyo ingenio Apolo deposita
Sus glorias para el tiempo venidero:
Con Magestad Real, con inaudita
Pompa llegò, i al pie del Monte para
Quien los bienes del Monte solicita.
El Licenciado fue Juan de Vergara
El que llegò con quien la turba ilustre
En sus vecinos medios se repàra.
De Esculapio, i de Apolo gloria ilustre,
Sino digalo el santo bien partido,
I su fama la misma embidia ilustre.
Con èl fuè con aplauso recebido
El Docto Juan Antonio de Herrera;
Que puso en fil el desigual partido.
O quien con lengua en nada lisongera,
Sino con puro afecto en grande excesso,
Dos que llegaron alabar pudiera!
Pero no es de mis ombros este peso,
Fueron los que llegaron los famosos
Los dos Maestros Calvo, i Valdiviesso.
Luego se descubriò por los undosos
Llanos del mar una pequeña barca
Impelida de remos presurosos
Llegò, i al punto della desembarca
El gran Don Juan de Argote, i de Gamboa
En compañia de Don Diego Abarca.
Sugetos dinos de incessable loa,
I Don Diego Gimenez, i de Anciso
Diò un salto a tierra desde la alta Proa;
En estos tres la gàla, i el aviso
Cifrò quanto de gusto en sì contienen,
Como su ingenio, i obras dàn aviso.
Con Juan Lopez del Valle otros dos vienen
Juntos alli, i es Pamonès el uno,
Con quien las Musas ogeriza tienen.

Por-

Porque pone ſus pies por do ninguno
 Los puſo, i con ſus nuevas fantasìas
 Mucho mas que agradable es importuno.
De lejas tierras por incultas vias
 Llegò el bravo Irlandès Don Juan Bateo,
 Gerges nuevo en memoria en nueſtros dias.
Buelvo la viſta, a Mantuano veo,
 Que tiene al gran Velaſco por Mecenas,
 I ha ſido acertadiſsimo ſu empleo.
Dexaràn eſtos dos en las agenas
 Tierras, como en las proprias dilatados
 Sus nombres,que tu Apolo aſsi lo ordenas.
Por entre dos fructiferos collados,
 (Avrà quien eſto crea,aunque lo entienda?
 De palmas,i laureles coronados.)
El grave aſpecto del Abad Maluenda
 Pareciò, dando al Monte luz, i gloria,
 I eſperanzas de triunfo en la contienda.
Pero de què enemigos la vitoria
 No alcanzarà un ingenio tan florido?
 I una bondad tan digna de memoria?
Don Antonio Gentil de Vargas, pido
 Eſpacio para verte que llegaſte
 De gala, i arte, i de valor veſtido.
I aunque de Patria Ginovès moſtraſte
 Ser en las Muſas Caſtellanas doto,
 Tanto que al Eſquadron todo admiraſte.
Deſde el Indio apartado del remoto
 Mundo llegò mi amigo Monteſdoca,
 I el que anudò de Arauco el nudo roto.
Dijo Apolo a los dos.A entrambos toca
 Defender eſta vueſtra rica eſtancia
 De la canalla de verguenza poca.
La qual de error armada, i de arrogancia
 Quiere canonizar,i dàr renombre
 Immortal, i Divino a la ignorancia.
Que tanto puede la aficion, que un hombre
 Tiene a sì miſmo,que ignorante ſiendo,
 De buen Poeta quiere alcanzar nombre.

En esto otro milagro, otro estupendo
Prodigio se descubre en la marina,
Que en pocos versos declarar pretendo.
Una nave a la tierra tan vecina
Llegò, que desde el sitio donde estava
Se vè quanto hai en ella; i determina.
Demàs de quatro mil salmas passava,
(Que otros suelen llamarlas toneladas)
Ancho de vientre, i de estatura brava.
Asi como las naves, que cargadas
Llegan de la Oriental India a Lisboa,
Que son por las mayores estimadas.
Esta llegò desde la Popa a Proa
Cubierta de Poetas, mercancìa
De quien hai saca en Calicut, i en Goa.
Tomòle al rojo Dios alferecìa,
Por vèr la muchedumbre impertinente,
Que en socorro del monte le venìa.
I en silencio rogò devotamente,
Que el vaso naufragasse en un momento
Al que govierna el humido tridente.
Uno de los del numero hambriento
Se puso en esto al borde de la nave,
Al parecer mohino, i mal contento.
I en voz, que ni de tierna, ni suave
Tenia un solo adarame, gritando
Dijo (tal vèz colerico, i tal grave.)
Lo que impaciente estuve yo escuchando;
Porque vi sus razones ser saetas,
Que ivan mi alma, i corazon clavando.
O tu, dijo, traidor, que los Poetas
Canonizaste de la larga lista,
Por causas, i por vias indiretas.
Donde tenias Magances la vista
Aguda de tu ingenio, que asi ciego
Fuiste tan mentiroso Coronista?
Yo te confiesso, ò Barbaro, i no niego,
Que algunos de los muchos que escogiste
(Sin que el respeto te forzasse, o el ruego.)
En

En el devido punto los pusiste,
Pero con los demàs, sin duda alguna,
Prodigo de alabanzas anduviste.
Has alzado a los Cielos la fortuna
De muchos que en el centro del olvido
(Sin ver la luz del Sol, ni de la Luna.)
Yacìan; ni llamado, ni escogido
Fue el gran Pastor de Iberia, el grã Bernardo,
Que de la Vega tiene el apellido.
Fuiste embidioso, descuidado, i tardo,
I a las Ninfas de Henares, i Pastores,
Como a enemigos les tiraste un dardo,
I tienes tu Poetas tan peores
Que estos en tu rebaño, que imagino
Que han de sudar si quieren ser mejores.
Que si este agravio no me turba el tino,
Siete Trobistas desde aqui diviso,
A quien suelen llamar de torbellino.
Con quien la gala, discrecion, i aviso
Tienen poco que ver, i tu los pones
Dos leguas mas allà del Paraiso.
Estas quimeras, estas invenciones
Tuyas te han de salir al rostro un dia,
Si mas no te mesuras, i compones.
Esta amenaza, i gran descortesìa,
Mi blando corazon llenò de miedo,
I diò al travès con la paciencia mia.
I bolviendome a Apolo con denuedo
Mayor del que esperava de mis años,
(Con voz turbada, i con semblante acedo;
Le dige. Con bien claros desengaños
Descubro, que el servirte me grangea
Presentes miedos de futuros daños.
Haz (o Señor) que en publico se lea
La lista que Cilenio llevò a España,
Porque mi culpa poca aqui se vea.
Si tu Deidad en escoger se engaña,
I yo solo aprovè lo que èl me dijo,
Porquè este simple contra mi se ensaña?

Con justa causa, i con razon me aflijo;
  De ver como estos Barbaros se inclinan
  A tenerme en temor duro, i prolijo.
Unos, porque los puse, me abominan:
  Otros, porque he dejado de ponellos,
  De darme pesadumbre determinan.
Yo no sè como me avendrè con ellos,
  Los puestos se lamentan, los no puestos
  Gritan, yo tiemblo destos, i de aquellos.
Tu, Señor, que eres Dios, dales los puestos
  Que piden sus ingenios: Llama, i nombra
  Los que fueren mas habiles, i prestos.
I porque el turbio miedo que me assombra
  No me acabe, acabada esta contienda,
  Cubreme con tu mano, i con tu sombra.
O ponme una señal por do se entienda,
  Que soi hechura tuya, i de tu casa.
  I assi no avrà ninguno que me ofenda:
Buelve la vista, i mira lo que passa.
  Fue de Apolo enojado la respuesta,
  (Que ardiendo en ira el corazon se abrasa)
Bolvila, i vi la mas alegre fiesta,
  I la mas desdichada, i compassiva,
  Que el mundo viò, ni aun la verà qual esta:
Mas no se espere que yo aqui la escriva,
  Sino en la Parte Quinta, en quien espero
  Cantar con voz tan entonada, i viva,
  Que piensen que soi Cisne, i que me muero.

DEL

DEL VIAGE DEL PARNASO,

CAPITULO QUINTO.

OYò el ſeñor del humido tridente
Las plegarias de Apolo, i eſcuchòlas
Con alma tierna, i corazon clemente.
Hizo de ojo, i diò del pie a las olas,
I ſin que lo entendieſſen los Poetas
En un punto haſta el Cielo levantòlas.
I èl por ocultas vias, i ſecretas
Se agazapò debajo del navio,
I usò con èl de ſus traidoras tretas.
Hiriò con el tridente en lo vacìo
Del buco, i el eſtomago le llena
De un copioſo corriente amargo rio.
Advertido el peligro al aire ſuena
Una confuſa voz, la qual reſulta
De otras mil que el temor forma, i la pena.
Poco a poco el bagèl pobre ſe oculta
En las entrañas del ceruleo, i cano
Vientre, que tantas animas ſepulta.
Suben los llantos por el aire vano
De aquellos miſerables que ſuſpiran
Por ver ſu irreparable fin cercano.
Trepan, i ſuben, por las jarcias, miran
Qual del navìo es el lugar mas alto,
I en èl muchos ſe apiñan, i retiran.
La confuſion, el miedo, el ſobreſalto
Les turba los ſentidos, que imaginan,
Que deſta a la otra vida es grande el ſalto.
Con ningun medio ni remedio atinan;
Pero creyendo dilatar ſu muerte
Algun tanto a nadar ſe determinan.

Saltan muchos al mar de aquella ſuerte,
Que al charco de la orilla ſaltan ranas
Quando el miedo, o el ruido las advierte.
Hienden las olas del romperſe canas,
Menudean las piernas, i los brazos,
Aunque enfermos eſtàn, i ellas no ſanas.
I en medio de tan grandes embarazos,
La viſta ponen en la amada orilla,
Deſeoſos de darla mil abrazos.
I sè yo bien, que la fatal quadrilla
Antes que alli, holgàra de hallarſe
En el compàs famoſo de Sevilla.
Que no tienen por guſto el ahogarſe,
(Diſcreta gente al parecer en eſto)
Pero valiòles poco el esforzarſe:
Que el Padre de las aguas echò el reſto
De ſu rigor, moſtrandoſe en ſu carro
Con roſtro airado, i ademàn funeſto.
Quatro Delfines, cada qual bizarro,
Con cuerdas hechas de tegidas obas
Le tiravan con furia, i con deſgarro.
Las Ninfas en ſus humidas alcobas
Sienten tu rabia: O vengativo Nume,
I de ſus roſtros la color les robas.
El nadante Poeta, que preſume
Llegar a la ribera defendida,
Sus ayes pierde, i ſu teſon conſume:
Que ſu corta carrera es impedida
De las agudas puntas del tridente,
Entonces fiero, i aſpero omicida.
Quien ha viſto muchacho diligente
Que en goloſo aſsi meſmo ſobrepuja
(Que no hai comparacion mas conveniente.)
Picar en el ſombrero la granuja
(Que el hallazgo le puſo alli, o la ſiſſa,)
Con punta alfilereſca, o ya de aguja.
Pues no con menor gana, o menor priſſa
Poetas enſartava el Nume airado
Con guſto infame, i con dudoſa riſa.

En

En carro de Criſtal venia ſentado,
La barba luenga, i llena de mariſco,
Con dos grueſſas lampreas coronado.
Hacian de ſus barbas firme apriſco,
La Almeja, el Morſillon, Pulpo, i Cangrejo,
Qual le ſuelen hacer en peña, o riſco.
Era de aſpecto venerable, i viejo,
De verde, azul, i plata era el veſtido,
Robuſto al parecer, i de buen rejo.
Aunque como enojado, denegrido
Se moſtrava en el roſtro, que la ſaña
Aſsi turba el color como el ſentido.
Airado contra aquellos mas ſe enſaña
Que nadan mas, i ſaleles al paſſo,
Juzgando a gloria tan cobarde hazaña.
En eſto, (o nuevo, i milagroſo caſo,)
Dino de que ſe cuente poco a poco,
I con los verſos de Torcato Taſo.
Haſta aqui no he invocado, aora invoco
Vueſtro favor, (o Muſas!) neceſſario
Para los altos puntos en que toco.
Deſcerrajad vueſtro mas rico almario,
I el aliento me dad que el caſo pide,
No humilde, no ratero, ni ordinario.
Las nubes hiende el aire, piſa, i mide
La hermoſura Venus Acidalia, i baja
Del Cielo que ninguno ſe lo impide.
Traìa veſtida de pardilla raja
Una gran ſaya entera hecha al uſo,
Que le dice mui bien, quadra, i encaja.
Luto que por ſu Adonis ſe le puſo,
Luego que el gran colmillo del Berraco
A atraveſſar ſus ingles ſe diſpuſo.
A fè que ſi el mocito fuera Maco,
Que èl guardàra la cara al colmilludo,
Que diò a ſu vida, i ſu belleza ſaco.
O valiente Garzon, mas que ſeſudo,
Còmo eſtando aviſado tu mal tomas,
Entrando en trance tan horrendo, i crudo?

En esto las mansissimas palomas
  Que el carro de la Diosa conducian
  Por el llano del mar, i por las lomas:
Por unas, i otras partes discurrian,
  Hasta que con Neptuno se encontraron,
  Que era lo que buscavan, i querian.
Los Dioses que se ven, se respetaron,
  I haciendo sus zalemas a lo Moro,
  De verse juntos en estremo holgaron.
Guardaronse real grave decoro,
  I procurò Ciprinia en aquel punto
  Mostrar de su belleza el gran tesoro.
Ensanchò el verdugado, i diòle el punto
  Con ciertos puntapies, que fueron coces
  Para el Dios que las viò, i quedò difunto.
Un Poeta, llamado Don Quincoces
  Andava semivivo en las saladas
  Ondas dando gemidos, i no voces.
Con todo dijo, en mal articuladas
  Palabras: O, Señora, la de Pafo,
  I de las otras dos Islas nombradas,
Muevate a compassion el verme gafo
  De pies, i manos, i que yà me ahogo,
  En otras Linfas que las del Garrafo.
Aqui serà mi Pira, aqui mi rogo,
  Aqui serà Quincoces sepultado,
  Que tuvo en su crianza Pedagògo.
Esto dijo el mezquino, esto escuchado
  Fue de la Diosa con ternura tanta,
  Que bolviò a componer el verdugado.
I luego en pie, i piadosa se levanta,
  I poniendo los ojos en el viejo,
  Desembudò la voz de la garganta.
I con cierto desdèn, i sobrecejo,
  Entre enojada, i grave, i dulce, dijo
  Lo que al humido Dios tuvo perplejo.
I aunque no fue su razonar prolijo,
  Todavia le trujo a la memoria
  Hermano de quien era, i de quien hijo.

Reprefentòle quan pequeña gloria
  Era llevar de aquellos miferables
  El triunfo infaufto, i la cruel vitoria.
El dijo. Si los hados immudables
  No huvieran dado la fatal fentencia
  Deftos en fu ignorancia fiempre eftables:
Una brizna no mas de tu prefencia
  Que viera yo, bellifsima Señora,
  Fuera de mi rigor la refiftencia.
Mas yà no puede fer, que ya la hora
  Llegò donde mi blanda, i manfa mano
  Ha de moftrar, que es dura, i vencedora.
Que eftos de proceder fiempre inhumano,
  En fus verfos han dicho cien mil veces,
  Azotando las aguas del mar cano.
Ni azotado, ni viejo me pareces,
  Replicò Venus, i èl le dijo a ella.
  Puefto que me enamoras, no enterneces.
Que de tal modo la fatal eftrella
  Influye deftos triftes, que no puedo
  Dar felice defpacho a tu querella.
Del querer de los hados folo un dedo
  No me puedo apartar, ya tu lo fabes,
  Ellos han de acabar, i ha de fer cedo.
Primero acabaràs que los acabes,
  Le refpondiò Madama, la que tiene
  De tantas voluntades puerta, i llaves.
Que aunque el hado feròz fu muerte ordene,
  El modo no ha de fer a tu contento,
  Que muchas muertes el morir contiene.
Turbòfe en efto el liquido elemento,
  De nuevo renovòfe la tormenta,
  Soplò mas vivo, i mas apriefla el viento.
La hambrienta Mefnada, i no fedienta,
  Se rinde al uracàn recien venido,
  I por mas no penar muere contenta.
O raro cafo, i por jamàs oìdo,
  Ni vifto! o nuevas, i admirables trazas
  De la gran Reina obedecida en Nido.

En un inſtante el mar de calabazas
Se viò quajado, algunas tan potentes,
Que paſſavan de dos, i aun de tres brazas.
Tambien hinchados odres, i valientes,
(Sin deshacer del mar la blanca eſpuma)
Nadavan de mil talles diferentes.
Eſta traſmutacion fue hecha en ſuma
Por Venus de los languidos Poetas,
Porque Neptuno hundirlos no preſuma.
El qual le pidiò a Febo ſus ſaetas,
Cuya arma arrojadiza deſde aparte
A Venus defraudàra de ſus tretas.
Negòſelas Apolo, i veis do parte,
(Enojado el vejon) con ſu tridente,
Penſandolos paſſar de parte a parte,
Mas eſte ſe reſvala, aquel no ſiente
La herida, i dando eſguince ſe desliza;
I èl queda de la colera impaciente.
En eſto Boreas ſu furor atiza,
I lleva antecogida la manada,
Que con la de los Cerdas ſimboliza.
Pidiòſelo la Dioſa aficionada,
A que vivan Poetas zarabandos
De aquellos de la ſeta almidonada.
De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos;
De los que por momentos ſe dividen
En varias ſetas, i en contrarios vandos.
Los contrapueſtos vientos ſe comiden
A complacer la bella rogadora,
I con un ſolo aliento la mar miden:
Llevando a la Piara gruñidora,
En calabazas, i odres convertida
A los Reinos contrarios del Aurora.
Deſta dulce ſemilla referida
Eſpaña (verdad cierta) tanto abunda,
Que es por ella eſtimada, i conocida.
Que aunque en armas, i en letras es fecunda
Mas que quantas Provincias tiene el ſuelo,
Su guſto en parte en tal ſemilla funda.
Deſ-

Despues desta mudanza que hizo el Cielo,
(O Venus, o quien fuesse, que no importa
Guardar puntualidad como yo suelo.)
No veo calabaza, o luenga, o corta,
Que no imagine que es algun Poeta
Que alli se estrecha, encubre, encoge, acorta.
Pues què? quãdo veo un cuero (O mal discreta,
I vana fantasia, asi engañada,
Que a tanta liviandad estàs sugeta!)
Pienso que el piezgo de la boca atada
Es la faz del Poeta transformado
En aquella figura mal hinchada.
I quando encuentro algun Poeta honrado,
(Digo, Poeta firme, i valedero,
Hombre vestido bien, i bien calzado.)
Luego se me figura ver un cuero,
O alguna calabaza, i desta suerte
Entre contrarios pensamientos muero.
I no sè si lo yerre, o si lo acierte,
En que a las calabazas, i a los cueros,
I a los Poetas trate de una suerte.
Cernicalos que son lagartigeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
Puestas en paz pues ya las diferencias
De Delio, i los Poetas transformados
En tan vanas, i huecas apariencias:
Los mares, i los vientos sossegados,
Sumergiòse Neptuno mal contento
En sus palacios de Cristal labrados.
Las mansissimas aves por el viento
Volaron, i a la bella Cipriana
Pusieron en su Reino a salvamento.
I en señal que del triunfo quedò ufana,
(Lo que hasta alli nadie acabò con ella,)
Del luto se quitò la Saboyana.
Quedando en cuero tan briosa, i bella,
Que se supo despues que Marte anduvo
Todo aquel dia, i otros dos tras ella.

Todo el qual tiempo el eſcuadron eſtuvo
Mirando atento la fatal ruina,
Que la canalla transformada tuvo.
I viendo deſpejada la marina
Apolo del ſocorro mal venido,
De dar fin al gran caſo determina.
Pero en aquel inſtante un gran ruido
Se oyò, con que la turba ſe alboroza,
I pone viſta alerta, i preſto oido.
I era quien le formava una carroza,
Rica, ſobre la qual venia ſentado
El grave Don Lorenzo de Mendoza,
De ſu felice ingenio acompañado
De ſu mucho valor, i corteſia,
(Joyas ineſtimables) adornado.
Pedro Juan de Rejaule le ſeguia
En otro coche inſigne Valenciano,
I grande defenſor de la Poeſia.
Sentado viene a ſu derecha mano
Juan de Solis, mancebo generoſo,
De raro ingenio, en verdes años cano:
I Juan de Carvajal, Dotor famoſo,
Les hace tercio, i no por ſer peſado
Dejan de hacer ſu curſo preſuroſo.
Porque el Divino ingenio, al levantado
Valor de aqueſtos tres que el coche encierra
No hai impedirle monte, ni collado.
Paſſan volando la empinada ſierra,
Las nubes tocan, llegan caſi al Cielo,
I alegres piſan la famoſa tierra.
Con eſte miſmo honroſo, i grave celo,
Bartolomè de Mola, i Gabriel Laſo,
Llegaron a tocar del monte el ſuelo.
Honra las altas cimas de Parnaſo,
Don Diego, que de Silva tiene el nombre,
I por ellas alegre tiende el paſſo.
A cuyo ingenio, i ſin igual renombre
Toda Ciencia ſe inclina, i le obedece,
I le levanta a ſer mas que de hombre.

Dilatanse las sombras, i descrece
El dia, i de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aparece.
I el esquadron, que avia esperado tanto
En pie se rinde al sueño perezoso
De hambre, i sed, i de mortal quebranto:
Apolo entonces poco luminoso,
Dando hasta los Antipodas un brinco,
Siguiò su accidental curso forzoso.
Pero primero licenciò a los cinco
Poetas titulados a su ruego,
Que lo pidieron con estraño ahinco:
Por parecerles risa, burla, i juego
Empressas semejantes, i assi Apolo
Condecendiò con sus deseos luego.
Que es el galàn de Dafne unico, i solo
En usar cortesìa sobre quantos
Descubre el nuestro, i el contrario Polo:
Del lobrego lugar de los espantos
Sacò su hisopo el languido Morfeo,
Con que ha rendido, i embocado a tantos:
I del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del olvido,
Los parpados bañò a todos arreo.
El mas hambriento se quedò dormido,
Dos cosas repugnantes, hambre, i sueño,
Privilegio a Poetas concedido.
Yo quedè en fin dormido como un leño,
Llena la fantasìa de mil cosas,
Que de contallas mi palabra empeño,
Por mas que sean en sì dificultosas.

DEL VIAGE DEL PARNASO,

CAPITULO SEXTO.

De una de tres causas los ensueños
Se causan, o los sueños que este nombre
Les dàn los que del bien hablar son dueños.
Primera de las cosas de que el hombre
Trata mas de ordinario: la segunda
Quiere la medicina que se nombre
Del humor que en nosotros mas abunda.
Toca en revelaciones la tercera,
Que en nuestro bien mas que las dos redunda.
Dormì, i soñè, i el sueño la tercera
Causa le diò principio suficiente,
A mezclar el ahito, i la dentera.
Sueña el enfermo (a quien la fiebre ardiente
Abrasa las entrañas) que en la boca
Tiene de las que ha visto alguna fuente,
I el labio al fugitivo cristal toca,
I el dormido consuelo imaginado
Crece el deseo, i no la sed apoca.
Pelea el valentissimo soldado,
Dormido casi al modo que despierto
Se mostrò en el combate fiero armado:
Acude el tierno amante a su concierto,
I en la imaginacion dormido llega,
Sin padecer borrasca a dulce puerto.
El corazon el avariento entrega
En la mitad del sueño a su tesoro,
Que el alma en todo tiempo no le niega.
Yo que siempre guardè el comun decoro,
En las cosas dormidas, i despiertas,
(Pues no soi Troglodita, ni soi Moro.)

De

De par en par del alma abrì las puertas,
I degè entrar al ſueño por los ojos
Con premiſſas de gloria, i guſto ciertas.
Gocè durmiendo quatro mil deſpojos,
(Que los contè ſin que faltaſſe alguno)
De guſtos que acudieron a manojos.
El tiempo, la ocaſion, el oportuno
Lugar correſpondian al efeto,
Juntos, i por sì ſolo cada uno.
Dos horas dormì, i mas a lo diſcreto,
Sin que imaginaciones, ni vapores
El celebro tuvieſſen inquieto.
La ſuelta fantasìa entre mil flores,
Me puſo de un pradillo, que exhalava
De Pancaya, i Sabea los olores.
El agradable ſitio ſe llevava
Tràs sì la viſta, que durmiendo, viva
Mucho mas que deſpierta ſe moſtrava.
Palpable vì, (mas no sè ſi lo eſcriva,
Que a las coſas que tienen de impoſsibles,
Siempre mi pluma ſe ha moſtrado eſquiva.)
Las que tienen vislumbre, de poſsibles,
De dulces, de ſuaves, i de ciertas
Eſplican mis borrones apacibles.
Nunca a diſparidad abre las puertas,
Mi corto ingenio, i hallalas contino
De par en par la conſonancia abiertas.
Como puede agradar un deſatino?
Si no es que de propoſito ſe hace,
Moſtrandole el donaire ſu camino.
Que entonces la mentira ſatisface,
Quando verdad parece, i eſtá eſcrita
Con gracia, que al diſcreto, i ſimple aplace.
Digo (bolviendo al cuento) que infinita
Gente vì diſcurrir por aquel llano,
Con algazàra placentera, i grita.
Con Abito decente, i corteſano,
Algunos a quien diò la hipocreſia
Veſtido pobre: pero limpio, i ſano.

Otros de la color que tiene el dia
Quando la luz primera se aparece
Entre las trenzas de la Aurora fria.
La variada Primavera ofrece
De sus varias colores la abundancia;
Con que a la vista el gusto alegre crece.
La prodigalidad, la exorbitancia
Campean juntas por el verde prado
Con galas que descubren su ignorancia.
En un trono del suelo levantado,
(Do el arte a la materia se adelanta
Puesto que de oro, i de marfil labrado.)
Una doncella vì desde la planta
Del piè hasta la cabeza asi adornada,
Que el verla admira, i el oirla encanta.
Estava en èl con magestad sentada,
Giganta al parecer en la estatura,
Pero aunque grande, bien proporcionada.
Parecia mayor su hermosura
Mirada desde lejos, i no tanto
Si de cerca se vè su compostura.
Lleno de admiracion colmo de espanto,
Puse en ella los ojos, i vì en ella
Lo que en mis Versos desmayados canto.
Yo no sabrè afirmar si era doncella,
Aunque he dicho que si, que en estos casos
La vista mas aguda se atropella.
Son por la mayor parte siempre escasos
De razon los juicios maliciosos,
En juzgar rotos los enteros vasos.
Altaneros sus ojos, i amorosos
Se mostravan con cierta mansedumbre,
Que los hacia en todo estremo hermosos.
Ora fuesse artificio, ora costumbre,
Los rayos de su luz tal vez crecian,
I tal vez davan encogida lumbre.
Dos Ninfas a sus lados assistian,
De tan gentil donaire, i apariencia,
Que miradas las almas suspendian.

De

De la del alto trono en la presencia
Desplegavan sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
Levantavan al Cielo sus blasones,
Que estavan por ser pocos, o ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.
Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamàs le igualò alguno.
Luego se puso en piè, i en un momento
Me pareciò, que diò con la cabeza
Mas allà de las nubes, i no miento.
I no perdiò por esto su belleza,
Antes mientras mas grande, se mostrava
Igual su perfeccion a su grandeza:
Los brazos de tal modo dilatava,
Que de do nace adonde muere el dia,
Los opuestos estremos alcanzava.
La enfermedad llamada hidropesìa,
Asi le hincha el vientre, que parece,
Que todo el mar caber en èl podia.
Al modo destas partes asi crece
Toda su compostura, i no por esto,
(Qual dige) su hermosura desfallece.
Yo atonito esperava vèr el resto
De tan grande prodigio, i diera un dedo
Por saber la verdad segura, i presto.
Uno (i no sabrè quien) bien claro, i quedo
Al oìdo me hablò, i me dijo: Espera,
Que yo decirte lo que quieres puedo.
Esta que vès, que crece de manera,
Que apenas tiene yà lugar do quepa,
I aspira en la grandeza a ser primera.
Esta que por las nubes sube, i trepa
Hasta llegar al cerco de la Luna
(Puesto que el modo de subir no sepa.)
Es la que confiada en su fortuna
Piensa tener de la inconstante rueda
El ege quedo, i sin mudanza alguna.

Esta, que no halla mal que le suceda,
  Ni le teme atrevida, i arrogante,
  Prodiga siempre, venturosa, i leda:
Es la que con disignio extravagante
  Diò en crecer poco a poco hasta ponerse
  Qual vès en estatura de Gigante.
No deja de crecer por no atreverse
  A emprender las hazañas mas notables,
  Adonde puedan sus estremos verse.
Nò has oìdo decir los memorables
  Arcos, Anfiteatros, Templos, Baños,
  Termas, Porticos, Muros admirables:
Que a pesar, i despecho de los años,
  Aùn duran sus reliquias, i entereza
  Haciendo al tiempo, i a la muerte engaños?
Yo (respondì por mi) ninguna pieza
  Dessas que has dicho dejo de tenella
  Clavada, i remachada en la cabeza.
Tengo el sepulcro de la viuda bella,
  I el Coloso de Rodas allì junto,
  I la lanterna que sirviò de estrella.
Pero vengamos de quien es al punto
  Esta, que lo deseo. Haráse luego,
  Me respondiò la voz en bajo punto.
I prosiguiò, diciendo: A no estàr ciego
  Huvieras visto yà quien es la dama:
  Pero en fin tienes el ingenio lego.
Esta que hasta los Cielos se encarama
  Preñada (sin saber como) del viento,
  Es hija del deseo, i de la fama.
Esta fuè la ocasion, i el instrumento
  En todo, i parte de que el mundo viesse,
  No siete maravillas, sino ciento.
Corto numero es ciento: aunque digesse
  Cien mil, i mas millones, no imagines,
  Que en la cuenta del numero excediesse.
Esta condujo a memorables fines,
  Edificios que asientan en la tierra,
  I tocan de las nubes los confines.

Esta

Esta tal vez ha levantado guerra,
Donde la paz suave reposava,
Que en limites estrechos no se encierra.
Quando muriò en las llamas abrasava
El atrevido fuerte brazo, i fiero,
Esta el incendio horrible resfriava.
Esta arrojò al Romano Cavallero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado, i de luciente acero,
Esta tal vez con maravilla nueva,
(De su ambiciosa condicion llevada)
Mil imposibles atrevida prueva.
Desde la ardiente Libia hasta la elada
Citia lleva la fama su memoria,
En grandiosas obras dilatada.
En fin ella es la altiva Vanagloria,
Que en aquellas hazañas se entremete,
Que llevan de los siglos la vitoria.
Ella misma a sì misma se promete
Triunfos, i gustos, sin tener asida
A la calva Ocasion por el copete.
Su natural sustento, su bevida,
Es aire, i asi crece en un instante,
Tanto que no hai medida a su medida.
Aquellas dos del placido semblante
Que tiene a sus dos lados, son aquellas
Que sirven a su maquina de Atlante.
Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente, i las lozanas
Razones, que el amor se cifra en ellas.
Las hacen mas Divinas que no humanas,
I son (con paz escucha, i con paciencia)
La Adulacion, i la Mentira hermanas.
Estas estàn contino en su presencia,
Palabras ministrandole al oìdo,
Que tienen de prudentes aparencia.
I ella qual ciega del mejor sentido,
No vè que entre las flores de aquel gusto,
El Aspid ponzoñoso esta escondido.

I afsi arrojada con deseo injufto
  En criftalino vafo prueva, i beve
  El veneno mortal, fin ningun fufto.
Quien mas prefume de advertido,prueve
  A dejarfe adular, verà quan prefto
  Paffa fu gloria como el viento leve.
Efto efcuchè: i en efcuchando aquefto
  Diò un eftampido tal la Gloria vana,
  Que diò a mi fueño fin dulce, i molefto.
I en efto defcubriòfe la mañana,
  Vertiendo perlas, i efparciendo flores,
  Lozana en vifta , i en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos Ruifeñores,
  Con cantos no aprendidos le decian
  Enamorados della mil amores.
Los filgueros el canto repetian,
  I las dieftras calandrias entonavan
  La mufica que todos componian.
Unos del Efquadron prieffa fe daban,
  Porque no los hallaffe el Dios del dia
  En los forzofos actos en que eftavan.
I luego fe affomò fu Señoria,
  Con una cara de Tudefco roja,
  Por los balcones de la Aurora fria.
En parte gorda, en parte flaca, i floja,
  Como quien teme el efperado trance,
  Donde verfe vencido fe le antoja.
En propio Toledano, i buen Romance
  Les diò los buenos dias cortefmente,
  I luego fe apreftò al forzofo lance.
I encima de un peñafco puefto enfrente
  Del Efquadron,con voz fonora,i grave
  Efta oracion les hizo de repente.
O Efpiritus felices, donde cabe
  La gala del decir, la futileza
  De la Ciencia mas docta que fe fabe.
Donde en fu propia natural belleza
  Afsifte la hermofa Poesìa
  Entera de los pies a la cabeza:

No consintais por vida vuestra, i mia,
(Mirad con què llaneza Apolo os habla)
Que triunfe esta canalla que porfia.
Esta canalla digo que se endiabla,
Que por darles calor su muchedumbre,
Yà su ruìna, ò yà la nuestra entabla.
Vosotros de mis ojos gloria, i lumbre,
Faroles do mi luz de asiento mora,
(Yà por naturaleza, o por costumbre.)
Aveis de consentir que esta embaidora,
Hipocrita gentalla se me atreva?
De tantas necedades inventora.
Haced famosa, i memorable prueva
De vuestro gran valor en este hecho,
Que a su castigo, i vuestra gloria os lleva.
De justa indignacion armad el pecho,
Acometed intrepidos la turba,
Ociosa, vagamunda, i sin provecho.
No se os dè nada, no se os dè una burba,
(Moneda Berberisca, vil, i baja)
De aquesta gente, que la paz nos turba.
El son de mas de una templada caja,
I el del pifaro triste, i la trompeta
(Que la colera sube, i flema abaja.)
Asi os incite con virtud secreta,
Que despierte los animos dormidos
En la facion que tanto nos aprieta.
Yà retumba, yà llega a mis oìdos
Del Esquadron contrario el rumor grande,
Formado de confusos alaridos.
Yà es menester (sin que os lo ruegue, o mande)
Que cada qual como guerrero experto,
(Sin que por su capricho se desmande.)
La orden guarde, i Militar concierto,
I acuda a su dever como valiente,
Hasta quedar, o vencedor, o muerto.
En esto por la parte de Poniente
Pareciò el Esquadron casi infinito
De la barbara, ciega, i pobre gente.

Alzan los nueſtros al momento un grito
Alegre, i no medroſo; i gritan, Arma,
Arma, reſuena todo aquel diſtrito,
I aunque mueran, correr quieren al arma.

DEL VIAGE DEL PARNASO,

CAPITULO SETIMO.

TU, Beligera Muſa, tu, que tienes
La voz de bronce, i de metal la lengua,
Quando a cantar del fiero Marte vienes:
Tu, por quien ſe aniquila ſiempre, i mengua
El gran genero humano: tu, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia, i mengua.
Tu mano rota, i larga de mercedes:
Digo en hacellas; una aqui te pido,
(Que no harà que menos rica quedes.)
La ſobervia, i maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada,
Ya ſe deſcubre con mortal ruìdo.
Dame una voz al caſo acomodada,
Una ſotil, i bien cortada pluma,
No de aficion, ni de paſsion llevada.
Para que pueda referir en ſuma
(Gon puriſsimo, i nuevo ſentimiento,
Con verdad clara, i entereza ſuma.)
El contrapueſto, i deſigual intento
De uno, i otro eſquadron q̃ ardiendo en ira,
Sus vanderas deſcoge al vago viento.
El del vando Catolico, que mira
Al falſo, i grande, al pie del monte pueſto,
Que de ſubir al alta cumbre aſpira;
Con paſſo largo, i ademàn compueſto,
Todo el monte coronan, i ſe ponen
A la furia, que en loca ha echado el reſto.

Las

Las ventajas tantean, i dispònen
  Los animos valientes al assalto,
  En quien su gloria, i su venganza ponen.
De rabia lleno, i de paciencia falto,
  Apolo su bellissimo estandarte,
  Mandò al momento levantar en alto.
Arbolòle un Marquès, que el propio Marte
  Su briosa presencia representa
  Naturalmente, sin industria, i arte.
Poeta celeberrimo, i de cuenta,
  Por quien, i en quien Apolo soberano
  Su gloria, i gusto, i su valòr aumenta.
Era la insinia un Cisne hermoso, i cano,
  Tan al vivo pintado, que digeras,
  La voz despide alegre al rire vano.
Siguen al estandarte sus vanderas
  De gallardos Alfereces llevadas,
  Honrosas por no estàr todas enteras.
Las cajas a lo belico templadas,
  Al milite mas tardo buelven presto
  De voces de metal acompañadas.
Geronimo de Mora llegò en esto,
  Pintor excelentissimo, i Poeta,
  Apeles, i Virgilio en un supuesto:
I con la autoridad de una gineta,
  (Que de ser Capitan le dava nombre)
  Al caso acude, i a la turba aprieta.
I porque mas se turbe, i mas se assombre
  El enemigo desigual, i fiero
  Llegò el gran Biedma de immortal renõbre.
I con èl Gaspar de Avila, primero
  Sequàz de Apolo, a cuyo verso, i pluma,
  Iciar puede embidiar, temer sincero.
Llegò Juan de Meztanza, cifra, i suma
  De tanta erudicion, donaire, i gala,
  Que no hai muerte, ni edad que la consuma.
Apolo le arrancò de Guatimala,
  I le trujo en su ayuda para ofensa
  De la canalla en todo estremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa
Cepeda, i acompañale Megìa,
Poetas dinos de alabanza immensa.
Clarissimo esplendor de Andalucia,
I de la Mancha el sin igual Galindo
Llegò con magestad, i bizarria.
De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros Lusitanos
(A quien mis alabanzas todas rindo.)
Con prestos pies, i con valientes manos
Con Fernando Correa de la Cerda,
Pisò Rodriguez Lobo, monte, i llanos.
I porque Febo su razon no pierda
El grande Don Antonio de Ataide
Llegò con furia alborotada, i cuerda.
Las fuerzas del contrario ajusta, i mide
Con las suyas Apolo, i determina
Dar la batalla, i la batalla pide.
El ronco son de mas de una vocina
(Instrumento de caza, i de la guerra)
De Febo a los oìdos se avecina.
Tiembla debajo de los pies la tierra
De infinitos Poetas oprimida,
Que dan assalto a la sagrada sierra.
El fiero General de la attrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
Es Arbolanchez Musò por la vida.
Puestos estavan en la baja parte,
I en la cima del monte, frente a frente
Los campos de quien tiẽbla el mismo Marte;
Quando una, al parecer discreta gente,
Del Catolico vando al enemigo
Se passò, como en numero de veinte.
Yo con los ojos su carrera sigo,
I viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo.
Què prodigio es aqueste? què portento?
(O por mejor decir) què mal aguero,
Que assi me corta el brio, i el aliento?

Aquel transfùga que partiò primero,
No solo por Poeta le tenia,
Pero tambien por bravo churrullero.
Aquel ligero que tras èl corria,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Tiernamente hablar en la Poesìa.
Aquel tercero que partiò tan listo,
Por satirico, necio, i por pesado
Sè que de todos fue siempre mal quisto.
No puedo imaginar como ha llevado
Mercurio estos Poetas en su lista.
Yo fui, respondiò Apolo, el engañado;
Que de su ingenio la primera vista
Indicios descubriò que serian buenos
Para facilitar esta conquista.
Señor (repliquè yo) crei que agenos
Eran de las deidades los engaños,
Digo, engañarse en poco mas, ni menos.
La prudencia que nace de los años,
I tiene por maestra a la esperiencia,
Es la deidad que advierte destos daños.
Apolo respondiò: Por mi conciencia,
Que no te entiendo, algo turbado, i triste;
Por ver de aquellos veinte la insolencia.
Tu, Sardo militar Lofraso, fuiste
Uno de aquellos Barbaros corrientes,
Que del contrario el numero creciste.
Mas no por esta mengua los valientes
Del esquadron Catolico temieron
Poetas madrigados, i excelentes.
Antes tanto corage concibieron
Contra los fugitivos corredores,
Que riza en ellos, i matanza hicieron.
O falsos, i malditos trobadores,
Que passais plaza de Poetas sabios,
Siendo la hez de los que son peores:
Entre la lengua, paladar, i labios
Anda contino vuestra poesìa,
Haciendo a la virtud cien mil agravios.

las 12 del Dia

Poëtas de atrevida hipocresìa,
Eſperad que de vueſtro acabamiento
Ya ſe ha llegado el temeroſo dia.
De las confuſas voces el concento
Confuſo por el aire reſonava
De eſpeſas nubes, condenſando el viento:
Por la falda del monte gateava
Una tropa Poetica aſpirando
A la cumbre que bien guardada eſtava.
Hacian incapiè de quando en quando,
I con hondas de eſtallo, i con balleſtas
Ivan Libros enteros diſparando.
No del plomo encendido las funeſtas
Balas pudieran ſer dañoſas tanto,
Ni al diſparar pudieran ſer mas preſtas.
Un Libro mucho mas duro que un canto
A Juſepe de Vargas diò en las ſienes,
Cauſandole terror, grima, i eſpanto.
Gritò, i dijo a un Soneto, Tu, que vienes
De ſatirica pluma diſparado,
Porque el infame curſo no detienes?
I qual perro con piedras irritado,
Que deja al que las tira, i và tras ellas,
(Qual ſi fueran la cauſa del pecado.)
Entre los dedos de ſus manos bellas
Hizo pedazos al Soneto altivo,
Que amenazava al Sol, i a las Eſtrellas.
I dijole Cilenio: O rayo vivo
Donde la juſta indignacion ſe mueſtra
En un grado, i valor ſuperlativo:
La eſpada toma en la temida dieſtra,
I arrojate valiente, i temerario
Por eſta parte que el peligro adieſtra.
En eſto del tamaño de un Breviario
Volando un libro por el aire vino,
De proſa, i verſo que arrojò el contrario.
De verſo, i proſa, el puro deſatino
Nos diò a entender que de Arbolanches eran
Las avidas peſadas de contino.

Unas

Unas Rimas llegaron, que pudieran
Desbaratar el esquadron Christiano,
Si acaso vez segunda se imprimieran.
Diòle a Mercurio en la derecha mano
Una satira antigua licenciosa,
De estilo agudo, pero no mui sano.
De una intricada, i mal compuesta prosa,
De un assanto, sin jugo, i sin donaire,
Quatro Novelas disparò Pedrosa.
Silvando recio, i desgarrando el aire,
Otro Libro llegò de Rimas solas
Hechas al parecer como al desgaire.
Viòlas Apolo, i dijo, quando viòlas,
Dios perdone a su autor, i ami me guarde
De algunas Rimas sueltas Españolas.
Llegò el Pastor de Iberia, aunque algo tarde,
I derribò catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio, i fuerza alarde.
Pero dos valerosos, dos Maestros,
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
Unicos en hablar, i en obrar diestros:
Del monte, puestos en opuestos lados
Tanto apretaron a la turba multa,
Que bolvieron atras los encumbrados.
Es Gregorio de Angulo el que sepulta
La canalla, i con èl Pedro de Soto
De prodigioso ingenio, i vena culta.
Doctor aquel, estotro unico, i doto,
Licenciado de Apolo, ambos sequaces
Con raras obras, i animo devoto.
Las dos contrarias indignadas haces
Ya miden las espadas, ya se cierran
Duras en su teson, i pertinaces.
Con los dientes se muerden, i se aferran
Con las garras, las fieras imitando,
Que toda piedad de sì destierran.
Haldeando venia, i trasudando
El autor de la Picara Justina,
Capellan lego del contrario vando.

I qual si fuera de una culebrina
Disparò de sus manos su librazo,
Que fue de nuestro campo la ruina.
Al buen Tomàs Gracian mancò de un brazo;
A Medinilla derribò una muela,
I le llevò de un muslo un gran pedazo.
Una despierta nuestra centinela
Gritò todos abajen la cabeza
Que dispara el contrario otra Novela.
Dos pelearon una larga pieza,
I el uno al otro con instancia loca
De un embion (con arte, i con destreza)
Seis seguidillas le encajò en la boca,
Con que le hizo bomitar el alma
Que saliò libre de su estrecha roca.
De la furia el ardor, del sol la calma
Tenia en duda de una, i otra parte
La vencedora, i pretendida palma.
Del Cuervo en esto el lobrego estandarte
Cede al del Cisne, porque vino al suelo
Passado el corazon de parte a parte.
Su Alferez, que era un Andaluz mozuelo
Trobador repentista, que subìa
Con la sobervia mas allà del Cielo.
Elosele la sangre que tenia,
Murióse quando viò que muerto estava
La turba pertinàz en su porfia,
Puesto que ausente el gran Lupercio estava
Con un solo Soneto suyo hizo
Lo que de su grandeza se esperava.
Desquadernò, desencajò, deshizo
Del opuesto esquadron catorce hileras;
Dos criollos matò, hiriò un mestizo.
De sus sabrosas burlas, i sus veras
El magno Cordovès un cartapacio
Disparò, i aterrò quatro vanderas.
Dava ya indicios de cansado, i lacio
El brio de la barbara canalla,
Peleando mas flojo, i mas despacio.

Mas

Mas renovòse la fatal batalla
Mezclandose los unos con los otros,
Ni vale arnès, ni presta dura malla,
Cinco melifluos sobre cinco potros
Llegaron, i envistieron por un lado,
I llevaronse cinco de nosotros.
Cada qual como Moro ataviado,
Con mas letras, i cifras que una carta
De Principe enemigo, i recatado.
De Romances Moriscos una sarta,
Qual si fuera de balas enramadas,
Llega con furia, i con malicia harta.
I a no estàr dos esquadras avisadas
De las nuestras, del recio tiro, i presto
Era fuerza quedar desbaratadas.
Quiso Apolo indignado echar el resto
De su poder, i de su fuerza sola,
I dar al enemigo fin molesto.
I una sacra Cancion, donde acrisola
Su ingenio gala, estilo, i bizarrìa
Bartolomè Leonardo de Argensola.
Qual si fuera un Petrarte Apolo embia
Adonde està el teson mas apretado,
Mas dura, i mas furiosa la porfia.
Quando me paro a contemplar mi estado
Comienza la Cancion que Apolo pone
En el lugar mas noble, i levantado.
Todo lo mira, todo lo dispone
Con ojos de Argos, manda, quita, i veda,
I del contrario a todo ardid se opone.
Tan mezclados estàn que no hai quien pueda
Discernir qual es malo, o qual es bueno,
Qual es Garcilasista, o Timoneda.
Pero un mancebo de ignorancia ageno,
Grande escudriñador de toda historia,
(Rayo en la pluma, i en la voz un trueno.)
Llegò, tan rica el alma de memoria,
De sana voluntad, i entendimiento,
Que fue de Febo, i de las Musas gloria.
Con

Con este aceleròse el vencimiento,
Porque supo decir: Este merece
Gloria, pero aquel no, sino tormento.
I como yà con distincion parece
El justo, i el injusto combatiente,
El gusto al peso de la pena crece.
Tu Pedro Mantuano el excelente
Fuiste quien distinguiò de la confusa
Maquina, el que es cobarde del valiente.
Julian de Almendarez no reusa,
(Puesto que llegò tarde) en dàr socorro
Al rubio Delio con su ilustre Musa.
Por las rucias que peino, que me corro
De vèr que las Comedias endiabladas
Por Divinas se pongan en el corro.
I a pesar de las limpias, i atildadas
Del Comico mejor de nuestra Esperia
Quieren ser conocidas, i pagadas.
Mas no ganaron mucho en esta Feria,
Porque es discreto el vulgo de la Corte,
Aunque le toca la comun miseria.
De llano no le deis, dadle de corte,
Estancias Polifemas al Poeta,
Que no os tuviere por su guia, i norte.
Inimitables sois, i a la discreta
Gala, que descubrìs en lo escondido
Toda elegancia puede estàr sugeta.
Con estas municiones el partido
Nuestro se mejorò de tal manera,
Que el contrario se tuvo por vencido.
Cayò su presuncion sobervia, i fiera,
Derrumbanse del monte abajo quantos
Presumieron subir por la ladera,
La voz prolija de sus roncos cantos,
El mal sucesso con rigor la buelve
En interrotos, i funestos llantos.
Tal huvo, que cayendo se resuelve
De asirse de una zarza, o cabrahigo,
I en llanto(a lo de Ovidio) se disuelve.

Qua-

Quatro ſe arracimaron, a un quejigo
Como enjambre de abejas deſmandada;
I le eſtimaron por el lauro amigo.
Otra quadrilla virgen por la eſpada,
I adultera de lengua diò la cura
A ſus pies de ſu vida almidonada.
Bartholomè llamado de Segura,
El toque caſi fuè del vencimiento,
Tal es ſu ingenio, i tal es ſu cordura.
Reſonò en eſto por el vago viento
La voz de la vitoria repetida
Del numero eſcogido en claro acento.
La miſerable, la fatal caìda
De las Muſas del limpio tagarete
Fuè largos ſiglos con dolor plañida.
A la parte del llanto (Ay me) ſe mete
Zapardiel famoſo por ſu peſca,
Sin que un pequeño inſtante ſe quiete.
La voz de la vitoria ſe refreſca,
Vitoria ſuena, aqui, i alli vitoria
Adquirida por nueſtra ſoldadeſca,
Que canta alegre la alcanzada gloria.

DEL VIAGE DEL PARNASO,

CAPITULO OCTAVO.

AL caer de la maquina exceſsiva
Del Eſquadron Poetico arrogante
Que en ſu no viſta muchedumbre eſtriva:
Un Poeta Mancebo, i Eſtudiante,
Dijo. Caipaciencia, que algun dia
Serà la nueſtra, mi valor mediante.
De nuevo afilarè la eſpada mia,
(Digo mi pluma) i cortarè de ſu erte
Que dè nueva excelencia a la porfia.

Que ofrece la Comedia, si se advierte
  Largo campo al ingenio, donde pueda
  Librar su nombre del olvido, i muerte.
Fuè desto egemplo Juan de Timoneda,
  Que con solo imprimir, se hizo eterno,
  Las Comedias del gran Lope de Rueda.
Cinco buelcos darè en el propio infierno
  Por hacer recitar una que tengo
  Nombrada: *El gran Bastardo de Salerno.*
Guarda Apolo que baja guarde rengo
  El golpe de la mano mas gallarda
  Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.
En esto el claro son de una bastarda
  Alas pone en los pies de la vencida
  Gente del mundo perezosa, i tarda.
Con la esperanza del vencer perdida
  No hai quien no atienda con ligero passo,
  (Si no a la honra) a conservar la vida.
Desde las altas cumbres de Parnaso
  De un salto uno se puso en Guadarrama,
  (Nuevo, no visto, i verdadero caso.)
I al mismo passo la parlera fama
  Cundiò del vencimiento la alta nueva,
  Desde el claro Caistro hasta Jarama.
Llorò la gran vitoria el turbio Esgueva,
  Pisuerga la riò, riòla Tajo,
  (Que en vez de arena granos de oro lleva.)
Del cansacio, del polvo, i del trabajo
  Las rubicundas hebras de Timbreo,
  Del color se pararon de oro bajo.
Pero viendo cumplido su deseo
  Al son de la guitarra Mercuriesca,
  Hizo de la gallarda un gran paseo.
I de Castalia en la corriente fresca,
  El rostro se lavò, i quedò luciente
  Como de acero la segur Turquesca.
Puliòse luego, i adornò su frente
  De Magestad mezclada con dulzura,
  Indicios claros del placer que siente.

Las

Las Reinas de la humana hermosura,
Salieron de do estavan retiradas,
Mientras durava la contienda dura.
Del arbol siempre verde corodas,
I enmedio la Divina Poesìa,
Todas de nuevas galas adornadas.
Melpomene, Tersicore, i Talia,
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe, i Clio,
I Caliope hermosa en demasia.
Muestran ufanas su destreza, i brio,
Tegiendo una entricada, i nueva danza
Al dulce son de un instrumento mio.
Mio no dige bien, mentì a la usanza
Del que dice propios los agenos
Versos, que son mas dinos de alabanza.
Los anchos prados, i los campos llenos
Estàn de las Esquadras vencedoras,
(Que siempre vàn a mas, i nunca a menos.)
Esperando de vèr de sus mejoras
El colmo con los premios merecidos
Por el sudor, i aprieto de seis horas.
Piensan ser los llamados escogidos
Todos a premios de grandeza aspiran,
Tienense en mas de lo que son tenidos.
Ni a calidades, ni riquezas miran,
A su ingenio se atiene cada uno,
I si hai quatro que acierten, mil deliran.
Mas Febo, que no quiere que ninguno
Quede quejoso dèl, mandò a la Aurora,
Que vaya, i coja in tempore oportuno:
De las faldas floriferas de Flora
Quatro tabaques de purpureas rosas,
I seis de Perlas de las que ella llora.
I de las Nueve por estremo hermosas
Las coronas pidiò, i al darlas ellas
En nada se mostraron perezosas.
Tres (a mi parecer) de las mas bellas
A Partenope sè que se embiaron,
I fuè Mercurio el que partiò con ellas.

Tres ſugetos las otras coronaron
Alli en el meſmo Monte peregrinos,
Con que ſu patria, i nombre eternizaron.
Tres cupieron a Eſpaña, i tres divinos
Poetas ſe adornaron la cabeza
De tanta Gloria juſtamente dinos.
La embidia, monſtruo de naturaleza,
Maldita, i carcomida, ardiendo en ſaña
A murmurar del ſacro Dòn empieza.
Dijo. Será poſsible que en Eſpaña
Aya nueve Poetas laureados?
Alta es de Apolo, pero ſimple hazaña.
Los demàs de la turba defraudados
Del eſperado premio repetian
Los himnos de la embidia mal cantados.
Todos por laureados ſe tenian
En ſu imaginacion antes del trance,
I al Cielo quejas de ſu agravio embian.
Pero ciertos Poetas de Romance
Del generoſo premio hacer eſperan
A deſpecho de Febo preſto alcance.
Otros (aunque Latinos) deſeſperan
De tocar del Laurèl ſolo una hoja,
Aunque del caſo en la demanda mueran.
Vengaſe menos el que mas ſe enoja,
I alguno ſe tocò ſienes, i frente,
Que de eſtàr coronado ſe le antoja.
Pero todo deſeo impertinente
Apolo resfriò, premiando a quantos
Poetas tuvo el Eſquadron valiente.
De roſas, de jazmines, i amarantos,
Flora le preſentò cinco ceſtones,
I la Aurora de perlas otros tantos.
Eſtos fueron (Letor dulce) los dones
Que Delio repartiò con larga mano
Entre los Poetiſimos varones.
Quedando alegre cada qual, i ufano
Con un puño de perlas, i una roſa,
Eſtimando el premio ſobre humano.

I porque fuesse mas maravillosa
La fiesta, i regocijo que se hacia
Por la vitoria insigne, i prodigiosa.
La buena, la importante Poesìa,
Mandò traer la bestia, cuya pata
Abriò la fuente de Castalia fria,
Cubierta de finissima escarlata,
Un Lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.
Embidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso de presencia brava,
I aun Billadoro el del señor de Anglante.
Con no sè quantas alas adornava,
Manos, i pies, indicio manifiesto,
Que en ligereza al viento aventajava.
I por mostrar quan agil, i quan presto
Era, se alzò del suelo quatro picas,
Con un denuedo, i ademàn compuesto.
Tu, que me escuchas, si el oìdo aplicas
Al dulce cuento deste gran Viage,
Cosas nuevas oiràs de gusto ricas.
Era del bel trotòn todo el herrage
De durissima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultrage.
De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta con el suelo se avecina.
Del color del carmin, o de amapola
Eran sus clines, i su cola gruessa,
Ellas solas al mundo, i ella sola.
Tal vez anda despacio, i tal a priessa,
Buela tal vez, i tal hace corbetas,
Tal quiere relinchar, i luego cessa.
Nueva felicidad de los Poetas,
Unos sus escrementos recogian
En dos de cuero grandes barjuletas.
Preguntè, para què lo tal hacian,
Respondiòme Cilenio a lo vellaco,
Con no sè que volumbres de ironìa.

Esto

Eſto que ſe recoge es el Tabaco,
 Que a los vaguidos ſirve de cabeza
 De algun Poeta de celebro flaco.
Urania de tal modo lo adereza,
 Que pueſto a las narices del doliente,
 Cobra ſalud, i buelve a ſu entereza.
Un poco entonces arruguè la frente,
 Aſcos haciendo del remedio eſtraño
 Tan de los ordinarios diferente.
Recibes (dijo Apolo) amigo, engaño.
 (Leyòme el penſamiento) Eſte remedio
 De los vaguidos cura, i ſana el daño.
No come eſte rocin lo que en aſedio
 (Duro, i penoſo) comen los ſoldados
 Que eſtàn entre la muerte, i hãbre en medio.
Son deſte tal los pienſos regalados,
 (Ambar, i almizcle entre algodones pueſto.)
 I beve del rocìo de los prados.
Tal vez le damos de almidòn un ceſto,
 Tal de algarrobas con que el vientre llena,
 I no ſe eſtriñe, ni ſe và por eſto.
Sea (le reſpondì) mui norabuena,
 Tieſſo eſtoi de celebro por aora,
 Vaguido alguno no me cauſa pena.
La nueſtra (en eſto) univerſal Señora,
 Digo la Poesìa verdadera,
 (Que con Timbreo, i con las Muſas mora.)
En veſtido ſubcinto a la ligera,
 El monte diſcurriò, i abrazò a todos,
 Hermoſa ſobre modo, i placentera.
O ſangre vencedora de los Godos,
 (Dijo) de aqui adelante ſer tratada
 Con mas ſuaves, i diſcretos modos,
Eſpero ſer, i ſiempre reſpetada
 Del ignorante vulgo que no alcanza,
 Que pueſto que ſoi pobre, ſoi honrada.
Las riquezas os dejo en eſperanza,
 Pero no en poſſeſsion, premio ſeguro
 Que al Reino aſpira de la immenſa holgãza.

Por

Por la belleza deste monte os juro,
Que quisiera al mas minimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.
Mas no produce minas este valle,
Aguas sì salutiferas, i buenas,
I Monas que de Cisnes tienen talle.
Bolved a ver (o amigos) las arenas
Del aurifero Tajo en paz segura,
I en dulces horas de pesar agenas.
Que esta inaudita hazaña os assegura
Eterno nombre, en tanto que dè Febo
Al mundo aliento, i luz serena, i pura.
O maravilla nueva, o caso nuevo,
Digno de admiracion, que cause espanto,
(Cuya estrañeza me admirò de nuevo.)
Morfeo, el Dios del sueño por encanto,
Alli se apareciò, cuya corona
Era de ramos del beleño santo.
Flogissimo de brio, i de persona,
De la pereza torpe acompañado,
Que no le deja a Visperas, ni a Nona.
Traìa al Silencio a su derecho lado,
El Descuido al siniestro, i el vestido
Era de blanda lana fabricado.
De las aguas que llaman del olvido,
Traìa un gran caldero, i de un hisopo
Venia (como aposta) prevenido.
Asìa a los Poetas por el hopo,
I aunque el caso los rostros les bolvìa
En color encendida de Piropo:
El nos bañava con el agua fria,
Causandonos un sueño de tal suerte,
Que dormimos un dia, i otro dia.
Tal es la fuerza del licor tan fuerte:
Es de las aguas la virtud que pueden
Competir con los fueros de la muerte.
Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin credito ninguno,
Por ver que a toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño asi importuno,
Ni vi monte, ni monta, Dios, ni Diosa;
Ni de tanto Poeta vide alguno.
Por cierto estraña, i nunca vista cosa,
Despavilè la vista, i pareciòme
Verme en medio de una Ciudad famosa.
Admiracion, i grima el caso diòme,
Tornè a mirar, porque el temor, o engaño
No de mi buen discurso el passo tome.
I digeme a mi mismo. No me engaño.
Esta Ciudad es Napoles la ilustre,
Que yo pisè sus Ruas mas de un año:
De Italia gloria, i aun del mundo lustre,
Pues de quantas Ciudades èl encierra,
Ninguna puede aver que asi le ilustre.
Apacible en la paz, dura en la guerra,
Madre de la abundancia, i la nobleza,
De Eliseos campos, i agradable sierra.
Si vaguidos no tengo de cabeza,
Pareceme que està mudada en parte
De sitio, aunque en aumento de belleza.
Que teatro es aquel donde reparte
Con èl quanto contiene de hermosura,
La gala, la grandeza, industria, i arte.
Sin duda el sueño en mis palpebras dura,
Porque este es edificio imaginado,
Que excede a toda humana compostura.
Llegòse en esto a mi disimulado
Un mi amigo, llamado Promontorio,
Mancebo en dias, pero gran Soldado.
Creciò la admiracion viendo notorio,
I palpable, que en Napoles estava,
Espanto a los passados acessorio.
Mi amigo tiernamente me abrazava,
I con tenerme entre sus brazos, dijo,
Que del estàr yo alli mucho dudava.
Llamòme, Padre, i yo llamèle hijo.
Quedò con esto la verdad en punto,
Que aqui puede llamarse punto fijo.

Di-

Dijome Promontorio. Yo barrunto,
Padre, que algun gran caſo a vueſtras canas
Las trae tan lejos, yà ſemidifunto.
En mis horas mas freſcas, i tempranas
Eſta tierra habitè, hijo, le dige,
Con fuerzas mas brioſas, i lozanas.
Pero la voluntad que a todos rige,
(Digo el querer del Cielo) me ha traido
A parte que me alegra mas que aflige.
Digera mas, ſino que un gran ruido
De pifaros, clarines, i tambores
Me azorò el alma, i alegrò el oìdo.
Bolvì la viſta al ſon, vi los mayores
Aparatos de fieſta que viò Roma
En ſus felices tiempos, i mejores.
Dijo mi amigo. Aquel que ves que aſſoma
Por aquella montaña contrahecha,
(Cuyo brio al de Marte oprime, i doma.)
Es un alto ſugeto, que deshecha
Tiene a la embidia en rabia, porque piſa
De la virtud la ſenda mas derecha.
De gravedad, i condicion tan liſa,
Que ſuſpende, i alegra a un miſmo inſtante,
I con ſu aviſo, al miſmo aviſo aviſa.
Mas quiero antes que paſſes adelante
(En ver lo que veràs ſi eſtàs atento)
Darte del caſo relacion baſtante.
Serà Don Juan de Taſis de mi cuento
Principio, porque ſea memorable,
I lleguen mis palabras a mi intento.
Eſte varon en liberal notable,
Que una mediana Villa le hace Conde,
(Siendo Rei en ſus obras admirable.)
Eſte, que ſus averes nunca eſconde,
Pues ſiempre las reparte, o las derrama,
Ya ſepa adonde, o ya no ſepa adonde:
Eſte, a quien tiene tan en fil la fama,
Pueſta la alteza de ſu nombre claro,
Que liberal, i prodigo le llama:

 Qui-

Quiſo prodigo aqui, i alli no avaro,
  Primer mantenedor ſer de un torneo,
  Que a fieſtas ſobrehumanas le comparo.
Reſponden ſus grandezas al deſeo
  Que tiene de moſtrarſe alegre, viendo
  De Eſpaña, i Francia el regio Himeneo.
I eſte que eſcuchas, duro, alegre eſtruendo,
  Es ſeñal que el torneo ſe comienza,
  Que admira por lo rico, i eſtupendo.
Arquimedes el grande ſe averguenza
  De ver que eſte teatro milagroſo
  Su ingenio apoque, i a ſus trazas venza.
Digo pues que el mancebo generoſo,
  Que alli deciende de encarnado, i plata,
  Sobre todo mortal curſo brioſo:
Es el Conde de Lemos, que dilata
  Su fama con ſus obras por el mundo,
  I que lleguen al Cielo en tierra trata.
I aunque ſale el primero, es el ſegundo
  Mantenedor, i en buena corteſia
  Eſta ventaja calífico, i fundo.
El Duque de Nocera, luz, i guia
  Del arte militar, es el tercero
  Mantenedor deſte feſtivo dia.
El quarto, que pudiera ſer primero,
  Es de Santelmo el fuerte Caſtellano,
  Que al meſmo Marte en el valor prefiero.
El quinto es otro Eneas el Troyano
  (Arrociolo que gana en ſer valiente
  Al que fue verdadero) por la mano.
El gran concurſo, i numero de gente
  Eſtorvò que adelante proſiguieſſe
  La comenzada relacion prudente.
Por eſto le pedì que me puſieſſe
  Adonde ſin ningun impedimento
  El gran progreſſo de las fieſtas vieſſe.
Porque luego me vino al penſamiento
  De ponerlas en verſo numeroſo,
  Favorecido del Febeo aliento.

Hi-

Hizolo afsi, i yo vi lo que no ofo
    Penfar, no que decir, que aqui fe acorta
    La lengua, i el ingenio mas curiofo.
Que fe paffe en filencio es lo que importa;
    I que la admiracion fupla efta falta
    El mefmo grandiofo cafo exorta.
Puefto que defpues fupe que con alta
    Magnifica elegancia, i milagrofa,
    (Donde, ni fobra punto, ni le falta.)
El curiofo Don Juan de Oquina en profa
    La pufo, i diò a la eftampa, para gloria
    De nueftra edad por efto venturofa.
Ni en fabulofa, o verdadera hiftoria
    Se halla que otras fieftas ayan fido,
    Ni puedan fer mas dignas de memoria.
Defde alli (i no sè como) fui traido
    A donde vi al gran Duque de Paftrana
    Mil parebienes dar de bien venido;
I que la fama en la verdad ufana
    Contava que agradò con fu prefencia;
    I con fu cortefia fobrehumana.
Que fue nuevo Alejandro en la excelencia
    Del dar, que fatisfizo a todo quanto
    Puede moftrar Real magnificencia.
Colmò de admiracion, llenò de efpanto;
    Entrè en Madrid en trage de Romero,
    (Que es grangeria el parecer fer fanto.)
I defde lejos me quitò el fombrero
    El famofo Acevedo, i dijo, A Dio,
    Voi fiate il ben venuto Cavaliero.
So parlar Zenoefe, & Tufco anchio,
    I refpondi. La voftra fignoria,
    Sia la ben trovata, Patron mio.
Topè a Luis Velez, luftre, i alegria,
    I difcrecion del trato Cortefano,
    I abracèle en la calle a medio dia.
El pecho, el alma, el corazon, la mano
    Di a Pedro de Morales, i un abrazo,
    I alegre recebi a Juftiniano.

Al bolver de una esquina sentì un brazo
 Que el cuello me ceñia, mirè cuyo,
 I mas que gusto me causò embarazo:
Por ser uno de aquellos (no rehuyo
 Decirlo) que al contrario se passaron,
 Llevados del covarde intento suyo.
Otros dos al del Layo se llegaron,
 I con la risa falsa del conejo,
 I con muchas zalemas me hablaron.
Yo socarròn, yo Poetòn ya viejo
 Bolviles a lo tierno las saludes,
 Sin mostrar mal talante, o sobrecejo.
No dudes (o letor caro) no dudes,
 Sino que suele el dissimulado a veces
 Servir de aumento a las demàs virtudes.
Dinoslo tu, David, que aunque pareces
 Loco en poder de Aquis, de tu cordura
 (Fingiendo el loco) la grandeza ofreces.
Degèlos esperando coyuntura,
 I ocasion mas secreta para dalles
 Vejamen de su miedo, o su locura.
Si encontrava Poetas por las calles,
 Me ponia a pensar, si eran de aquellos
 Huidos, i passava sin hablalles.
Ponianseme yertos los cabellos
 De temor no encontrasse algun Poeta,
 (De tantos que no pude conocellos.)
Que con puñal buido, o con secreta
 Almarada me hiciesse un abugero
 Que fuesse al corazon por via reta.
Aunque no es este el premio que yo espero
 De la fama que a tantos he adquirido
 Con alma grata, i corazon sincero.
Un cierto mancebito cuelliergido,
 En professsion Poeta, i en el trage
 A mil leguas por Godo conocido:
Lleno de presuncion, i de corage,
 Me dijo. Bien sè yo, señor Cervantes,
 Que puedo ser Poeta, aunque soi Page.

Car-

Cargastes de Poetas ignorantes,
I dejastesme a mi que vèr deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.
Que caducais sin duda alguna creo,
Creo, no digo bien, mejor diria,
Que toco esta verdad, i que la veo.
Otro que al parecer de Argenteria,
De nacar, de cristal, de perlas, i oro
Sus infinitos Versos componia.
Me dijo (bravo qual corrido toro,)
No sè yo para què nadie me puso
En lista con tan barbaro decoro.
Assi el discreto Apolo lo dispuso,
A los dos respondì, i en este hecho
De ignorancia, o malicia no me acuso.
Fuìme con esto, i lleno de despecho
Busquè mi antigua, i lobrega posada,
I arrogème molido sobre el lecho,
Que cansa quando es larga una jornada.

ADJUNTA
AL PARNASO.

ALGUNOS dias estuve reparandome de tan largo Viage, al cabo de los quales salì a vèr, i a ser visto, i a recebir parabienes de mis amigos, i malas vistas de mis enemigos, que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavia no me asseguro de la comun suerte. Sucediò, pues, que saliendo una mañana del Monasterio de Atocha, se llegò a mi un mancebo al parecer de veinte i quatro años, poco mas, o menos, todo limpio, todo aseado, i todo crugiendo gorgaranes; pero con un cuello tan grande, i tan almidonado, que creì que para llevarle fueran menester los ombros de otro Adlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subian, i trepavan por las canillas del brazo arriba, que parecia que ivan a dàr assalto a las barbas. No he visto yo yedra tan codiciosa de subir

desde el piè de la muralla donde se arrima hasta las almenas, como el ahinco que llevavan estos puños a ir a darse de puñadas con los codos. Finalmente la exorbitancia del cuello, i puños era tal, que en el cuello se escondia, i sepultava el rostro, i en los puños los brazos. Digo pues, que el tal mancebo se llegò a mi, i con voz grave, i reposada me dijo. Es por ventura V.m. el Señor Miguèl de Cervantes Saavedra, el que ha pocos dias que vino del Parnaso? A esta pregunta creo sin duda, que perdì la color del rostro, porque en un instante imaginè, i dige entre mi. Si es este alguno de los Poetas que puse, o degè de poner en mi Viage? i viene aora a darme el pago que èl se imagina se me deve. Pero sacando fuerzas de flaqueza le respondì. Yo, Señor, soi el mesmo que V.m.dice. Què es lo que se me manda? El luego en oyendo esto, abriò los brazos, i me los echò al cuello, i sin duda me besàra en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, i dijome. V. m. Señor Cervantes, me tenga por su servidor, i por su amigo, porque ha muchos dias que le soi mui aficionado, assi por sus obras, como por la fama de su apacible condicion. Oyendo lo qual respirè, i los espiritus que andavan alborotados, se sossegaron: i abrazandole yo tambien, con recato de no ahajarle el cuello, le dige. Yo no conozco a V. m. sino es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce, que V. m. es mui discreto, i mui principal: calidades que obligan a tener en veneracion a la persona que las tiene. Con estas passamos otras corteses razones, i anduvieron por alto los ofrecimientos, i de lance en lance me dijo. V. m. sabrà, Señor Cervantes, que yo por la gracia de Apolo soi Poeta, o lo menos deseo serlo, i mi nombre es Pancracio de Roncesvalles. Mi. Nunca tal creyera si V.m. no me lo huviera dicho por su mesma boca. Pan. Pues por què no lo creyera V. m. Mi. Porque los Poetas por maravilla andan tan atildados como V. m. i es la causa, que como son de ingenio tan altaneros, i remontados, antes atienden a las cosas del espiritu, que a las del cuerpo. Yo, Señor, dijo èl, soi mozo, soi rico, i soi enamorado: partes que deshacen en mi la flogedad que infunde la Poesia. Por la mocedad tengo brio; con la riqueza con que mostrarle: i con el amor con que no parecer descuidado. Las tres partes del camino, le dige yo, se tiene V. m. andadas para llegar a ser buen Poeta.

Pan. Quales son? Mi. La de la riqueza, i la del amor. Porque

que los partos de los partos de la persona rica, i enamorada, son assombros de la avaricia, i estimulos de la liberalidad, i en el Poeta pobre la mitad de sus Divinos partos, i pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dègeme V. m. por su vida. De què suerte de menestra Poetica gasta, o gusta mas? A lo que respondiò. No entiendo esso de menestra Poetica. Mi. Quiero decir, que a què genero de Poesia es V. m. mas inclinado? Al Lirico, al Heroico, o al Comico? A todos estilos me amaño, respondiò èl. Pero en el que mas me ocupo, es en el Comico. Mi. Dessa manera avrà V. m. compuesto algunas Comedias. Pan. Muchas, pero sola una se ha representado. Mi. Pareciò bien? Pan. Al vulgo no? Mi. I a los discretos. Pan. Tampoco. Mi. La causa? Pan. La causa fuè, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no mui pura en los Versos, i desmayada en la invencion. Tachas son essas, respondì yo, que pudieran hacer parecer mal a las del mesmo Plauto. I mas, dijo èl, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar segun la gritaron. Con todo esto la echò el Autor para otro dia: pero porfiar, que porfiar: cinco personas vinieron apenas. Creame V. m. dige yo, que las Comedias tienen dias, como algunas mugeres hermosas: i que esto de acertarlas bien, và tanto en la ventura, como en el ingenio. Comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: i no por esta primer desgracia dege V. m. de proseguir en componerlas, que podra ser, que quando menos lo piense, acierte con alguna que le dè credito, i dineros. De los dineros no hago caso, respondiò èl; mas preciaria la fama, que quanto hai. Porque es cosa de grandissimo gusto, i de no menos importancia ver salir mucha gente de la Comedia, todos contentos, i estàr el Poeta que la compuso a la puerta del teatro, recibiendo parabienes de todos. Sus descuentos tienen essas alegrias, le dige yo, que tal vez suele ser la Comedia tan pessima, que no hai quien alce los ojos a mirar al Poeta, ni aun èl pára quatro calles del Coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados, i corridos de averse engañado, i escogidola por buena. I V. m. Señor Cervantes, dijo èl, Ha sido aficionado a la Caratula? Ha compuesto alguna Comedia? Si dige yo: muchas, i a no ser mias, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesca*, *La Batalla Naval*, *La Gerusalen*, *La Amaran-*

ranta, o *La del Mayo* , *El Bosque amoroso* , *La Unica* , *i la vizarra Arsinda* , i otràs muchas de que no me acuerdo. Mas la qúe yo mas estimo , i de la que mas me precio , fue , i es de una llamada *La Confusa*, la qual , con paz sea dicho , de quantas Comedias de capa , i espada hasta hoi se han representado , bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. Pan. I agora tiene V.m. algunas? Mi. Seis tengo, con otros seis Entremeses. Pan. Pues porquè no se representan ? Mi. Porque ni los Autores me buscan , ni yo les voi a buscar a ellos. Pan. No deven de saber que V.m. las tiene. Mi. Si saben , pero como tienen sus Poetas paniaguados , i les và bien con ellos , no buscan pan de trastrigo, pero yo pienso darlas a la estampa , para que se vea de espacio lo que passa apriessa , i se dissimula , ò no , se entiende quando las representan ; i las Comedias tienen sus sazones, i tiempos como los Cantares. Aqui llegavamos con nuestra platica quando Pancracio puso la mano en el seno , i sacò dèl una carta con su cubierta , i besandola , me la puso en la mano : leì el sobrescrito , i vi que decia desta manera.

A Miguèl de Cerbantes Saavedra , en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solia vivir el Principe de Marruecos, en Madrid. Al porte: Medio real,digo diez i siete maravedis.

Escandalizòme el porte , i de la declaracion del medio real, digo diez i siete, i bolviendosela le dije. Estando yo en Valladolid llevaron una carta a mi casa para mi, con un real de porte: recibiòla, i pagò el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagàra: pero diòme por disculpa, que muchas veces me avia oido decir, q̃ en tres cosas era bien gastado el dinero:en dar limosna,en pagar al buen Medico, i en el porte de las cartas, ora sean de amigos, o de enemigos, que las de los amigos avisan, i de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Dieronmela, i venia en ella un Soneto malo , desmayado , sin garbo , ni agudeza alguna , diciendo mal de Don Quijote , i de lo que me pesò, fue del real, i propuse desde entonces de no tomar carta con porte. Assi que si V.m. le quiere llevar desta, bien se la puede bolver , que yo sè que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. Riose mui de gana el Señor Roncesvalles , i dijome. Aunque soi Poeta, no soi tan misero que me aficionen diez i siete maravedis. Advierta V.m. Señor Cerbantes , que esta carta por lo menos es del mesmo Apolo: èl la escriviò no ha veinte dias en el Parnaso,

i me

i me la diò para que a V.m. la diesse. V.m. la lea, que yo sè que le ha de dar gusto. Harè lo que V.m. me manda, respondì yo: pero quiero que antes de leerla V.m. me la haga de decirme, como, quando, i a què fue al Parnaso? I èl respondiò. Como fui, fue por mar, i en una fragata que yo, i otros diez Poetas fletamos en Barcelona: quando fui, fue seis dias despues de la batalla que se diò entre los buenos, i los malos Poetas. A que fui, fue a hallarme en ella por obligarme a ello la professìon mia. A buen seguro, dige yo, que fueron V.ms. bien recebidos del Señor Apolo. Pan. Sì fuimos, aunque le hallamos mui ocupado a èl, i a las Señoras Pierides, arando, i sembrando de sal todo aquel termino del campo donde se diò la batalla. Preguntèle para què se hacia aquello, i respondiòme, que assi como de los dientes de la serpiente de Cadmo avian nacido hombres armados, i de cada cabeza cortada de la Hidra que matò Hercules avian renacido otras siete, i de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se avia llenado de serpientes toda la Libia; de la mesma manera de la sangre podrida de los malos Poetas que en aquel sitio avian sido muertos, comenzavan a nacer del tamaño de ratones otros Poetillas rateros que llevavan camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, i que por esto se arava aquel lugar, i se sembrava de sal, como si fuera casa de traidores. En oyendo esto, abrì luego la carta, i vi que decia.

APOLO DELFICO

A MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA.

SALUD.

EL Señor Pancracio Roncesvalles, llevador desta, dirà a V.m. señor Miguèl de Cervantes, en què me hallò ocupado el dia que llegò a verme con sus Amigos. I yo digo, que estoi mui quejoso de la descortesìa que conmigo se usò en partirse V. m. deste monte sin despedirse de mi, ni de mis hijas, sabiendo quanto le soi aficionado, i las Musas por el consiguiente; pero si se me dà por

por disculpa, que le llevò el deseo de vèr a su Mecenas el gran Conde de Lemos en las fiestas famosas de Napoles, yo la acepto, i le perdono.

Despues que V. m. partiò deste lugar, me han sucedido muchas desgracias, i me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir, i acabar los Poetas, que ivan naciendo de la sangre de los malos que aqui murieron, aunque ya (gracias al Cielo, i a mi industria) este daño està remediado.

No sè si del ruido de la batalla, o del vapor que arrojò de sì la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, i no acierto a escrivir cosa que sea de gusto, ni de provecho: asi, si V.m. viere por allà que algunos Poetas, aunque sean de los mas famosos, escriven, i componen impertinencias, i cosas de poco fruto, no los culpe, ni los tenga en menos, sino que dissimule con ellos: que pues yo, que soi el padre, i el inventor de la Poesìa, deliro, i parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Embio a V.m. unos privilegios, ordenanzas, i advertimientos, tocantes a los Poetas, V.m. los haga guardar, i cumplir al pie de la letra, que para todo ello doi a V.m. mi poder cumplido, quanto de derecho se requiere.

Entre los Poetas que aqui vinieron con el señor Pancracio Roncesvalles, se quejaron algunos de que no ivan en la lista de los que Mercurio llevò a España, i que assi V.m. no los avia puesto en su *Viage*. Yo les dige, que la culpa era mia, i no de V.m. pero que el remedio deste daño estava en que procurassen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sì mismas les darian fama, i claro renombre, sin andar mendigando agenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensagero, irè embiando mas privilegios, i avisando de lo que en este Monte passare. V.m. haga lo mesmo, avisandome de su salud, i de la de todos los Amigos.

Al famoso Vincente Espinèl darà V.m. mis encomiendas, como a uno de los mas antiguos, i verdaderos Amigos que yo tengo.

Si Don Francisco de Quevedo no huviere partido para venir a Sicilia, donde le esperan, toquele V.m. la mano, i digale, que

no

no dege de llegar a verme, pues estarèmos tan cerca: que quando aqui vino, por la subita partida, no tuve lugar de hablarle.

Si V.m. encontrare por allà algun transfuga de los veinte que se passaron al vando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta malaventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena, i la confusion con ellos mesmos do quiera que vayan.

V.m. tenga cuenta con su salud, i mire por sì, i guardese de mi, especialmente en los Caniculares, que aunque le soi amigo, en tales dias no và en mi mano, ni miro en obligaciones, ni en amistades.

Al señor Pancracio Roncesvalles tengale V.m. por amigo, i comuniquelo; i pues es rico, no se le dè nada que sea mal Poeta; i con esto nuestro Señor guarde a V.m. como puede, i yo deseo. Del Parnaso a 22. de Julio, el dia que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canicula, 1614.

Servidor de V.m.

Apolo Lucido.

En acabando la Carta, vi que en un papel aparte venia escrito.

Privilegios, Ordenanzas, i Advertencias que Apolo embia a los Poetas Españoles.

ES el primero, que algunos Poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas, como por la fama de sus versos.

Iten, que si algun Poeta digere que es pobre, sea luego creido por su simple palabra, sin otro juramento, o averiguacion alguna.

Ordenase, que todo Poeta sea de blanda, i de suave condicion, i que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

Iten, que si algun Poeta llegáre a casa de algun su amigo, o conocido, i estuvieren comiendo, i le conbidare, que aunque èl ju-

jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hara mui grande.

Iten, que el mas pobre Poeta del mundo, como no sea de los Adanes, i Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo estè, i poner el nombre a su dama, como mas le viniere a cuento, ora llamandola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Filis, ora Filida, o yà Juana Tellez, o como mas gustare, sin que desto se le pueda pedir, ni pida razon alguna.

Iten se ordena, que todo Poeta, de qualquier calidad, i condicion que sea, sea tenido, i le tengan por hijodalgo, en razon del generoso egercicio en que se ocupa, como son tenidos por Christianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Iten se advierte, que ningun Poeta sea ossado de escrivir Versos en alabanzas de Principes, i Señores, por ser mi intencion, i advertida voluntad, que la lisonja, ni la adulacion no atraviessen los umbrales de mi casa.

Iten, que todo Poeta Comico, que felizmente huviere sacado a luz tres Comedias, pueda entrar sin pagar en los Teatros, si yà no fuere la limosna de la segunda puerta, i aun esta, si pudiesse ser, la escuse.

Iten se advierte, que si algun Poeta quisiere dàr a la estampa algun Libro que el huviere compuesto, no se dè a entender que por dirigirle a algun Monarca,el tal Libro ha de ser estimado,porque si èl no es bueno, no le adobarà la direccion, aunque sea hecha al Prior de Guadalupe.

Iten se advierte, que todo Poeta no se desprecie de decir que lo es, que si fuere bueno, serà digno de alabanza, i si malo, no faltarà quien lo alabe,que quando nace la escoba, &c.

Iten, que todo buen Poeta pueda disponer de mi, i de lo que hai en el Cielo a su beneplacito: conviene a saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar, i aplicar a los cabellos de su dama, i hacer dos Soles sus ojos, que conmigo seràn tres, i assi andarà el mundo mas alumbrado, i de las Estrellas, Signos, i Planetas puede servirse de modo, que quando menos lo piense, la tenga hecha una Esfera Celeste.

Iten, que todo Poeta a quien sus Versos le huvieren dado a entender que lo es, se estime, i tenga en mucho, ateniendose a aquel refran: Ruin serà el que por ruin se tiene.

Iten

Iten se ordena, que ningun Poeta grave haga corrillo en lugares publicos, recitando sus Versos, que los que son buenos en las Aulas de Atenas se avian de recitar que no en las plazas.

Iten se dà por aviso particular, que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviessos, i llorones, los pueda amenazar, i espantar con el coco, diciendoles: Guardaos, niños, que viene el Poeta Fulano, que os echarà con sus malos Versos en la sima de Cabra, o en el Pozo Airon.

Iten, que los dias de ayuno no se entienda que los ha quebrantado elPoeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus Versos.

Iten se ordena, que todo Poeta que diere en ser espadachin, valentòn, i arrojado,por aquella parte de la valentia se le desague,i vaya la fama que podia alcanzar por sus buenos Versos.

Iten se advierte, que no ha de ser tenido por ladron el Poeta que hurtàre algun Verso ageno, i le encajàre entre los suyos, como no sea todo el concepto, i toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.

Iten, que todo buen Poeta, aunque no aya compuesto Poema heroico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes con qualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de Divino, como le alcanzaron Garci-Laso de la Vega, Francisco de Figueroa, el Capitàn Francisco de Aldana, i Hernando de Herrera.

Iten se dà aviso, que si algun Poeta fuere favorecido de algun Principe, ni le visite a menudo, ni le pida nada, sino degese llevar de la corriente de su ventura,que el que tiene providencia de sustentar las savandijas de la tierra, i los gusarapos del agua, la tendrà de alimentar a un Poeta por sabandija que sea.

En suma estos fueron los Privilegios, Advertencias, i Ordenanzas que Apolo me embiò, i el Señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedè en mucha amistad, i los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al Señor Apolo, con las nuevas desta Corte. Daràse noticia del dia,para que todos sus aficionados le escrivan.

LAUS DEO.

